



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXII, Vol. CXC, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1973).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXII

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1973

INDICE

Pág. 3

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Precios

Pesos Dólares

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL Y POLITICO DE MEXICO (1810-1964), por Jesús Silva Herzog. Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela	70.00	6.00
---	-------	------

Del mismo autor una nueva edición de HISTORIA DE LA EXPROPIACION DE LAS EMPRESAS PETROLERAS, corregida, aumentada y con ilustraciones alusivas al acto expropiatorio	40.00	4.00
--	-------	------



De venta en las principales librerías.

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1. D. F.

DOS NUEVOS LIBROS DE POESIA

ORFEO 71, por Jesús Medina Romero. Autor de cuentos excelentes y libros de versos. En esta obra demuestra su capacidad renovadora de conformidad con las nuevas corrientes de la poesía contemporánea. 15.00 Pesos, 1.50 Dólares.

PARA DELETREAR EL INFINITO, por Enrique González Rojo. Bellísimo y original poema en quince cantos. Su autor, filósofo y poeta, es bien conocido y estimado en los centros universitarios y entre los hombres de letras de toda nuestra América. 40.00 Pesos, 4.00, Dólares.

—oO—

De venta en las principales librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Patrocinada por la Universidad de Pittsburgh

Director: Alfredo A. Roggiano. 660 AIR Bldg. Universidad de Pittsburgh

Secretario-Tesorero: Julio Matas. 658 AIR Bldg. Universidad de Pittsburgh

Vol. XXXIX

enero-junio de 1973

Nos. 82-83

SUMAFIO

Testimonios: Discurso del Embajador Pablo Neruda Ante el Pen Club de Nueva York; *Miguel Angel Asturias*, Un Mano a Mano de Nobel a Nobel; *Julio Cortázar*, Carta Abierta a Pablo Neruda; *Luis Alberto Sánchez*, Comentarios Extemporáneos: Neruda y el Premio Nobel.

Estudios: *Emir Rodríguez Monegal*, Pablo Neruda: el Sistema del Poeta; *Fernando Alegria*, *La Barcarola*: Barca de la Vida; *Alain Sicard*, La Objetivación del Fenómeno Temporal y la Génesis de la Noción de Materia en *Residencia en la Tierra*; *Saúl Yurkievich*, Mito e Historia: Dos Generadores del *Canto General*; *Jaime Concha*, Sexo y Pobreza; *Carlos Cortinez*, Interpretación de *El Habitante y su Esperanza*, de Pablo Neruda; *Juan Loveluck*, Alturas de Macchu Picchu: Cantos I-V; *Martha Paley de Francescato*, La Circularidad en la Poesía de Pablo Neruda; *Alicia C. de Ferraresi*, La Relación Yo-Tú en la Poesía de Pablo Neruda. Del Autoerotismo al Panerotismo; *Nicolás Bratosevich*, Análisis Rítmico de "Oda con un Lamento"; *Luis F. González Cruz*, Pablo Neruda: Soledad, Incomunicación e Individualismo en *Memorial de Isla Negra*; *Jaime Alazraki*, Poética de la Penumbra en la Poesía más Reciente de Pablo Neruda; *Giuseppi Bellini*, *Fin de Mundo*: Neruda Entre la Angustia y la Esperanza; *Esperanza Figueroa*, Pablo Neruda en Inglés; *Emil Volek*, Pablo Neruda y Algunos Países Socialistas de Europa; *Gabriele Morelli*, Bibliografía de Neruda en Italia. *Suscripciones y Compras*, Gloria J. Hardy. 657 AIR Bldg. University of Pittsburgh. Canje: Lillian S. Lozano, 660 AIR Bldg. University of Pittsburgh, Pittsburgh, Pa. 15213, U.S.A.

Precio de la Suscripción anual en Estados Unidos y Europa. 8 dólares, 3 dólares en los países de América Latina.

Precio del ejemplar: 2 dólares. Números dobles, 5 dólares.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Organo Trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México.

México, D. F. Año IV, Número 14 Mayo-Julio de 1973

Director: Fernando Carmona de la Peña
 Secretario: Ramón Martínez Escamilla

CONTENIDO:

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre la *dependencia tecnológica*, opinan: Alma Chapoy Bonifaz, Josefina Morales y Víctor M. Bernal.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Federico Cruz Castellanos: *El desequilibrio general y el desarrollo desigual. Una interpretación teórico-histórica del atraso y desarrollo de los pueblos.*

Hiroji Okabe: *Algunas reflexiones sobre la formación del capitalismo japonés.*

R. Víctor Paz: *Estrategia de desarrollo y tecnología. Proposición para el Grupo Andino.*

Marcos Kaplan: *En torno a la crisis Argentina: balance y perspectivas.*

TESTIMONIOS:

Alonso Aguilar M., *Imperialismo y subdesarrollo.*

Gloria González Salazar, *Ciencias sociales y subdesarrollo en América Latina.*

LIBROS Y REVISTAS — DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: *México*, anual \$ 80.00, estudiantes: anual \$ 70.00, semestral \$ 35.00. *Extranjero*: anual Dls. 7.00. *Por correo aéreo registrado: México*, \$ 100.00. *Centroamérica, EUA, y Canada*: Dls. 11.00; *Sudamérica y Europa*: Dls. 12.00 Sólo se atenderán suscripciones a partir del número 5.

NUMERO SUELTO: *México*: \$ 25.00; estudiantes: \$ 20.00 *Extranjero*: Dls. 2.00. *Números atrasados: México*: \$ 35.00. *Estudiantes*: \$ 22.50. *Extranjero*: Dls. 3.00.

COLECCION DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL COMERCIO EXTERIOR DE MEXICO

SEGUNDA SERIE

Vol. I (Agotado)

El comercio exterior y el
artesano mexicano (1825-1830)

Vol. II

El comercio exterior y
la expulsión de los españoles

Vol. III

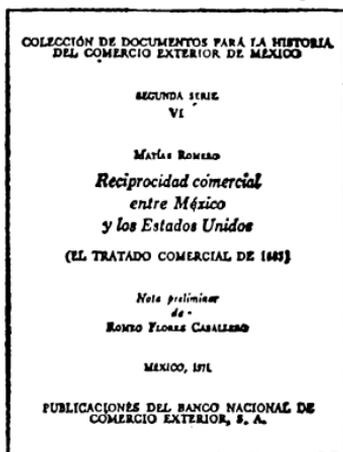
El Banco de Avío y el fomento
de la industria nacional

Vol. IV

El contrabando y el comercio
exterior en la Nueva España

Vol. V

Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836



Vol. VI

PRECIO DE CADA VOLUMEN

\$25.00

Dhs. 2.00

PEDIDOS A

BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Venustiano Carranza 72 México 1 D. F. México

INDICES DE CUADERNOS AMERICANOS
POR MATERIAS Y AUTORES



Nos hemos dirigido a nuestros suscriptores en estos términos:

“Ponemos en su conocimiento que hemos preparado y decidido editar los *Indices de Cuadernos Americanos* tanto por materias como por autores de 1942 a 1971, es decir, abarcando 30 años de la revista o sea 180 entregas. Serán una edición de lujo con las especificaciones siguientes:

Tamaño igual a Cuadernos Americanos y lo mismo la clase de papel, con algo más de 500 páginas en tipo de 10 en 12 puntos, encuadernación empastada en tela con forros impresos a tres tintas y plastificado.

Precio del ejemplar en México \$150.00. En América y España 13.50 Dls. otros países 15.50 Dls.

Ahora bien, la edición será únicamente de 1,000 ejemplares. Si usted desea asegurar el suyo, le sugerimos nos envíe a la mayor brevedad su importe, de preferencia directamente a nosotros, a las direcciones anotadas en esta carta.”



CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Precios
Pesos Dólares

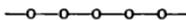
La Reforma Agraria en el Desarrollo Económico de México, por Manuel Aguilera Gómez. El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la agricultura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970 40.00 4.00

México visto en el siglo XX, por James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie. Entrevistas de historia oral. Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio Portes Gil y Jesús Silva Herzog.

Ninguna de las personas entrevistadas se propuso hacer su autobiografía o la historia contemporánea de México, no obstante lo cual, hay un poco de lo uno y de lo otro. Sin embargo, tenemos la seguridad de que el contenido de la obra será de indudable utilidad e interés para historiadores, sociólogos, economistas, políticos y aún para sicólogos 100.00 9.00



De venta en las mejores librerías de la ciudad.

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado Postal 965

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

EDICIONES CUADERNOS AMERICANOS

Tenemos unos cuantos ejemplares de los libros siguientes:

	<i>Precios</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Juan Ruiz de Alarcón, por Antonio Castro Leal . .	50.00	5.00
Ensayos Interamericanos, por Eduardo Villaseñor	20.00	2.00
Jardín Cerrado, por Emilio Prados	50.00	5.00
Juventud de América, por Gregorio Bermann . .	20.00	2.00
Europa América, por Mariano Picón Salas . . .	50.00	5.00
De Bolívar a Roosevelt, por Pedro de Alba . . .	50.00	5.00
Estudios sobre literatura hispanoamericana, por Manuel Pedro González	50.00	5.00
Entre la Libertad y el miedo, por Germán Arci- niegas	50.00	5.00
Nave de rosas antiguas	50.00	5.00
El otro olvido, por Dora Isella Rusell	10.00	1.00
Democracia y Panamericanismo, por Luis Quinta- nilla	20.00	2.00
Acto poético, por Germán Pardo García	20.00	2.00
No es cordero... que es cordera... Cuento milenio. Versión castellana de León Felipe	50.00	5.00
China a la vista, por Fernando Benítez	15.00	1.50
U. Z. llama al espacio, por Germán Pardo García	20.00	2.00
Cementerio de pájaros, por Griselda Alvarez . .	20.00	2.00
Ascensión a la tierra	10.00	1.00
Eternidad del Ruiseñor, por Germán Pardo García .	20.00	2.00

—oOo—

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

E. HUERTA

Poemas prohibidos y de amor
152 pp., C. M. 62.

G. DUMEZIL

Los dioses de los germanos
136 pp.

J. M. MARTI

Cuba, nuestra América, los Estados Unidos
384 pp.

Y. BENOT

Diderot. Del ateísmo al anticolonialismo
320 pp.

G. BACHELARD

El compromiso racionalista
208 pp.

VARIOS AUTORES

POESÍA JOVEN DE CHILE

Selección y Prólogo de Jaime Quezada
136 pp., C. M. 63

J. P. NDIAYE

La juventud africana frente al imperialismo
272 pp.

MARTA TRABA

Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas.
1950-1970
182 pp.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A., GABRIEL MANCERA No. 65
MEXICO 12, D. F., TELEFONO: 543-93-92



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 quatin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.



NUEVAS PRIMERAS EDICIONES

- A. J. Hanna y K. A. Hanna
NAPOLEON III Y MEXICO
 290 pp. Ilustrado, \$ 55.00
- Robert Alex Baron
LA TIRANIA DEL RUIDO
 262 pp. \$ 45.00
- Graham Jones
CIENCIA Y TECNOLOGIA EN LOS PAISES EN DESARROLLO
 212 pp. \$ 40.00
- Edmundo Flores
DENTRO Y FUERA DEL DESARROLLO
 244 pp. \$ 35.00
- J. S. Cramer
ECONOMETRIA EMPIRICA
 278 pp. \$ 45.00
- Eduardo J. White
EMPRESAS MULTINACIONALES LATINOAMERICANAS
 184 pp. \$ 30.00
- Hendrik M. Ruitenberg
PSICOANALISIS Y CIENCIAS SOCIALES
 296 pp. \$ 30.00
- Dalton E. Mc Farland
ADMINISTRACION DE PERSONAL
 824 pp. \$ 120.00
- Hector Asael
ENSAYOS DE POLITICA FISCAL
 251 pp. \$ 80.00
- Ramón Escovar Salom
AMERICA LATINA: EL JUEGO SIN FRONTERAS
 184 pp. \$ 26.00
- Erich Fromm y Michael McCoby
SOCIOPSICOANALISIS DEL CAMPESINO MEXICANO
 396 pp. \$ 50.00
- Juan Simeón Vidarte
TODOS FUIMOS CULPABLES
 956 pp. \$ 150.00
- Everett M. Rogers y Lynne Svenning
LA MODERNIZACION ENTRE LOS CAMPESINOS
 436 pp. \$ 77.00

¡
 PIDALOS EN TODAS LAS LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA
 ECONOMICA Y EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y TIENDAS DE
 AUTO SERVICIO. LLAMENOS AL TELEFONO 524-49-24

ULTIMAS PUBLICACIONES

Precios

Pesos Dólares

<p>CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por Sol Arguedas, con prólogo de Hugo Viggorena, Embajador de México en Chile. Es un documento vivo y dramático. La autora ha escrito este libro después de haber vivido en Chile en los momentos políticos de mayor trascendencia en los últimos 10 años</p>	<p>30.00 3.00</p>
<p>LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO. MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog. Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación. Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidos retratos</p>	<p>20.00 2.00</p>

—oOo—

De venta en las mejores librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 3 y 5	90.00	7.20	7.50
1945	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Número 4	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1954	Número 5	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Número 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Número 6	75.00	6.00	6.30
1959	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1960	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, y 6	45.00	3.60	3.90
1965	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1, 3 al 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 2, 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1970	45.00	3.60	3.90
1971	Número 6	45.00	3.60	3.90
1972	Números 3 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		" 15.50

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO 1973

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.76
Europa y otros continentes		" 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 5-75-00-17

México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

**COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.**

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RFTAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

• • •

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Publicada por Editorial Sin Nombre, Inc.

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

Directora: Nilita Vientós Gastón

Vol. II, No. 4

(Homenaje a Baroja)

Vol. III, No. 1

(Homenaje a Neruda)

Suscripción anual	\$ 10.00
Estudiantes Puerto Rico	5.00
Ejemplar suelto	2.75

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1973

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50
Precio del ejemplar:		
México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA
MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXII

VOL. CXC

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1973

MÉXICO, D. F. 1º DE SEPTIEMBRE DE 1973

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

•

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5

Septiembre-October de 1973

Vol. CXC

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Chile: Hacer posible lo necesario	7
FRANCIS DONAHUE. Teatro de Guerrilla	17
JUAN CUATRECASAS. El Centenario de la primera República Española en el panorama contemporáneo . . .	34
JESÚS CAMBRE MARIÑO. La colonización de la Universidad Española: Nueva modalidad de imperialismo cultural	47
Dos libros sobre el imperialismo, por MAURICIO DE LA SELVA	60

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

KURT SONTHEIMER. El pronóstico como objetivo y problema de las ciencias sociales modernas	71
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. Cine en Picasso	85
BRUNO PODESTÁ A. Manuel González Prada: Apuntes para una sociología de la literatura peruana	96
MARÍA SOLÁ DE SELLARÉS. En torno a una nueva teoría educativa	113

PRESENCIA DEL PASADO

JOSÉ MIGUEL TORRE. Consideraciones de tipo médico en torno a la muerte del Presidente Juárez	123
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Las flechas de Odiseo y los pretendientes Martianos	146

VICENTE ROMANO. Situación de la publicística española en la primera mitad del Siglo XX	156
La ideología de la Revolución Mexicana, por MAURICIO DE LA SELVA	181

DIMENSION IMAGINARIA

JOSÉ MIGUEL SANTIAGO CASTELÓ. Así me duele el alma	189
LEÓN PACHECO. Una visión del modernismo	191
ALEJANDRO PATERNAIN. Zorrilla de San Martín, o de la dignidad de las letras	201
MARY H. LUSKY. Jorge Luis Borges y su lucha con el lenguaje	219
LUIS LORENZO RIVERO. El Suicidio: Una obsesión de Unamuno	227
ENRIQUE ANDERSON IMBERT. La cinta azul y blanca y la divisa punzó	240
"El Greco", por Manuel B. Cossío, por RUBÉN LANDA	244

Nuestro Tiempo

CHILE: HACER POSIBLE LO NECESARIO

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

México, D. F. 9 de agosto

EN el empeño de intentar lo que se presenta como absurdo hay siempre un impulso de la más noble audacia del hombre. Audacia indispensable que niega precedentes o los ignora, reta a la experiencia, cierra los caminos ya transitados por la historia y enriquece las perspectivas del qué hacer de nuestras vidas. Sin la decisión de lograr lo imposible, sin esa ambición de hacer posible lo necesario, toda idea de progreso colectivo carecería de sentido o lo tendría minúsculo, mezquino y, en todo caso sin alentar la esperanza de alcanzar, algún día, lo que la imaginación sueña como meta y destino finales de la aventura humana. Sólo al final de esas empresas se resuelve el dilema histórico y, casi siempre, el vaticinio que prejuzga el logro o la frustración es sólo una identificación personal de simpatía o de rechazo y no un balance objetivo entre posibilidades y dificultades no suceptibles de superación. Pero, en todo caso, en esas empresas de lo aparentemente absurdo, el acierto es siempre definitivo mientras en la frustración sólo suele haber un aplazamiento y es allí donde se produce la paradoja de que en lo que la experiencia niega, la misma experiencia aconseja nuevos intentos. Así han sido los procesos históricos y así será, más pronto o más tarde, la fascinante aventura del pueblo de Chile.

El mapa de nuestra América es, en nuestros días, la sede de la atmósfera más explosiva, más cargada de drama y de esperanza, de angustia y de coraje, de realidad de batalla y de anhelo de armonía y de paz. Sus pueblos han sido incansables buscadores de la libertad, de la independencia y de la justicia no como temas retóricos, sino como ambiente natural, como condición de la convivencia. Búsqueda reiteradamente negada en la zona donde la explotación y la injusticia persistentes dan vida, en los ámbitos de la miseria, a las fortunas personales más jactanciosas. Con todos los recursos de que han sido despojados, legendarios monarcas de la España católica dieron brillo de oro a su corte, donde el sol no podía distinguir entre el día y la noche y hoy incrementan el pode-

río del Gigante Imperial que es su carcelero, su capataz, su amenaza y su verdugo. El colonialismo es el signo de su realidad histórica; la liberación, el rumbo no abandonado en la angustiada realidad ni en la estimulante fantasía del sueño. Pero en el tiempo americano vuelven a sonar los bronces de la rebeldía en esta hora del nuevo llamado a las luchas por la liberación. La resignación ante el "destino manifiesto" empieza a ser expulsada de la atmósfera latinoamericana y cada uno de nuestros pueblos, en el terreno de sus peculiaridades y limitaciones, busca la meta común por distintos senderos. No es otro el impulso de la hazaña de Cuba, ese pequeño David en duelo inverosímil, por prolongado, con el gigante vecino; ninguna otra intención motiva la nueva imagen del Perú, donde militares adocotrados en academias yanquis torcieron su camino de "boinas verdes" para salir del cuartel y establecer un régimen vigilante de la dignidad y del patrimonio de su pueblo sin excesos dogmáticos, sin devociones ortodoxas pero sin desmayar en su marcha liberadora. En Uruguay y Bolivia los primeros pasos fueron frustrados y la impaciencia del régimen de Torres y el romanticismo del terrorismo urbano de los "tupamaros" toparon con la reacción castrense sólo para comprobar que el imperialismo no es aún un tigre de papel, aunque esté ya condenado a serlo. Bajo la tutoría de Washington, Brasil está, por arriba, entregado al dulce sueño del crecimiento protegido y, por ende, esclavizado pero el despertar de la nación es ya evidente en las palabras de cólera de Helder Cámara, en los requerimientos de una represión que no admite considerandos humanistas, en la insurgencia campesina del nordeste brasileño, en la desesperada inconformidad de los gobernados a quienes, persistente realidad histórica, los dictadores, militares o civiles, suelen transitoriamente vencer pero nunca logran convencer. Y en ese mapa, Argentina suscita —y sufre— la siempre desconcertante confrontación del mito con la realidad; la experiencia del cambio súbito de la nostalgia de un peronismo más evocado que analizado por el dictador obligado a dejar el plácido refugio de su huerto en el Madrid franquista, para volver a quehaceres de impredecibles complicaciones políticas. Pero en todos los rumbos de nuestra América hay en el aire presagios, signos de tempestad desatada en varios puntos o anunciada, en los otros, por los relámpagos de la ira popular.

En todo este mundo, tan distinto en sus peculiaridades nacionales como unificado en origen y destino, surge el fenómeno chileno, la originalidad de una audacia jamás intentada. Como en la paradoja extrema de que se nutre la magia poética de Neruda —la montaña y la arena, los metales y el aire, el estruendo retórico

del dictador y la imponente grandeza del silencio en el océano— Chile plantea y se entrega a una tarea insólita, a reunir en uno solo los trabajos de Hércules. Sólo en el marco histórico de Chile —dentro de nuestra América— podía concebirse la noble idea de abrir, para la conquista del socialismo, una vía trazada en los terrenos de la democracia representativa tradicional. Transformar las estructuras del capitalismo, impuestas por la metrópoli a sus dominios latinoamericanos, con las fórmulas y los instrumentos de un sistema creado y sostenido precisamente para cerrar caminos al socialismo es, al mismo tiempo, confiar en el hombre hasta el extremo de suponerlo capaz de rectificar la misión de la violencia como partera de la historia, una de las más socorridas expresiones de Marx, dignificada ya —o degradada— hasta el nivel de los lugares comunes. Todo parece coincidir para oponerse a tan singular propósito. El núcleo formado en torno al Dr. Allende se mantiene en constante peligro de divergencias internas, de incomprensiones, de desajuste entre las impaciencias vehementes de unos y el realismo que da el oficio político bien aprendido en otros. La Unidad Popular, por sí misma, tiene que hacerse y deshacerse todos los días, avanzar hoy, detenerse en ocasiones y ceder en otras. Pone a prueba, a cada paso, no sólo la madurez política de los líderes, lo cual nunca, ni en Chile, resulta fácil, sino también —y sobre todo— de la base masiva que debe distinguir —y discriminar— entre la meta reconocida y buscada por todos y la selección de senderos y ritmos de marcha para su acceso. Estas innegables dificultades de toda coalición partidista frente a las responsabilidades de un gobierno revolucionario tienen su contraparte y cierta seguridad de equilibrio en la tradición, excepcional en Latinoamérica, de una devoción democrática bien enraizada. Si en México no se ha decidido jamás, en función de un proceso electoral, su rumbo político, pues los comicios electorales han sido trámites que legalizan, en el mejor de los casos, los triunfos de la violencia armada, en Chile, salvo un solo tropiezo en este siglo, son los cómputos electorales los argumentos finales, sin apelación, para señalar las vías de su política gubernamental. Ni la desesperación de los ciudadanos ni la rebeldía militar han torcido, salvo esa excepción, los mandatos derivados de las consultas electorales. El que en no pocas ocasiones ese mandato haya creado y mantenido regímenes de signo adverso a los intereses patrimoniales del pueblo, es tema de un debate aparte sobre las deficientes y engañosas apariencias de las fórmulas de la democracia electoral como instrumento de una política acorde con los requerimientos circunstanciales de una colectividad nacional. Pero, en todo caso, la tradición democrática-electoral de Chile alcanza

niveles de legitimidad y de pluralidad de opciones para el elector que no admiten parangón con los logrados por el bipartidismo oligárquico de los Estados Unidos, por poner el ejemplo continental más favorecido por la publicidad del imperialismo.

Pero, aún así, los obstáculos del camino al socialismo por la vía pacífica, no se limitan a las inevitables divergencias internas de la Unidad Popular. Estas serían, mientras no hagan esas disensiones insuperables, hipertrofien lo que pueda dividirla y relegue a niveles de menor trascendencia el anhelo común, siempre subsanadas. Pero enfrente está la enmarañada madeja de la hostilidad, de la defensa desesperada de los intereses internos y externos que han de ser inevitablemente afectados en el proceso de socialización y, aparte, la reacción de no pocos núcleos de la clase media a quienes la aspereza de la transformación de la sociedad, la sustitución de estructuras asusta, incomoda e impone sacrificios y carencias cotidianas que suelen enfriar y disolver posiciones partidistas que se abrazan cuando resultan inofensivas y hasta lucidoras en los días tranquilos, pero exigencia de heroísmos mayores o menores en etapas de tempestades transformadoras. Allende y la Unidad Popular, sin embargo, no están empeñados, con el pueblo chileno, en un milagro de virtuosismo, de madurez política, de hazaña individual o nacional que asombre al mundo y a la historia. En todo caso, se trata de un milagro indispensable para la liberación de Chile. La frustración de esta tarea de la Unidad Popular retrasaría, no sólo para Chile, sino para la comunidad latinoamericana, el amanecer de la liberación. Es preciso el triunfo. Y hacer posible lo necesario es la más alta misión de la política, su conquista de mayor y más noble trascendencia histórica.

Los vientos de la historia están en contra de las realidades actuales, con las que muchos analistas de las conmociones políticas anticipan el vaticinio pesimista de esta empresa chilena. Allende tuvo, aún antes de tomar posesión del poder, que aceptar el compromiso de no romper el marco constitucional, de llevar el proceso de sustitución de las estructuras chilenas utilizando siempre el instrumento democrático tradicional que lo niega. Ya en el accidentado proceso mismo, con un Congreso en su mayoría opuesto, el gobierno de la Unidad Popular vigoriza su apoyo popular y obliga a la derecha a agudizar sus presiones a tal punto que es ella, la beneficiaria tradicional de las estructuras en trance de sustitución la que amenaza una vez y otra con hacer añicos la legalidad y emplea sus recursos económicos propios, reforzados directa e indirectamente con las presiones imperialistas, para romper el cuadro constitucional del que se proclamó siempre como paladín.

Pero hasta ahora, las fuerzas armadas se mantienen, pese a las presiones de toda índole, dentro de las cuales se incluye el de algunas de sus más respetadas individualidades, fieles a su deber de sostener al gobierno surgido de los mandatos electorales.

Sí, sólo en Chile, dados sus antecedentes, pudo haberse intentado esta empresa de liberación política y económica. Casi tres años dura ya esta singular aventura. Allende y su Unidad Popular se mantienen hoy en el camino trazado desde un principio. En la hora de escribir estas líneas, las crisis se suceden unas a otras, el terrorismo desata la desesperación de la derecha pero el Dr. Allende, firme en el timón, se mantiene fiel al propósito, a la ruta, al milagro histórico. Los vientos de la historia impulsan su nave y el mundo se desconcierta y se asombra ante este impulso chileno. Todo pronóstico es aventurado pero, ciertamente, cualquiera que sea el destino de la Unidad Popular, Chile tiene ya logros que serán irreversibles. Sí, el imperialismo no es aún un tigre de papel, pero el pueblo chileno, en su sector más politizado y resuelto, sabe que el milagro de la política es hacer posible lo necesario. Y en esa empresa se empeña para dar al mundo —y muy especialmente a los pueblos latinoamericanos— la confianza en la fuerza de su determinación y de su esperanza, con la conciencia de que la construcción del socialismo —lo mismo por la ya probada vía de la violencia que por la pacífica que ahora se intenta— no es una feria alegre, con luces de colores, música de viento y fanfarrias de festival. En el peor de los casos bien podrá decirse: el imperialismo retrasó el amanecer del socialismo en Chile. Pero el pueblo vencerá, más pronto o más tarde.

En un esfuerzo más por conjurar la amenaza de una ruptura violenta de la legalidad, el Dr. Allende entabló pláticas con los líderes de la Democracia Cristiana. Como era de esperarse —dado el concono con el cual los devotos de la democracia representativa la han estado saboteando— el único arreglo posible para los adversarios de la Unidad Popular radicaría en el olvido total, por parte del gobierno chileno de toda aspiración liberadora, es decir, devolución de las empresas nacionalizadas, un gabinete castrense que impediría todo paso en la aplicación del programa de la U.P. Es decir, la rendición de la Unidad Popular en beneficio de la política del retorno a la situación que —por los más estrictos procedimientos democráticos fue vencida en la consulta electoral. ¿Cuál es, entonces, el porvenir inmediato de Chile? Los demócratas quieren que la democracia estalle en mil y un pedazos mientras que quienes construyen el camino al socialismo la defienden de crisis en crisis con un apoyo popular cada vez más firme. Chile avanza en ese

camino y, quizás, la cuestión en juego está en que esa marcha sea transitoriamente detenida en un alto circunstancial y, por ende, transitorio pues en el impulso de los vientos de la historia nunca ha sido conocida una reversión permanente.

México; la unidad amañada

HAY en el régimen gubernamental que preside Luis Echeverría afanes renovadores y cierto impulso rectificador de los desvíos más obvios de la ruta original de la insurgencia revolucionaria. Desde que fue proclamada su candidatura —por la hasta hoy imprescindible vía del partido mayoritario— Luis Echeverría se empeñó en esa imagen rectificadora, dispó las ominosas brumas heredadas de su antecesor al liberar a los prisioneros políticos procesados a consecuencia de los sucesos tempestuosos del año olímpico y su sangriento clímax de la noche del 2 de octubre, cuando Tlatelolco confirmó su definición náhuatl como "lugar donde llora el viento" y donde —dice Carlos Monsiváis en su espléndida Procesión del Silencio— Cuauhtémoc disparó su última flecha; al cultivar un diálogo constante, preferentemente con los grupos hostiles o simplemente inconformes; al sembrar esperanzas no consumadas de actualización de la reforma agraria y, en el terreno internacional, a rectificarse a sí mismo, enviando al olvido una infortunada declaración en Washington, días antes de su toma de posesión, en la que anunciaba un entendimiento con el huésped de la Casa Blanca para coordinar esfuerzos contra el comunismo a fin de devolver nuestra política exterior a los senderos de la solidaridad latinoamericana y con los países del llamado "tercer mundo" y establecer relaciones diplomáticas con la China Popular y la República Democrática Alemana; al realizar visitas a la Unión Soviética y a la propia República Popular China —paso sin precedente en un gobernante mexicano— y, en fin, a proclamar una política nacionalista, más efectiva hasta hoy en las proclamaciones verbales que en los hechos. En vísperas de cumplir la primera mitad de su mandato, el balance parece más positivo en las intenciones que en los resultados de su política pues no han faltado en ella prudencias excesivas y no pocas indecisiones que caracterizan su camino como una marcha encaminada a facilitar avances progresistas pero sin lesionar en lo mínimo los baluartes de una oligarquía en disfrute de canonjías y subsidios que agravan la injusticia en la distribución del ingreso nacional y que consideran que su propio progreso, tan ligado directa o indirectamente a la inversión extranjera, es el progreso del país.

Consecuencia de ese no proclamado pero visible propósito de hacer bien a unos sin frenar la voracidad de otros, es la aparición, en la política mexicana, de la fórmula tripartita como panacea para todos los males derivados de la enmarañada problemática de un país, como mágico conjuro ante cuyo hechizo huyen las inevitables contradicciones de la lucha de clases, la desesperación de proletaria ante la ola inflacionaria que reduce su menguado poder de compra y el requerimiento, ya inaplazable, de una más justa redistribución del ingreso. Tres partes en armonía, en colaboración patriótica, pueden poner en funcionamiento ese remedio infalible para satisfacer todas las necesidades, para disipar egoísmos y para hacer innecesaria la defensa tutelar —espíritu que preside la legislación laboral mexicana— del sector más débil entre los factores de la producción.

Naturalmente, la idea de una fórmula de unidad tripartita para aliviar los problemas de un país no constituye una originalidad ni siquiera en nuestro propio país. Si todos los estudiosos de la vida de México en las últimas décadas, fijan el año de 1940 como arranque de las desviaciones revolucionarias, tendremos que mencionar también la etapa de gobierno de Manuel Avila Camacho como la del auge de la unidad nacional, en la cual campesinos y obreros tuvieron que frenar su impulso liberador para que una burguesía entonces precaria y un tanto aldeana, pudiera capitalizar las circunstancias de la segunda guerra mundial y al amparo de la unilateral protección oficialista, pusiera en marcha un proceso industrializador y una capitalización que la hacen hoy ventajosa beneficiaria de un crecimiento impulsado y canalizado para hacer nulos los mejores propósitos del cardenismo antecesor y, contra lo que desde Morelos ha perseguido el pueblo de México, ahondar los desniveles de la indigencia y la opulencia hasta los extremos más contrastados. En aquel entonces, la participación de México en la guerra contra el eje pudo explicar la eficacia del señuelo de los beneficios "patrióticos" de la Unidad Nacional, bandera y programa de la rectificación revolucionaria.

Ahora, sin embargo, son otras las circunstancias y más obvio el rechazo popular a esa participación tripartita en cuya base se pretende atemperar inconformidades, ignorar las realidades de la lucha de clases al sumar, en un esfuerzo que no puede ser común, la defensa de los intereses patronales y vigorizar la presión proletaria en pro de un equilibrio más equitativo entre los factores de la producción. Con todas las realidades persistentes de la atmósfera política mexicana, no resulta fácil aventurar buen camino a esa iniciativa de las soluciones tripartitas.

Esperar, en las condiciones del México de hoy, que obreros y patrones unifiquen sus decisiones con las del gobierno, lo mismo para definir si la semana de 40 horas es perjudicial o benéfica que para equilibrar el poder de compra de los asalariados con los avances inflacionarios, es como especular con los milagros oportunos e inexplicables. La fórmula es hoy impracticable, a nuestro juicio, por lo absurdo de su composición y por las específicas circunstancias en las que se revive el recurso avilacamachista. Desde luego, no hay claras posibilidades de que la clase obrera pudiera tener una legítima representación en esas comisiones. Los sistemas imperantes en el sindicalismo mexicano —aún vigentes a pesar de los esfuerzos de insurgencia obrera registrados en diversos gremios, muy especialmente entre los ferrocarrileros y los electricistas— hacen imposible esa legitimidad proletaria. Los líderes del sindicalismo en el país, por sumisión política a los diferentes gobiernos en turno, han perdido la iniciativa que les corresponde en la lucha de clases y han desdeñado toda acción política obrera al convertirse en dócil instrumento de una hegemonía gubernamental. Los sindicatos mexicanos no han tenido, en las últimas décadas, otra motivación que la de apoyar al gobierno. La voz de estos líderes, cuyo desprestigio ha popularizado el mote de "charros" con el cual son señalados por la opinión pública no es, ni puede ser, la voz genuina de los trabajadores a quienes dicen representar y en realidad sabida —y aceptada por todos— suplantán. Esas comisiones tripartitas están, así, condenadas a funcionar sin la participación obrera.

El gobierno, según sus deberes constitucionales y sus necesidades políticas, está obligado a mediar entre proletarios y empresarios. Su política es, en todo caso, reguladora, a veces con preferencia a un sector, en ocasiones al opuesto, siempre, en el mejor de los casos, en busca de un equilibrio estable que le permita gobernar con el mínimo de conflictos. En esas comisiones tripartitas que el Secretario del Trabajo se apresura a instituir en todas y cada una de las entidades federativas, silenciada la voz de los trabajadores no habrá más presión sobre el gobierno que la patronal, especializada tradicionalmente en convertir en inminencia de catástrofes, en amenaza de anarquía y de caos, todo intento concreto por aliviar la situación obrera y reducir, por ende, la nunca satisfactoria proporción de lucros, factor *sine qua non* pueden concebir la prosperidad de la patria y la felicidad de todos los mexicanos. Si el gobierno ha de atender a presiones contradictorias en esas comisiones tripartitas, desde ahora puede anticiparse que no las tendrá, pues los líderes "charros" han sido considerados, por el sector patronal,

como columnas irremplazables de la estabilidad y el progreso, valores devaluados desde 1968 pero que aún son empleados como recursos retóricos para conjurar tempestades.

La situación es tan clara, que los mismos líderes oportunistas del sindicalismo se creen obligados, a pesar de su tradición oportunista y cortesana, a exteriorizar su falta de fe en las tareas de esas comisiones tripartitas y prefieren, aunque sólo sea en el terreno verbal, a recurrir a los instrumentos legales de la acción proletaria para obligar, con la huelga inclusive, a defender los intereses de los asalariados, víctimas iniciales e indefensas de todo arreglo de "unidad nacional" entre explotados y explotadores.

Pero, aún más, la concepción de ese "tripartismo" tiene el inconfundible olor del azufre fascista, con matices del corporativismo cultivado por el "Duce" en la Italia de la cárcel de Gramsci y de los alardes del socio de Hitler. Evidentemente, la iniciativa de esta resurrección de la política de "unidad nacional" ha encontrado el frontal rechazo del México de nuestros días y constituye uno de los argumentos que alientan la oposición en diferentes trincheras partidistas y la resistencia persistente en distinguir lo que el Presidente Echeverría se propone, en su política rectificadora y lo que efectivamente logra.

Por lo demás, ni siquiera los sectores empresariales se muestran entusiastas frente a esa invitación a un "tripartismo" en el cual todas las ventajas previsibles están de su lado. Con su nunca desmentida ceguera política, es precisamente en la derecha donde se apoya la oposición más emocionalmente intransigente hacia la política echeverrista. Definiendo su reacción por lo que el gobierno bien dice —y no por lo que mal hace— son los oligarcas quienes disparan los dardos más envenenados contra el régimen actual y se niegan a la justa consideración de que, si efectivamente la contradicción no es ajena a la acción gubernamental, también es válido afirmar que en muchos aspectos, la atmósfera mexicana ha cambiado, en tres años, en términos no definitivos, pero sí estimulantes. Aún sus cualidades evidentes de laboriosidad, comunicación directa con los sectores mayoritarios, desacralización del tabú presidencialista —cualidades que en la izquierda más radicalizada e intransigente empieza a reconocerse al presidente Echeverría—, se los niega la enconada e iracunda derecha. Ante esa actitud, la iniciativa de estas "comisiones tripartitas" pueden señalarse ya como una de las frustraciones políticas del régimen actual, pues suponer siquiera que es posible integrar, en un solo esfuerzo, los temores y la desconfianza de la víctima y la crueldad insaciable del verdugo es ignorar las experiencias sociales.

Nunca incendiario y bombero, verdugo y víctima, conejo y cazador han encontrado concierto y unidad en sus opuestos puntos de vista. Y esta experiencia de las "comisiones tripartitas" no parece ser la excepción.

TEATRO DE GUERRILLA

Por *Francis DONAHUE*

A partir de los años 60 surgió un nuevo movimiento de teatro internacional como resultado del espíritu de radical descontento de estudiantes, minorías y grupos políticos en los Estados Unidos, México y Francia. Para este fenómeno teatral han aparecido nuevos nombres: Teatro Nuevo de Agitación y Propaganda, Teatro de la Revolución Cultural, Teatro de Protesta, Teatro de la Calle, y Teatro de Guerrilla. Este último término parece ser el más apropiado para abarcar esta nueva colección de nombres y formas, cada uno de los cuales comprende un tipo radical de teatro como arma en contra de lo que se considera una opresión económica, política o cultural.

Así como las guerrillas se oponen al régimen establecido en un país determinado, el Teatro de Guerrilla está en decidida oposición al teatro burgués en los Estados Unidos, México y en la Europa Occidental. A diferencia del teatro "establecido" con sus cuatro paredes, grandes columnas, público que paga, tradiciones sancionadas, y afán de lucro, el Teatro de Guerrilla no tiene paredes, se presenta en la plaza pública, en un barrio, en el mercado del pueblo, en lavanderías automáticas, escuelas, campos de labranza, iglesias, bares y dondequiera que la gente se congregue.

El grupo teatral llega a menudo con poco o ningún aviso previo, encontrando un público sorprendido ante quien se presenta una breve sátira sobre temas tales como el problema racial, el militarismo, la opresión cultural de una minoría, algún boicot, el clima de violencia, los altos precios en el mercado, o el consumismo como forma de vida.

Los grupos del Teatro de Guerrilla varían en sus objetivos, formas de lucha y medios expresivos. Algunos prefieren la poesía coral, otros un acercamiento a la "Commedia dell'Arte", otros simple pantomima. Pero a medida que estos grupos se desenvuelven, la mayoría combina estas distintas técnicas en un método apropiado a sus fines. Se limita la decoración escénica a unos accesorios básicos que sirven para ambientar la pieza. Por lo tanto, el grupo debe

basarse en la voz, la expresión corporal y símbolos fácilmente reconocibles para proyectar su teatro como instrumento de protesta.

En su lucha por la revolución social el Teatro de Guerrilla está imbuido de un importante y urgente mensaje. Está más interesado en su contenido, de protesta, que en su forma (teatro). Sus sátiras u obras cortas son generalmente escritas o improvisadas por toda la compañía. No son "obras literarias" para dar fama o dinero a autores o actores. En su contenido y tema, se distinguen marcadamente del teatro psicológico de Tennessee Williams, del realismo social de Arthur Miller y de la angustia metafísica de autores de lo absurdo como Samuel Beckett y Eugenio Ionesco.

Raíces teatrales

PARA trazar las raíces del Teatro de Guerrilla es necesario recordar el Drama de Agitación y Propaganda que fue desarrollado por las compañías de cómicos rusos en los años 20 y más tarde introducido en los Estados Unidos por el periodista Michael Gold. En obras de Agitación y Propaganda, cortas escenas expresionistas destacan la corrupción social, la lucha de los pobres abatidos y la explotación de los patronos. En los 30, en un plano más sofisticado, algunas de las técnicas de agitación y propaganda resurgieron en los trabajos del "Group Theater" de Nueva York, una compañía talentosa que produjo grandes espectáculos de interés social como *Esperando a Lefty* (1935) de Clifford Odets, narración doctrinaria de una huelga de taxistas.

En 1960 la "Compañía de Mimo" de San Francisco (California), partiendo de los fundamentos de agitación y propaganda, desarrolló un nuevo tipo de teatro experimentado con algunas de las técnicas que más tarde se habían de fundir en el Teatro de Guerrilla contemporáneo. Se lanzaron a la calle a representar cortas sátiras y teatro de títeres con el fin de despertar la conciencia de los californianos hacia los abusos existentes en su sociedad. Entre sus representaciones había una sátira que enseñaba a la gente de la ciudad cómo interrumpir los relojes contadores en los estacionamientos para no pagar por estacionarse, lo que la "Compañía de Mimo" consideraba una expresión injusta del poder por parte del Ayuntamiento.

Aparte de la "Compañía de Mimo", se incluyen otros dos grupos radicados en Nueva York: el "Teatro de Pan y Títeres" y el "Performance Group", los cuales representan obras sobre temas locales.

Grupos franceses

EN los años 60 empezaron a aparecer en Francia unos grupos de Teatro de Guerrilla. El "Grupo N" en París, bajo la dirección del peruano Emilio Galli, representó la intrigante obra *Autopsia de Macbeth* (1969), en la que se mezclaban cortos parlamentos del texto de Shakespeare, traducidos al francés, con sonidos no verbales, como respiraciones, gorjeos, pisadas fuertes y el uso de movimientos físicos para producir efectos expresivos. Galli quería que su público reconociera un paralelo entre la frustración, castración y extinción de Macbeth en manos de su mujer y los métodos de persuasión y terror empleados por las juntas militares revolucionarias.

El "Théâtre du Chêne Noir" en Avignon, valiéndose de técnicas experimentales parecidas, representó *Sarcófago* (1969) en su propio teatro instalado en una fábrica abandonada. Más tarde montó la pieza en París y otras ciudades de Francia. La obra consiste en una dramatización de la lucha del hombre por romper las cadenas de servidumbre en que se encuentra para poder progresar hacia una verdadera libertad.

Representando la tradición del Teatro de Guerrilla en el Midi Francés está el "Théâtre de la Carrière", la que busca una mayor libertad cultural para el pueblo de los occitanos. Este teatro reclama a gritos el derecho de los occitanos a hablar libremente la "langue d'Oc", la cual, dicen, es el verdadero idioma de más de seis millones de personas hoy en día. Intentan también criticar los poderes políticos, el alto costo de la vida y la creciente militarización de Provenza. Los jóvenes componentes de la compañía, principalmente estudiantes y campesinos, actúan en la región del Midi, dondequiera que haya un público dispuesto a escucharlos. En su obra más conocida *Muerte y resurrección del Señor Occitania* (1971), representan por medio del mimo la desvergonzada explotación del Señor Occitania por el ejército, los turistas, los patronos y los especuladores de bienes raíces. Expulsado de su propia casa, el Señor Occitania llega a tal grado de desesperanza que desenfunda su pistola con intención de suicidarse. En esto apela directamente al pueblo de Occitania para realizar un sólido plan de lucha por la integridad cultural y geográfica de su adorada tierra.

Los "Mascarones"

EN México radican los "Mascarones", una agrupación de Teatro de Guerrilla que empezó su vida profesional en 1963. En su empuje

revolucionario este grupo utiliza "corridos" mexicanos, conjuntos corales, mimos y dramatizaciones. Respecto de los propósitos del grupo, afirma su director Mariano Leyva:

Queremos educar al pueblo, queremos mostrarle lo que es la filosofía del Orden Establecido. Y ofrecemos a los oprimidos un medio [el teatro] por el cual puede adquirir un conocimiento de la vida que le rodea. Nosotros conducimos al pueblo hacia un cambio, hacia un mundo en el que hay más justicia y libertad. Tratamos de poner un rifle en la conciencia del pueblo. Este es un problema de arte y política, ya que no hay arte sin política ni política sin arte. El arte nos da amor; la política, conciencia. Juntos, arte y política, producen la bomba que habrá de despertar al pueblo. . . Nuestro enemigo es el imperialismo.

Los veinte componentes de los "Mascarones", cuyas edades oscilan entre dieciséis y veinte, son estudiantes de la Preparatoria Popular en la capital mexicana, los que viven y trabajan juntos. Después de sus estudios académicos, dedican muchas horas preparándose para las tres o cuatro representaciones teatrales que realizan semana tras semana. No actúan en teatros comerciales u oficiales, sino más bien en escuelas, fábricas, pueblos pequeños, centros suburbanos, barrios de obreros en la capital, y en otros lugares de la República Azteca.

Careciendo del tradicional apoyo económico, los "Mascarones" dependen de la contribución de su principal público: estudiantes y obreros. Explica Leyva:

Recibimos desde diez centavos mexicanos de un joven estudiante hasta doscientos pesos de un trabajador, que son como dieciséis dólares americanos. Algunas veces un trabajador, después de una representación, vacía sus bolsillos de todo el cambio que tiene y nos lo da.

Para aumentar estas ganancias el grupo fabrica "arte y trabajos manuales revolucionarios", los que vende después de las representaciones. Estos trabajos incluyen insignias y alfileres reflejando la cabeza de "Che" Guerra, carteles e ilustraciones con la efigie de algún rebelde como Fidel Castro, Camilo Torres y Emiliano Zapata, así como una serie de grabaciones que agrupan las facetas más importantes de su propio repertorio musical.

Este repertorio se ha producido principalmente como resultado del esfuerzo cooperativo. Inspirados por acontecimientos del pasado o del presente de la historia de México, o por la lucha revolucio-

naría de países como Cuba y Vietnam, los "Mascarones" improvisan escenas con acompañamiento musical, generalmente con guitarras, y preparan las necesarias dramatizaciones para enlazar sus composiciones corales. Con gusto artístico, visten camisas y pantalones negros. Con agilidad crean agrupaciones de masas que después reducen a pequeñas unidades para asegurar una vitalidad kinética a sus espontáneas representaciones. Sostiene Mariano Leyva:

Este es un teatro para la liberación y la paz... un teatro que se esfuerza por dar dimensiones dramáticas a acontecimientos enraizados en el dolor y la angustia de nuestro pueblo. Presentamos un repertorio de canciones y corridos revolucionarios. El corrido expone lo que el pueblo siente y nunca teme decir la verdad.

En su obra *Zapata* (1968), los "Mascarones" reconstruyen la vida y las dimensiones revolucionarias de Emiliano Zapata, el incorruptible hijo de Morelos que dirigió a los campesinos hambrientos de tierras en la Revolución de 1910.

Por medio de corridos, dramatizaciones y recitados, Zapata domina la escena; primero, cuando aún muy joven observa las injusticias de los grandes terratenientes y promete solemnemente hacerles devolver esas tierras; más tarde se le ve dirigiendo a los campesinos hacia la victoria militar. Después, se sienta a conferenciar con el nuevo Presidente Francisco Madero, quien le sugiere que no presione tanto para realizar las reclamaciones de los campesinos.

Posteriormente Zapata surge como el primer defensor del "Plan de Ayala", un documento agrario unido a su nombre en la historia mexicana. Este "Plan", basado en reformas agrarias, estipula que un tercio de las tierras de los latifundios en manos de los hacendados sea devuelto a los campesinos.

Frente a la amenaza de un "Presagio Negro", los "Mascarones" se disponen a presentar acontecimientos de la historia mexicana desde 1919. Un supuesto desertor del Ejército Federal informa a Zapata que otro federalista, el Coronel Jesús M. Guajardo, se quiere unir a los Zapatistas. Cautamente, Zapata accede al fin a reunirse con Guajardo en la aldea de Tepalcingo. Guajardo gallardamente le regala a Zapata, gran amante de caballos finos, un brioso alazán. Después de abrazar al "Caudillo del Sur", Guajardo prepara otra reunión para el día siguiente en una hacienda ubicada en Chinameca. Tras una amistosa plática Zapata ensilla su caballo y se dispone a salir con su escolta de diez hombres. Mientras un Guardia de Honor le rinde un saludo musical al "Caudillo", los secuaces de Guajardo lo acribilan a balazos.

Aún hasta nuestros días, los indios recuerdan con hondo pesar la "Traición sin Sentido", "El Nueve de Abril" y el "Presagio Negro".

En *Jenaro Vázquez* (1972) los "Mascarones" rinden tributo al dirigente campesino mexicano contemporáneo, un maestro de escuela convertido en soldado del pueblo, compañero espiritual de Zapata. El cometido revolucionario de Vázquez era el de liberar México en pro de una patria mejor o morir en el empeño.

La prensa venal te denunció.
 Pero nosotros,
 los artistas revo-
 lucionarios del pueblo,
 Debemos decir la verdad
 sobre la lucha.
 Jenaro, tu mueres
 [2 de febrero de 1972]
 sólo para vivir
 en la conciencia de
 los que aman la justicia.
 Volveremos contigo,
 Jenaro,
 Seremos millones,
 Triunfaremos,
 Comandante Vázquez Rojas.
 Tu muerte no ha sido en vano.
 Continuaremos en la lucha,
 Comandante Vázquez Rojas,
 Toda una vida de lucha.

En *Taravisión* (1971) los "Mascarones" satirizan la televisación de la mentalidad mexicana causada por "la infiltración de nuestras mentes por los héroes yanquis".

¿Cuál es su respuesta a los programas hechos en Norteamérica y doblados en español?

Cambiando el canal no se resuelve nada.
 Tenemos que cambiar el sistema.

Entre los otros números del conjunto mexicano destaca uno que monta una queja contra la brutalidad y venalidad de la policía, y otro que viene a ser un "Saludo al Pueblo de Cuba, el único que ha triunfado sobre el Imperialismo Yanqui." Para este combativo

número musical, con los bongós y el rítmico palmoreo se crea un sincopado compás del Caribe:

Martí lo prometió,
Fidel lo cumplió.
Fidel, Fidel...
¿Qué tiene Fidel,
Que los yanquis
no pueden con él?

En su número *El Diez de Junio*, el grupo recrea y editorializa sobre los trágicos sucesos de aquel día de 1971 cuando 10,000 estudiantes de la capital marcharon al imponente Monumento de la Revolución para protestar la prolongada prisión de cuarenta estudiantes que fueron arrestados durante las demostraciones anti-gubernamentales en octubre de 1968. Esta concentración dejó una lista oficial de más de cincuenta muertos.

"La traición a la Revolución fue la causa de esta manifestación", entona la compañía, la que entonces se disuelve en unidades individuales para expresar por medio de los mimos la llegada de un grupo de esbirros derechistas que se dice están subvencionados para trabajar entre los estudiantes ("Sesenta pesos al día, y más para los dirigentes"). Se mueven automóviles en estilo mímico, mientras unos "Mascarones" simulan ser oficiales con cascos. Suenan las sirenas, se radia información a los combatientes. La policía se muestra indiferente, empieza la batalla. Entran en acción pistolas, carabinas y simuladas cañas de bambú japonesas afiladas en punta. Se rompen cabezas. Los estudiantes se retuercen de dolor en el césped.

Sobreviene una calma y lamenta un "Mascarón". "Ha pasado casi un año, y los culpables siguen sin castigo."

Además de los "Mascarones", hoy existen unos quince grupos de Teatro de Guerrilla en México, según Mariano Leyva. Todos se sirven del sistema coral, aunque cada uno tiende a crear espectáculos basados en su propia interpretación de los problemas de su región.

Al enfocar el futuro del Teatro de Guerrilla en México, Leyva se expresa en estos términos:

Nuestro propósito es desarrollar más grupos y cambiar la forma del teatro burgués; queremos llevar el teatro a la plaza, a centros donde se congregan obreros y campesinos; queremos popularizar un teatro sencillo ya que el mayor ingrediente será el cuerpo y la voz —movi-

miento y canción— sin necesidad de disfraces ni decorados, y, por supuesto, hay una constante necesidad de escribir nuevos números, nuevas obras, inspirados en nuestra historia y en nuestra existencia diaria.

Teatro Chicano

El movimiento más activo del Teatro de Guerrilla se halla en el Sudoeste de los Estados Unidos donde se encuentra el centro dramático de los chicanos (mexicano-americanos), la segunda minoría menos favorecida del país. Los seis millones de chicanos constituyen el 3% de la población nacional; forman una subcultura de clase baja, son víctimas de discriminación en sus trabajos y de prejuicios en la vida social debido a las diferencias culturales y de idioma que los distancian de la dominante cultura anglo-sajona.

El año 1965 señala el comienzo del ascenso de la lucha de los chicanos. En ese año, el chicano César Chávez, un dirigente obrero, dirigió una huelga de la recolección de la uva que provocó un boicot de los cosecheros de uvas y lechugas de California. El término "La Raza" llegó a popularizarse como reflejo del creciente descubrimiento de su propia identidad como grupo étnico con su propio estilo de vida. Y ese mismo año, Luis Valdez, un chicano de 25 años que se había formado en un necesitado barrio de Delano (California) se unió a César Chávez y a su movimiento. Valdez había estudiado teatro y había trabajado anteriormente con la "Compañía de Mimo" de San Francisco. En Delano, organizó el "Teatro Campesino" como vehículo para dramatizar los objetivos de la huelga, para atraer a los trabajadores del campo y mantener la moral de los huelguistas. Reclutó ocho huelguistas para que actuaran en una breve sátira sobre la vida de los trabajadores del campo y su explotación por los cosecheros. En sus personajes colgaba cartones con rótulos—"Patrón", "Di Giorgio Company", "Farm Workers"— para que su papel fuera inmediatamente entendido.

Era teatro de propaganda, presentado por los actores-huelguistas en iglesias, o en la parte de atrás de un pequeño vagón o carromato en las paradas de descanso durante la marcha de protesta sobre Sacramento, la capital del estado de California, en 1966.

Su idioma era el "español pocho", una mezcla de español e inglés que hablan los chicanos, mas "pachuquismos" que son voces españolas "Made in U.S.A." como "vato loco" (tipo loco), "troquita" (pequeño camión), y "la placa" (la policía).

"Actos"

ESTAS sátiras cortas, desarrolladas al calor de la huelga, y ahora llamadas "Actos", han llegado a constituir la base original del repertorio del "Teatro Campesino" y de otros grupos de Teatro Chicano. Luego se han extendido los "Actos" para abarcar un panorama de las condiciones y problemas de los chicanos: discriminación en las escuelas, viviendas y empleo; la brutalidad de la policía contra los "marrones"; el mundo de las drogas, y la lucha de los chicanos para no ser "homogeneizados" en la cultura norteamericana.

Hay "Actos" que vienen acompañados por baladas revolucionarias mexicanas. Dramatizan, por ejemplo, una versión chicana de escenas de la Conquista española, con los españoles, equivalentes de los actuales "Gavachos" (norteamericanos blancos) como sistema establecido que oprime a los indios mexicanos, equivalentes de los contemporáneos "marrones" chicanos.

En cuanto a su forma, los "Actos" son revolucionarios ya que no siguen modelos teatrales establecidos, sino que combinan diversos estilos: la "Commedia dell'Arte" con su surtido de personajes fijos a lo largo de numerosas obras improvisadas de carácter cómico, satírico y alegórico sobre unas tramas básicas; el humor mimético de Cantinflas, el "Charlie Chaplin" mexicano; los efectos de multimedia creados por medio de vistas fijas o proyecciones cinematográficas en paredes o en algo apropiado si existe; y una especie de método Brechtiano consistente en el "efecto de alienación", por el cual un narrador, en su introducción, alerta al público sobre el hecho de que van a presenciar una representación teatral, y que se les quiere decir algo sobre ellos mismos, sobre su mundo, sobre sus opresores. De esta forma el público no se identifica emocionalmente con los personajes y las situaciones para estar seguro de recibir el "mensaje" de estas piezas que resultan ser "moralidades modernas".

En su apelación al público, los "Actos" son completamente populares. No buscan la aprobación de los críticos. Sus triunfos se miden por los efectos que obtienen tocando los sentimientos y la sensibilidad del público, dramatizando "La Causa" chicana y marcando soluciones. Huelga decir que su objetivo es más didáctico que estético.

Con los años Valdez y sus colaboradores han establecido una guía para la composición de "Actos":

Introducir al público en la acción social. Iluminar un punto específico sobre los problemas sociales. Satirizar la oposición. Mostrar o sugerir una solución. Expresar lo que el pueblo siente. Su mayor interés se centra en una visión social, opuesta a la visión individual de artistas o comediógrafos.

En su representación los "Actos" sirven como "caricaturas para adultos." La acción es a menudo salvajemente exagerado, los gestos son amplios, el vestuario y los disfraces resultan ser llamativos: la máscara de cerdo indica "el poli", el personaje cuya cara está untada de blanco, a menudo llevando un sombrero de Tío Sam, es un "gavacho" que representa al orden establecido, o bien como abogado, juez, patrono o político. Con la máscara blanco-marrón se pone de manifiesto un "coco", un "vendido", o un "Tío Tom", es decir, un chicano que es marrón por fuera pero blanco por dentro (asimilado por el sistema anglo-blanco).

En términos teatrales los "Actos" son espectáculos de Agitación y Propaganda, ya que gritan:

"¡No compres uvas!" "¡Apoya el boicot!"
 "¡Nuestra raza pasa hambre en los barrios
 y esclavitud en el campo con jornales de
 hambre!"
 "¡Tenemos que echar al gavacho de los barrios!"
 "¡Viva la Causa!" "¡Viva la Raza!" "¡Viva la Revolución!"

Singularizan los "Actos" un constante fluir, un espíritu de diversión, un sentido de compromiso. Entre actores y público hay una doble corriente de emoción, de sentimientos, de simpatía. De hecho, estas sátiras constituyen un espectáculo carnavalesco que a la vez que proporciona placer a los chicanos, les enseñan a éstos provechosas lecciones.

Del movimiento teatral chicano se desprende un mensaje sencillo y significativo: "Esta es nuestra situación como minoría explotada; grotesca y divertida en escena, pero real y dolorosa en la vida diaria."

Arquetipos de Personajes

IGUAL que la "Commedia dell'Arte" italiana de los siglos XVI y XVII tenía arquetipos de personajes —Arlequín, Colombina, Pantalone, Pulcinella y el Capitán, entre otros— los "Actos" han crea-

do sus propios personajes que son ya reconocidos por la mayoría del público. Resultan ser figuras que han crecido a nivel de arquetipo por la frecuencia con que los chicanos los encuentran en su propia vida y ahora en los "Actos". Ellos incluyen al "Super Sam", el arrogante guardia blanco que maltrata a los chicanos y algunas veces dispara primero y después grita: "¡Alto, mexicano!"; al patrón que explota a sus obreros mientras finge ser su amigo; a los "vendidos" que sólo viven para sí mismos, con poca consideración para "La Causa" ("Yo me impuse en esta sociedad, ¿por qué no puedes hacerlo tú?"). Los más frecuentes tipos "vendidos" son "el honrado Jess" el vendedor; el "Coyote", contratista de obreros agrícolas; y el "Esquirol", un obrero agrícola de otro Estado o de México que trabaja por jornales más bajos que los chicanos. Entre los otros arquetipos se hallan los "Huelguistas", chicanos de buena intención, dispuestos a sacrificarse ahora para poder mejorar después sus condiciones de trabajo; "Juanito Raza" (o "Johnny Pachuco" o "Juan Corazón"), el típico joven chicano orgulloso de su "machismo", listo para ser reclutado pronto, o llegar a ser un drogadicto; y los "Campesinos" humildes, pobres, analfabetos y con frecuencia explotados.

Estos arquetipos de personajes que aparecen una vez y otra están relacionados con personajes alegóricos como "Muerte", "Iglesia", "Defensa General", "Sindicatos", e "Invierno", los cuales generalmente llevan un rótulo de cartón de identidad colgado del cuello. Dando apoyo a los personajes arquetípicos y alegóricos hay unos personajes "generales", necesarios para completar el conjunto, como son la Secretaria, el Maestro, Chicano No. 1, La Madre, El Padre, y el Guardia Armado.

Cuando los personajes principales —villanos, héroes y heroínas de los chicanos— se materializan en la escena, éstos los observan con gran atención pero sin la emoción con que presencian las películas cinematográficas o los dramas de la televisión. Consideran a estos personajes como prototipos surgidos de la experiencia, frecuentemente dolorosa, del recuerdo o de la imaginación de "La Raza". Ahora, puestos a la luz del día en la escena, estos personajes vienen a ser parodiados provocando grandes risas. Los chicanos, al tener conciencia de lo que les resulta desagradable, riéndose de ello, llegan a cobrar fuerzas para sobrellevar las penas de su existencia diaria. De modo que los "Actos" sirven de catarsis para los chicanos, los que se libran de algunos de sus temores y desconfianzas frente al mundo de los "gavachos".

Perspectivas de "La Raza"

Por los "Actos" los chicanos llegan a descubrir su propia identidad como una subcultura que después de un siglo de servidumbre están ahora protestando contra la injusticia; se están formando una imagen de sí mismos como pueblo bilingüe y bicultural que tiene afinidades espirituales con los grupos de indios mexicanos que padecieron en manos de los españoles, y con las atropelladas masas mexicanas por quienes, siglos después de la Conquista española, Pancho Villa y Emiliano Zapata lucharon valientemente en la Revolución Mexicana (1910-1917). Los chicanos también llegan a una mayor comprensión de sus propias características, tanto positivas como negativas: su orgullo al no querer integrarse en el crisol norteamericano; su exagerado "machismo" que se manifiesta en un interés por la conquista sexual de muchas mujeres; su preocupación por el honor personal y familiar, la que a veces conduce a hechos de sangre y muerte; la posición inferior en que se coloca la mujer chicana, que a menudo tiene que ceder ante cualquier conducta de su compañero "porque mis hijos necesitan un padre"; la tendencia chicana a crear en el "Carnalismo", un tipo de trabajo colectivo para el bien común de "La Raza"; y la necesidad de exaltar su descendencia india en vez de tratar de pasar por "españoles nacidos en México".

Otros Teatros

INSPIRADAS por el "Teatro Campesino", otras compañías de Teatro Chicano aparecieron a partir de 1966 en Fresno, San José, Berkeley, San Diego, East Los Angeles, San Fernando, Seattle y otras ciudades norteamericanas. La mayoría fueron organizadas por estudiantes de bachillerato y universitarios que adaptaron o adoptaron obras de Luis Valdez y su grupo. Más tarde empezaron a crear obras teatrales propias. Hoy funcionan catorce teatros chicanos importantes en California, cinco en Tejas, y otros en Colorado, Washington, Arizona y Nuevo México.

En sus representaciones ante clubes, grupos de trabajadores y estudiantes, estos teatros invariablemente incluyen piezas sobre el conflicto entre patrones y obreros. Pero a partir de 1968 han ido aumentando la representación de problemas de interés inmediato para los chicanos de las ciudades.

Cuatro Temas

EN los "Actos" se puede discernir cuatro temas principales, los cuales vienen a ser los que sostienen el Movimiento Chicano. Estos son: la protesta social; la búsqueda de su propia identidad; el paralelismo cultural; y la necesidad de unidad en el Movimiento. En algunas obras destaca un solo tema, pero generalmente se presentan dos o más temas en un solo "Acto".

Protesta: El baluarte de la idea original de protesta, la huelga, anima la obra de Luis Valdez, *La quinta estación* (1966), la que subraya el papel siniestro del "Coyote", el contratista de personal agrícola que recluta obreros abatidos para el patrón. Desdeñando la amenaza contra su persona, un obrero se atreve a rebelarse contra el "Coyote" y el "Patrón". Al obrero le inspiran cuatro personajes alegóricos con rótulos, cada uno de los cuales le infunde una emoción distinta. El "Verano" aparece con una camisa cubierta de billetes de banco reflejando así las esperanzas del chicano por el pago de la cosecha; hay una clara indicación de que gran cantidad de ese dinero volverá al "Coyote". El "Otoño" resulta ser delgado, con sólo unos pocos billetes de banco prendidos en su camisa ya que la temporada de trabajo ha de ser muy corta. Los rótulos del "Invierno" acusan una espantosa necesidad porque exige dinero para el gas, luz, teléfono y alquiler, y hay poco trabajo para el chicano. Finalmente, la "Primavera" trae esperanzas porque destierra al "Invierno".

El obrero agrícola, al negarse a trabajar sin contrato, recibe apoyo de tres personajes: la "Iglesia", los "Sindicatos" y "La Raza". Lograda la victoria sobre el "Patrón", el obrero se entera de que el "Invierno" ha cambiado su rótulo de cartón, el cual se lee: "La Quinta Estación". Y reza un subtítulo: "Justicia Social".

Super Sam (1971), puesto en escena por el "Teatro Popular de la Vida y de la Muerte" (Universidad del Estado de California, Long Beach), denuncia la brutalidad de la policía. Aparece vestido como "Superman" en pijama, un gordo policía "gavacho". Este "Super Sam" entrena dos "perros", representados por actores, para que ataquen cuando se les llame. Las palabras claves son: "marrón", "mexicano" y finalmente "chicano". Este produce la reacción más violenta. El "gavacho" aterroriza al "Barrio" hasta que los chicanos adquieren confianza en sí mismos, matan los perros y hacen huir al "cerdo" enmascarado que es "Super Sam". Finalizan el "Acto" unas voces que parten por igual de los actores y del público, gritando "¡Poder!..." "¡Chicano!" "¡Poder Chicano!".

Identidad: Con el fin de forjar un concepto de identidad de

los chicanos, los "Actos" presentan personajes como el de *El soldado raso* (1971), escrito por Luis Valdez. Esta sátira combina el tema del "machismo" exagerado con la injusticia del reclutamiento militar, y proyecta una postura anti-belicista. Aparece un personaje que representa la "Muerte", quien prepara la escena para los últimos días de "Juanito Raza". La "Muerte" explica lo que le pasó a "Juanito", soldado raso, en Vietnam: Antes de que lo mataran, el joven chicano había escrito cartas a casa relatando las atrocidades de los Estados Unidos contra indefensas poblaciones de las aldeas.

Juanito no quería ir a Vietnam, pero fue. Nunca cruzó por su mente la idea de escapar. ¿Cómo puede escapar al Gobierno de los Estados Unidos? ¿Cómo podría escapar a su familia? Antes de morir, vio muchas cosas en Vietnam, cosas que le chocaron.

La última indignidad (1970), escrita por Isidro Macías para el grupo "Hijos del Sol" (Berkeley), es una farsa muy corta y divertida que se ocupa de los "vendidos". Son Mary y Robert una pareja de jóvenes chicanos que pasan por "descendientes de españoles". Para acentuar su carácter de "vendidos", se llevan una máscara blanca-marrón, siendo así "Cocos". Hablan sólo inglés, y les disgusta leer sobre "esa minoría popular que fuma 'pot' [mariguana]". Como buen marido "anglo-sajón", friega la vajilla con la tonada de las "Barras y Estrellas". Ella está enamorada de su horno atómico, él habla con entusiasmo de bonos y acciones. Los dos están de acuerdo en que sería horrible que les tomasen por mexicanos o chicanos.

Semejante conversación expresa claramente el reprimido sentir de muchos chicanos, exteriorizando esos sentimientos de una forma abierta y ridícula. Tales expresiones y actitudes permiten a los chicanos saber que ellos no son los únicos en albergar estos sentimientos, y en los "Actos" se expone por qué quedan desacertados dichos sentimientos.

En la ciudad universitaria de Berkeley Robert llega a conocer a un dirigente estudiantil chicano, Cuauhtémoc Díaz (nombre del dirigente azteca apresado por Cortés) que le insta a asistir a una reunión de "La Raza". Cuando Robert duda, Díaz le grita, "No eres un macho, ¿o es tu mujer la que toma las decisiones?" Más tarde, envalentonado, Robert anuncia a su mujer que van a ir a la reunión. Después de una letanía de excusas, ella por fin consiente en asistir.

Al poco rato —el "Acto" dura sólo veinte minutos— Robert y Mary se convierten al chicanismo. "Es tan bueno sentirse chicano, Roberto", exclama la que ahora se llama María. Pronto convidan

a cenar a sus "carnales", los cuales descubren en sus conversaciones que están estudiando Administración de Negocios, Inglés y Psicología, asignaturas que tienen poco que ver con el Movimiento Chicano. Confiesan no poder hacer nada por el Movimiento mientras no se gradúen. De esto se desprende la conclusión evidente de que estos "carnales" han de ser unos "vendidos" más, mudándose a las afueras y volviendo la espalda tanto al "Barrio" como al Movimiento.

Roberto y María se esfuerzan noblemente por ser chicanos. María no sabe preparar las tortillas, el español de Roberto es defectuoso. Al enfrentarse con su crisis de identidad, se preguntan: "¿Somos o no somos chicanos?"

En un epílogo, Cuauhtémoc Díaz explica al público: "Uno es chicano si se siente como tal, si quiere serlo, se habla español o no..."

Paralelismo Cultural: Una gran mayoría de chicanos apoya una filosofía plural que sostiene que se les debe permitir desarrollar su propio idioma y herencia cultural en los Estados Unidos sin necesidad de ser asimilados a la cultura anglosajona. Esperan cambiar el sistema educativo —y de hecho ya está cambiando en el Sudoeste— para dar mayor circulación al español como idioma en las aulas para chicanos en los primeros años, así como prestar también más atención al patrimonio cultural chicano proveniente especialmente de fuentes indias mexicanas. A nivel universitario, se han logrado incorporar cursos en "Estudios Chicanos", generalmente enseñados por chicanos.

En *La muerte de Juan Corazón*, representada por el "Teatro Artístico (San Antonio), un arquetipo de "Juanito Raza", ha sido muerto en una agitación callejera. Mientras un cura entona una plegaria sobre su féretro, irrumpen unos chicanos activistas entre el público, manifestando que se necesita algo más que ruegos. Se adueñan del escenario y uno empieza a declamar un monólogo sobre el orgullo de sentirse chicano y sobre la necesidad de llevar "una vida diferente en mi sociedad".

El mundo de Juan se vuelve a presentar en forma retrospectiva. El insiste en ser llamado Juan aunque sus maestros le apremian para que se llame "John". Le aconsejan que estudie algún oficio —"mejor para los mexicanos"— y no estudios universitarios. Un fracaso académico, se vuelve un inadaptado. "¿Falló él en la sociedad o la sociedad falló con él?" Es evidente que la sociedad no le ha dado una educación apropiada a sus intereses y habilidades.

Volviendo al presente, el "Acto" enfoca a Cuauhtémoc que

aletea sobre el féretro recordando a los chicanos que deben mantenerse fieles a su herencia india y a "no claudicar".

Unidad: En el Movimiento Chicano ha proliferado un gran número de grupos, organizados, comités y asociaciones. A veces, algunos parecen estar compitiendo con otros con resultados desventajosos. Hace falta mayor unidad.

A fin de dramatizar la necesidad de unidad, el "Teatro Campesino" montó un espectáculo de títeres, *La Conquista de México* (1968), que expone cómo Cortés y sus huestes lograron vencer un vasto imperio debido a la desunión y discordia entre los indios. En el epílogo el Cuauhtémoc histórico se dirige al público:

Nosotros, mexicanos, perdimos en el pasado por nuestra desunión; creíamos que los blancos eran dioses poderosos, nunca nos hemos levantado contra ellos. Esperamos que esto no dure mucho más.

Hacia El Mañana

LUIS Valdez, portavoz del Teatro Chicano, vaticina el desarrollo gradual de los "Actos" hacia una serie de "Mitos", como un teatro ritual que comprende la representación plástica, sin mucho diálogo, de los profundos vínculos sentidos por los chicanos. Aunque embrionario, los "Mitos" posiblemente intenten abrir un campo de relaciones entre el público y los actores que conduzca a una comunidad de participación, sentimiento y amor. Han de estimular la psiquis chicana por medio de ejercicios de teatro en forma terapéutica de grupo.

Explica Valdez:

Un teatro de ritual, de música, belleza y sensibilidad espiritual; un teatro de leyenda y mito; un teatro de fuerza religiosa. Este tipo de teatro requerirá una verdadera dedicación; puede requerir, en verdad, un par de generaciones de chicanos dedicados a utilizar el teatro como instrumento en la evolución de nuestro pueblo.

Para alcanzar mayor divulgación de los "Actos" y de los futuros "Mitos", Valdez propone una Compañía Nacional de Teatro Aztlán para tournés que lleve el mensaje de "La Raza" a la América Latina, Europa, el Japón y África. Será una Compañía de medios propios e independiente. "El corazón de 'La Raza' no puede ser revolucionaria con la aprobación del Tío Sam".

Asimismo, este Teatro nuevo debe permanecer independiente de toda organización política con el fin de asegurar su objetividad, calidad artística y supervivencia como grupo.

Un Teatro Ritual y una Compañía de Teatro Nacional —son éstos los objetivos que Valdez plantea para el mañana. En vista del largo camino recorrido desde "Delano 1965", éstos no son objetivos utópicos. Son las hojas de una futura cosecha dramática, las que golpean en la mente del más ilustre arquitecto del Teatro Chicano.

EL CENTENARIO DE LA PRIMERA REPUBLICA ESPAÑOLA EN EL PANORAMA CONTEMPORANEO

Por Juan CUATRECASAS

EN este año se cumple el centenario de la proclamación de la primera República Española. Precedida de una larga gestación por entusiastas movimientos republicanos y de una corriente liberal que aceptaba la fórmula monárquica luchando contra el absolutismo carlista y la anquilosada reacción, su irrupción fue inesperadamente pacífica. En 1868 se había expulsado del trono a la reina Isabel II; y en enero de 1871 se nombraba rey a Amadeo de Saboya por inmensa mayoría de unas cortes constituyentes (enero de 1869) en las que las minorías republicanas representaban las zonas urbanas y los monárquicos los distritos rurales y provincianos. Se hizo célebre una frase del diputado José Ma. Orense: "el rey que traigais no se podrá llamar rey de las ciudades, pero sí, con mucha razón, el rey de las selvas". Es interesante, en nuestros días, recordar a grandes rasgos los acontecimientos de aquellos años trascendentes, la significación de las figuras políticas representativas y de los movimientos políticos que luchaban por el progreso social. La figura del general Prim, reivindicada por el documentado libro de Olivar Bertrand, tuvo papel importante en la decisión de nombrar rey a Amadeo de Saboya, quien llegó a España el mismo día del asesinato de Prim. El reinado de Amadeo (1871-1873) fue efímero y tumultuoso por la oposición de la aristocracia y de la reacción.

En 1872, escribía Pi y Margall estas palabras: "acabamos de atravesar una revolución que ha arrojado de nuestro suelo a los Borbones; y en vez de ser lógicos con vuestras promesas, con vuestros juramentos, habéis falseado la revolución, creando una nueva dinastía de la desacreditada casa de Saboya. *El pueblo os mira con desprecio.* Pocos, muy pocos y aún éstos por interés, aceptan lo que habéis hecho; la nación entera lo rechaza..." No podía comprender que se proclamara a un *rey extranjero* en esta tierra de la independencia y de la libertad. Ya la monarquía era considerada en Europa como fúnebre recuerdo. Y por eso añadía Pi y Margall: "Vuestro más sincero y respetable campeón ha dicho: quiero

un rey; ponedle, si así os place, un gorro frigio. Este gorro frigio se le ciñó Luis XVI poco antes de tomar el camino del cadalso" (Enciclopedia Republicana Federal-Social, Madrid, 1872, pág. 727).

El monarca decretó la disolución de Cortes para formar nuevo parlamento con el gobierno de Ruis Zorrilla. En agosto de 1872 se realizaban las elecciones más puras de todo el siglo diecinueve, con el triunfo de los radicales seguidos de una numerosa minoría republicana. Estas mismas cortes, representativas del pueblo en el grado más posibilista de la época, fueron las que ante la abdicación de Amadeo, proclamaron la República, siendo Estanislao Figueras elegido presidente y dejando a las Cortes Constituyentes la facultad de organizar la forma de reglamentación del Estado republicano.

Quizás fueron demasiado teorizantes los hombres de la primera República, pero tenían una noción exacta de la necesidad de mejorar a las clases trabajadoras (o jornaleras, como las apellidaba Pi y Margall). "Es ciertamente triste —decía Pi y Margall— que un ser dotado de inteligencia haya de consumir todas las horas del día o en un trabajo puramente material, ejecutado las más de las veces sin conciencia, o en reparar por el alimento y el sueño sus gastadas fuerzas". Y también tenían la visión de lo que el progreso científico representaba para la vida política. Nicolás Salmerón decía que "los maravillosos descubrimientos de la ciencia que penetrando el alma de la Naturaleza y ofreciendo medios prodigiosos con la posesión de los agentes naturales para la instantánea y universal comunicación humana; el casi completo conocimiento de nuestro planeta; la común cooperación que ya se anuncia de todos los pueblos en los fines de la civilización, y sobre todo la más alta posesión de sí mismo y la firme conciencia de su destino a que el hombre llega en nuestros días, auguran una edad en que todo derecho sea cumplido, todo bien realizado en ley de amor y religión. . ." Escritas en 1872 (Enciclopedia Republicana Federal-Social, pág. 137); son palabras proféticas, que hoy tienen plena vigencia y por ello pecaron de avanzadas. Las concepciones filosóficas y políticas de los republicanos y socialistas del 1873 representaban una gran renovación de ideas que, como las de la Revolución francesa, "ponían en combustión todos los elementos sociales" (N. Salmerón) y arraigaron en las mentes más selectas y más puras de la política y de la cultura, pero fueron incomprendidas por la estupidez materialista de la aristocracia y la miopía inmovilista de la Iglesia.

M. Tuñón de Lara ha descrito (en su libro "La España del siglo XIX) las peripecias de la primera República, en constante lucha con la reacción, con la frialdad de las democracias europeas,

con las huestes proletarias, y con la Iglesia. Nos dice que "los republicanos de 1873 no supieron llevar a cabo esa revolución burguesa que hubiese desarraigado el poder de la nobleza y las instituciones de carácter medieval, democratizando el Estado y sus instrumentos, apoyándose en las clases sociales todas que estuviesen interesadas en la desaparición del viejo régimen". Sea como fuere, la República murió a manos de un golpe militar. El General Pavía, al frente de un batallón de infantería y de algunos cañones, se presenta frente al Congreso (3 enero 1874) y disuelve, por la fuerza de las bayonetas, la Asamblea Republicana.

Si fue efímera la vida de la primera República, no fueron olvidadas sus grandes figuras políticas ni borradas sus huellas en la conciencia ciudadana. Pero quedaron como muy lejanas en la mente de los españoles. Para nuestra generación parece todavía muy lejos el 1873, así como muy cerca el 1931. Esta misma fecha histórica del 14 de abril parecerá también lejana a las nuevas generaciones; y sin embargo, se halla presente en las mentes de los pueblos peninsulares, cultivada como espectro terrorífico por los enemigos de la democracia, y venerada por el sentir auténtico de la población y de la conciencia intelectual, como imperativa realización de un proceso histórico profundamente irreversible.

En verdad existe una variable discordancia entre la valoración del tiempo histórico, del tiempo psicológico y del tiempo cronológico, según los sectores étnicos y las concepciones políticas. También hallamos las mutaciones interpretativas desarrolladas a través de los temas y de la problemática de los nuevos tiempos. Mas a este respecto repetimos la afirmación del historiador Tuñón de Lara: "ni una sola de las fuerzas operantes en nuestro tiempo deja de estar enraizada en el siglo precedente. La España del siglo XIX es la madre de la España contemporánea". Estamos frente a un pasado remoto y vivo. En esta hora de transición debemos meditar profundamente la significación de los acontecimientos, y guardarnos tanto de caer en la "cólera de los imbéciles" como en la resignación de los santos.

Es la hora de alimentar nueva *esperanza* que brota de los milagros de la técnica. La *esperanza creadora* es fuerza que moviliza los resortes más íntimos de la acción, porque capta los profundos hilos de la transformación histórica. Las utopías más inesperadas han sido muchas veces realizadas por el hombre. De imperios semi-feudales surgieron en Europa repúblicas socialistas, y de los totémicos pueblos africanos se están forjando modernos Estados de organización democrática.

La exigencia de la libertad en el mundo actual es mucho más

imperiosa que antes. El equilibrio del terror es inestable. La fuerza como único y supremo argumento del orden ya resulta un *slogan* trasnochado. Los vencedores de una conquista guerrera no disfrutan mucho tiempo de la aplicación de sus principios. Cuando se dan cuenta sólo tienen en sus manos una sombra de lo que proyectaban. Y la reciente hazaña de las Fuerzas Armadas Argentinas que en plena posesión del poder, y con plena conciencia de las realidades del mundo moderno, realizan la rehabilitación democrática, es un ejemplo histórico digno de ser meditado y muy digno de ser alabado.

Europa y la Era atómica

Lo que en los últimos decenios ha transformado la vida social de España es la *irrupción* del proceso revolucionario del mundo. El aislamiento y el inmovilismo son ahora imposibles para un pueblo. El mayor peligro del mundo actual *reside en la actitud de aquellos estadistas que no comprenden que entramos en una era fundamentalmente distinta de la era anterior*. La Era atómica, no es sólo una palabra, es una radical originalidad de la historia en la que por vez primera se utiliza la energía que no procede del sol. Y la energía cósmica manejable es un factor determinante de la mayor trascendencia en la historia de la humanidad.

Es evidente que el *desarrollo técnico* es una causa muy importante (para algunos primordial) de las transformaciones sociales y hasta una fuente de moldeamiento de las formas socio-políticas de los pueblos. No sólo por la elevación del nivel de vida y la modificación de los hábitos, sino por su influencia profunda sobre la concepción de la vida, es decir, sobre la filosofía. La técnica, es una de las principales fuerzas motrices de la historia. Y en mayor proporción lo es actualmente, en la poderosa revolución actual, que culmina con la cibernética.

Como afirma Samuel Lilley, "a medida que la tecnología avanza, la sociedad debe transformarse; de otra forma se producirán perturbaciones". Tales *perturbaciones* son las que actualmente sufre la sociedad española en su más alto grado. Los jóvenes tecnócratas de la post-guerra están implantando una ordenación científica-cibernética importando la tecnología revolucionaria de la Era atómica. Pero las estructuras políticas son las más anticientíficas y retrógradas del mundo. He ahí la gran paradoja.

Existe una disociación entre la necesidad de la *europización*

que siente la sociedad española de acuerdo a su rápida tecnificación y a sus conexiones científicas y diplomáticas; y la resistencia de ciertos grupos rezagados en su filosofía social; y también la ausencia de concepción democrática de las altas esferas gobernantes, no preparadas para una estructuración acorde con las necesidades técnicas ya realizadas. Se levantaron contra la República del 1931 precisamente porque abordaba la transformación política necesaria para una modernización técnica, que en este plano realizaba la europeización. Y varias décadas después, los mismos agentes de la *anticiencia* y de la *teocracia* vuelven la dirección de sus pasos hacia la tecnificación propia de la Era atómica olvidando la incompatibilidad de ello con los orígenes de su poder y de su filosofía.

La aportación científica de la energía atómica fue una *obra europea*. Rutherford, Niels Bohr, Einstein, Plank, son ejemplos nominales de ello. Resurge Europa como núcleo cultural avanzado de la historia contemporánea. Dice Max Born (premio Nobel de física) que entre todos los productos espirituales de la humanidad, la *física teórica* y la *música polifónica* son los más genuinamente europeos. Y así como en la Edad Media era imposible sustraer un Estado europeo a la acción de la tecnología, en la Era atómica también es imposible aislarlo de la influencia científica.

Con esta poderosa y superlativa revolución ha ido *topando* el Estado franquista. Ya en 1945 tuvo que traicionar al eje hitleriano para ofrecerse como lacayo a las potencias occidentales que manejaban la *bomba atómica*. Se había cumplido una profecía de León Felipe: la aparición del *niño Jesús con la bomba atómica en la mano*. (!!) Y unos años más tarde, se apareció la misma imagen con el *dolor* en la otra mano. Y se fundaron las bases atómicas en territorio peninsular. Y también el Estado franquista absolutista suscribió el Código Internacional de los Derechos del Hombre para ingresar en la ONU y la UNESCO.

Y ahora pretende también ingresar en el Mercado Común Europeo sin llegar a una verdadera democratización, porque creen haber engañado al mundo, cuando en verdad sólo a medias se han engañado a sí mismos. El Mercado Común es un simple epifenómeno de la gran revolución planetaria, en la que Europa está retomando la dirección del desarrollo ético y político. El torbellino del siglo arrollará toda resistencia y está llevando a España a una europeización *política* tal como ya la ha inundado en los aspectos cultural, económico y social. Y ello se produce muy vertiginosamente, porque lo imponen las mismas realidades económicas.

La aparente discontinuidad histórica

EL periodo nihilista de la post-guerra ha truncado en apariencia la continuidad de la historia española contando con el silencio, la represión y la gran capacidad de olvido del hombre moderno. Pero esta amnesia es sólo parcial, referente a episodios colaterales y superficiales. La conciencia colectiva de un pueblo, posee memoria de siglos: en la Constitución de 1931 se hallan las más impostergables ambiciones históricas de europeización, y el espíritu federalista que restituye la vigencia de autodeterminación de las nacionalidades ibéricas cristalizadas a través de los siglos. En Cataluña, la revitalización de la literatura y de la canción es una prueba palpable de renacimiento. Las nuevas generaciones piden a gritos la reimplantación del *Estatuto de la Generalitat*, cuando apenas sabían de su existencia.

Las luchas y los ideales de la primera República eran formalmente distintas de las de la segunda; de 1873 a 1931 hay un largo camino que se nutre de la transformación de las estructuras económicas y sociales. La nueva República que se aproxima, también se nutre de savia nueva segregada por la evolución de las instituciones políticas. *El derecho fundamental de la existencia se baña hoy en el torrente tormentoso del derecho político*. Pero a través de todo el siglo es el mismo impulso de libertad y del progreso que mueve al espíritu quijotesco de los pueblos ibéricos.

La primera y la segunda Repúblicas fueron teatro de históricas luchas románticas y caballerescas. En 1872, Emilio Castelar predicaba "justicia para los mismos que han sido injustos, para los mismos que nos tiranizan... La venganza no es propia de corazones generosos...". Y añadía que "el terror y la muerte *todo lo agostan, todo lo aniquilan, los abrojos y las flores*". No sospechaban que el terror y la muerte aparecerían como ingredientes del entreacto macabro que siguió al eclipse de nuestra República. Ingredientes que *aniquilaron flores y abrojos* en la península, sintonizando la apisonadora de cadáveres con los monstruosos tiempos de los campos de concentración.

La guerra civil española conmocionó al mundo entero, como lo confirma la enorme bibliografía que hay sobre ella, de producción inagotable. Pero interesó muy especialmente al mundo hispánico. El bando triunfante representaba al obscurantismo, actualizado por el conocido grito de Millán Astray, "Viva la Muerte"! George Bernanos, que documentó su libro "Los cementerios bajo la luna" viviendo la guerra en Mallorca, o sea en dominio "nacionalista", dijo que "la guerra de España era un *puñalero*: el pudri-

dero de los principios verdaderos y falsos, de las buenas y malas intenciones". Buena metáfora que expresa el abismo creado en la historia peninsular por el exterminio y por el éxodo de la post-guerra.

Las paradojas de la agonía

DE las ruinas residuales de la contienda, esperaban forjar de *nuevo cuño* una cultura bien distinta de las precedentes. Pero un nuevo "pensamiento colectivo" no puede cristalizar en formas artificiales, en mitos de nueva creación sin raíces escatológicas ni formas místicamente coherentes con la tradición histórica y profunda. Y tal intento fracasó. En cambio, las nuevas generaciones fueron descubriendo la necesidad de un pensamiento social más coherente con la potencia actual de la técnica y de la ciencia, así como la correlación del pensamiento cristiano con el respeto a la persona humana y a la libertad de opinión y de crítica.

La semilla de los mártires de la democracia ha fructificado en el mismo vivero de los vencedores. El estado totalitario siguió por inercia basándose en el mecanismo policial sin contar con una coherente filosofía o ni siquiera con una arraigada mitología. Poco a poco fue quedando sólo un régimen despótico basado en el miedo a la represión. Los jóvenes siguen reclamando la necesidad de perfeccionar al hombre, de cultivar la persona humana, para transformar el mundo. Del grito inicial "*contra la inteligencia*" se pasó insensiblemente a revalorizar el saber y la técnica. La juventud rebelde y progresista coincide con los jóvenes oficialistas que preconizan el fomento de la ciencia y el manejo progresivo de la técnica. Para todos es válida aquella frase de Dilthey: "*la cultura es nuestro mundo*".

Hoy se viven las grandes paradojas. Los observadores se asombran de las recientes relaciones diplomáticas de España con varios Estados de la órbita soviética y hasta con la misma China. Pero ello no significa ningún cambio esencial en la política del régimen como no sea para desorientar a la opinión. Lo paradójico e insólito consiste en que los mismos hombres que decían guerrear para combatir a los "diabólicos bolcheviques" son los que ahora realizan giras diplomáticas como la que hicieron a Varsovia el conde de Mayalde y el general Iniesta Cano, ex-amigos y colaboradores de Himmler y partidarios de la perpetuación del régimen absolutista. Ya no hay *nazis*, en España, que no lo sean vergonzantes. Y todos quieren aparecer como demócratas.

Debemos reconocer que la realidad política y social de España es concretamente muy distante de la que pretendieron edificar los inquisidores sobre las ruinas de su contienda victoriosa. Si recordamos el calificativo de "*puñalado*" que tanto gustaba a G. Bernanos, añadiremos que con los *cadáveres* no pudieron construir una sólida ideología nueva; y que en el mismo seno del estiércol fructificaron las semillas de la sangre mártir. Brotaron nuevas generaciones con ímpetus revolucionarios, en apariencia fruto de una hibridación representativa de los componentes mesológicos político-culturales que integran el actual e incomprensible camino del progreso histórico en la península.

Mientras se prohíbe a Tierno Galván que pronuncie conferencias, se suspenden periódicos y revistas, se encarcelan juristas por defender a obreros perseguidos, se vetan las elecciones del colegio de abogados, se cierran universidades; el ministro Villar Palacé (en colaboración con el ya dimitido subsecretario Diez Hochleitner) redacta una ley de Educación que los críticos consideran la más avanzada de Europa. Tanto, que es inaplicable en un país sometido por el grito de "muera la inteligencia". Esta misma pugna es denunciada recientemente por Santiago Cruyles (subsecretario de Gobernación dimisionario) en un artículo de La Vanguardia confirmando la tensión aguda entre *aperturistas* y *quietistas* en el seno del mismo gobierno. Es el reflejo de la fuerte tensión histórica de innovación y de *Voluntad revolucionaria* que choca con el inmovilismo de un cráneo congelado.

Panorama político actual

STANLEY G. Payne en la "Historia del fascismo español" (1965), aduce testimonios de falangistas muy prominentes que afirman la *inexistencia de la vida política*; la ausencia de un verdadero ideal para ofrecer al pueblo español; la falta de liquidación de la guerra civil; el acceso al poder perfectamente delimitado entre vencedores y vencidos. Hace ya un decenio que la Falange como organización está destruida por el propio régimen. Pero coincide con los demás soportes en la preocupación de convertir la *dictadura absoluta* en un sistema empotrado en una monarquía *casi constitucional*. Y ésta es la "*grotesca incongruencia*" del panorama actual de la península. Esta incongruencia se ha exacerbado recientemente con ocasión de los incidentes del 1º de mayo que desencadenaron la original manifestación de policías pidiendo "aumento de facultades mortíferas" para defenderse de la agresión extremista. Posteriormente, una gran

manifestación falangista sin ninguna restricción policial llevaban carteles contra los obispos y contra el Opus-Dei. Tal resurrección súbita de la Falange bajo protección policial confirma el hecho de su impotencia así como de su desmantelamiento sufrido por el desgaste de hace años. La lucha se plantea entre distintos grupos de activistas del régimen, los unos que no se resignan a perecer y los otros dispuestos a transigir y metamorfosearse.

Todavía algunos altos exponentes del régimen sufren de *inmovilismo* y creen en la permanencia de la estructura totalitaria que se le dio en su día, con solemne proclamación oficial. Pero es necesario reconocer, en el examen objetivo de los hechos, que se ha ido desarticulando dicha estructura por la fuerza de las circunstancias, las necesidades técnicas y los pactos diplomáticos, entre otras muchas causas. La verdad es que se trata de un *sistema personal*. De ello dice Gil Robles en su interesante libro autobiográfico: "En esta significación radica su indiscutible fuerza actual y su inevitable debilidad futura. Los sistemas personales tienen, mientras subsisten, tantos cuantos poderes quieran. Lo que nunca han tenido es la facultad de testar. . ."

Todo el mundo se *pregunta* qué pasará cuando muera el Caudillo. Este gran interrogante es una prueba de la inestabilidad del régimen, de su falta de base y de estructura. Se ha creado el *slogan de que no pasará nada hasta que el Caudillo desaparezca*. Mas no desaparece; y la impaciencia en los tecnócratas se agota, como se fatiga la capacidad de inhibición derrochada para impedir cualquier avance político o para ocultar las fermentaciones subyacentes en el campo ilimitado de la vida extraoficial. Asistimos a una lenta agonía cuyo desenlace es un enigma.

Desaparecida aparentemente la *virulencia* del sistema gubernativo, aunque persistiendo un enorme y sutil aparato de represión; exterminada la resistencia residual de la guerra civil desde 1950 en que se publicó el libro titulado "Fin de la esperanza"; desarticulada la Falange; la clerecía en la oposición; y el Opus Dei en ambivalencia anfibólica; se oyen voces serenas y elevadas como las de Gil Robles, que piden "cancelar a toda costa un período profundamente cruel y doloroso". . . "para conseguir el acercamiento de esas dos Españas que durante tanto tiempo se han empeñado en desgarrarse mutuamente." Y no olvida que un pueblo que se empeña en "marchar hacia el porvenir por un camino de rencores se condena a una esterilidad irremediable." Bellas palabras que representan el sentir de los verdaderamente demócratas, y el propio clamor de los hombres del exilio, cuyas figuras prominentes se han ido extinguiendo lejos de su tierra mientras en las esferas oficiales

se continúan celebrando los enconos de la sangrienta lucha y negando toda razón a los que todavía clasifican de "vencidos". En efecto, tales *vencidos* por las bayonetas van siendo honrados por el mundo. Pablo Casals homenajeado en las Naciones Unidas como autor del himno de la paz. Picasso glorificado por sus admiradores del mundo entero. El acercamiento conciliatorio que preconiza Gil Robles estaría tan sólo vetado por la presencia fantasmal del tirano en la mismísima cumbre del poder político.

Mas podríamos decirle a Gil Robles que los llamados a la concordia entre aquellas dos viejas Españas llegan tarde. Los bandos que tanto se ensangrentaron quizás ya no existen. En parte se extinguieron y en gran parte se transformaron y fundieron en otras corrientes de la historia. El poeta prometeico lo había también expresado: "No hay estrellas lejanas — Los horizontes son macizos — y están hechos con la carne podrida de los muertos"... "Todo es voracidad — la vida es Voracidad — Voracidad organizada — en una cadena sin tregua".

Ahora hay un solo bando, inmensamente grande, contra el tirano de ayer y de hoy. Hay una tensión indefinible de mentes desordenadas no catalogadas, tensión de nuevas generaciones que quieren, sin saberlo, lo mismo que querían los muertos, los derrotados, los de la diáspora. Hay una desorbitada multitud silenciosa que busca el equilibrio contra una opresión filiforme de cuartel. Hay una voraz vitalidad que impulsa hacia el progreso, una tecnocracia que se sumerge en el torbellino del mundo atómico; una actividad científica y artística efervescente y mutilada. Y un sentimiento difuso de indefinible libertad que alienta en grandes zonas humanas superficialmente despolitizadas.

La República en el exilio

SE afirma reiteradamente que la República española pasó a la historia, que fracasó rotundamente, que sus errores trajeron la guerra civil, que no puede volverse atrás; y otros tantos *slogans* que la propaganda difunde por el mundo para convencer a los incautos y a los indocumentados de que el régimen del Caudillo será perdurable. Y sin embargo, el régimen no tiene nombre, sino el de Franco, lo cual ya lo identifica con la fugacidad de un ciclo personal. Pero cuando la gente se pregunta *concretamente* cuál es el porvenir del Estado, la respuesta unánime es enigmática, la de un salto en el vacío.

La inevitable debilidad futura, como dice Gil Robles, es propia

de un régimen personal despótico, cuya *facultad de testar* ni sus amigos le reconocen. Se postula una monarquía *instaurada* para no caer en el pasado de una *restauración*. Mas la verdadera fuerza de las monarquías reside en la tradición, en sus raíces históricas, las cuales para los Borbones están bastante desarraigadas; y en una mitología que ya no pertenece a la era contemporánea.

La Constitución republicana de 1931 no ha sido democráticamente suplantada, y representa la última expresión auténtica de la voluntad popular. Además, su estructura institucional corresponde a las necesidades del espíritu polimorfo de los pueblos ibéricos y cristaliza las realidades históricas regionales. Pretender sustituirla por la legalidad monárquica que fue reiteradamente rechazada, es retroceder en el camino del progreso. Por otra parte, la Constitución ha sido celosamente vivificada en su baluarte jurídico extraterritorial por la continuidad del reconocimiento diplomático del Estado mexicano. Bajo los auspicios del presidente Avila Camacho, se reunieron las Cortes de la República Española en la ciudad de México el 17 de agosto de 1945, consolidando la supervivencia de las Instituciones a través de la representatividad de sus miembros. Los sucesivos presidentes de México han ratificado su pleno apoyo diplomático y político a la República española.

Todavía antes de finalizar la guerra civil, el presidente Lázaro Cárdenas declaraba que no podía reconocer otro representante legal del Estado español que el del régimen republicano, cuyo presidente era Azaña. Y en la actualidad, el presidente Luis Echeverría ha reiterado enérgicamente su repudio al fascismo español y su total apoyo a los representantes de la República en el exilio.

La continuidad jurídica se ha logrado con la sucesión reglamentaria de los presidentes de la República en el exilio: Diego Martínez Barrios; Luis Jiménez de Asúa, José Maldonado. Y la actividad política reivindicativa dentro del plano internacional ha sido sostenida por los sucesivos jefes de gobierno nombrados en el exilio: José Giral, Alvaro de Albornoz, Rodolfo Llopis, Félix Gordón Ordás, Claudio Sánchez Albornoz y Fernando Valera, quien actualmente lleva la lucha dialéctica y diplomática frente a las tentativas oficialistas de estabilizar el régimen bajo el manto de una monarquía absoluta. Muy ardua es la labor de los que desde el exilio luchan sin otras armas que las ideas, sin otros medios que la palabra; siempre mediatizados por muchos obstáculos y prejuicios y disponiendo de muy escasos recursos económicos. A pesar de ello, en todo el orbe palpita la convicción de que el régimen agoniza; y la consciencia política europea concibe sólo una democracia como

futura realidad española. Y también en el interior de la península, se va expandiendo la necesidad de las auténticas instituciones.

Mucho se discute y se fantasea sobre la gravitación de las *Instituciones republicanas* del exilio en el pensamiento político peninsular. Mejor diríamos en el *desierto apolítico* de la mente peninsular. Se habla del total desplazamiento de una idea republicana por la acción del tiempo y la prohibición oficial de toda alusión a la forma republicana y democrática de gobierno, "desprestigiada por la triste experiencia de la guerra civil" (!!). Pero las juventudes educadas en el apoliticismo, ahora van descubriendo la verdad de la historia reciente. Y la literatura sobre las contiendas y sobre sus antecedentes institucionales es cada día más conocida, por cuanto siguen editándose libros y trabajos numerosos sobre el problema político en sus aspectos históricos-documentales.

La *Generalitat de Catalunya* en el exilio, que reside en Francia y funciona con toda la responsabilidad de la misión histórica que cumple simbolizando la continuidad de una Institución multiseccular que marca la administración de los derechos y libertades colectivas de los catalanes, es conocida en toda la extensión de la tierra catalana. Y desde hace ya varios años, es respetada la voz y la austera predicación del presidente Josep Tarradellas, quien es escuchado con devoción por las personalidades y grupos políticos del interior y visitado frecuentemente en su sede del exilio por muchos catalanes de todas las tendencias y de todas las clases sociales.

En Catalunya, la Asamblea realizada clandestinamente en el pasado año, por los grupos políticos representativos de las distintas fuerzas de la oposición, nombró una Comisión Permanente que continúa en actividad para difundir las conclusiones de dicha Asamblea, integrada por *todas* las fuerzas de la oposición al régimen, a la que se han agregado posteriormente otros grupos y personas "no alineados" políticamente, pero que sienten el fervor de la Solidaridad democrática.

La base fundamental de lucha de esta conjunción de voluntades es la reivindicación de "los principios y las instituciones *configuradas* en el Estatuto de Autonomía de 1932", cuyo restablecimiento es una de las principales conclusiones aprobadas en dicha Asamblea. Pero además, en la actual campaña democrática catalana, se insiste en que no se aceptará como válida ninguna salida del actual régimen que no reconozca como hecho mínimo indiscutible el restablecimiento de los principios y las instituciones involucradas en el Estatuto de 1932, expresión de la unánime voluntad del pueblo de Cataluña. Lógicamente, en el Estatuto de Catalunya, están involucradas las Instituciones de la República que lo sancionaron y que

dieron las posibilidades de libertad política en todo el territorio ibérico. Y también se denuncian "los crecientes esfuerzos del régimen para imponer como rey a Juan Carlos". Lo cual revela poca simpatía por la solución monárquica.

Las Instituciones del exilio, con sus auspicios diplomáticos internacionales, constituyen así un puente histórico de continuidad y de protección permanente para el derecho de autodeterminación temporalmente atropellado. Son un baluarte inexpugnable del derecho político, hoy abolido en el territorio ibérico. Se salva así la continuidad jurídica por encima de la discontinuidad cultural y generacional.

El pueblo va descubriendo la existencia de un derecho político que el Estatuto de las Naciones Unidas ha consagrado para todos los pueblos de la tierra. Y con ello, vislumbra una nueva República. También León Felipe lo cantaba: "una luz que salta de esta rueda angustiosa y dialéctica —lo mismo que las chispas de una máquina eléctrica. . .". La antorcha va pasando de verso en verso. Pero ahora, "el verso que me sigue es una luz que está encendiendo otro en las sombras espesas de la noche, viendo mis señales". A través de las generaciones, la llamada de la verdad se ha transmitido en latencia y asoma inesperadamente.

No sólo las nuevas generaciones, sino las de los hombres maduros adquieren nueva conciencia del ansia de libertad que los empuja hacia un futuro inexorablemente más humanístico. Han entrado nuevamente en el horizonte de la cultura universal. Y a pesar de la prohibición y del silencio impuesto a la evocación de la II República, su espíritu sobrevive en el inconsciente colectivo del pueblo peninsular y también en el pensamiento vivo de los amigos y hasta de los enemigos de la democracia.

LA COLONIZACION DE LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA: NUEVA MODALIDAD DE IMPERIALISMO CULTURAL

Por Jesús CAMBRE MARINO

EN nuestra época, mientras asistimos a la liquidación del viejo colonialismo territorial, se ha hecho corriente hablar de nuevas formas de colonización. Se insiste frecuentemente en que los países más desarrollados y poderosos tienden a penetrar y controlar para su propio beneficio múltiples actividades dentro de las naciones en vías de desarrollo. Muy a menudo se ha denunciado la dependencia y hasta la "colonización económica" que sufren los países hispanoamericanos. Esta colonización, según los especialistas, se deriva de las inversiones extranjeras que efectúan en los países de América Latina las grandes corporaciones capitalistas, principalmente las gigantescas "empresas multinacionales".¹

España se encuentra ubicada en una zona intermedia en cuanto al nivel de su evolución socioeconómica. Por esa razón también está sujeta a una serie de tensiones penetradoras al igual que los países de Hispanoamérica y otras áreas del llamado *Tercer Mundo*. La creciente penetración del gran capital extranjero durante los últimos años en la estructura económica española es un hecho innegable que puede demostrarse con datos y cifras fehacientes. De ese modo, muchas empresas españolas se han ido convirtiendo en meras subsidiarias de las compañías multinacionales que están dirigidas desde un centro foráneo. Con ello la industria española e incluso otros sectores de la economía nacional se convierten en un apéndice económico de una determinada potencia extranjera.²

Sin embargo, las nuevas formas de colonialismo no se restringen al campo específicamente económico. Es así que puede hablarse de *colonización cultural*: gran parte de los libros importantes

¹ "Dependencia y subdesarrollo en América Latina", *Problemas del Desarrollo*, núm. 4 (julio-septiembre 1970), 5-18. También: "La empresa multinacional: nueva estrategia imperialista", *Investigación Económica*, vol. XXX, núm. 119 (julio-septiembre 1970), 512.

² Véase "Las sociedades multinacionales", *Cuadernos para el Diálogo*, núm. 112 (enero 1973), 37-45. Se trata de un conjunto de tres artículos sobre la penetración del capital extranjero en España.

que se vienen publicando en España, sobre todo los de temas científicos con amplio despliegue investigativo, son traducidos de lenguas extranjeras principalmente del inglés; *colonización técnico-científica*: la industria española es muy dependiente de la técnica extranjera en lo relativo a marcas y métodos de fabricación. De ahí los fuertes pagos que debe hacer España a los países avanzados por concepto de "royalties" y que superan los *doscientos cincuenta* millones de dólares al año. Por otra parte, ya se sabe que "por intermedio del control de la técnica, se ejerce también el control del capital";³ *colonialismo cinematográfico y televisivo*: la cinematografía española no ha podido desarrollarse por múltiples razones entre las que se cuentan una censura cerril y oscurantista. Con ello queda el campo abierto a la inundación del mercado español por las películas y telefilmes extranjeros.

Lo que antecede constituye las distintas facetas o variantes de ese imperialismo cultural a que se ven sujetas las naciones pequeñas o insuficientemente desarrolladas. Se trata de un fenómeno ampliamente generalizado en los países del *Tercer Mundo*, pero que afecta con especial virulencia a los pueblos de América Latina en su conjunto. Esto se debe a la "especial relación" mantenida, en todos los órdenes de la vida sociopolítica, por las naciones hispanoamericanas con el Coloso del Norte.

Un estudioso latinoamericano partidario del reformismo desarrollista se refería recientemente con cierta ambigüedad a ese aborrecido imperialismo cultural. Aludiendo concretamente al caso chileno, Osvaldo Sunkel reconocía que "la Universidad tiende a utilizar cada vez más los materiales docentes de orden técnico y cultural que se encuentran fácilmente disponibles en el ámbito internacional como consecuencia de la presencia y empuje avasallador de las principales potencias científicas y culturales del mundo". Ante la comprobación de ese estado de cosas, a Sunkel se le ocurre desear "la presencia de científicos, técnicos y artistas" chilenos en los programas de "intercambio intelectual con los centros más avanzados de la ciencia, la técnica, el arte y la cultura". La máxima aspiración de Sunkel, muy comprensible por otra parte, es que los intelectuales chilenos (y esto podría hacerse extensivo a la *intelligentsia* de todas las áreas del mundo subdesarrollado) "puedan participar activamente en el intercambio internacional sin convertirse en meros copistas y repetidores".⁴

³ Pierre Jalée, *El imperialismo en 1970*, 2a. ed. México, Siglo XXI, 1971, p. 65.

⁴ Osvaldo Sunkel, "Reforma universitaria, subdesarrollo y dependencia",

Por nuestra parte creemos que planteamientos como los de Sunkel, en el contexto de su artículo, se enmarcan en un idealismo utopista. Esos planteamientos no se enfrentan con claridad y determinación al hecho de la dependencia estructural sufrida por los países del *Tercer Mundo*. Dependencia estructural que abarca la amplia gama de las vertientes económicas, políticas, y culturales. La dependencia en este último aspecto da lugar a ese imperialismo cultural que se convierte en poderoso instrumento de dominación. Opera principalmente a través de las élites intelectuales domésticas, las cuales sirven de cauce accesible a la penetración.

Uno de los mecanismos utilizados en el ejercicio del imperialismo cultural suele ser el envío de profesores "prestigiosos" de las naciones avanzadas a los países subdesarrollados. Maurice Bazin se refería, en un trabajo publicado recientemente sobre el caso específico de Chile, a esos profesores privilegiados de alta sabiduría superdesarrollada cuyas enseñanzas frecuentemente no tienen aplicación a los países visitados por la falta de vinculación con sus realidades concretas. Para esos "nuevos misioneros de la ciencia", según Bazin, tales programas suelen convertirse en vacaciones exóticas en las soleadas tierras de América Latina. Son fácilmente financiadas con dinero de la OEA u otras instituciones político-científicas al servicio del imperialismo cultural. Por otra parte, para los personajes importantes de América Latina, tales programas significan "la gloria de la ciencia que viene a realzar la autoridad de sus academias".⁵

Maurice Bazin se refiere a los efectos socialmente negativos de infundir la ciencia superdesarrollada del "gigante del Norte", sobre todo en Física y ciencias puras, a los estudiantes de los países del *Tercer Mundo*. Ello hace que dichos estudiantes se encuentren así automáticamente alienados de su propia sociedad que se mueve a un ritmo científico mucho más lento. Lo que aprenden a respetar en la idea de ciencia son los conceptos abstractos, las realizaciones experimentales que no pueden reproducir por sí mismos y que no se relacionan directamente con su propia cultura. Son dejados de ese modo en un estado de impotencia intelectual total frente al Norte, al cual deben sus pretensiones de superioridad sobre sus compatriotas. "El resultado concreto de la exportación del cebo inaccesible de la ciencia moderna es que los mejores estudiantes emigran; son captados por nuestros programas de inves-

El Trimestre Económico, vol. XXXVII, núm. 146 (abril-junio 1970), 223-244.

⁵ Maurice Bazin, "La 'science pure', outil de l'imperialisme culturel: le case du Chile", *Les Temps Modernes*, núm. 320 (marzo 1973), 1593-1602.

tigación pura y nuestro modo de existencia elitista. Sucumben así a una propaganda intelectual difundida por los hombres de ciencia inconscientes de su acción, aunque esos mandarines que posan con mucho gusto como bienhechores saben perfectamente que es así como extraen sus mejores estudiantes para el doctorado de los países de América Latina".⁶

El convenio formalizado entre la Universidad de California y la Universidad de Chile constituye una clara muestra del más descarado imperialismo cultural, aunque a veces se enmascaraba bajo recomendaciones sutiles. Según Bazin, el citado convenio "especifica que un verdadero profesor debe publicar en inglés" e incluso "los textos oficiales sobre la reforma universitaria recomendaban a los chilenos que publicasen en revistas extranjeras porque esa es la vía evidente de la grandeza y de la consideración por las guías ideológicas del Imperio del Norte".⁷

El proceso generador de la fuga de cerebros y su funcionamiento no sólo es importante por la magnitud numérica que alcanza (Bazin nos recuerda que el número de médicos que emigra anualmente del *Tercer Mundo* hacia los Estados Unidos equivale a la producción de las quince mayores escuelas de medicina norteamericanas). Importa sobre todo por sus consecuencias ideológicas socialmente negativas. Los que eventualmente regresan a su país de origen llevan con ellos toda una serie de actitudes adquiridas en los Estados Unidos: la idea de pertenecer a una élite; la idea de competir; su ubicación en un estado de dependencia completa (en particular deben importar todo su material experimental); en fin, el gusto hiperdesarrollado, que llaman necesidad, por concurrir a los congresos internacionales y reuniones científicas con los gastos de viaje a cargo del Estado.⁸

Según Bazin "el proceso mediante el cual son robados los cerebros científicos del Tercer Mundo por los países desarrollados está en vías de perfeccionamiento en los Estados Unidos". El profesor Moravcsik de la Universidad de Oregón se dedica a organizar viajes de profesores norteamericanos con el fin de reclutar y seleccionar los mejores candidatos en su propio país. El proceso de preselección "in situ" está técnicamente justificado ya que muchos graduados en especialidades técnico-científicas del *Tercer Mundo* no encuentran una salida adecuada en sus propios países. La captación se lleva a cabo empleando las técnicas publicitarias más de-

⁶ *Ibid.*, p. 1595. Bazin cita expresiones del profesor W. Fretter, físico de la Universidad de California.

⁷ *Ibid.*, p. 1597.

⁸ *Ibid.*, p. 1601.

puradas. Bazin refiere que Moravscik, en el desempeño de su misión captadora en Chile, pronunció una conferencia muy sonada entre las élites académicas chilenas con el sugestivo título de "Física para poetas", nada menos. Todo lo cual hace que Bazin llegue a la conclusión de que la "simbiosis ideológica entre los tecnócratas del Norte y del Sur es una indicación del éxito de todo el imperialismo cultural".*

En el caso de España se debe puntualizar que varios científicos de origen español radicados en los Estados Unidos y al servicio de la política científico-cultural norteamericana, se dedican a esa misión desnatadora de la juventud estudiante española. Esos agentes reclutadores agitan frecuentemente entre los posibles candidatos el señuelo de las facilidades y ventajas disponibles en Norteamérica para la realización de una brillante carrera científica. Entre esos agentes figura prominentemente un científico galardonado con el premio Nobel. Tal científico nació en España, pero actualmente ya se ha norteamericanizado en sus actitudes. Buena prueba de ello es que ha hecho saber que él está dispuesto a trabajar en España parcialmente, en cortas temporadas anuales (porque sus elevados hábitos científicos no le permiten abandonar definitivamente La Meca norteamericana de la ciencia.) Ahora bien, para que la sublime eminencia científica se preste a tal condescendencia con su país de origen, el gobierno tendría que instalarle para su uso particular un laboratorio provisto de todo el instrumental necesario según los cánones norteamericanos al uso. Ni que decir tiene que tal laboratorio representaría una fabulosa inversión. Todo lo cual resulta descabellado para un país que hasta ahora se ha visto impotente para garantizar la enseñanza primaria a todos los niños españoles, por no hablar de las carencias en los otros niveles educativos.

* * *

DENTRO de la amplia gama de actuaciones que entraña el imperialismo cultural existe una nueva modalidad de colonialismo que afecta a una parcela de la sociedad española en la que se ha reparado escasamente. En los últimos años se han ido estableciendo unos peculiares programas de estudio y unos procedimientos académicos que implican una especie de colonización de la universidad española. Y no nos referimos aquí a la supuesta colonización de la universidad realizada por cierta Agrupación de Fieles católicos, Ins-

* *Ibid.*, p. 1602.

tituto Secular de la Iglesia romana o grupo de presión clerical que ha proliferado durante los últimos treinta y cinco años en España. Es decir, no tratamos aquí de "la penetración realizada por la Obra de Dios en la enseñanza superior" que según Jesús Ynfante se llevó a cabo principalmente a través del denominado "asalto a las cátedras universitarias". Ynfante sostiene que el Opus Dei "sigue en nuestros días colocando gradualmente socios suyos en las cátedras. . . la penetración de los socios de la Obra de Dios en las cátedras universitarias españolas continúa siendo lenta y progresiva".¹⁰

La colonización universitaria a que nos referimos en este trabajo no procede del interior sino que se realiza desde el exterior por parte de ciertas universidades extranjeras, concretamente norteamericanas. Puede que esta afirmación resulte sorprendente para muchas personas y no pocas se preguntarán en qué consiste tal colonización. Quizá también haya quien ponga en duda el planteamiento que se acaba de hacer y exigirá que se sustancie con datos veraces. Eso es precisamente lo que se trata de realizar al escribir este trabajo.

En cuanto al *modus operandi* de la susodicha colonización adelantamos desde luego que se trata de uno de factura clásica. La base de su funcionamiento reside en que las universidades españolas se ponen al servicio de equis universidades norteamericanas. Es decir, los recursos (materiales y docentes) de las universidades españolas trabajan para determinadas universidades yanquis; éstas se aprovechan, incluso desde un punto de vista económico, de la "baratura" universitaria española. El principio operativo fundamental es el mismo que se aplica a la penetración de empresas extranjeras en determinados países. La finalidad es aprovecharse de los bajos costos de producción (laborales principalmente) en los países penetrados. En el caso que ahora nos ocupa, las universidades norteamericanas tratan de capitalizar en los módicos costos con los que opera el sistema universitario español. Esos bajos costos están determinados por las insuficientes retribuciones al personal docente. Especialmente a los denominados *Profesores No Numerarios* sobre quienes recae el peso de la casi totalidad de la enseñanza universitaria mientras perciben unos emolumentos superdiscriminados. Por otra parte hay que tener en cuenta que la financiación del sistema de educación superior se hace en España con fondos del Estado, es decir con los recursos sociales del pueblo español.

Para entender a cabalidad lo que se va diciendo, debemos tener

¹⁰ Jesús Ynfante, *La prodigiosa aventura del Opus Dei: Génesis y desarrollo de la Santa Mafia*. París, Ruedo Ibérico, 1970, 56 y sigs.

presente que los pagos por derechos de matrícula en una facultad universitaria española o en una Escuela Técnica Superior, no se acercan por mucho ni siquiera a nuestra baja estructura de costos educativos. Partiendo de los datos oficiales del Ministerio de Educación y Ciencia español se ha calculado el costo por estudiante universitario matriculado en unas 40,000 pesetas para 1969 (42,500 pesetas si se tienen en cuenta las inversiones imputables al fondo para el fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades, PIO). La considerable diferencia existente entre los costos unitarios por estudiante y los derechos exigidos por la matriculación se explican porque las inversiones que efectúa el Estado en la enseñanza superior se consideran un servicio público para el mejoramiento de nuestra sociedad; de ese servicio público se deben beneficiar los jóvenes españoles. No se entrará aquí en el análisis de la discriminación clasista que obstaculiza el acceso de las clases trabajadoras a nuestra educación superior, aunque esa es una realidad de la que estamos muy conscientes. Por otra parte ya nos hemos referido a ese problema en otro lugar.¹¹ El principio de servicio público a la propia sociedad que debe cumplir la educación superior se derrota cuando el sistema universitario se pone sin ninguna traba al alcance de una masa estudiantil procedente de otros países.

Aunque lo que sigue representa otra vertiente del problema que se aborda en este trabajo, cabe considerar que en el curso 1970-71 se matricularon en las distintas facultades universitarias y Escuelas Técnicas Superiores españolas un total de 10,575 alumnos extranjeros.¹² Los alcances socioeconómicos de ese hecho suelen pasar desapercibidos, pero una matrícula anual de 10,575 estudiantes extranjeros en España representa más que la matrícula total de algunas universidades españolas. De hecho, en 1970 sólo las universidades de Madrid, Barcelona, Valencia y Granada tenían cada una de ellas un contingente estudiantil mayor que el total de alumnos extranjeros matriculados en España. Ello quiere decir que la sociedad española está costeadando en realidad el sostenimiento de una universidad de tipo medio y la pone al servicio de una masa estudiantil procedente del extranjero. Significa también que al habilitar 10,575 puestos universitarios, a un costo unitario superior a las

¹¹ Vid. mi artículo "La reforma de la educación y la planificación educativa en España", *Cuadernos Americanos*, vol. CLXXI, núm. 4 (julio-agosto de 1970), 7-33 (en la p. 14). Vid. también mi libro *Estructura y problemas de la enseñanza en España*. Barcelona, Editorial Nova Terra, 1971, pp. 24-25 y 138-39.

¹² España. Ministerio de Educación y Ciencia. *Datos y cifras de la enseñanza en España*. (Tomo I. Estadísticas). Madrid, 1973.

40,000 pesetas, venía a representar para el Estado un desembolso de más de 400 millones de pesetas; lo percibido por derechos de matrícula tiene muy poca significación ya que hasta ahora no rebasa las 3,000 pesetas por curso anual de cada alumno matriculado. Aunque últimamente se ha empezado a hablar de la necesidad de aumentar esos derechos hasta ocho o diez mil pesetas anuales.

Todo lo anterior revela una escasa sensatez en el planteamiento socioeconómico de la política educativa española. Sobre todo si se tiene en cuenta la falta de universidades en muchas provincias peninsulares que carecen en absoluto de centros de educación superior. También se debería tener presente la penuria de recursos en que se desenvuelven las universidades hoy existentes. En resumen, la admisión sin condiciones especiales de una enorme masa de estudiantes extranjeros a las universidades españolas significa en último término cerrar el paso a la educación superior de muchos estudiantes españoles.

Sin embargo, el hecho de la afluencia de estudiantes extranjeros a las universidades españolas ha tendido a presentarse frecuentemente por la prensa oficialista y por ciertos voceros del régimen con unos enfoques triunfalistas. Esa afluencia de estudiantes se debería a la atracción ejercida por la cultura española o al prestigio de que "gozan" nuestras universidades en el extranjero. Cuando se enfrenta la cuestión con un mínimo de realismo, se llega a la conclusión inescapable de que esas interpretaciones carecen de todo fundamento. Ciertamente, la universidad española de los últimos treinta y cinco años tiene muy poco de qué vanagloriarse: más que un estímulo a la inteligencia, la universidad de ese periodo se asemeja a un yermo intelectual condicionado por la mordaza ideológica. Por otra parte, la insignificante atención concedida a la investigación científica en España y el verse privadas las universidades de realizarla por su propia cuenta, ha llevado a un evidente estancamiento científico-cultural del sistema universitario español. No otra cosa podía esperarse de una estructura universitaria convertida en feudo, una especie de coto cerrado, para beneficio de los que Jesús Ynfante llama "clerical-autoritarios", variante española del fascismo.

Lo que verdaderamente explica la afluencia de estudiantes extranjeros a España es la relativa baratura de los estudios universitarios españoles, a lo que se unía hasta hace poco los módicos gastos de manutención y alojamiento en la Península. Sobre todo si se comparaban esos gastos con los precios prevalecientes en el extranjero.

Para compensar a la sociedad española por los gastos incurridos

en ofrecer una educación universitaria a los estudiantes extranjeros, debiera exigírseles el pago de unos derechos de matrícula más en consonancia con la verdadera estructura de costos por unidad de los puestos universitarios. El que los españoles paguen unos derechos reducidos resulta lógico: sus familias contribuyen al sostenimiento de las universidades mediante el pago de impuestos y contribuciones al Fondo General del Estado. Eso no es así en el caso de los estudiantes extranjeros cuyas familias no sean residentes permanentes en España.

Lo que se acaba de plantear tiene vigencia en muchas naciones extranjeras donde existen unos derechos de matrícula diferencial para los estudiantes que no sean residentes habituales del país. De hecho, en los diferentes estados de los Estados Unidos incluso se exigen unos derechos muy elevados de matrícula diferencial a los residentes de otros estados norteamericanos cuando se matriculan en la universidad de un estado que no sea el de su residencia habitual. Esa diferencia de matrícula a veces se cifra en millares de dólares. Ello resulta lógico debido a que en los Estados Unidos las universidades oficiales, es decir las que no son instituciones de enseñanza privada, se nutren de los fondos públicos de los estados respectivos, y no con los recursos nacionales o federales. Por otra parte, las autoridades educativas están muy conscientes de que la educación superior es un servicio muy costoso que absorbe grandes masas de recursos sociales.

Es precisamente ese hecho lo que genera, con toda seguridad, la operación del colonialismo universitario en la especial modalidad a que antes nos hemos referido. Para entender esta cuestión hay que partir del hecho de que en los Estados Unidos los estudios universitarios son muy caros. En muchas universidades los derechos de matrícula anual rondan los 2,000 dólares y en algunas sobrepasan los 3,000. El diario *The New York Times* informaba recientemente que un estudio acabado de realizar calcula el costo de la matrícula anual en un colegio coeducativo en 3,065 dólares para 1980. En 1972 el costo promedio fue de 2,000 dólares. Sin embargo, en el año 2000 ese costo podría ascender hasta los 6,735 dólares.¹³ Esos enormes costos unitarios han estimulado la búsqueda de medios y procedimientos para abaratarlos. También se buscan vías alternativas con las que poder superar esa problemática. Como contraste a la situación norteamericana, en España los derechos de matrícula son relativamente bajos por las razones anteriormente apuntadas.

Ya sabemos cómo los estudiantes extranjeros de diversas nacio-

¹³ *The New York Times* (1 mayo 1973), p. 5.

nalidades afluyen individualmente a las universidades españolas para aprovecharse de los módicos derechos de matriculación. Con idéntica motivación las universidades norteamericanas han decidido explotar el mismo filón, pero de manera organizada y en forma institucional. Aquí es donde radica el funcionamiento de esa modalidad de colonización de que venimos hablando porque en este caso no son los estudiantes extranjeros, en su carácter individual, quienes se aprovechan de nuestro sistema universitario. Por el contrario, éste es explotado directamente, *es colonizado*, por las poderosas universidades norteamericanas que se lucran así del esfuerzo económico que realiza la sociedad española para sostener nuestra educación superior.

Se desconocen las interioridades de ese "negocio cultural" y los nexos o complicaciones existentes que expliquen su surgimiento y proliferación. Tampoco son conocidas las modalidades contractuales bajo las que se han venido desarrollando; las fuentes de información pública nada dicen al respecto. Lo mismo sucede con los documentos oficiales que se han podido consultar. Ahora bien, los hechos existen y esa curiosa forma de colonización universitaria está en funcionamiento desde hace varios años. Por el "sistema" han pasado ya varios millares de estudiantes los que han tenido que abonar en conjunto unos cuantos millones de dólares. Sería muy conveniente sacar a la luz del día todo este turbio asunto para que la opinión pública española dispusiese de elementos de juicio claros y diáfanos sobre el problema planteado. Pero no cabe hacerse ilusiones. No es de esperar que en la España actual un problema como el que aquí se plantea vaya a ser objeto de una investigación.

La forma de "operación" es sumamente sencilla. Una Universidad norteamericana le ofrece a sus estudiantes, y también a los que todavía no lo son, la posibilidad de estudiar un año o más (se puede llegar hasta el doctorado) en una universidad española. La cuestión es que la universidad española aporta la preparación académica, sus instalaciones y el trabajo de su profesorado. La universidad norteamericana será la que acredite los estudios y (esto es precisamente la base del negocio), embolse en su tesorería el importe de la matrícula cobrada —una cifra bastante cuantiosa.

Está clara la naturaleza colonial de la relación. La universidad española realiza el papel de *una factoría académica colonizada que funciona con unos costos muy bajos*. Se le encomienda la ejecución de una labor consistente en ofrecer las clases y aportar todo lo que exija determinado plan de estudios. La universidad norteamericana ejecuta meramente una función gerencial, por demás lucra-

tiva y explotadora. Se limita a reclutar los estudiantes y expedir los títulos correspondientes; todo mediante el cobro de unos fuertes derechos de matrícula. La relación parasitaria no ofrece dudas: las universidades españolas hacen el trabajo y las poderosas y ricas universidades norteamericanas recogen los beneficios. En una palabra: alugnan parcelas del sistema español de enseñanza superior trabajan, ¿gratis?, para ciertas universidades norteamericanas.

Lo que más intriga en todo el asunto es la escasa o nula atención que se le ha dedicado en España a este problema. Sobre todo si se tiene en cuenta el gran despliegue publicitario con el que se anuncian en los Estados Unidos tales planes de estudio. Parece como si en nuestro país un espeso manto de silencio cubriese, imperceptiblemente, amplios sectores de la vida nacional. Lo que ocurre es que la censura, abolida oficialmente pero que funciona en la práctica a través de suspensiones, multas, expedientes y otras formas sancionadoras, impide airear múltiples zonas problemáticas de la sociedad española. Porque la verdad es que, en el caso concreto que ahora nos ocupa, esos "peregrinos" planes de estudio vienen funcionando desde hace bastante tiempo. Aunque alcanzaron su mayor auge bajo los ministerios de Manuel Lora Tamayo y José Luis Villar Palasí.

Con gran desparpajo se anuncian en revistas especializadas de los Estados Unidos y ofrecen una gran variedad de programas en diversas universidades españolas. También ponen al alcance del interesado una amplia flexibilidad presupuestaria. Una nota predominante en los múltiples anuncios es la garantía de que los "créditos" académicos obtenidos en España mediante el plan ofrecido son transferibles a los Estados Unidos. La acreditación de cursos y la expedición de títulos corre a cargo de la universidad norteamericana matriculante, no de la institución española que ofrezca la enseñanza. En una palabra, la universidad española enseña y la institución norteamericana titula mediante el cobro de unos fuertes derechos. Todo esto corrobora lo que se decía en los párrafos anteriores sobre la tipificación de tales prácticas como una relación netamente colonial.

Como muestra se puede mencionar que la *Saint Louis University* ofrece a los estudiantes interesados, cursos anuales en varios campos de Filosofía y Letras a un costo de mil dólares por curso. Este es quizás el plan más económico de todos los ofrecidos. Como contraste, una organización innominada ofrece cursos completos en la Universidad de Sevilla a un costo de 2,380 dólares por año académico. Esos cursos son conducentes a todo los títulos reconocidos en los Estados Unidos: B. A., M. A. y Ph. D. Para quien no le

agrade el clima sevillano, la misma organización ofrece la alternativa de la Universidad de Navarra, Opus Dei, en iguales condiciones y precios. (El interesado puede dirigirse a: *Director Academic Year in Spain College Apt. 1084, Sevilla*).

Marquette University ofrece años académicos completos y garantiza plena transferibilidad. No especifica precios, que deberá requerir el interesado, aunque podemos asegurar que rondan los dos mil dólares por curso anual. Lo que sí aclara es que todas las clases se imparten en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Por su parte, el *State University College of New York at New Paltz* ofrece también cursos anuales en varias especialidades de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla. El costo de matriculación anual se acerca a los dos mil dólares. La Universidad de Nueva York es una de las que más han avanzado en la explotación de este negocio de los estudios en España. Ha creado una división especial denominada *New York University Abroad* con lo cual se ha llegado a la plena institucionalización del sistema. Ofrece diversos programas con cursos anuales conducentes al grado de M. A. (licenciatura) y Ph. D. (doctorado), principalmente en la Universidad de Madrid. Los precios varían, pero oscilan en torno a los dos mil dólares por curso anual. A los estudiantes prospectivos se les tienta con la posibilidad de un título expedido por la "prestigiosa" universidad neoyorquina.

Para no extendernos demasiado, diremos por último que un "Calderón Study Center" ofrece, mediante el pago de 1,600 dólares anuales por derechos de matrícula, cursos completos en las universidades Complutense (Central de Madrid) y Autónoma (de nueva creación en Madrid). A cambio de unos pagos considerables, estos mercaderes de la cultura garantizan la transferibilidad de créditos y títulos obtenidos.¹¹

Se podría seguir enumerando casos indefinidamente. Tanto las universidades norteamericanas anunciantes como las instituciones españolas colaboradoras son legión. Sin embargo creemos que con las muestras presentadas el lector dispondrá de la evidencia suficiente para prestar credibilidad a nuestro planteamiento. La colonización a que se ve sometida la universidad española con esta clase de programas no admite dudas.

Un hecho está meridianamente claro. En esta relación "Acadé-

¹¹ *Hispania* (Estados Unidos), vol. 55, núm. 4 (diciembre 1972). El interesado en conocer una mayor diversidad de casos puede consultar ese y otros números de la citada revista.

mica" hay unos que se benefician y otros que se perjudican. Las universidades norteamericanas obtienen unos fuertes ingresos sin gasto aparente que los justifique. Como contrapartida, las universidades españolas prestan unos servicios educativos sin tener necesidad y que en nada benefician al pueblo español. Es decir, con la operación de estos programas la sociedad española está financiando unos planes de estudio en beneficio de una serie de universidades privadas extranjeras. Por último están los estudiantes, no sólo norteamericanos sino también de Hispanoamérica, que son atrapados en esta red explotadora. Sus aspiraciones de obtener una educación y un título profesional son aprovechadas por ciertas instituciones mediante el pago de un fuerte estipendio. Todo ello culmina en la extraña situación de unos flamantes graduados que ostentan títulos expedidos por universidades norteamericanas pero que han sido obtenidos en aulas españolas.

Como conclusión se puede afirmar que el problema planteado en este trabajo no representa más que una faceta del deterioro general experimentado durante las últimas décadas por el conjunto de la sociedad española. Resulta hasta lógico que en una sociedad privada de todo cauce abierto y libre de participación y fiscalización política por parte de sus ciudadanos; en una sociedad que tampoco cuenta con instrumentos de información veraz e independiente para el ejercicio de una crítica responsable; en una sociedad, en fin, regida por un sistema autoritario en que los máximos órganos decisorios no se consideran sujetos al control institucional es lógico, insistimos, que prolifere una serie de aberraciones en el desenvolvimiento de la vida administrativa.

Por otra parte, ese estado de cosas conduce al indiferentismo político y a la pasividad cívica de la ciudadanía. El resultado es el consiguiente debilitamiento de la vida institucional que se produce en el conjunto de la Nación tanto en el interior como frente al exterior. Todo ello facilita la penetración extranjera, con voluntad dominadora, en los diversos sectores de la sociedad española.

DOS LIBROS SOBRE EL IMPERIALISMO

— I —

PIERRE Jalée, de quien la misma casa editora mexicana publicó *El Tercer Mundo en la economía mundial*, vio publicado después *El imperialismo en 1970*.* En una breve introducción del segundo título, hace notar la diferencia y la vinculación de ambas obras; mientras en aquélla el imperialismo es observado y expuesto en sus acciones de dominio y explotación, desde un punto de vista puramente exterior, en ésta el imperialismo es estudiado globalmente, desde un punto de vista interior.

Para el autor, estudiar el imperialismo globalmente implica —y no podía ser de otra manera— tomar como punto de partida el esquema teórico conformado por las principales fuentes que explican el origen y desarrollo imperialista; estas fuentes son centralizadas por Jalée en dos grandes títulos: *La economía mundial y el imperialismo, esbozo económico*, y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*; el primero escrito por Bujarin en 1915 y el segundo por Lenin en 1916. En el prólogo de éste para el libro de aquél, reconoce: "El valor científico de la obra de Bujarin, estriba particularmente en que examina los datos esenciales de la economía mundial, en lo concerniente al imperialismo considerado en su conjunto como una etapa determinada del capitalismo más altamente evolucionado". Esto, más otras informaciones oportunas de Jalée, le sirven para señalar que sin duda los análisis y trabajos de Bujarin ayudaron en forma eficaz a Lenin. En una comparación que resalta la importancia de ambas aportaciones, después de indicar que Lenin parece deberle algo a Bujarin y de convenir en que si "el segundo no fue aplastado por el primero, sí queda fuertemente dominado por él", el autor del *Imperialismo en 1970* escribe: "El análisis de Lenin es más luminoso, más intuitivo y resonante, sus capítulos se encadenan más rigurosamente entre sí, su conjunto adquiere un poder demostrativo más convincente." Y es que *El imperialismo, fase superior del capitalismo* "no sólo es considerado, en general, como la obra magistral del género, sino que además se nos manifiesta como una especie de resumen crítico de todo lo que se había escrito anteriormente a este propósito, puesto que Lenin elogió o demolió a sus predecesores, pero los utilizó a todos."

El trabajo de Jalée no es original en el desarrollo de su plan expositivo, pero es revelador en cuanto a la aplicación del análisis de una realidad

* Siglo XXI Editores, S. A., México, 1971.

económico-política que asimila y revierte los principios y aspectos esenciales leninistas sobre el tema. Para tal análisis, el autor divide en dos partes el contenido de la obra fundamental de Lenin, considerando que de los diez capítulos que la integran, los seis primeros se ocupan de mostrar cómo apareció históricamente el imperialismo, y los cuatro últimos de lograr una síntesis y una crítica del imperialismo.

Antes de entrar en materia, Pierre Jalée aclara el significado que da a ciertas expresiones; el Tercer Mundo lo constituyen los países dominados y explotados, eufemísticamente denominados subdesarrollados, dependientes del sistema capitalista: América Latina, sin Cuba; África, Asia sin los países socialistas por una parte, el Japón e Israel por otra; Oceanía sin Australia y Nueva Zelandia. Por países imperialistas entiende a los países capitalistas industrializados, beneficiarios de la división internacional del trabajo de carácter imperialista: Estados Unidos y Canadá; Europa sin los países socialistas; Japón e Israel. "Las expresiones *zona o área* del imperialismo abarcan todos los países, estén o no desarrollados, que dependen del sistema capitalista, es decir, a la vez al Tercer Mundo y a los países imperialistas, más Australia y Nueva Zelandia, que son países desarrollados pero, sobre todo, exportadores de productos primarios."

A una de las principales interrogaciones que Jalée procura dar respuesta es a la que se desprende de algunas fórmulas ilusas o simplistas que, interpretando a su manera los textos clásicos sobre el imperialismo, preguntan: ¿si el imperialismo era una fase de "transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante", qué ha pasado medio siglo después? Sobre todo, si a ello se añade que con el advenimiento de los estados socialistas se le privó al mercado mundial imperialista de una parte considerable de su dominio potencial identificable con un tercio de la población del mundo, si se agregan los procesos de descolonización, la oposición abierta de los pueblos explotados o Tercer Mundo y la generalización de la lucha antimperialista cada vez más definida. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué el imperialismo no termina de agonizar? ¿Por qué no se ha derrumbado o ha sido derribado? Jalée, responde indirectamente recordando los cambios que se introducen para detener una agonía que en realidad sólo se prolonga más de lo previsto; procedimientos y técnicas nuevas se convierten en medicinas atenuantes para este enfermo *sui generis*: hay otras formas para realizar los intercambios de mercancías, los movimientos de capitales, los fines con que se llevan a cabo; para reconocer las fuentes que abastecen de materias primas a sus fábricas y apreciar cómo han evolucionado la competencia y las concentraciones de los monopolios; para descubrir la tendencia del capitalismo monopolista a organizarse bajo la dirección del superimperialismo norteamericano, así como las rivalidades a que da resultado; para evaluar el estímulo que ejercen los progresos científicos y técnicos, más la naturaleza de las relaciones con el Tercer Mundo y los estados socia-

listas; en fin, para considerar las modificaciones eventuales descubribles en las estructuras, la acción y la estrategia imperialistas.

La gran respuesta, determinada por múltiples respuestas, va siendo elaborada por el autor mediante el desarrollo de cada uno de los capítulos del libro; aborda así los temas siguientes: el imperialismo en relación con las materias primas, el comercio internacional, las exportaciones de capitales, la nueva revolución tecnológica, las concentraciones, la oligarquía financiera e industrial, el capitalismo monopolista de estado, las contradicciones e integración connaturales y el superimperialismo norteamericano.

Del segundo al décimo capítulo de los once que componen el libro de este autor, la gran respuesta formada por múltiples respuestas se va orientando hacia la negación de la contradicción fundamental en el campo interno de las potencias imperialistas, hacia la negación de que los conflictos entre ellas las conduzcan, actualmente o en el futuro, a la disputa bélica. Jalée explica que entre los dos extremos compuestos por el binomio rivalidad-integración, ha predominado desde hace tiempo el segundo elemento; las potencias imperialistas tienden a defenderse agrupándose alrededor de la mayor de ellas, lo que el imperialismo norteamericano aprovecha para ejercer un control que lo convierte en superimperialismo; el autor francés escribe: "Los antagonismos entre imperialismos nacionales son inevitables, pero es curioso observar que se expresan cuando las cosas marchan relativamente bien y callan cuando las cosas van mal para uno de ellos: Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia. . . la internacionalización de las fuerzas productivas, de los movimientos de mercancías y de capitales, de la vida económica en general, ha aumentado y aumenta a tal punto que cualquier enfermedad que afecta a uno de los miembros del cuerpo imperialista pone en peligro el organismo entero, que entonces, autorreacciona. La cohesión interna del mismo sistema imperialista es un imperativo que se sobrepone a los antagonismos."

Por supuesto, el imperativo integracionista no elimina las contradicciones congénitas del sistema capitalista; una de ellas, importantísima, la que resulta de la socialización de la producción y la forma privada de la propiedad de los medios de producción; esa contradicción sigue allí, objetivamente es irrechazable, pero subjetivamente no conduce al paso revolucionario por la insensibilidad de quienes la soportan; es decir, sólo es válida para las grandes masas asalariadas y la clase obrera desde un punto de vista teórico, pues en la realidad no funciona.

Y no funciona, también, porque el sistema capitalista a su vez ha ido perfeccionando notables atenuantes como es la tendencia al freno del crecimiento de la producción o al estancamiento. En este punto, Pierre Jalée insiste en preguntar si la ya expuesta contradicción es actual y estratégicamente la contradicción principal de nuestro tiempo y, aprovecha, para rebatir a los autores soviéticos, pro o antisoviéticos, que desde hace varias

décadas se refieren a las crisis agravadas del capitalismo y a la agonía de éste. Así, este preguntar de Jalée aspira a que el lector o el interesado pronuncie la gran respuesta que él ha venido induciendo en los capítulos de su libro, respuesta que deja fuera de interés a autores como Varga, Hamza Levi, Baran y Sweezy. En el capítulo de conclusión, denominado La contradicción principal, perspectivas políticas, entre otros elementos el autor se refiere a las condiciones objetivas y a las subjetivas; aludiendo a las primeras, dice: "hay que señalar, aunque sea desagradable, que si la mayoría de los economistas marxistas están de acuerdo, cada vez más, en que las crisis tienden a disminuir de amplitud y consideran que avanzamos más bien hacia una suerte de recesión larvada y prolongada, no es sino una perspectiva, y no una tendencia expresada ya en hechos. La tasa de crecimiento económico e industrial, en el caso imperialista en general, no ha sufrido en general una inflexión en años recientes. El desempleo está en casi todas partes a su nivel más bajo. Es un hecho que, desde la segunda guerra mundial, el capitalismo imperialista ha podido, en conjunto, mantener e incluso elevar los salarios reales, aunque sea agravando la tasa de explotación del trabajo, gracias a los aumentos de productividad, y ha logrado autofinanciarse como nunca antes lo había conseguido."

En relación a las condiciones subjetivas, expresa en forma drástica y crítica: "basta con abrir los ojos para decir que, en ninguna de las metrópolis imperialistas, los trabajadores se encuentran, en el momento actual, organizados en una gran formación auténticamente revolucionaria de cualquier naturaleza que sea. Los dos únicos partidos comunistas importantes, el de Italia y el de Francia, han caído en el revisionismo y en 'la vía pacífica', los trabajadores están en todas partes encuadrados por centrales sindicales reformistas, las más de las veces integradas al sistema. Existe igualmente en ello un freno a la maduración de las condiciones objetivas. Y si un determinado partido comunista del Occidente europeo tuvo razón en proclamar, en 1968, que el petardo revolucionario tenía la pólvora mojada, es cierto también que se olvidó añadir que así era, entre otras razones, porque ese partido mantenía sumergido en agua al petardo desde hacía doce o quince años."

Pero hecha la crítica anterior y anulada como fundamental la contradicción clásica, ¿qué propone Jalée?, ¿cuál sería la contradicción sustituta? Para llegar a un entendimiento, expone que la dependencia de las metrópolis imperialistas respecto del Tercer Mundo, por una parte, va en aumento, mientras, por otra, es notable la oposición al sistema imperialista, cada vez más generalizada y desarrollada en los pueblos del Tercer Mundo. La insistencia del autor sobre esta realidad económica, señala una y otra vez que la supervivencia del imperialismo está condicionada materialmente por su explotación y dominio del Tercer Mundo; asimismo, que las vanguardias políticas y los organismos progresistas de éste ya no ignoran que

el porvenir de sus países "pasa ineluctablemente por la ruptura total de los lazos imperialistas y por una emancipación política y económica que no tiene más que un nombre, socialismo". El imperialismo —escribe Jalée— que obtiene del Tercer Mundo, "como nunca antes, la sustancia primera insustituible de su poderío" se enfrenta a una amenaza que es "una cuestión de vida o muerte. Ahora está con la espalda en la pared". Y todo lo expuesto por el autor francés, confluye, por fin, en la afirmación que a él le interesa: "la contradicción principal de nuestro tiempo es para mí, indudablemente, la contradicción imperialismo-Tercer Mundo. No anula a las demás e incluso hace interferencia con ellas, pero las suplanta en importancia."

— II —

FÉLIX Gréne ha escrito un libro en el que resume tanto sus experiencias de residencia en Estados Unidos, donde vivió treinta años, como el resultado de sus investigaciones sobre el tema cada día más actual del imperialismo: *El enemigo*,* volumen que en México fue subtítulo "lo que todo latinoamericano debe saber sobre el imperialismo" y que, en la edición inglesa, se subtitula "notas acerca del imperialismo y la revolución". Aparentemente, estas 450 páginas tienen finalidad divulgadora y, diferencias de por medio, servirían de ilustrativo complemento al *Imperialismo en 1970*; sin embargo, no es así, pues va mucho más allá de tal suposición, resulta más rico en cuanto a la concatenación de datos, es algo más que un simple texto difusor; aparte, niega posiciones tesísticas como esa de Pierre Jalée respecto al Tercer Mundo y el imperialismo en relación a la contradicción fundamental sustituta.

En el mejor sentido de la palabra, no cabe duda que el presente es un libro ambicioso; el autor, plenamente consciente de las exigencias de su propósito, ha recurrido a una vasta red de informaciones que abarca por igual la bibliografía usual históricamente y los datos cotidianos más inesperados; no sólo agrupa todo aquel pensamiento antimperialista conocido en los distintos círculos de inconformes, o el desglosado por la prensa diaria, o el expuesto en textos liberales universitarios, sino que lo conforma en un cuerpo sistematizado cercano al planteamiento doctrinario. Expone el fenómeno imperialista llanamente, yendo de lo simple a lo complejo; lo aborda en sus múltiples aspectos atento siempre al señalamiento político como estructura connatural de una base económica; le preocupa decir, reiteradamente, qué es el imperialismo, cuál es su origen, cómo se desplaza su mecanismo y hacia dónde apunta su futuro. Pero, por supuesto y en con-

* Siglo XXI Editores, S. A., México, 1973.

mitancia, Félix Greene se refiere a serios planteamientos derivados de dicho fenómeno y que comprenden la lucha contra éste: Los estragos causados en los pueblos que somete, las características producidas en el mundo que explota, la emergencia de una decidida y eficaz clase mundial revolucionaria, la definición en fin de una conciencia solidaria entre los hombres que lo sufren en distintas partes del mundo. Sobre esta base, escribe: "Si contamos únicamente a quienes piensan como nosotros en los países occidentales, parecemos ser lastimosamente pocos. Somos una minoría pequeñísima, a la que es fácil ridiculizar. Pero vinculados a los que en otras partes del mundo están con nosotros, somos de hecho una inmensa mayoría miembros de una fraternidad que se tiende de un extremo al otro del mundo, dondequiera que los hombres son todavía pobres y explotados."

En *El enemigo*, su autor alude concretamente a la potencia imperialista por antonomasia: el imperialismo norteamericano; hace su historia de latrocinios y depredaciones y lo compara con los imperios del pasado; al señalar diferencias recuerda que el actual tiene sus propias peculiaridades, como es la realización de nuevas clases de saqueo mediante "el despojo de la riqueza de otros países a través del comercio desigual y de la inversión que extrae mucha más riqueza de la que mete". Por otra parte, recalca que lo esencial del imperialismo estriba en la explotación económica de otros pueblos sostenida por el dominio militar y político, y aunque su forma estructural no descansa en el colonialismo, su finalidad —sin fideicomisos, mandatos o protectorados al estilo Inglaterra— apunta hacia la obtención de un máximo de ganancias, la expansión de sus empresas y la dominación absoluta. Uno de los propósitos de Félix Greene es desnudar materialmente el comportamiento imperialista, no caer en circunloquios que se pierdan en la comprensión de éste como una mera abstracción, sino situarlo como un amenazante sistema que repercute en la vida diaria del último ciudadano, de millones de hombres dentro de los Estados Unidos y de muchos más en los pueblos que avasalla.

No se trata solamente de la explotación del pobre por el rico; significa algo de mayor trascendencia, involucra una actitud ante el semejante, encubre un sistema social sostenido sobre el crimen y la violencia: "toda una manera de pensar acerca del prójimo. Los getos estadounidenses, las injusticias raciales, las flagrantes desigualdades que existen en todo país occidental. La deshumanización de nuestra sociedad industrial, son productos tan legítimos del imperialismo como lo es el *apartheid* en Sudáfrica o la infame matanza de aldeanos en Vietnam." En los enfoques ricos y distintos hechos por este autor, figuran retrospectivas históricas hasta el desaparecimiento del imperialismo inglés como fuerza hegemónica y el legado fatal de Estados Unidos, el encumbramiento de los banqueros, la ruptura del imperialismo decrepito y el naciente, la falsa imagen que de su poderío se inculca a su propio pueblo, la forma de saqueo sobre las naciones

ricanos se detuvieron a pensar qué estaban haciendo sus tropas en estos lugares y qué derecho tenían para meterse allí? Sí, hubo unos cuantos. Algunos sintieron cierta vergüenza. . .”

MAURICIO DE LA SELVA

Aventura del Pensamiento

EL PRONOSTICO COMO OBJETIVO Y PROBLEMA DE LAS CIENCIAS SOCIALES MODERNAS*

Por Kurt SONTHEIMER

AN la civilización técnico-científica de nuestra época, se considera como sumamente distinguido y progresista el centrar en el futuro el enfoque de la ciencia, el anticipar las realidades y el colocar en un mismo plano ciencia y planificación. Mientras que, respondiendo a necesidades individuales más primitivas de investigación del futuro, siguen, igual que siempre, prestando servicios apreciados por muchos los métodos tradicionales de la astrología, de la quiromancia y de la adivinación también en la era atómica; mientras que las novelas del futuro, el género literario de la science-fiction, dominan permanentemente el consumo de lecturas, ha brotado en el campo de la ciencia una especie de fiebre por el futuro. «Futurólogos» nos muestran «camino hacia el nuevo milenio», esbozan «modelos de un mundo nuevo», nos enseñan a «empuñar el futuro» y jalonan las «posibilidades y límites de una investigación del futuro».

Dentro de esto, se entrecruzan los intentos más distintos, dificultando el análisis del material. Algunos, y entre ellos se encuentran bastantes en el campo de las ciencias naturales, entienden como investigación del futuro, más que nada la estrategia de la paz, es decir, la búsqueda de las condiciones y garantías de una paz en la que al menos se mantenga contenida la fuerza destructiva de las armas nucleares, capaz de aniquilar la humanidad. En otros se combina la acentuación de la investigación del futuro con la exigencia, claramente manifiesta, de la «planificación». Quieren de nuevo aumentar el prestigio, al menos en Alemania, de la idea del planeamiento, que ha sufrido tanta crítica.

Pero ¿qué significado puede tener el querer investigar el futuro? ¿Han de transformarse los científicos en profetas y las monografías científicas en libros de adivinación? La corriente moderna hacia una investigación del futuro cree distinguirse claramente de los demás métodos, hasta ahora usuales de presagiar el futuro. Entiende que

* De "Universitas".

se apoya en premisas científicas y su preocupación por el futuro se refiere a la evolución de un mundo que está marcado y que, de un día a otro, ha de estar cada vez más marcado por los descubrimientos y logros de la ciencia y de la técnica.

A lo largo de la historia de la humanidad ha habido muchas predicciones serias e importantes, sacadas de la combinación de experiencia histórica y profunda mirada visionaria. Aun cuando algunas de estas previsiones del futuro se han visto confirmadas por la historia, la verdad es que predominan con mucho los pronósticos que no se han cumplido.

Quizá ha sido el gran Condorcet quien se ha equivocado más radicalmente al escribir, cinco años antes del comienzo de la Revolución Francesa, de la que él mismo fue víctima: «Es muy probable que en el futuro tengamos que consignar menos cambios profundos y menos revoluciones que en el pasado.»

El progreso de la Ilustración, que Condorcet creía percibir por todos lados en Europa, le parecía garantía suficiente de que en el futuro las guerras y las revoluciones no habrían de jugar el mismo papel que hasta entonces. ¡Quelle illusion!

¿Qué garantía tenemos de que los futurólogos actuales no se equivocan tan radicalmente como los pronosticadores que les han precedido y quién se atrevería a aconsejarnos que depositemos una mayor confianza en sus especulaciones? Oigamos lo que ellos mismos dicen al respecto:

Hoy ya no se trata de especulaciones intuitivas, basadas en la experiencia subjetiva y en la fantasía, como era antes el caso, sino de pronósticos asegurados científicamente. Ciencia y pronóstico se encuentran unidos. El pronóstico (predicción) es, de hecho, un elemento constitutivo del moderno concepto de ciencia: al ser el objetivo de la ciencia la búsqueda, formulación y aplicación de leyes en el campo de la naturaleza orgánica y anorgánica, no constituye el pronóstico otra cosa que la aplicación de tales leyes al futuro. Si tienen validez universal, entonces han de producir en el futuro las mismas causas, los mismos efectos que en el pasado. Por tanto, si las ciencias humanas consiguen formular leyes del comportamiento humano y social del mismo rigor y universalidad que las ciencias naturales respecto a la naturaleza, ha de serles entonces también posible el predecir reacciones futuras de grupos sociales, es decir, el determinar de antemano la historia.

Auguste Comte, el gran maestro del positivismo y el fundador de la sociología moderna, declaró ya, en la cuna de las ciencias sociales, el pronóstico como objetivo central. Comte no tuvo la más mínima duda acerca de la identidad fundamental entre las ciencias naturales

y sociales. Para él era plenamente evidente que el pronóstico constituye el objetivo propio de la ciencia: «La predicción es el objetivo de toda ciencia. La observación de los fenómenos lleva a la formulación de leyes, con cuya ayuda podemos predecir la sucesión de los acontecimientos».

Algunos especialistas en ciencias sociales continúan hoy todavía, como ya Comte en su tiempo, en la órbita de la astronomía. De la misma forma que ha sido posible a los astrónomos predecir con exactitud las modificaciones en la trayectoria de las estrellas, debiera de ser posible a los sociólogos, con ayuda de métodos científicos, determinar también de antemano las transformaciones sociales del futuro: «Está en consonancia completa con el espíritu del hombre», escribe Comte, «que su observación del pasado le descubre el movimiento del futuro en la política, exactamente igual a lo que ocurre en el campo de la astronomía, física, química y fisiología.» Sí, el objetivo verdadero de una ciencia política es el tratar de llegar a una tal determinación del futuro según el ejemplo de las otras ciencias positivas.

Más de cien años después de Comte, sigue la ciencia social positivista todavía convencida en principio de que la predicción es una componente necesaria de toda ciencia y que incluso representa el criterio mismo del nivel de la ciencia. En este punto, sin embargo, la espectación es más modesta, las esperanzas son más tenues y se ha acentuado la conciencia de las dificultades inherentes a los pronósticos social-científicos. Dos reacciones son, por ejemplo, típicas de la situación actual: por un lado se recortan las pretensiones científicas, manteniendo, como hace el historiador americano de economía Charles A. Beard, que no puede haber, en el sentido estricto del concepto de «ciencia», una ciencia social, puesto que si la hubiese, tendríamos que poder predecir, como en la astronomía, lo que ha de ocurrir en los años venideros —y por el otro se invierte la cuestión, probando concienzudamente si de verdad las ciencias naturales mismas satisfacen este ideal astronómico de predictibilidad exacta y si son capaces de encontrar leyes universales y válidas ad infinitum. Si se llega a mostrar que la comparación con la astronomía no es típica en ningún punto dentro del campo completo de la investigación de las ciencias naturales, resulta entonces que la situación de las ciencias sociales es mucho menos desesperada. Sirve de consuelo a la ciencia social positivista, que sufre de un complejo de inferioridad acusado, el que, en la versión más moderna de las ciencias naturales, el concepto de ciencia no tiene ya la unidad de sentido que le ha sido atribuida siempre y que muchos especialistas en ciencias sociales siguen todavía presuponiendo inocentemente. En conse-

cuencia, tiene una parte de la última literatura científica sobre el carácter científico de las ciencias sociales un tono apaciguador e incluso consolador extremado. La insuficiencia de las ciencias sociales, que en lo referente a la exactitud de sus afirmaciones sufren, hasta cierto punto, las consecuencias de ocuparse de seres humanos, sigue de hecho sin poder sostener una comparación, pero se mitiga un tanto, gracias a noticias tranquilizadoras sobre la limitación que también tienen las ciencias naturales, tanto en su capacidad de formular leyes de validez general, como, sobre todo, en su virtud de formular pronósticos exactos de los sucesos reales.

El hecho es, sin embargo, que consuelos de este tipo, aunque consiguen camuflar hábilmente la diferencia fundamental entre una ciencia de la naturaleza y una ciencia del hombre, no logran eliminarla de verdad. ¿Qué interés tenemos, al fin y al cabo, por saber de antemano adónde va a ir a caer una hoja? Pero, tratándose de calcular la fuerza necesaria para conducir un cohete a su objetivo situado a una cierta distancia, cobra la posibilidad de calcular y dirigir los procesos mecánicos por medio de la ciencia una importancia y un aspecto totalmente distintos. Y eso es sin duda alguna lo que importa.

La facultad de las ciencias sociales de hacer pronósticos sobre el comportamiento futuro se basa en la supuesta posibilidad de descubrir leyes universales que rigen el comportamiento humano. La historia constituye el campo de operaciones de esta investigación. Sin embargo, las investigaciones empíricas, de acuerdo con los requerimientos que implica la concepción moderna de las ciencias sociales, sólo son posibles en el presente, o, en todo caso, dentro de un espacio mínimo de tiempo en relación con la historia de la humanidad, desde el comienzo de la investigación social empírica. Además, estos métodos de investigación siguen siendo aún hoy extraordinariamente limitados también en su aplicación geográfico-espacial, con lo que se añade al provincialismo cronológico otro topológico. La esperanza de descubrir leyes universales sociológicas o antropológicas es, por consiguiente, extremadamente débil. Eso no parece intimidar mucho, a pesar de que, para llevar a cabo este gran intento, hay que abstraer de todo lo que forma la existencia concreta del hombre, de su alrededor, de su historia, de los objetivos que determinan sus acciones, etc. La sociología, como ciencia de leyes, en tanto en cuanto existe, se caracteriza por dos rasgos: o presenta banalidades, generalizaciones evidentes a todo el mundo, como «leyes» científicas, o se refugia en abstracciones que, no sirviendo prácticamente de nada para la comprensión de hechos sociales concretos, se presentan en un lenguaje que les da un aire tan científico

como estéril. Por ejemplo, el americano Hart ha formulado una ley de la aceleración cultural, según la que, desde el origen de la humanidad, han crecido en ritmo acelerado la fuerza y la capacidad del hombre en la realización de sus objetivos o, con las palabras de la biblia, para dominar sobre toda la tierra. Talcott Parsons, por su parte, ha formulado así la primera de sus cuatro leyes del comportamiento: un proceso constituido por actividades humanas no se modifica en su dirección ni en su fuerza, mientras no sea detenido por fuerzas contrarias o descuidado.

Como se echa de ver en estos ejemplos, tiene muy poco sentido el tratar de construir con tales perogrulladas, prácticamente evidentes por sí mismas, formuladas de forma abstracta y presentadas como enunciados de leyes, una verdadera ciencia de lo social que pueda colocarse sin envidia al lado de las ciencias naturales. Ya Max Weber, declarado erróneamente por muchos positivistas como su predecesor insigne, ha hecho constar claramente en su Teoría de la Ciencia («Wissenschaftslehre») que en las ciencias de la cultura el principio de la generalización amplia sólo puede tener un sentido limitado, totalmente al revés que en las ciencias naturales. Cuanto más amplia es la formulación de una ley en el campo social, es más vacía de contenido y menos aplicable para la comprensión de los sucesos reales. Por eso no trató Max Weber de formular leyes, sino tipos ideales del comportamiento humano y de las instituciones sociales. Su método consistía en la explicación por medio de la comprensión.

A pesar de ello, sigue manteniéndose tenazmente entre los especialistas modernos de ciencias sociales, sobre todo desde que en la sociología y en las ciencias políticas se ha sucumbido ante la «behavioral persuasion» (H. Eulav), la convicción de que su tarea consiste en «to discover the laws of human behavior which can serve as a basis for accurate prediction and control». Es sintomática la unión de pronóstico con control. Control es la influencia directora y la dominación del objeto social.

De hecho han aumentado las posibilidades fundamentadas de intervenir científicamente en el hombre, de influir en su comportamiento, de condicionarlo de una cierta forma, debido al desarrollo de las ciencias humanas y técnicas modernas. Al tiempo aumentan también las posibilidades de manipulación psíquica y de condicionamiento de las masas, con lo que los pronósticos pueden hacerse más efectivos en el grado en que se consigue controlar psíquicamente al hombre. El sueño terrorífico de una ciencia de lo social, que puede medirse en éxito, precisión y efectividad con las ciencias de la naturaleza, ha sido soñado hasta el fin por Aldous Huxley en su utopía

«Brave New World». Es posible practicar una tal concepción de las ciencias sociales, lo que conduciría, si fuese tolerada por los hombres, a la creación de un aparato inmenso de planificación y condicionamiento social, que incluso sistemas conscientemente totalitarios podrían difícilmente emplear sin escrúpulos. Quien, en su trabajo como especialista en ciencias sociales, sitúa como objetivo general, para que converjan esfuerzos intensos, el pronóstico en unión con el control, trabaja, quizá sin querer, en la destrucción de la libertad.

Paradójicamente surge, en la mayoría de los especialistas en ciencias sociales modernas, el impulso de imitar a las ciencias naturales, precisamente por las consecuencias que ha producido en la sociedad la revolución técnico-científica. La idea del «cultural lag», de la diferencia amenazadora entre una cultura técnica altamente desarrollada y una cultura social adaptada insuficientemente a ella, ha llevado a la pretensión de que en el campo de la moral y de las instituciones sociales debe desplegar la ciencia el mismo poder y la misma eficacia que en el mundo técnico. La queja angustiada sobre el aumento de la distancia entre la esfera técnico-científica y la conciencia social explica, al menos en parte, los intentos crispados de muchos especialistas en ciencias sociales por transformar su disciplina en una ciencia, en una «true science» sin mancha ni error. Quien pretende medir la altura científica de las ciencias sociales con los mismos criterios que las ciencias naturales, lleva un mal camino. El «cultural lag» no puede ser superado, transformando las ciencias sociales en un doble de las ciencias naturales. La esperanza de poder hacer pronósticos exactos, aun cuando, de momento, solamente de naturaleza limitada, es engañosa. Es clara y convincente la respuesta del conocido teorizador positivista de la ciencia, Karl Popper: el curso de la historia es influido decisivamente por el incremento constante del saber del hombre. Y, como es imposible predecir por medio de métodos racionales el incremento y el contenido de nuestro saber futuro, la historia no es predecible en principio.

Desde una posición filosófica totalmente diferente llega a la misma conclusión el especialista en derecho natural Leo Strauss: toda ciencia, escribe, de la que se pretende que por medio de la «predicción» puede excluir el azar, se vuelve ella misma un refugio del azar. El destino del hombre depende, hoy más que nunca, de la ciencia y de la técnica y de los descubrimientos e invenciones que hacen. Se trata, por consiguiente, de sucesos, cuya aparición es absolutamente imposible de predecir. La impredecibilidad de los nuevos acontecimientos sería, por tanto, una característica de la era científica.

¿Significa esto que el pronóstico no puede ser en forma alguna un

objetivo razonable y digno de esfuerzo para las ciencias sociales? Hace falta distinguir: es imposible un cálculo anticipado exacto de las acciones humanas y de los sucesos concretos del futuro, no solamente porque los factores que determinan el comportamiento humano son demasiado complejos y llenos de variables, como para poder ser sometidos correctamente a un cálculo científico anticipado, sino porque los seres humanos, en contraposición a los objetos, tienen la propiedad de reaccionar ante los pronósticos. Lo hacen, o con un comportamiento negativo, tratando de evitar el que se realice lo predicho y de descalificar el pronóstico por medio de una anti-acción, o creyendo en la predicción, activando su voluntad para que se confirme al cumplirse (*selffulfilling prophecy*). Está fuera de duda que sólo con ayuda de la ciencia puede llegar a formarse una imagen del futuro cercana a la realidad, pero —como ya se ha mostrado— eso no se obtiene dejándose llevar meramente por el automatismo del pretendido método científico. La seguridad de acertar en un pronóstico científico sobre el desarrollo social es tanto mayor, cuanto menores sean la extensión y la intensidad de la transformación social. Si no tuviese lugar ningún cambio social, bastaría ya un análisis preciso de la situación actual para determinar el futuro por un espacio de tiempo limitado, ya que todas las condiciones habrían de mantenerse invariables. De esto se deduce que es más fácil hacer pronósticos relativamente acertados sobre la evolución futura en un orden social más bien estático, que en la dinámica sociedad moderna. La sociedad dinámica de nuestro tiempo se caracteriza, en efecto, por los rápidos procesos de transformación por que atraviesa, definiéndose precisamente por el principio de transformación rápida, cuya causa principal se atribuye a la tecnología.

La adaptación que hay que hacer ante esta dinámica es la razón de que sea tan apremiante la necesidad de contar con pronósticos. Hoy tenemos que pensar en la sociedad del mañana. Indudablemente ha de haber un mañana, aun cuando no tratemos de poné-noslo ante los ojos con los medios de un enfoque científico disciplinado; con todo, no puede ser indiferente al hombre el aspecto que presente el mañana. Su responsabilidad ante el presente implica la responsabilidad ante el futuro.

En los distintos órdenes sociales estáticos de la era pre-industrial, era posible aprender del pasado y de lo consagrado por el uso, y prepararse para el futuro. El conocimiento de la historia y de la naturaleza humana bastaba para lograr el saber sobre el futuro. Pero la sociedad dinámica ha terminado con las seguridades y tradiciones de la historia. Es más antihistórica que los órdenes sociales que la han precedido. El «antihistorismo de la época actual» es consecuencia,

entre otras cosas, de la aparición de posturas futuristas y de la conciencia moderna, según la que, en nombre del futuro, hay que liberarse del pasado. Es cierto que hoy ya no hay las grandes concepciones del futuro y los pronósticos optimistas acerca de un mundo mejor, al estilo de Marx y del optimismo burgués acerca del progreso, reinante en el siglo XIX, ni tampoco los cuadros pesimistas y resignados como en Tocqueville y Jakob Burckhardt. Esas interpretaciones del futuro eran características de una época de transición.

En este tiempo de transformaciones, de la transición desde la época preindustrial hasta la era de la civilización científico-técnica, creó Carlos Marx un tipo de pronóstico científico, que somete el futuro de la sociedad a un proceso histórico insoslayable y claramente determinado. Toda actividad de los participantes, ya sea la burguesía o el proletariado, se entendía como una mera emanación de su determinación histórica. El pronóstico marxista ha sido el más atrevido y lleno de consecuencias que conocemos, pero sabemos que no han sido alcanzadas algunas estaciones decisivas del desarrollo histórico predicho de antemano por Marx, es decir, que algunos de sus pronósticos eran erróneos.

En lo que respecta a capacidad analítica y fuerza visionaria, sólo puede ponerse al lado de Carlos Marx y Tocqueville, cuyos pronósticos, hechos de forma general, sobre el progreso incontenible de la democratización y de la imposición, cada vez más completa, de la «égalité des conditions», se han cumplido sin duda alguna. El aristócrata liberal francés se distingue de Marx por su pesimismo, pero también por su confianza en la posibilidad del hombre de comportarse adecuadamente frente a procesos a largo plazo, gracias a que los reconoce. Tocqueville quiere capacitarnos para reconocer lo irremediable, de modo que veamos lo remediable dentro de lo irremediable. Quiere mitigar el incontenible proceso histórico de la equiparación, en favor de la libertad, amenazada mortalmente por él, y que hay que salvar.

La pronosticación de nuestros días, fundamentada científicamente es de una naturaleza completamente distinta. Ya no tiene el gran espíritu de las concepciones de Marx o Tocqueville. Una sociedad en transición produce utopías e ideologías, concepciones de los distintos grupos sociales sobre la configuración de la sociedad en el porvenir. En cambio, una sociedad caracterizada por el principio de una transformación progresiva, que arrastra detrás de sí todos los grupos sociales, sometiendo todo bajo el mismo condicionamiento tecnológico, produce en su seno la disolución de las ideologías y utopías, porque no encuentran ningún punto de apoyo fijo en la

sociedad. En vez de eso, fomenta la disposición a adaptarse al futuro, es decir, ni más ni menos que la capacidad de amoldarse a los cambios en cuanto tales.

Hoy hay fundamentalmente dos formas de realizar esta adaptación al futuro: con ayuda de la planificación, por un lado, y por medio del pronóstico, por el otro. La planificación es algo diferente del pronóstico: en ella se determina, partiendo del análisis de las condiciones dadas, por medio de un acto de la voluntad, una posibilidad del futuro considerada como concreta, y se la declara como objetivo de la acción.

El mecanismo burocrático de la planificación ha de cuidarse entonces de que el objetivo social señalado pueda ser alcanzado. La planificación moderna tiene que venir determinada en sus objetivos por la determinación científica de las posibilidades de su realización. Puede perfeccionarse en la medida en que consiga hacerse también dueña del hombre, es decir, tenerlo en cuenta como un dato del plan lo más fijo posible. De acuerdo con ese principio funcionan los planes económicos de los países socialistas. Presuponen que la maquinaria todopoderosa de la planificación se extiende de forma totalitaria a todos los hombres que participan en el proceso de producción, estrechando o, mejor dicho, negando en absoluto el campo de la libertad individual. En los países con una constitución liberal, la planificación no puede ni debe cobrar este carácter destructivo de la libertad, no solamente por el modelo, practicado en ellos frecuentemente, de una economía de mercado relativamente libre, en oposición a la economía dirigida y administrada centralmente, sino, sobre todo, por el derecho a la libertad, garantizado constitucionalmente a cada individuo. Los fundamentos de la tan elogiada «Planification» según el modelo francés se orientan hacia la coordinación de una planificación individual liberal con un plano general trazado a grandes rasgos. Los modernos instrumentos del poder con que cuenta el Estado han de ser empleados de forma que las intervenciones estatales sirvan a la consecución del objetivo del plan, sin vaciar por eso de contenido la esfera de la libertad de grupos e individuos.

Las sociedades libres tienen temor y repugnancia ante la planificación totalitaria, como medio adecuado para enfrentarse a las exigencias del futuro. Aparte de eso, debido a los fracasos evidentes de la planificación totalitaria, han llegado a comprender que ni la planificación más perfecta, equipada con todos los instrumentos estatales del poder, logra asegurar una progresión sin baches hacia el futuro. Esto se pone de manifiesto, sobre todo, en los acontecimientos inesperados en el plano político, con consecuencias inmediatas para la planificación. Al menos, vista desde fuera, está sometida

la historia de los países socialistas a peripecias mucho más fuertes que las instituciones de las democracias occidentales.

Al haberse revelado el instrumento de la planificación total de la economía y de la sociedad como inhumano e impracticable en parte, se ven obligadas las sociedades libres a trazar planes bastante flexibles, pero, sobre todo, a servirse del instrumento de los pronósticos sociales.

En este caso, el pronóstico ya no tiene la significación sencilla de querer determinar exactamente de antemano acontecimientos futuros. Pasa a ser un medio de la política, que tiene que decidir entre opciones del futuro construidas racionalmente y fundamentadas científicamente. Sobre la base de esquemas de «futuribles», sometidos a su consideración, de la evolución posible en las esferas económica, social y política, ha de poder tomar decisiones adecuadas para el futuro.

El concepto de «pronóstico» (prediction), empleado en la literatura científica, tiende a crear un malentendido respecto a lo que es posible realizar hoy en este sentido y, sobre todo, en consideración de las posibilidades con que cuenta la ciencia. Proviene de la teoría positivista de la ciencia, que trata de medir el carácter científico de las ciencias sociales tomando en cuenta si consiguen y hasta qué punto consiguen hacer pronósticos precisos acerca del comportamiento futuro, partiendo de una serie de leyes irrevocables de la conducta humana. Los pobres resultados a que ha llevado este intento y, más que nada, el grado creciente de abstracción de las hipótesis formuladas en estas ciencias sociales, debieran haber sido razón suficiente para revisar este concepto de ciencia deformado utópicamente, adaptándolo a las posibilidades y requerimientos reales de una ciencia del hombre.

Lo que cabe conseguir no es verdaderamente un saber preciso del futuro, cuya acribía pudiese compararse con la exactitud científica de los análisis del presente o retrospectivos, es decir, con estudios históricos. Puede lograrse, en cambio, una construcción intelectual del futuro, empleando los datos científicos correspondientes. Bertrand de Jouvenel, a quien debemos un tratado magnífico sobre los problemas de la investigación del futuro, ha dado a sus reflexiones y análisis sobre este tema el título de «L'art de la conjecture». Esto da a entender dos cosas: 1. No se trata de predicciones exactas, sino de conjeturas. 2. Tales conjeturas no nos vienen dadas desde un principio como opciones del futuro, de forma que no tendríamos más que escoger de entre estas posibilidades las más probables o las más deseables, sino tienen que ser primero construidas por nosotros y desarrolladas mentalmente. Esta construcción, comparable como

procedimiento intelectual a la formación de un tipo ideal en sentido de Max Weber, constituye, como Jouvenel subraya expresamente, una obra de arte. Es verdad que un tal modelo hipotético del futuro tiene en cuenta todas las relaciones de causalidad que pueden jugar un papel en el contexto buscado; sin embargo la importancia que les corresponde en cada caso, cómo están relacionados los distintos factores entre sí y qué factores condicionantes suplementarios han de suponerse que entran en juego, esto es solamente producto de la capacidad combinatoria y adivinatoria del espíritu del hombre, no es la obra de máquinas calculadoras, que sólo pueden tener el carácter de instrumentos auxiliares.

Jouvenel llama la atención sobre otro punto fundamental. El esfuerzo intelectual por desentrañar el futuro no permite reconocer con seguridad las cosas del porvenir, las «futura», teniendo que limitarse a ver sólo las posibilidades del futuro. Estas posibilidades son además reducidas. Evidentemente puede únicamente tratarse de las posibilidades que, desde el presente respectivo, aparecen como plausibles, razonables y realizables. Por tanto, de acuerdo con Jouvenel, la investigación del futuro se refiere solamente a los sucesos del futuro que se nos presentan, desde el punto de vista del presente, como realmente posibles, los llamados «futuribles».

Es necesario hacer una distinción entre pronósticos a corto y a largo plazo, entre pronósticos referidos a una esfera social muy limitada, y pronósticos de naturaleza más amplia. La dificultad, inherente a las investigaciones del futuro a largo plazo y que abarcan un campo social extenso, consiste en que hay que tener constantemente en cuenta la ley del cambio como fuerza impulsora de la sociedad moderna, por lo que no puede construirse el futuro simplemente como prolongación del presente. Gracias a los medios técnico-científicos de que dispone, la sociedad moderna es como una caja de Pandora con efectos distintos. La política es en ella, más que nunca, el arte de realizar lo posible.

Las decisiones políticas vienen motivadas por una imagen determinada del futuro. ¿No requiere esto, al menos en el terreno de las decisiones políticas de serias consecuencias, que se fije de la forma más exacta posible la perspectiva del futuro que motiva la decisión del político? El sentido evidente de la investigación del futuro es el influir o corregir las decisiones a tomar en el presente por medio de una imagen del futuro, lo más aproximada posible.

La capacidad de hacer pronósticos se encuentra desarrollada desigualmente dentro de las ciencias sociales. En la macroeconomía alcanza el máximo y en el campo de la sociología es más baja, aun cuando hay ciertas excepciones, sobre todo en la demografía. Las

ciencias políticas son, a este respecto, las más deficientes, debido, sobre todo, a que la conjetura política es, con mucho, la más difícil. La facultad admirable de la macroeconomía de hacer pronósticos a corto plazo acerca de la evolución previsible de la economía o de ciertos sectores dentro de ella, se debe a razones científicas basadas en la naturaleza del objeto. La relación estrecha en que ha entrado la macroeconomía actual con la estadística y, en general, con la matemática, ha permitido llegar a pronósticos más precisos. Indudablemente no es la matemática, en contra de algunas suposiciones ingenuas, un instrumento mágico para hacer brotar predicciones, sino solamente un medio para enmarcar los pronósticos en una forma mensurable; sin embargo, en relación con el hecho de que, en el campo de las decisiones económicas, los procesos muestran una relativa continuidad, expresable en la mayoría de los casos estadísticamente, la posibilidad de formular pronósticos correctos es mayor que en otros terrenos sociales. El comportamiento económico de cada individuo no cambia bruscamente; además, las infraestructuras de la economía: materias primas, empresas, fuerza de trabajo, son hasta cierto punto constantes durante cortos espacios de tiempo.

Sin embargo, desde el punto en que la ciencia de la economía se ve obligada a presentar pronósticos de más largo plazo, digamos por un espacio de tiempo de diez o veinte años, se encuentra ella misma también enfrentada con dificultades extraordinarias, al tener que tomar en cuenta la evolución social y posiblemente también la política. En este campo ha habido, con todo, también intentos que han abierto nuevos caminos, el más sobresaliente de todos a cargo de Colin Clark, quien publicó en 1942 un libro, que se ha hecho con justicia famoso, con el título: «The economy of 1960». Clark ha realizado en él una obra maestra del pronóstico científico con su predicción, calculada con minuciosidad, del crecimiento constante de los llamados factores terciarios de la producción.

La determinación de antemano, a largo plazo, de la transformación de la estructura social tiene, naturalmente, la misma importancia que la de la estructura económica, pero es todavía más difícil, debido a la interdependencia existente. Deberíamos, por ejemplo, tener en cuenta los pronósticos sociales al construir hoy nuevas universidades, planear la estructura a darles y la localización que es más adecuada. Tendríamos que partir también de pronósticos sobre la evolución social, para tomar racionalmente medidas sociopolíticas de decisiva importancia o para hacer una reforma fundamental de nuestro derecho penal o el cumplimiento de condenas. Pronósticos sociales deberían de jugar un papel al fundar nuevas ciudades o extender las existentes. Se trata, sin embargo, de un asunto tan nece-

sario como difícil, siempre en peligro de perderse en meras especulaciones. Aún más problemáticos en comparación, sin embargo, son los pronósticos dentro de la política, ya que, al contrario de Marx, no podemos partir de que ciertas infraestructuras y relaciones socio-económicas hacen brotar automáticamente las mismas constelaciones políticas. Jouvenel ha mostrado esto con un ejemplo instructivo: la gran crisis económica al principio de los años 30 fue en los Estados Unidos al menos tan catastrófica como en Alemania. Exigía imperiosamente una política diferente de la del académico presidente Hoover o del canciller del reino Brüning. Pero, a pesar de ello, ¡qué diferencia tan llena de consecuencias para la historia universal separa a un Hitler de un F. D. Roosevelt!

El pronóstico político es, por tanto, necesariamente precario, al requerir, no solamente el análisis de la evolución social, sino también nada menos que «la prévision des idées» (Jouvenel). La posibilidad de hacer predicciones de antemano en el terreno político crece, como es lógico, cuanto más regular e institucionalizada sea la política de un país y cuanto más sean respetadas por todos participantes las denominadas reglas de juego del comportamiento político. Es, por ejemplo, mucho más difícil predecir el destino de la democracia en Alemania que en la Gran Bretaña.

«Gouverner c'est prévoir»: la planificación anticipada es una tarea del gobierno. Así lo ha sido desde siempre, pero una sociedad que ha hecho suyo el principio de una transformación cada vez más acelerada, se ve obligada a servirse de conjeturas (conjectures), en las que apoyar, con prudencia y responsabilidad, sus decisiones concernientes al futuro; pues de otra forma entra en él ciegamente y dando tumbos. Conjeturas no son profecías, sino construcciones provenientes de hechos constatados científicamente, que conciben anticipadamente, con fantasía y honradez intelectual, un futuro posible.

De aquí se deriva una tarea importante para las ciencias sociales, que sería irresponsable ignorar. Los hombres obran siempre partiendo de una cierta previsión de las cosas. No puede, por consiguiente, carecer por completo de sentido el hacerles ver caminos para sus acciones conducentes al futuro, que son más probables, más cercanos a la realidad y además razonables. Como dice Arnold Bergstraesser, el único que, dentro de la ciencia política en Alemania, ha concedido una atención especial al problema de pensar por anticipado las decisiones políticas, las decisiones políticas «dependen de diagnósticos, pronósticos y proyectos». El pronóstico científico es, según Bergstraesser, el análisis, basado en el diagnóstico y en la historia, de aquellas «decisiones, tomadas dentro de un proceso his-

tórico, que también condicionan, en un cierto grado, el futuro». El proyecto es, por último, el concepto de las acciones del político que determina su voluntad constructiva, tomando en cuenta las constelaciones que intervienen en el futuro indicadas en pronósticos.

Si señalamos con la debida precisión la diferencia característica entre «scientific prediction» y «conjecture sur l'avenir», podemos evitar el peligro de caer en lo utópico o lo desmesurado en nuestra expectativa, en lo que concierne a la investigación del futuro. No se trata tanto de decir anticipadamente el futuro, como de pensarlo anticipadamente.

El nuevo movimiento futurista en las ciencias sociales, que empieza ahora a esbozarse, tendrá tanto más fruto, cuanto más profunda sea su comprensión de la situación histórica y del proceso histórico de desenvolvimiento de nuestra sociedad. Entre la especulación, dependiente de intereses e irresponsable, del ideólogo o del charlatán, y la esperanza injustificada en un pronóstico científico exacto, hay una zona intermedia que permite un pensar anticipadamente el futuro con responsabilidad. Respecto a esto no cabe la menor duda. Estos intentos se encuentran en sus primeros comienzos, por lo que un optimismo excesivo no está justificado; hay que impedir, por otro lado, que un pesimismo cínico destruya esta empresa. «Admitiría de buen grado» afirma Jouvenel, «que esta empresa constituya una locura, si se pudiera prescindir de ella».

Guardémonos, sin embargo, de tratar de forzar el éxito de la investigación del futuro, empleando los medios modernos de planificación, apoyados por la fuerza compulsoria de la burocracia estatal de los funcionarios de la planificación, para conseguir lo que se ha declarado por anticipado como la realidad futura. La «conjetura acerca del futuro», fundamentada científicamente, ha de ponerse al servicio de la libertad del hombre. Hoy están llamadas las ciencias sociales a desempeñar una nueva función socialmente necesaria. Deben de hacer este intento a pesar del veredicto resignado del poeta Paul Valéry: «L'imprévu des événements est la loi la plus certaine et la plus constante du monde!»

CINE EN PICASSO

Por Manuel VILLEGAS LOPEZ

Picasso como época

SI fuese posible una exposición de la obra completa de Pablo Picasso, con esas cifras donde hay que contar por miles, sería la mayor que jamás ha existido de un solo artista. Lo que ya es una primera definición llena de sugerencias: la cantidad es también una cualidad y una característica reveladora. Pero lo que este museo imposible mostraría con toda evidencia es lo que, con frecuencia, se ha negado al genio multiforme de Picasso: la formidable continuidad y unidad esencial de esa obra inmensa, hecha a través de más de ochenta años de pintura conocida y de noventa y uno de vida. Que es mucho tiempo de historia, día tras día, de suceder en el suceder de los hombres y del mundo. El dilatado, aunque necesariamente reducido, "museo imaginario" sobre Picasso, que circula por toda la extensión del planeta, nos deja adivinar, otear, lo que esa exposición total de sus miles de obras lanzaría como un fulgurante relámpago de revelación indudable. Para abrirse camino en el universo de esa obra, poco menos que inaprensible en su continua mutación de orbe viviente, se han establecido etapas y clasificaciones a veces difíciles de discernir: época azul, rosa, "negra" o primitiva, cubismos heroicos, analítico, sintético, neoclásica, de los minotauros, de los monstruos. . . y así indefinidamente, porque cada cual las determina y denomina a su modo. Encomiable y paciente tarea de señalar lo inextricable, para poder andar por ese continente sin límites del que sólo el propio artista, que lo creaba cada día, sabía sus verdaderos caminos. Pero, como toda clasificación, sólo es una manera convencional de entenderse, útil pero postiza sobre la auténtica veracidad, didáctica sobre su real vitalidad.

A través de esa inacabable, incansable metamorfosis, la esencial línea viva, que todo lo domina y lo define todo, es su unidad verdaderamente abismal. Que a su vez es un sentido de la totalidad. Y este significado último de totalidad es, ni más ni menos, que el espíritu de nuestra época. "He pintado siempre para mi tiempo",

ha dicho Picasso. Pero debiera decirse más exactamente que ha pintado su tiempo, el alma de nuestro siglo, y para ello ha inventado el orbe de formas que necesita. De la visión completa y simultánea de su obra brotaría, avasallador e incuestionable, el clamor multiforme del siglo XX, como quizás de ningún otro artista, en ningún otro arte. Con Picasso la pintura ha ganado la gran batalla de representar nuestra época, y se ha erigido en soberana de ella. Los que no acaban por llegar a Picasso, los que no se entregan a su obra por completo, sin salvaguardas, distingos y retencencias, son los que no quieren o no pueden comprender nuestro siglo, con todo lo que tiene de admirable y repelente, en su fascinante complejidad. Simplemente porque es así, y no de otra manera. Y todo lo que no se comprende, no se acepta, o al menos si se siente como indudable realidad produce la sensación del caos. Es la mentalidad racionalista del hombre moderno, que le salva de la incertidumbre milenaria y su terror, pero con el constante peligro de limitarle, en contrapartida. Sobre todo, hacerle perder esa noción de la totalidad cósmica, que el hombre arcaico —hoy visto como primitivo— había logrado crear por medio de sus mitos. Pero toda civilización, con su cultura como penacho de expresión definitiva, es enormemente coherente, unitaria y totalizadora. Más, cuanto más elevada, y la muestra lo es por excelencia, con evidencia, para el bien y para el mal, para la creación y la destrucción. Eso es lo que nos subyuga, seduce y espanta. Comprender y sentir nuestro siglo es hacerlo también con Picasso, y viceversa: a través de ese gran ventanal polifacético de su obra se divisa el panorama de nuestro tiempo, en su plenitud y hondura. Es decir, en su síntesis como espíritu, no en sus accidentes como anécdota, por grave que ésta sea. Porque todo el vertiginoso, fabuloso, azaroso mundo de casi un siglo ha sido elaborado previamente por el genio creador de ese hombre, que es genio precisamente por eso, aparte su maestría mágica de artista. A nuestro tiempo y a Picasso, con su obra, no se les puede ver más que como un caos delirante o un cosmos totalizante. En realidad, detrás del primero está el segundo, con su orden secreto, con sus trasfondos indescifrables.

De ahí, empezando por el volumen sobrehumano de su labor, surge esa impresión de cosmogonía, con su taumaturgo creador en el centro. Y de esa cosmogonía brota el aurea de mito —en el verdadero concepto de la palabra— que envuelve su obra, y acaba por hacerlo también con el artista y el hombre, como efecto secundario. En el universo mítico todo está incluido sin excepción, desde el hombre, al animal, la planta, el ineteoro y la estrella. Y apenas sin distinción, porque el mito pretende la integración y la unidad de

todo lo que existe, pasando de lo real a lo imaginario, en un sincretismo que inventa otra cosa distinta, sin dejar de ser aquéllas. Si en el último horizonte del arte se encuentra este mecanismo de la creación del mito, en pocos está más claro que en este gigante de la creación pura: el mundo de Picasso, salvo las excepciones realistas, no existe, sin dejar de ser el nuestro. Libera definitivamente el arte de todo mimetismo y lo da el pleno valor de una naturaleza autónoma, surgida de la naturaleza, levantando su propio cosmos con toda materia que cae en sus manos y por todos los procedimientos posibles. Engendra un universo de expresión personal, sin límites, siempre incompleto, como lo es el verdadero en que vivimos, pero con su secreta armonía imprescindible y su total unidad, como en aquél. Por eso, es un inútil anacronismo exigirle esa obra única y señera, que domine las demás —si es que verdaderamente no existe—, porque la gran obra suprema de Picasso es el inconmensurable panorama de su obra. Como nuestra época es el conjunto de todo lo que la forma, sobre el fenómeno primordial de su propio cambio sin pausa. A esto puede llamársele, sin hipérbole, una cosmogonía viva.

Este formidable explorador del arte, con una audacia y seguridad únicas, ha avanzado, con todas las formas posibles, por el universo visible e invisible, recogiendo y elaborando todo lo existente, desde el ser humano al mineral. Todo en su mundo va y viene en las más diversas direcciones, para ser todo ello y a la vez nada de ello. Es casi imposible hacer el balance de esa marcha y sus características, como él lo ha hecho sistemáticamente, aunque no racionalmente, sino por fuerza vital, por visión directa, inmediata y de una sinceridad aplastante. Esos caracteres comunes indudablemente existen a lo largo de su obra, en todos los horizontes. Pero hay dos fundamentales, que creo que son los que conducen y promueven a los demás. El primero es un retorno a los orígenes, a las fuentes primigenias no sólo del arte, sino de la visión y concepto del mundo. Que no es volver a cero, naturalmente, porque ello es imposible, sino al hecho inicial donde no hay compromisos, normas seguras, leyes intocables. En el origen de todas las cosas, son posibles todas las cosas, y en el principio de todos los caminos empiezan los nuevos caminos, los que pueden inventarse. Esta vuelta a los orígenes me parece uno de los caracteres esenciales de nuestro tiempo, en todos los estamentos de la civilización y la cultura, también en la vida real hasta lo cotidiano. Es el postulado de la revisión, de la incertidumbre, de lo que, en muchas ocasiones, puede llamarse verdaderamente la ruptura. Sobre eso vivimos, se quiera o no, se busque o no. En arte hay dos hechos que señalan esta restitución de lo

originario a la vida moderna, que incitan a la revisión. No fruto del pensamiento especulativo, sino de tipo real, material, aunque de ellos broten después todas las consideraciones y realizaciones que llevan al arte. Ambos se producen por las mismas fechas, a fines del siglo pasado, y sufren semejantes incidencias de rechazo, aceptación y transmutación mental. Son el descubrimiento del arte rupestre y la invención del cine. Entre el arte primero y el último, el de las cavernas y los murales prehistóricos y el producido por la ciencia, sus técnicas y sus máquinas, la idea del arte queda entre esos dos paréntesis, donde se alojan las ideas de una revisión total, de la reconsideración fecunda. Porque esos dos hechos imprevisibles no se pueden saltar, son reales y concretos y es preciso situarlos en el escalafón tradicional de las artes, aunque se disgregue, aunque su estructura aceptada los rechace.

Ese primer rasgo capital —lo que puede llamarse "primitivismo" de Picasso— se ha reconocido y rastreado en datos concretos: su amistad y conversaciones con Gauguin, de vuelta de Tahití; la polemizada influencia de la escultura negra, llevada por Matisse a casa de Gertrude Stein, o la frase de que es preciso alcanzar la suprema maestría para llegar a pintar como un niño, etcétera. Pero estas incidencias no son más que partículas de la actitud general de la época, dispuesta a encontrar las fuentes originarias, como manantial de la eterna juventud.

La segunda línea esencial de su obra es igualmente evidente, pero sus orígenes no están reconocidos, ni aceptados, como me parece que deben serlo. Y aquí ya entra el factor eminentemente humano, insólito como un milagro: la mirada nueva de Pablo Picasso.

La nueva mirada

EL hombre actual está viendo lo que jamás contempló el ser humano desde su aparición en la tierra. Y al decir el ser humano se incluyen todas sus facetas: zoológica, biológica, antropológica, psicológica, espiritual, metafísica... En su total integridad, partiendo del hombre como animal óptico. Y porque está viendo lo que nunca pudo ver —muchas veces ni siquiera sospechar— ve ya de otra manera. Esto comienza hace unos ciento cincuenta años, y en la práctica cotidiana apenas un siglo. —Es decir, casi el tiempo en que Picasso vivió—. Exactamente, desde el descubrimiento de la fotografía, sobre todo de la fotografía instantánea hacia 1870, y de la invención del cinematógrafo en 1895. El precedente del ante-

ojo astronómico y el microscopio —con la visión de los dos extremos cósmicos— no tiene efectividad de difusión, ni por tanto resultado general en este aspecto, sin esos otros dos medios de fijar y propagar su mirada.

La del hombre comienza a cambiar desde que la foto y el cine proporcionan el medio de recoger y reproducir una realidad que se considera absolutamente verídica, la más objetiva y auténtica. Hasta el punto que para designar estas condiciones se acuña la frase y el concepto de "una realidad fotográfica". El hecho es tan formidable y de tal alcance que hemos entrado en él y lo estamos viviendo sin apenas percibirlo, como existimos bajo la marcha de los astros y sobre el pulular del microcosmos. Porque hay que preguntarse qué es lo que el ser humano ha estado viendo desde el principio de los tiempos, y por tanto qué ha percibido y sobre ello ha levantado sus sentimientos, sus convicciones, sus ideas, sus intuiciones. . . Pues resulta que ese mundo visto, vivido y especulado durante millones de años era en verdad otra cosa, otra realidad tan reducida —puede decirse tan convencional— que su validez queda en discusión. Nada más que esto. Es el conocido caso de aquel místico oriental que no quería andar para no pisar ningún ser viviente, por minúsculo que fuese. Le indujeron a mirar por un microscopio, para que conociera el mundo de lo infinitamente pequeño sobre el que vivía. Y ante el inevitable derrumbe del universo que había concebido para sí, en el que su existir todo se apoyaba, la única reacción fue romper el microscopio. El hombre corriente actual —que no lo hace, porque no puede hacerlo—, se limita a aceptarlo y marginarlo, procurar que influya lo menos posible en lo habitual de su vida. Incluso, también, en lo especulativo de su pensamiento, incluso de sus altos pensamientos. Siempre he sostenido que el día que los filósofos se decidan a considerar seriamente el fenómeno cinematográfico, en su amplio sentido revelador, encontrarán inéditas fuentes para sus magnas ideas.

Lo sucedido, de manera concreta, es que el hombre, como en cuento de Kafka, se ha encontrado un día con un ojo más, un ojo super-real, con el que puede ver mucho más allá y más hondo de la realidad hasta entonces conocida. Ver, por tanto, de otro modo. Es el ojo de las lentes, cada día más perfectas y ágiles, pero cuya mirada sólo puede ser percibida recogiéndola en la retina artificial de las películas incansablemente más sensitivas y de mayores posibilidades visuales. Y de aquí traspasándola a medios de reproducción estables, en continuo perfeccionamiento, como la lámina, la diapositiva, la pantalla del cine y de la televisión, cuando se utiliza ésta. El dato de la reproducción de este nuevo orbe visible es

decisivo, capital, como veremos. El hombre de hoy contempla un mundo hasta ahora inédito, fijado en sus momentos decisivos, fugaces hasta lo imperceptible, por medio de la fotografía instantáneas, y con su movimiento pleno —visible e invisible— por medio del cinema. Tiene ante sí la vista aérea de la tierra, como paisaje, con sus campos y sus ciudades, o como planeta visto desde los espacios siderales; tiene la luna como si marchara por ella, y el fondo de los mares con el hombre viviendo y "volando" en su seno. Entra en la estructura íntima de la materia, y esa microfotografía le muestra —inmóvil o movable— que la naturaleza no es solamente figurativa, sino también pictóricamente abstracta. Los teleobjetivos atrapan, con ojo de cazador mitológico, el más ligero ademán de un ser perdido en la lejanía, que no sospecha de aquella mirada sobrehumana, tan utilizada para el sensacionalismo y el escándalo personales. Y el "zoom" —el objetivo cinematográfico de foco variable— hace posible y real una fantasmagoría de cuento oriental, de mundo onírico, de magia y chamanismo: de un punto remoto, apenas oteable, coge una catedral, un bosque o un ser vivo y lo trae velozmente a un primer plano, al gran detalle, lo retiene allí para el espectador, y lo vuelve a lanzar, en la alfombra mágica de la mirada, a su lejanía, de donde verdaderamente nunca salió, en un fenómeno de ubicuidad. En arte, podemos tener sobre la mesa el techo de la Capilla Sixtina o la cúpula de San Antonio de la Florida, para verlas como nadie la vio nunca, ni siquiera sus propios autores. Todo ello, y todo lo demás, se acepta como habitual, mejor dicho como natural, y la mirada humana se ha adaptado a ello. También, lógicamente, la humana mentalidad.

Pero tan importante como esta captación es su reproducción, el sacar de la realidad otra realidad, sea la conocida por el ojo y el espíritu, sea la hasta ahora insospechada. El hombre moderno vive en ella tanto o más que en la directa Naturaleza. Porque habitualmente está cada día más alejado de ella, y porque se encuentra sumergido, de manera creciente, en esa otra realidad, que aumenta sin cesar y a la que dedica su mejor atención: desde los reportajes gráficos de las revistas, al cinema, a la televisión. . . son ejemplos notorios. Se ha dicho que la fotografía, primero, y el cinematógrafo después, han recabado para sí la reproducción de la realidad y, por tanto, han liberado a las artes de su compromiso de mimetismo, de la imitación de lo natural. Esta apreciación, inmediata y sencilla, fue cierta en los comienzos de ambos instrumentos de captación, pero enseguida fue mucho más, y hoy es por completo otra cosa, casi opuesta. Porque ya en la fotografía, pero en grado supremo en el cinema, existen lo que —respecto a este—

se han llamado "factores diferenciales". Las imágenes recogidas en un trozo de película —una toma de vistas— se diferencian de la realidad objetiva no sólo por lo que puedan ser más allá de lo habitual, sino por la elaboración que supone el ángulo, el movimiento de la cámara, los distintos planos, sobre todo esa hipertrofia que significa el gran plano y superplano. La proyección en las gigantes pantallas actuales tiene, ya de por sí, los caracteres conjuntos de una telemirada y una micromirada, de una óptica distinta. Pero al ensamblar y combinar estos trozos de película, con sus imágenes aisladas —el montaje—, se entra en el campo de la creación pura, de la invención total. No se trata ahora de la obra de arte, como narración o expresión. Desde el concepto estrictamente visual, lo que se crea es un ritmo nuevo, absolutamente inexistente en la naturaleza, fuera de toda realidad conocida. Y este ritmo no es sólo una manera distinta de ver, sino de sentir y comprender. En estado emocional el espectador percibe hasta una imagen de cuatro fotogramas —un sexto de segundo—, que se le escapan si la situación es de calma, dicho sea a título de ejemplo cualquiera, porque el hecho tiene muchas dimensiones.

No se trata, pues de que el cinema, con la fotografía a uno de sus flancos y la televisión al otro, haya atacado al mundo visible e invisible para cercar y conquistar su realidad, sino de algo distinto. Se trata de que, partiendo de esa realidad estricta y verídica, ha revelado, levantado y construido una realidad autónoma, diferente de aquélla. Una meta-realidad o si se quiere una para-realidad, que existe como camino de sirga a lo largo del gran río de la realidad natural, hasta hoy considerada como la única verdadera. Pero que cada vez más decide y conduce lo que marcha por el cauce eterno de ésta. Esa otra realidad autónoma, a la que el hombre actual se circunscribe de modo creciente, es lo que ha dado lugar a ese hecho capital de nuestro tiempo: la obra de arte con autonomía de realidad. Con veracidad propia, independiente de toda otra, y por tanto con su libertad total de creación. En las artes plásticas, ésta es, sin duda, la más audaz y decisiva conquista de Pablo Picasso, lo que se ha calificado de ruptura con el arte de todos los tiempos. Aunque todas las tradiciones estén detrás, precisamente para superarlas.

Porque esa otra realidad, como segunda Naturaleza, ha tenido una fuerza de la Naturaleza hecha hombre: Picasso. Propicio y provocador de todas las interpretaciones, precisamente por eso. Pero hay una que me parece esencial, como factor primigenio de esa revolución y esa continuidad. Lo que los ojos de Picasso, reproducidos por las fotografías y cantados por los poetas, lo que la mirada

poliforme de Picasso ha visto fundamentalmente ha sido algo tan concreto como inasequible: el tiempo.

Magia del espacio y el tiempo

POR una paradoja, plena de sugestivas indicaciones, fijar el tiempo es verlo transcurrir, sentir su deslizante y continuo pasar. Porque, como dice un proverbio hindú "el tiempo, que todo lo devora, se devora a sí mismo". Lo que queda del tiempo es lo que de él se puede transponer: el espacio visible. Bergson señalaba esta imprecisión filosófica diciendo: "A lo largo de la historia de la filosofía, el tiempo y el espacio se sitúan en el mismo rango y se tratan como cosas del mismo género. Se estudia primero el espacio, se determina su naturaleza y su función, y después se transportan al tiempo las conclusiones obtenidas. Al pasar de un concepto a otro, basta cambiar una palabra: se sustituye yuxtaposición por sucesión. La duración se expresa siempre en extensión. Los términos que designan el tiempo son tomados a la lengua del espacio. Si nosotros evocamos el tiempo, es el espacio el que acude a la llamada". Y el filósofo exclama: "Como si pudiera coincidir el movimiento con la inmovilidad". Esta observación, de precisión extraordinaria, plantea claramente la cuestión y aclara lo sucedido después.

Porque resulta que un día, ya en aquellos días, el conjuro se vuelve del revés y el hombre actual se encuentra conque al invocar el espacio, lo que acude a sus llamadas es el tiempo. Es lo que ha hecho el cinema, lo que ha descubierto su mirada supra-real, al dar movimiento a las imágenes, a la visión plástica, fija desde el comienzo de los tiempos. Por esa tradición mental inamovible, que señala Bergson, el cinema se consideró, y aún se sigue haciéndolo, como un arte plástico en movimiento, como un espacio que se anima. Pero siempre he sostenido que es exactamente lo contrario: un arte del tiempo que recurre a las formas del espacio para manejar aquél. No es plástica que se mueve, sino tiempo que ve. El cine es el tiempo visible.

Esta transposición, esta verdadera simbiosis del espacio y del tiempo, por las cuales uno se expresa por el otro, ha sido posible por medio de la técnica y sus máquinas y por ello, principalmente, no se le ha concedido el lugar que se le debe, y se continúa aferrado al puro pensamiento especulativo, que nunca pudo resolverlo. Ese hecho formidable y decisivo pertenece a la realidad material y cotidiana, y desde ahí ha invadido el mundo de las ideas y de sus prácticas, desde la ciencia al arte. Pertenece por completo a esa rea-

lidad paralela, que el hombre ha creado a partir de su nueva mirada artificial y los medios de reproducirla y perpetuarla. Y ese orbe, que se ha llamado la "era de la imagen", con su correspondiente sonido —el mundo audio-visual—, ha entrado en ese otro, más reciente aún, de la comunicación de masas. Con lo que se lanza continuamente en todas direcciones, a través de la tierra, para llegar a todos los hombres, que lo perciben en cualquier momento. Así se ha formado en la mentalidad y la existencia contemporáneas esa noción y vivencia, también nuevas, que el hombre ha aceptado como natural: la simultaneidad. Está en el cinema, por sí mismo, por definición, pero los grandes medios de transmisión lo han convertido en completa normalidad diaria. Es decir, en una dimensión más de la nueva manera de ver. En pocas horas o minutos puede asistir a lo más diverso en el espacio y en el tiempo, y este vivir en la simultaneidad ocasiona automáticamente la sensación y la idea de la totalidad. Y si ha existido una mirada humana que percibió, en toda su plenitud, esta nueva realidad, paralela a la eterna y levantada sobre ella, es la de los ojos de Pablo Picasso. No como fenómeno de adaptación al medio, claro es, sino como factor vivo de este medio, nacido y desarrollado con él: los ojos de Picasso son los de este mundo nuevo al que el artista pertenece. Menos aún es que un artista contemporáneo vaya o no vaya al cine, lo comprenda o no. Es que el cinema está ahí, como elemento poderoso de un universo coherente. Y con su genio —como pocos artistas lo han hecho jamás— ha impuesto ese fenómeno en las artes clásicas, partiendo de la pintura. Como ha decretado el retorno a los orígenes, a lo inicial y prístino, teniendo o no en cuenta el arte prehistórico o el arte negro. El "primitivismo" de Picasso y el cinematografismo de Picasso coinciden en su último límite, porque conducen al mismo resultado. Retorna a los comienzos, para ver de otro modo, y este modo de ver es el de su época.

Lo que Picasso hace esencialmente es dar entrada al tiempo en el espacio pictórico, como el cinema hace ver el tiempo por medio de la imagen. Los analistas de ese cosmos de formas de su obra hablan de ángulos y puntos de vista, de hipertrofias y gigantismos, de desintegraciones e integraciones, de imágenes fugaces que la retina apenas percibe, ectétera. En realidad están hablando totalmente de cine. Es la mirada múltiple de Picasso, capaz de encontrar indefinidamente nuevos aspectos y significados a cada modelo. Por eso no considera nunca a éste agotado, ni obra alguna acabada. Lo que realmente pinta es el transcurrir de cada objeto, en simultaneidad o en sucesión. De ahí la estructura rítmica de su pintura, que lo domina todo, porque el ritmo es la forma bella del tiempo.

En definitiva, introducir el tiempo en el espacio plástico es mostrar la sucesión como yuxtaposición o viceversa, según la idea de Bergson. En la pintura moderna, que nace en Picasso, el tiempo configura el espacio, como en el cine el espacio configura al tiempo. No hay más que mirar y tratar de comprender, sin prejuicios ni reticencias, para encontrarse ante esta evidencia. José Camón Aznar, en su magnífico y exhaustivo libro *El tiempo en el arte*, ha dicho: "Esta concepción tempo-espacial es la que configura la visión moderna de las formas artísticas. No se puede concebir el espacio desintegrado del tiempo". Y precisa: "No es el tiempo la cuarta dimensión del espacio, sino que este espacio aparece como una expresión de la temporalidad". En esta simbiosis espacio-tiempo tiene lugar el encuentro del arte actual con el cine.

Este se ha lanzado hacia la obra de Picasso como a un continente propicio y amigo, como un semejante con el que dialogar. Aunque este encuentro haya dado resultados muy someros, en la mayoría de las películas realizadas, en general cortas. Porque, frente al artista innovador por excelencia, se ha adoptado un criterio tradicional de ver y realizar. Son documentales típicos sobre una exposición, el museo de Antibes, alguno de sus cuadros o como hace sus cerámicas. Incluso se ha recurrido a movimientos de cámara o cambio de iluminación para destacar la contextura de su ritmo. Las mejores son las que intentan llegar a ese ritmo buscándolo en el cuadro mismo, en su concepción pictórica intrínseca. Pero esta forma plástica del tiempo cuando se revela mejor es en los filmes que recogen cómo el pintor hace su obra, en un ataque frontal a su secreto creador. El belga Paul Haesaert, un maestro en el cine sobre arte, se adentra por este camino en varios filmes sobre Picasso. Y en ellos se observa la diferencia entre el proceso creativo de Picasso y el de otros pintores, como Matisse en la película de René Campaux, de 1945. En ésta, a través de las pinceladas del gran pintor, de apariencia dispersa, se puede seguir la línea mental que las conduce y de la que el artista apenas es consciente. En Picasso es otra cosa lo que se impone de manera aplastante: la formidable dinámica de su pintura en plena marcha. El haber conseguido atraparla y reproducirla, en su máximo grado, es lo que hace una obra maestra y portentoso documento único de *El misterio Picasso*, de Henri George Clouzot, realizado en 1955. Un trabajo de titanes para el realizador y el pintor, que llegó a desmayarse durante la filmación. El cine hace el milagro de convertir la paciente y dura tarea en el relámpago de creación soñado por todo artista. Las figuras surgen y se transforman sin pausa, mostrando cómo una mujer en la playa, una cabra, un toro... son siempre

diferentes, en inagotable metamorfosis. Cada una es todo lo que puede ser. El cine hace ver el tiempo que mueve y cambia la representación plástica, porque el cine es tiempo que se ve. Este film es el gran mensaje de Picasso sobre su misterio artístico, porque lo dice pintando, que es su medio de expresión, y no con las palabras que pertenecen a otro estamento, apenas comunicable con aquél. Pero lo que la película muestra, como una revelación, es que esa temporalidad no es la del arte clásico, ni la de las avanzadas del impresionismo, sino por completo diferente: el tiempo de esa otra realidad paralela, de esa meta-realidad, obra de nuestra época. Esa, que el cine ha contribuido a formar de manera decisiva y primordial.

Por ello, aparte de otros muchos motivos, porque ha cogido el palpitante vivo y trémulo de nuestra época, porque ha tocado su corazón esencial, Picasso ha logrado esa fama sonora, universal, siempre renovada, única en la historia de las artes. Contra toda apreciación inmediata, venida de los arcanos de su arte, Picasso es un pintor popular, capaz de transformar la vida diaria. Está en todas partes, desde los dibujos de las telas de moda, hasta el decorado de una cafetería de barrio. Ha llegado a las masas, y los medios de comunicación de masas han sido los heraldos de su gloria. Pero como suele ocurrir a nivel popular —donde caben muchas minorías selectas e incluso pleclaras inteligencias— su obra ha sido aceptada antes que comprendida. Como debió ser, en escala reducida, el caso de El Greco en el Toledo de su tiempo. Rechazado por el rey y discutido por los intelectuales, allí siguió pintando y estuvo yacente durante casi trescientos años, hasta que la pintura moderna viene definitivamente hacia él, por las mismas fechas —año más, año menos— en que Picasso pinta *Las señoritas de Avignon* o *Las chicas de la calle Avignón*. El cine, también arte nuevo, ha estado en el mismo caso de aceptación sin comprensión, sin reconocimiento de arte. Y para tantos lo está todavía, salvo unas minorías, y hoy los jóvenes que lo reconocen y proclaman como tal.

El cine en Picasso es el cine en el arte moderno, del que es creador, para siempre. Por eso no se trata de una cuestión erudita, ni de un distingo estético. Es esencial para el nacimiento, desarrollo y, sobre todo, el sentido de la cultura actual, de la cultura de masas. Y por tanto de la totalidad de nuestra época, que esa cultura nueva viene también a representar en superior transformación como toda cultura.

MANUEL GONZALEZ PRADA: APUNTES PARA UNA SOCIOLOGIA DE LA LITERATURA PERUANA.

Por *Bruno PODESTA A.*

El primer ambiente

Los González de Prada del Perú descendían de una aristocrática familia española. Un gobernador intendente, brigadieres generales y coroneles, adornaban la galería de antepasados peninsulares. Ya en la República, aunque a regañadientes, el apellido se había amoldado a las nuevas circunstancias y seguía apareciendo entre los más ilustres de Lima: Francisco González de Prada, padre de Manuel, ocupó altos cargos en el gobierno de Echenique, fue alcalde de la ciudad y decano del Colegio de Abogados.

Manuel González Prada nació el 6 de enero de 1848. El hogar de sus padres era "...un hogar cristiano, ultramontano; antiliberal, católico, burgués, españolizante, prudente, devoto, amigo del clero, admirador ardiente del gobernante fuerte y sensato..."¹ Lima, una ciudad conservadora y religiosa por excelencia, ensayaba por aquel entonces sus primeros y agitados decenios de vida republicana.

El Perú de entonces (1848-1868)

Al nacer Manuel González Prada, era Presidente del Perú el Mariscal Ramón Castilla. Debido al entonces alto valor del guano como fertilizante, el país, de improviso, se vio poseedor de una inmensa riqueza en sus costas; esto trajo como consecuencia un período de relativo bienestar económico y de subido gasto público.

Aprovechando los ingresos fiscales Castilla mandó construir el primer ferrocarril, abrió nuevas carreteras, elaboró el primer presupuesto nacional e instaló alumbrado y algunos servicios sanitarios en la ciudad de Lima. Este fue también un período de crecimiento

¹ Luis Alberto Sánchez, *Don Manuel* (Lima: F. y E. Rosay, 1930), p. 28.

de la burocracia, de derroche, y de relativo equilibrio político. Las grandes ganancias provenientes de la riqueza guanera no fueron invertidas, sin embargo, en sectores productivos de la economía nacional sino que fueron a incrementar el consumo conspicuo de los grupos privilegiados. Políticamente, Castilla llamó a colaborar con el gobierno tanto a liberales como a conservadores, tratando de ignorar las diferencias ideológicas y concentrando su atención en la preparación de quienes trabajaban con él.

A Castilla (1845-1851) le sucedió en el poder José Rufino Echenique (1851-1854). Conservador, sin capacidad ni preparación para la actividad pública, se aisló —rodeado de un pequeño grupo de consejeros— perdiendo todo contacto con el pueblo. Queriendo liquidar finalmente la deuda interna contraída con las guerras de independencia, puso al fisco en situación muy delicada: la deuda, fuertemente inflada por los abusos de los particulares en sus reclamos contra el Estado, impuso un gasto mucho mayor que el que se podía cubrir. (Uno de los más comprometidos en los turbios negocios de la consolidación de la deuda interna, fue el propio ministro de guerra de Echenique, Juan Crisóstomo Torrico). Para solucionar el problema financiero, el Presidente endeudó al país con préstamos europeos; y prosiguió con la funesta política de aceptar adelantos de los consignatarios del guano, política iniciada por Castilla.

Fuertemente criticado, primero por Fernando Casós y luego por Domingo Elías —ambos liberales—, Echenique cayó víctima del descontento popular y de la victoria militar de Castilla quien subió al poder por segunda vez.

En su segundo período (1854-1862), Castilla se hizo asesorar por los hermanos José y Pedro Gálvez y una nueva generación liberal, quienes dieron la tónica ideológica al Gobierno. Los conservadores y la Iglesia vieron en peligro su situación y pronto comenzaron a hacer oír su protesta. Vivanco —un conservador, más no obstante antiguo opositor de Echenique— inició una revolución contra Castilla y pronto contó con el apoyo de la armada. Intentó sin éxito tomar el puerto del Callao, luego regresó a Arequipa donde originara su revuelta y allí fue alcanzado y vencido por el Mariscal.

Una constitución liberal dada en 1856 había levantado la protesta de los conservadores. Con miras a apaciguar los ánimos y establecer cierto equilibrio interno, una nueva constitución, más equilibrada, fue promulgada en el año 1860. Hay que apuntar aquí que fue preocupación de Castilla en sus dos períodos presidenciales imponer el liderazgo peruano en la América del Sur.

La situación económica empeoró y Castilla dejó el poder, mas no sin antes manipular la elección a la presidencia de su ministro de guerra, San Román. Al poco tiempo San Román cayó enfermo y murió el 3 de abril de 1863; le sucedió en el poder su vicepresidente Juan Antonio Pezet, quien políticamente trató —sin éxito— de mantenerse equidistante tanto de los conservadores como de los liberales.

Surgió el conflicto con España² al que infructuosamente se intentó dar fin con el tratado Vivanco-Pareja: los términos perjudiciales del mismo fueron rechazados por diversos sectores del país y capitalizando esta protesta Mariano Ignacio Prado se declaró dictador, exilió a Pezet, y preparó a la nación para la defensa ante la inminencia del ataque de la armada española.

En 1867 se promulgó una nueva constitución; la que atentaba contra el equilibrio político de la del 60; nuevamente vino un período de descontento y protesta; Castilla comenzó una nueva revolución pero la muerte le sorprendió en plena campaña el 30 de mayo de 1867. Al año siguiente, estando el país en pésima situación económica, Prado renunció a la presidencia y tomó el poder momentáneamente el General Pedro Diez Canseco. Diez Canseco llamó a elecciones, que fueron ganadas por José Balta —amigo y antiguo defensor de Echenique—, quien a su vez eligió como ministro de finanzas a Nicolás de Piérola.

Valparaíso

NADA extraordinario ocurre en la vida de los González de Prada hasta 1853 en que, por motivos políticos, la familia de don Francisco tiene que partir al destierro, marchando a Valparaíso. Muchos biógrafos de don Manuel —especialmente Luis Alberto Sánchez— han exagerado la importancia de este evento con miras a ofrecer una precoz coherencia ideológica en su biografiado. Dicen que tanto la atmósfera portuaria ("atmósfera propicia a la insurgencia"), como el "espíritu liberal" que ya cundía por aquella época en el país del sur, influyeron notablemente en su formación y personalidad.

Si se tiene en cuenta que Manuel González Prada tenía por aquél entonces alrededor de 6 años de edad, se puede tener la

² Luego de un incidente baladí, la misión "científica" española que visitaba el Océano Pacífico, tomó posesión de las Islas Chíncha y presentó un reclamo contra el gobierno del Perú. El 2 de mayo de 1866 atacó el puerto del Callao, y culminó el incidente con la victoria de las fuerzas peruanas.

certeza de que este liberalismo de la infancia que algunos han creído ver, no es otra cosa que una interpretación forzada; una interpretación hecha a la luz del radicalismo de la madurez. Un niño de esa edad no tiene capacidad para comprender diferencias ideológicas como las que se plantean entre liberalismo y conservadurismo.

Un hecho importante ocurre durante su estadía en Chile. En un colegio de Valparaíso, aprende, alemán e inglés: idiomas que, años más tarde, han de abrirle las puertas a una serie de autores europeos (Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, Hegel, entre otros) de notable importancia en su formación intelectual.

El Seminario de Santo Toribio

DE regreso en Lima y reconquistada la posición política familiar los González de Prada se reincorporan a la vida capitalina. Poco después, los padres de don Manuel deciden hacer de él un sacerdote: lo envían interno al Seminario de Santo Toribio de Mogrovejo. Allí conoce al entonces también seminarista Nicolás de Piérola, futuro Presidente del Perú —quien años más tarde será objeto de duras críticas por parte de Prada.

También tiene como compañero de estudios en el Seminario a Agustín Obín y Charún, que luego llegaría a Obispo. Con él "... a pesar del paso de los años y del cambio doctrinario de González Prada, siguió sosteniendo una amistad profunda y sincera que estuvo más allá de la diferencia de ideas".³

Luego de varios años en el Seminario, a los 13 años de edad, González Prada decide escaparse y se matricula en el Colegio de San Carlos; por aquellos años cuna de la intelectualidad limeña.

En San Carlos, lejos del Latín y los rezos del Seminario, se entusiasma por la química al encontrarse con el profesor italiano Eboli, con quien llega a tener cierta amistad.

En 1862 comienza sus estudios de bachillerato en Filosofía y Letras. Después ingresa a la Escuela de Derecho, pero abandona la carrera.

Mala

LUEGO de dos cortos viajes que hace, uno por Arequipa y otro por Cerro de Pasco, se retira por varios años a la hacienda Tutumo,

³ Luis Felipe Guerra, *González Prada* (Lima: Editorial Universitaria, 1964), p. 11.

una de las principales propiedades agrícolas de la familia, en el valle de Mala. Al parecer se radica en Tutumo entre los años 1870 y 1871, y permanece allí hasta 1879 en que la guerra del Pacífico (1879-1883) lo obliga a romper su aislamiento.

Según se sabe, González Prada había querido viajar a Bélgica a seguir estudios de ingeniería pero la tajante oposición materna lo había hecho desistir de su intento. Estando en Mala, sin embargo (y siguiendo una vocación que habría nacido en el Convictorio de San Carlos con el profesor Eboli) realiza una serie de experimentos químicos con miras a industrializar ciertos productos agrícolas. Luego encarga y recibe unas maquinarias belgas, pero sus proyectos se ven frustrados con la guerra.

También durante su estadía en Mala, Prada se dedica a la lectura, y traduce "lieds" y baladas de Goethe, Schiller, Heine, Korner, Ruckert y von Platen; y escribe los versos que serán luego reunidos en el libro póstumo *Baladas peruanas*, Santiago de Chile: 1935.

Aquí es preciso mencionar la hipótesis que propone Jorge Basadre en su libro *Perú: problema y posibilidad*. En su opinión, a mediados del siglo XIX, se registra en la aristocracia nacional un desplazamiento hacia la burguesía, con los consiguientes cambios de actitud y de gravitación en nuevos sectores de la economía.

También Henri Favre⁴ señala que con anterioridad a la guerra del Pacífico las familias de la oligarquía terrateniente peruana habían empezado a desplazarse hacia la banca, la industria, el comercio y las compañías de seguros y reaseguros. Igualmente la minería, y el guano (a partir de 1850), se fueron convirtiendo en fuentes importantes de enriquecimiento para la vieja clase dominante.

Prada participa de este cambio que su grupo busca y experimenta. El sigue el desplazamiento general hacia la actividad industrial: la guerra con Chile frustra sus proyectos. Pero de todas maneras, en este proceso queda inserto el destino de don Manuel y el de su significación como miembro del grupo que integra.

Como se ve, la coyuntura histórica del 79 es de suma importancia en la vida y obra de don Manuel. Basadre interpreta su reacción posterior como la de un "aristócrata descontento": "Una desviación burguesa normal hubiera hecho de don Manuel un hombre práctico, acaso un hombre de negocios o un politicastro liberaloide", como según el citado historiador ocurrió en el caso de Manuel Pardo ("...capitalista y jefe de partido, encarnación de la

⁴ "El desarrollo y las formas del poder oligárquico en el Perú", en: *La oligarquía en el Perú* (Lima: Moncloa-Campodónico, editores asociados, 1969), pp. 90-147.

fusión operada socialmente entre aquella aristocracia genealógica y los enriquecidos recientemente con el guano").⁸

La guerra con Chile

LA derrota del 79 no fue sólo una toma-de-conciencia para el Perú en general; lo fue muy especialmente para González Prada: hombre tajante, moralista, "nervio hecho verbo", se enfrenta con un país débil y desorganizado, con una política empírica y corrompida, con grupos sociales separados por abismos, con la ausencia de una mística.

Al declararse la guerra, Prada abandona su retiro, en Mala, y regresa a Lima. Visita a los amigos en busca de información; inquiere las últimas noticias; sigue con interés las acciones del Huáscar. Muerto Miguel Grau y ante la inminencia de la invasión chilena González Prada se alista en el ejército y, como oficial, participa en la defensa de la capital (batallas de San Juan y Miraflores). Cuentan sus biógrafos que, perdida la guerra, durante los tres años de la ocupación chilena, Prada, encerrado en su casa, se negó a salir a la calle para no encontrarse con los invasores.

Después de los resultados halagadores del 66 frente a España, la derrota del 79 ponía ante los ojos del país la falta de preocupación de los líderes republicanos por el problema indígena, la improvisación de gobernantes y gobernados, la falta de planificación, y el mal aprovechado apogeo del guano y el salitre. La nación entera pagaba el alto costo de una explotación irresponsable, cuyo único beneficiario era la clase dirigente.

Dentro de este ambiente desgarrado y caótico, vino Prada a convertirse en la conciencia, en el pabellón de la reconstrucción moral del país.

Algunas consecuencias de la guerra en el Perú han sido esquemáticas de la siguiente manera:

Lo que surgió para nosotros fue una vigorosa desesperación, un anhelo de revisión total, un acento de veras patético, cual no habíase oído ni en los más frenéticos momentos del romanticismo. Sus rasgos más importantes podrían sintetizarse, tal vez, así:

- 1) carlylismo o culto al personaje heroico;
- 2) provincialismo e incipiente federalismo contra Lima;

⁸ Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad* (Lima: Editorial Rosay, 1931), p. 158.

- 3) radicalismo religioso y político;
- 4) indigenismo;
- 5) acercamiento a lo americano;
- 6) antihispanismo; anticlericalismo;
- 7) nacionalismo violento.⁶

Es interesante traer a colación aquí, el paralelo histórico existente entre el caso de Manuel González Prada en el Perú y los modernistas españoles, la llamada "generación del 98" en España. La "generación del 98" ("...una reacción política y social de escritores, artistas y pensadores españoles frente al Desastre")⁷ es la respuesta a la pérdida de Cuba y Filipinas, al descalabro económico, y a una política corrompida y cínica. Paralelamente, Prada representa en el Perú, la reacción al desastre del 79, nuestro "año terrible", y la protesta contra la incuria y el abandono de los políticos y militares.

Otra coincidencia más entre éste y aquéllos es el hecho de un lenguaje común: el del modernismo.

Del Círculo Literario a la Unión Nacional

EL Círculo Literario nació del grupo Bohemia Literaria, que había sido formado por Luis Márquez (poeta y periodista peruano, amigo de Prada) como oposición al oficialista Club Literario: asociación a la que pertenecían don Ricardo Palma, algunos escritores románticos y sus compañeros de ruta. El Círculo albergaba a un grupo ideológica y literariamente heterogéneo; sin embargo, los unía un afán patriótico y revisionista, y todos veían como fin inmediato de la literatura, la acción.

Manuel González Prada se convirtió pronto en uno de los miembros más prominentes y articulados del grupo, y en 1887 llegó a ser su presidente. Nacido bajo el espíritu antagónico y nacionalista de la postguerra, el Círculo atrae a escritores como Clorinda Matto de Turner y Abelardo Gamarra "El Tunante". Espíritu belicoso y batallador, posición antagónica frente a la literatura oficial, crítica social y enfrentamiento político, son los signos característicos de la agrupación.

Así, la conciencia y participación políticas van creciendo en Lima

⁶ Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana* (Asunción del Paraguay: Editorial Guaranía, 1951), Tomo VI. p. 132.

⁷ Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo* (Madrid: Editorial Gredos, 1963), p. 20.

hasta que en 1891, luego de un intento infecundo por parte de Prada de formar un Partido Radical, con tal nombre, el Círculo Literario se convierte en la Unión Nacional.

El nuevo Partido se enfrenta directamente con los problemas nacionales y propone soluciones al respecto: una "Declaración de Principios", en gran parte obra de don Manuel enumera los puntos y creencias principales: régimen federal de gobierno; responsabilidad de los miembros del Congreso; responsabilidad del Presidente de la República; sufragio directo, extendido a los extranjeros residentes en el país; reforma del régimen tributario; devolución de las tierras usurpadas a las comunidades de indígenas; reorganización y desarrollo de la guardia nacional; mejoramiento de los obreros; algunas ideas sobre inmigración y defensa de las libertades individuales.

La personalidad y el prestigio de González Prada (quien ya veinte años antes, en 1871 había sido incluido en el *Parnaso peruano*⁸ y en 1888 leído su "Discurso en el Politeama") se impusieron, y sus admiradores vieron en él al hombre capaz de llevar a cabo, sin miedo, las reformas que proponía la Unión Nacional.

No obstante, en ese mismo año de 1891, Prada anuncia su viaje a Europa —y por lo tanto, su separación del Partido. En un momento en que su liderazgo era más necesario que nunca, don Manuel, arguyendo el temor a que la Unión se convirtiera en un Partido caudillesco en torno a su persona, decide marchar a Europa, con lo cual, de paso cumplía un viejo anhelo.

Hay motivos para creer que la decisión de abandonar el país no se debió tanto a una convicción personal cuanto a la presión de su esposa Adriana de Verneuil, joven francesa residente en Lima, con quien había contraído matrimonio en 1887. Luego de perder los dos primeros hijos, doña Adriana, mujer supersticiosa y un tanto descontenta de residir en el Perú, decía tener la certeza de que el lugar le traía "mala suerte" y que quería que su próximo hijo, ya en camino, naciera en otra tierra. Así, el 16 de octubre de aquel año nació en París, Alfredo González Prada.⁹

Desde Europa (durante sus siete años de estadía allá) González Prada mantiene, a través de la correspondencia con algunos amigos, una rala conexión con el Partido, que poco a poco ha ido cayendo

⁸ A partir de esta publicación Manuel González de Prada quitará de su apellido la partícula pseudoaristocrática "de".

⁹ Alfredo González Prada se suicidó en Nueva York a los 52 años de edad —según el testimonio de Luis Alberto Sánchez quien fue su amigo, debido a trastornos mentales. ("Entrevista personal", Lima: 2 de agosto de 1971).

en el juego de los arreglos y las alianzas políticas, hasta casi desaparecer. Al volver Prada a Lima (1898) se reincorpora a la Unión Nacional hasta que en el año 1902, al prohibir el Partido una alianza (la Junta Nacional) con los conservadores, renuncia, separándose definitivamente.

El texto de su carta de renuncia fue el siguiente:

Lima, 11 de abril de 1902

Al señor Presidente de la Unión Nacional.

Presente.

Señor Presidente:

Aviso a Ud. que me separo de la Unión Nacional por no faltar a mis convicciones. El Comité Central, se aproxima hoi a los clericales, no sólo para tenderles la mano sino para querer llevarles en triunfo a la junta electoral. Yo no acepto política de jenuflexiones ni acatamiento a los enemigos, principalmente a los conservadores ultramontanos. Cuando en el país se diseña la división de los hombres por las ideas, se emprende un movimiento de retroceso, de pretender borrar las líneas de separación.

Su servidor.

M. G. Prada.¹⁰

¿El "retiro" como respuesta?

EN cuatro momentos importantes de su vida, Prada responde con el retiro: en la juventud pasa ocho o nueve años recluido en la hacienda Tutumo; durante la ocupación chilena, se encierra en su casa por casi tres años; cuando la Unión Nacional (y el país) exigían su presencia en primera fila, don Manuel se va a Europa; y por último, cuando había de luchar con los reaccionarios en su propio partido, lo abandona.

Estos datos ofrecen un indicio de cómo era la personalidad "apolítica" de este poeta y solitario que se vio casi forzado a la actividad pública. Acusador enérgico y señalador de caminos, pero al mismo tiempo incapaz de ofrecer un liderazgo eficaz y práctico, Prada fue producto de la improvisación y la necesidad.

¹⁰ Ramiro Pérez Reinoso, *Manuel González Prada* (Lima: Imprenta Lux, 1920), p. 80. En todas las citas del autor se ha respetado su peculiar ortografía.

El Politeama

VOLVAMOS, un momento, atrás. El 28 de julio de 1888, los colegios de Lima organizaron una velada patriótica en el teatro Politeama con el fin de recolectar fondos para el rescate de Tacna y Arica, provincias peruanas en poder de los chilenos. El Círculo Literario pidió a González Prada que escribiera un discurso para esta ocasión. Leído por Miguel Urbina, y prohibida luego su publicación, el discurso conmovió a la capital y en poco tiempo se convirtió en pieza clásica de la literatura nacional.

El "Discurso en el Politeama"¹¹ hace un llamado al culto, a la ciencia y la libertad. De resonancia positivista, revanchista frente a Chile, González Prada se dirige a la juventud como única esperanza para el futuro, y pide el rompimiento con las viejas generaciones con los que antagoniza: "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!! Convertida esta última frase en la consigna de batalla de la nueva generación, le proporcionó al autor no pocas enemistades y malas interpretaciones por parte de gentes que ya veían en él un verdadero peligro. Adormecidos aún en el período nervioso de la postguerra, el grito de don Manuel fue un fuerte golpe en aquellas conciencias anquilosadas.

El "Discurso", vibrante, enérgico, rotundo, era un llamado honesto a la conciencia del Perú:

I.—Comienza haciendo alusión al acto simbólico de los niños de los colegios de Lima al querer recuperar con el oro lo que los mayores no supieron defender con el hierro. Advierte a los "viejos" que su generación debiera temblar ante la amenaza del juicio que sobre ellos formularán las nuevas generaciones. Las generaciones anteriores, dice, consumieron la mejor parte de las riquezas, y hoy dejan al país mutilado, pobre y lleno de problemas. Y añade: las armas con que venció Chile fueron la ignorancia y la servidumbre del pueblo peruano.

II.—Víctima de la improvisación de sus dirigentes, el Perú vive de ensayo en ensayo. No se podrá ganar nunca una guerra, dice, mientras el indio continúe en su situación de siervo; característica que también comparte aunque en menor grado, el mestizo de la Costa.

La nobleza española no hizo sino dejar una prole degenerada de burócratas y despilfarradores. De ahí que en el Perú nunca haya

¹¹ en: *Páginas libres* (Lima: Editorial Thesis, S. A., 1966), pp. 48-54.

habido verdaderos partidos políticos, ni distinciones, entre conservadores y liberales; en el Perú, añade, sólo existen tres grandes divisiones: gobiernistas, conspiradores e indiferentes.

Mientras Chile se presentaba como un bloque unido y fuerte, el Perú lo hacía dividido e ignorante: no vencimos ni podíamos vencer.

III.—Si la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron los vencedores del Perú, hay que acudir, dice, a la Ciencia (positiva) —“ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la Naturaleza”— y hay que adorar la Libertad —“esa madre enjendradora de hombres fuertes”—. Y pide Libertad principalmente para los más desvalidos.

Toca a los maestros de escuela despertar a los indios que duermen bajo “la tiranía del juez de paz, el gobernador y el cura, esa trinidad embrutecedora del indio”.

Para recuperar Arica y Tacna —“victoria que nos debe el porvenir”— el Perú necesita que su gente y sus militares estén a la altura del siglo. Y en esta obra de reconstrucción y venganza, dice, no se puede contar con la gente del pasado.

IV.—Nuestros pueblos de la Sierra deben despertar de su mororra. Nos faltan consistencia y hierro para amar y odiar, con firmeza; debemos dejar de ser versátiles. La hipocresía y la mentira que queden para la Diplomacia y los políticos, nosotros, hombres libres, alcemos nuestra voz leal y franca. Y añade: ojalá el ejemplo de esta velada, repercuta y retumbe en todos los rincones del país, y ojalá cada corazón sepa sentir los dos únicos sentimientos capaces de regenerarnos: amor a la Patria y odio a Chile. Hoy, dice, por lo menos aticemos nuestro rencor para cuando menor turbar el sueño del orgulloso vencedor.

*El choque generacional:
la enemistad con Palma*

EL conflicto entre Manuel González Prada y Ricardo Palma (1833-1919), no es el mero resultado de accidentes políticos ni tampoco una rencilla personal por laureles literarios. El de ellos es el choque dialéctico entre dos tendencias: cambio y permanencia.¹² Es el en-

¹² La palabra “cambio” quiere significar una tendencia renovadora mas no revolucionaria. Al mismo tiempo, “permanencia” es sinónimo de una tendencia conservadora, tanto en términos políticos como literarios.

cuentro violento entre dos generaciones y dos épocas. Aunque dicho fenómeno se ve repetido en muchos países de América y de Europa, en el Perú es el primer caso en que se presenta con tanta nitidez y violencia.

En el momento de iniciarse la polémica, Palma es un escritor laureado e internacionalmente conocido; González Prada, en cambio, un nombre nuevo en el mundo de las letras. El primer dardo fue lanzado por Prada en su "Conferencia en el Ateneo de Lima".

Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser par'adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas i palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico pensador retrógrado.¹³

Definitivamente, estas palabras de 1886 iban dirigidas a criticar las investigaciones sobre el pasado que realizara Palma en sus *Tradiciones peruanas*. El escritor, opina Prada, si sale de su tiempo, debe hacerlo para convertirse en "futurista" y no en "pasadista". No entremos en el fondo de la cuestión limitándonos a exponer los hechos según acontecieron.

No hemos hallado pruebas de que don Ricardo Palma reaccionara ante este primer ataque. Habrá que esperar hasta después del 28 de julio de 1888, fecha en que recibió un segundo golpe en el "Discurso en el Politeama". Pues no fue solamente una proclama revanquista; todavía tuvo tiempo Prada para atacar acremente a la generación responsable de la derrota frente a Chile:

En esta obra de reconstrucción i venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos i carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo i sus frutas de sabor amargo. Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas i frutas nuevas! Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!¹⁴

Esto obviamente era un rompimiento con los políticos improvisados e irresponsables del pasado y una ruptura con todo lo que se identificara con ese pasado, incluyendo a los escritores tradicionalistas. "Y desde ese entonces se dividió el campo intelectual peruano entre los admiradores del virreinato y la evocación galana, como

¹³ Manuel González Prada, *Páginas libres* (Lima: Editorial Thesis, S. A., 1966), p. 19.

¹⁴ Manuel González Prada, *op. cit.*, p. 51.

don Ricardo, y los partidarios de las nuevas ideas, antiespañoles, anticolonialistas, antiacadémicos y antilimeños, como Prada".¹⁵

Palma, que al parecer asistió al acto del Politeama, debió comprender entonces que había llegado el momento de enfrentarse a la crítica de la nueva generación. Todavía recibió don Ricardo un nuevo ataque de Prada, más directo y enconado, el 30 de octubre de 1888, en el "Discurso en el teatro Olimpo":

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos i luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala tradición, ese monstruo enjandrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia i la caricatura microscópica de la novela.¹⁶

La palabra "tradición" indiscutiblemente aludía al género cultivado con tanto éxito por Palma y sus imitadores. Pero Prada va aún más lejos cuando en el párrafo siguiente desconoce adrede el relativo renombre del tradicionista y tacha su obra de arcaica, refranera, grandilocuente y vacía de ideas:

El Perú no cuenta hoi con un literato que por el caudal i atrevimiento de sus ideas se levante a l'altura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación seudo purista o del romanticismo trasnochado. Hai gala de arcaísmos, lujo de refranes i hasta choque de palabras grandilocuentes; pero, dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas, más no se mira volar al águila.¹⁷

Y más adelante, en las páginas finales del discurso, ridiculiza el estilo de Palma, aunque sin nombrarle, y vuelve a insistir en el carácter anacrónico de su obra:

Verdad en estilo i lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoi con idiotismos i vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras espresan ideas, tienen su medio propio en que nacen i viven; injerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.¹⁸

En ese momento reacciona Palma y a pesar de su intento de hacerlo anónimamente no tarda en saberse que es suyo el artículo "Propa-

¹⁵ Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana* (Asunción del Paraguay: Editorial Guaranía, 1951), Tomo VI, p. 62.

¹⁶ Manuel González Prada, *op. cit.*, p. 32.

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ *Idem*, p. 37.

ganda de la difamación" —aparecido en el diario "El Comercio" el 3 de noviembre de 1888— acusando a González Prada de haber difamado al poeta peruano Ricardo Rosell (1841-1909) en su "Discurso en el teatro Olimpo". Don Manuel, según se sabe por el testimonio de algunos de sus contemporáneos, responde diciendo que él no ha mencionado nombres propios en su discurso y que además el poeta Rosell es amigo suyo.

Descubierta su artimaña de querer enfrentar a Prada con Rosell, Palma el escritor por todos respetado, queda en posición un tanto ridícula y como blanco seguro de los ataques de la nueva generación. Ya ha comprendido que su ciclo ha terminado y algo de esto deja ver en los títulos de sus *Tradiciones* publicadas a partir del año 89: "Ropa vieja", que aparece en ese mismo año, y "Ropa apollada" (1891), pueden servir de ilustración a lo dicho.

Luego de algunos años de relativa calma —debida especialmente al viaje de Prada a Europa— nuestras dos personalidades vuelven a encontrarse en 1912. En marzo de dicho año, después de un choque con el gobierno de Augusto B. Leguía, Palma renuncia a su cargo de Director de la Biblioteca Nacional. A pesar de los esfuerzos de un grupo de simpatizantes que tratan de evitar que ninguno de los posibles candidatos acepte el cargo, con objeto de obligar al gobierno a retractarse, don Manuel desoye la petición y es nombrado Director del mencionado centro. Surge un movimiento de adhesión a Palma, se le rinde homenaje público en el teatro Municipal y un sinnúmero de acusaciones recae sobre González Prada por haber aceptado el puesto.

Prada responde con la publicación de su *Nota informativa acerca de la Biblioteca Nacional*.¹⁹ En ella, so pretexto de informar al gobierno del estado de la institución, acusa a la antigua dirección, es decir, a Palma²⁰ de no haber llevado libros de contabilidad, de dejar el lugar en una situación caótica, sin haber catalogado, fichado ni encuadernado los libros en la medida necesarias, y de haber sellado los libros y manuscritos con el nombre del Director. Además, le acusa de haber hecho anotaciones y comentarios personales en los márgenes de los libros de la Biblioteca. Y lleva esta última acusa-

¹⁹ Lima: Imprenta (Arica 358, 1912).

²⁰ Es preciso mencionar aquí, que a pesar de las acusaciones de Manuel González Prada, el trabajo realizado por el "bibliotecario mendigo", como se le llamó afectuosamente a Ricardo Palma, fue de suma importancia. Con la ocupación chilena, la Biblioteca Nacional había sido saqueada, terminando muchos libros y manuscritos en manos privadas o en las bibliotecas del país invasor. La labor de Palma al restaurar la Biblioteca Nacional fue sencillamente admirable.

ción hasta un extremo inaudito: le envía a Rufino Blanco Fombona un libro suyo al parecer anotado por el tradicionista.

Blanco Fombona, herido por las críticas de don Ricardo, le contesta en términos acres y ofensivos en el prólogo antepuesto a la segunda edición de *Páginas libres* (Madrid, 1915): en una nota a pie de página, Fombona se pregunta por qué Palma, en sus *Tradiciones Peruanas*, se ha ensañado contra la memoria de Bolívar. Respondiendo a esto, dice que un limeño amigo suyo le ha referido una historia:²¹

Algunos de los negros que llegaron entre las huestes de Bolívar, equivocados en cuanto al significado de la gesta emancipadora, cometieron una serie de desmanes en la Capital peruana; una de esas fechorías fue la violación de unas "pobres y honestas mujeres". Y continúa:

De este pecado mortal descende Ricardo Palma.

Así explica mi amigo del Perú el odio de Ricardo Palma a la memoria de Bolívar y de sus tropas.

Don Ricardo ha olvidado, hasta ahora, incluir entre sus *Tradiciones peruanas* esta amarga tradición de familia. No podemos echárselo en cara.

Me alegro que el viejo mulato de Lima pueda leer antes de morir esta breve nota. Se la debía. No tanto por vindicar la memoria de Bolívar como para corresponder a las acotaciones que él puso, según parece, al margen de alguna obra mía en la Biblioteca Nacional del Perú. Donde las dan las toman, seor feolenco.²²

Aunque la polémica Palma-Prada se torna por momentos bastante personal, el choque dialéctico entre las tendencias representadas por ellos (e inclusive entre las generaciones), sobrevive a los protagonistas, como que se trata de dos actitudes históricas en pugna por una solución a los problemas de la patria.

Por un lado la fidelidad a lo español —fuertemente disminuida a raíz de los sucesos del 2 de mayo de 1866— y la añoranza de una

²¹ Aunque todos los datos sobre el origen y la familia de Ricardo Palma son muy confusos —el mismo Palma ayudó a confundir—, en la partida de bautismo (Parroquia del Sagrario, Lima, 11 de febrero de 1833) aparece como hijo natural de Pedro Palma y Guillerma Carrillo. Se agrega, además, que la raza de los padres es "mulata". (Véase: J. M. Oviedo, *Ricardo Palma*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968, p. 7).

²² Rufino Blanco Fombona, *Crítica de la Obra de González Prada* (Lima: Fondo de Cultura Popular, 1966), pp. 21-22

época ya ida. Por otro lado la rebeldía ante el presente —el Perú de la postguerra— y el clamor por la revancha. Por un lado la recreación de una prosa ya pretérita, por otro una prosa innovadora y violenta. Por un lado la conformidad con gobiernos clericalizantes y conservadores, por otro la lucha por un Estado laico y un país liberal. Son estas dos épocas, estas dos mentalidades, las que se enfrentan en Ricardo Palma y Manuel González Prada.

Europa

COMO ya se indicó, don Manuel y Adriana viajan a Europa en el año 1891. Según el testimonio de su esposa (*Mi Manuel*, Lima: Editorial Cultura Antártica, S. A., 1947), González Prada se dedicó allí a una vida de estudio y de visitas a museos y bibliotecas.

En el Colegio de Francia y en la Sorbona, don Manuel conoció a Renán, una de sus antorchas intelectuales de siempre. Asiste a sus clases, pero según se cuenta, a pesar de la gran admiración que tenía por él, nunca se atrevió a acercarse a conversar con el maestro. Muerto Renán, Prada continuó con su vida de estudio.

También en el Colegio de Francia asistió a las lecciones de Filosofía Positiva que dictaba el Profesor Louis Ménard. Y durante ese tiempo y gracias a la amistad con los hermanos Armand y Sylla Regy, don Manuel entró en contacto con gente del movimiento radical. Según el testimonio de la esposa de Prada, una de las personas con las que llegó a tener bastante amistad fue Gastón de Costa, antiguo partidario de la Comuna parisina, que había hecho sus primeras armas siendo Secretario del célebre Raoul Rigault, Jefe de la Comuna en 1871.

Luego deciden irse a España pero antes visitan Burdeos y Lourdes. También realizan un corto viaje a Bruselas. Según doña Adriana, González Prada quería conocer los países del norte europeo, pero ella le convenció y fueron a España porque en su opinión en "España... podría escribir y batallar al lado de los de su mismo pensar, que eran ya muy numerosos allá".²³

Ya en España, se dirigen primero a Barcelona y de allí a Madrid, donde Prada entabla amistad con don Fernando Lozano, dueño y director de un periódico, quien lo lleva a conocer "en todos sus detalles la Biblioteca Nacional y del Ateneo".²⁴

²³ Adriana de González Prada, *Mi Manuel* (Lima: Editorial Cultura Antártica, S. A., 1947), p. 220.

²⁴ *Idem*, p. 259.

También en Madrid conoce a don Miguel de Unamuno, con quien luego continúa una relación amistosa y literaria. Don Miguel escribirá sobre *Páginas libres*: "...es uno de los pocos, poquísimos libros americanos cuya lectura he repetido, y es uno de los pocos, poquísimos, de que me queda vivo recuerdo".²⁵

Luego de la estadía en España (don Manuel, Adriana y Alfredo) regresaron al Perú, arribando al puerto del Callao en 2 de mayo de 1898, en momentos en que se festejaba el trigésimo segundo aniversario de la victoria frente a la misión 'científica' española.

La Biblioteca Nacional

GERMÁN Leguía y Martínez, ex-miembro de la Unión Nacional y antiguo amigo de don Manuel, era por aquel entonces Ministro de Gobierno de Augusto B. Leguía. Aprovechando su vieja amistad con Prada le propuso, en nombre del Gobierno, la dirección del Colegio Guadalupe, González Prada no aceptó alegando su desacuerdo con las normas religiosas del Colegio: los alumnos de este centro estaban obligados a confesarse y comulgar.

Poco tiempo después, Germán Leguía volvió a don Manuel con una nueva propuesta: la dirección de la Escuela de Artes y Oficios. Prada le dijo que no era ese puesto cosa de su competencia y que no podía aceptar. Pero ante la insistencia de Leguía, don Manuel le prometió aceptar cualquier otro puesto para el que se sintiese preparado.

Llegó la época —1912— en que culminó su enemistad con don Ricardo Palma, y cuando Germán Leguía volvió a visitar a Prada para pedirle el cumplimiento de su promesa: esta vez se trataba de la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú. Don Manuel aceptó.

Siguió a cargo de la Biblioteca hasta que subió al poder Benavides, cuando en señal de protesta contra el gobierno 'de facto' del dictador, renunció. Luego, en el año 1916 volvió a aceptar la dirección y permaneció en ella hasta que murió, "de simple bibliotecario", en 1918.

²⁵ Miguel de Unamuno, *Ensayos* (Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1918), Tomo VII, p. 115.

Y ya de regreso en Lima, cuando doña Adriana y Alfredo editan el poemario de don Manuel, *Minúsculas*, en 100 ejemplares numerados, el número 60 va dedicado a Unamuno: "Nº 60. —A Don Miguel de Unamuno, con toda mi admiración y mi simpatía". (Luis Alberto Sánchez, *Don Manuel*, Lima: F. y E. Rosay, 1930, p. 196).

EN TORNO A UNA NUEVA TEORIA EDUCATIVA

Por *Maria SOLA DE SELLARES*

EL pasado mes de diciembre se clausuró en México, el V Curso de superación profesional organizado por la Dirección general de Educación, para los maestros, inspectores, directores de escuela interesados en el sistema Waldorf. El interés había surgido como consecuencia de la proyección de la escuela experimental creada el pasado ciclo escolar bajo el auspicio de la Secretaría de Educación Pública.

El hecho de que las Autoridades mexicanas hubieran considerado que determinado tipo de educación era digno de ser oficialmente experimentado, así como difundido a través de cursos periódicos para educadores, invita a que nos detengamos en los principios que lo caracterizan. En verdad, se justifica toda inquietud y esfuerzo para tratar de enfocar los problemas que hoy presentan la infancia y la juventud del mundo.

LO FUNDAMENTAL DE LA EDUCACION WALDORF:
Lo fundamental de esa educación es su estricto punto de vista de que no puede pensarse en teoría pedagógica alguna si previamente no se lleva a cabo, con la máxima amplitud intelectual y la más rigurosa y profunda actitud de comprender, un estudio de lo que ES el niño —adolescente— joven, es decir, el hombre en cierne.

Hasta bien entrado este siglo el concepto que de él difundía el preconizador de la Educación Waldorf, el austríaco, Dr. Rudolf Steiner, parecía distanciarle incluso de los métodos pedagógicos considerados más progresivos. Quizá no había, en verdad, auténtica oposición, pero el decidido enfoque de Steiner de educar al niño con base en lo que podría llamarse una "biología del espíritu", llevaba a pensar que se movía dentro del campo de una ideología religiosa. Y, por esta razón, quedaba excluido de todo movimiento considerado científico.

En esta introducción a las ideas, puramente generales, sobre la Educación Waldorf, trataré pues, ante todo, de poner en evidencia hasta qué punto descansa en la ciencia el concepto que Steiner nos presenta del niño, y hasta qué punto puede considerarse científica

la teoría educativa derivada de ese concepto. Interesa que así sea para llegar al convencimiento —aspecto fundamental— que sólo la sincera búsqueda de la verdad, de ningún modo prejuicio o cualquier tipo de tendencia, había impulsado a su autor.

La ciencia a que aquí nos referimos, y que había inspirado al Dr. Steiner en su investigación, no era sin embargo, la del materialismo fenoménico que predominó a fines del siglo pasado, sino la que saturaba de inquietud a los ilustres sabios como Carrel, premio Nobel de medicina y psicología; Plank, Einstein y Schrödinger, premios Nobel de física, científicos que, sin apartarse de su campo, llegaban a intuiciones tan trascendentes que podría considerárseles los filósofos de nuestra época.

La orientación científica que, en consecuencia, ha ido afirmándose en este siglo, parece como si permitiera develar el mecanismo (?) de la creación del mundo,¹ mecanismo que parece conducir a darse cuenta de que es, a través de estructuras, que los dioses han dado origen a la existencia, y que el hombre, Prometeo, siguiendo el camino de los dioses, se ha lanzado a recrear el universo.

QUE ES EL HOMBRE: Una de las extraordinarias manifestaciones de la creación, podríamos decir jupiteriana en lenguaje de Rueff, es el hombre criatura natural, pero, además, ser social, es decir, criatura creadora en el mundo de Prometeo, mundo al que nace, no como ser en plenitud, sino en potencia, y el actualizar su plenitud psicofisiológica implica vivir un proceso que dura alrededor de veintidós años, y que la pedagogía ha enmarcado como periodo educativo y de formación profesional.

Como sea que es el aspecto social de este ser el que más interesa, es en él en quien los pedagogos han concentrado su máxima atención, por lo que educar ha significado, casi exclusivamente, someter la individualidad que llegó a nosotros en potencia —el hombre en ciernes— a la realidad, exigencia o criterio del ambiente que se convirtió en su morada prometeica.

Aquí es donde empieza a formarse la laguna entre la orientación predominante en educación, incluso entre las consideradas escuelas activas, nuevas o progresivas, y la Educación Waldorf. Todo tipo de educación, con más o menos respeto a la personalidad infantil, concentra su objetivo a la transmisión de conocimientos, con el fin de incorporarla lo más íntegra y plenamente posible, al mundo que en ella confía su continuidad. Se prescinde, casi por completo,

¹ A estudiarlo se concentra el libro de Jacques Rueff, de la Academia francesa, intitulado, *LES DIEUX ET LES ROIS*.

de lo que ella ES como ser natural en desarrollo, pues si bien se nos impone en lo fisiológico, queda en la sombra lo psicológico, y esto nos induce a ejercer sobre ese aspecto nuestro máximo predominio, sin preocuparnos hasta qué punto viene a perturbar ese predominio, la armonía de la psiquis del educando regida, en su desarrollo, por leyes tan exactas como las que podemos observar en su crecimiento fisiológico. Nos arrastra hacia ese error la idea, cada vez más vigorosa, de que el hijo, la nueva generación, es nuestro heredero, y le imponemos lo que estimamos nuestros valores que, quizá, pudieron ser efectivos —o continúan siéndolo— en determinado momento histórico, pero que son anacronismos en otro distinto: su categoría si la tuvieron, podrá subsistir como esencia de algo que constituirá otro valor en una etapa posterior de la historia.

He hecho anteriormente una afirmación, en la que me detengo ahora para que nos demos cuenta de su alcance: el que el niño nace en el mundo como ser en potencia, es decir, en las mismas condiciones en que se halla la semilla cuando la introducimos en la tierra —su ambiente natural— para que mediante los factores que permitan su desarrollo: tiempo, temperatura, humedad, etc., vaya exteriorizando lo que es.

Lo que antecede sirve tan sólo como puro ejemplo, pues en el proceso de crecimiento de la semilla humana, además de las leyes de su desarrollo fisiológico, rigen las del psicológico, así como el entretrejo de lo que él es individualmente y de lo que de él espera la sociedad a la que paulatinamente se va integrando. Pero no podemos introducirnos en el tema sin destacar antes el misterio que envuelve esa semilla que es la personalidad. Preconizar una educación que descansa en una "biología del espíritu" —lo que se ha propuesto la Educación Waldorf— carece de sentido desde el punto de vista científico, si previamente no sentamos que la palabra "espíritu" se usa en una acepción estrictamente psico-biológica, y que la palabra misterio a que hemos recurrido, no debe inducirnos a pensar en nada metafísico relacionado con lo religioso, sino simplemente llevarnos a reconocer que la ciencia acepta que no ha llegado a descifrar lo que es la personalidad.

He ahí lo que afirma el eminente, Erwin Schrödinger, premio Nobel de física, en su libro, ¿QUE ES LA VIDA?

"1º Mi cuerpo funciona como puro mecanismo de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

"2º Sin embargo, sé por experiencia directa, indiscutible, que yo dirijo sus movimientos y que preveo los efectos que de ellos resultan; sé, asimismo, que estos efectos pueden ser de la mayor im-

portancia, en cuyo caso yo acepto la plena responsabilidad de mi obrar.

"La sola deducción posible de estos dos hechos es que yo soy —considerando este yo en su más amplia acepción, o sea, en la que es familiar a toda persona consciente de su propia existencia—, quien controla el "movimiento de los átomos", de conformidad con las leyes de la naturaleza."

Lo que sustenta Schrödinger implica que el pensamiento obra sobre la materia, es decir, que por medio del cuerpo utilizado como instrumento, el pensamiento del hombre ejerce un poder creador cuya naturaleza LE ES TOTALMENTE DESCONOCIDA. Tras estas consideraciones podemos preguntarnos ahora:

¿QUE ES EL HOMBRE EN CIERNE? Recurriré en este caso a las investigaciones que llevaron a cabo un psicólogo, el Profesor, Emile Marcault, y la doctora en medicina, Thérèse Brosse, ex-jefe de Clínica de la Facultad de Medicina de París.² Empiezan por llamarnos la atención sobre hasta qué punto lo ORGANICO condiciona fundamentalmente la actividad psíquica y la lleva a depender de una jerarquía nerviosa estructural, así como hasta qué punto las FUNCIONES FISIOLÓGICAS hállanse subordinadas a un orden funcional psíquico, todo ello al servicio de un yo que, por ser factor central del ser humano, es raíz de su salud psíquica y física.

Entran después a considerar qué leyes fundamentales rigen ese yo o conciencia, y afirman: "La conciencia individual es unidad biológica puesto que cumple la función viva de ir tomando posesión de nuestro mundo en integración y dominio, para sus propios fines. Las leyes de su actividad funcional son: la de integración para sus relaciones con el organismo psico-fisiológico, y la de herencia para sus vinculaciones con el medio social. La ley de integración es la ley biológica que rige la evolución, la que preside la organización del pasado vital en el porvenir naciente."

Si la conciencia individual es "unidad biológica que cumple la función viva de integración y dominio para sus propios fines", y si el hombre en cierne significa el proceso psico-fisiológico hacia el despertar de esa conciencia, para que ese proceso llegue sanamente a su culminación —en los veintinueve años— no sólo en el aspecto físico que tanto preocupa a los padres, sino asimismo en el psicológico, hemos de enfocar en forma muy distinta a como la concebimos actualmente, la educación de la individualidad en su fase de

² L'EDUCATION DE DEMAIN. — LA BIOLOGIE DE L'ESPRIT ET SES APPLICATIONS PEDAGOGIQUES.

desarrollo, ya que no es puro intelecto, sino también voluntad y sentimiento, todo ello paulatinamente integrado en un yo humano que ha de aprender a regirlos.

NUEVA TEORIA EDUCATIVA: Dos son los factores que se conjugan en ese proceso psico-fisiológico, maravillosa recapitulación de la vida humana desde el momento en que despertó el hombre a la etapa reflexiva: el factor individual que lo empuja a convertirse en lo que potencialmente es, y el factor social que lo lleva a integrarse a la realidad colectiva humana donde vino a nacer.

Indispensable es en todo el proceso la acción del adulto: sería incocebible sin ella. Pero ¿mediante qué ósmosis, la vida creadora, la energía renovante del hombre en ciernes, ha de conjugarse con la vida creada manteniendo en la reciprocidad, la unicidad de lo personal y la continuidad del magno proceso evolutivo? ¿Cómo lograr la inter-relación de lo que ES —instituciones, mundo organizado— con lo que HA DE SER, la variación, aquello que corresponde a la influencia de toda generación nueva sobre la marcha histórica?

El alcance de la teoría educativa que tiene sus raíces en una nueva concepción del hombre en ciernes, se pone de manifiesto en los siguientes puntos-clave:

1º La educación en nuestra época gira en torno al pasado, herencia cultural de la humanidad, raza, pueblo, en lugar de poner su acento en el futuro, es decir, en el hombre en ciernes.

2º En el futuro es en donde yace lo causal; la discontinuidad que parece observarse en la evolución humana conduce a reconocer lo que para esta evolución significan las nuevas síntesis que incluyen el pasado y poseen un principio nuevo.

3º El niño-adolescente-joven es el realizador de estas síntesis del pasado, a través de las fases de su crecimiento psico-fisiológico. Es pues, recapitulación de lo antiguo en función vital, **NO EN TRADICION** y es, asimismo, el centro original de organización del que arrancará la nueva etapa evolutiva.

4º Reconocer la realidad vital de ese proceso psico-fisiológico, conduce a tenerlo en cuenta en la etapa educativa, lo que significa capacitar al niño-adolescente-joven para que, a medida que despierte y vaya tomando posesión de los niveles o funciones inferiores de la conciencia: la sensorial, la activa, la emotiva —¡tan profundamente descuidada!— y la intelectual, las subordine a un yo autónomo que así habrá aprendido (¡he ahí el auténtico fin de la educación!) a integrarlas en sí y a regirlas en dominio.

METODOLOGIA DE LA EDUCACION WALDORF: Voy a circunscribirme, teniendo en cuenta las consideraciones que prece-

den, a destacar simplemente determinadas ideas que caracterizan la metodología Waldorf, en el Jardín de niños y en la Escuela primaria.

Considera la Educación Waldorf que poco importa lo que el maestro de un parvulario sepa; lo fundamental en esa etapa radica en cómo el maestro ES. Durante todo el periodo sensorial, las impresiones del exterior —del medio ambiente y de los adultos— ejercen sobre el párvulo efecto tan profundo que es fundamental concentrar en ello la atención, pues llegan a afectar incluso su respiración, circulación sanguínea y digestión. Así, es grave para la armónica posesión del nivel sensorial, el que el niño tropiece con maestros o padres de temperamento colérico, si no dominan su tendencia a lo violento. El resultado educativo en esta etapa depende, fundamentalmente, de la actitud externa o interna de quienes le rodean en el hogar y de los maestros en quienes se ha confiado. Dentro del punto de vista Waldorf, podríamos decir que educar es dialogar, y que no pueden existir educación si educador y educando no establecen un vínculo íntimo que les lleve a SENTIR la palabra o el silencio que brota de uno y de otro, y que circula por el hilo invisible que les une, vínculo gracias al cual podrá ir incorporándose el niño, armónica y plenamente, a la realidad cultural y humana que corresponda a su destino. El vínculo afectivo y el HACER del párvulo en constante imitación de las acciones del adulto, constituyen, en la etapa sensorial, la máxima efectividad educativa.

Cuando llega el momento de la caída de los dientes de leche, sufre un cambio la personalidad del educando: ha llegado el momento de su incorporación a la escuela primaria. Veamos en qué forma la conciben y realizan las escuelas Waldorf que funcionan en el mundo.

Así como lo fundamental en el Jardín de niños descansa en *cómo es el maestro*, lo esencial en la escuela primaria deriva de su capacidad de *ser artista*. La característica intelectual que predomina en toda la enseñanza durante este periodo, incluso la mayoría de las escuelas progresivas, ha de sustituirse radicalmente, a juicio de la Educación Waldorf, por un elemento artístico. ¿Por qué? Porque el niño siente la necesidad de que se transforme en imágenes, en estampas vivas, todo lo que se le acerca: no puede limitarse a vibrar pasivamente ante ello. Esta necesidad impone al maestro el que transforme la fría transmisión de conocimientos, en el arte de educar, educación que, sin duda, implica aprendizaje ya que el niño ha entrado en la etapa de desearlo, pero ha de quedar integrado en el elemento artístico, ese elemento que, en ningún momento, puede dejar de fluir entre maestro y alumno.

De conformidad con este criterio que satura toda la enseñanza,

la lectura y escritura —me detengo en ello por la trascendencia del ejemplo— no se imparte de acuerdo con ninguno de los sistemas tradicionales o progresivos. Tras la pintura del periodo parvulario y, sin dejarla de lado, se introducirá el dibujo en la primaria para que la mano vaya adquiriendo el dominio de rectas y curvas, pero esto no significará introducción al concepto intelectual de las letras, algo totalmente artificioso. Precede, pues, un proceso antes de entrar en ellas. El maestro Waldorf, sintiendo con el niño que las cosas que le rodean viven, le detiene en este sentir para que observe que dan origen a sonidos, como, por ejemplo, la forma de las montañas que divisa en la lejanía, o el oleaje que observa contemplando el mar. De esta observación podrá fácilmente nacer la relación entre sonidos y formas, letras o nombres que inventaron los hombres para expresarlas.

¿Qué se pretende siguiendo este camino? Que el niño halle una relación viva entre el sonido y la forma de las letras que lo expresa, para que la arbitrariedad que tras los siglos se ha introducido entre ellas y su pronunciación, quede neutralizada por la capacidad imaginativamente creadora del maestro.

De acuerdo con las transformaciones que sufre el niño durante su estancia en la escuela primaria (muy distinto es en los 9 y 12 años de cuando atravesó su umbral), si bien se mantendrá toda la enseñanza dentro de la característica pictórica a que hicimos referencia, se introducirá el elemento reflexivo a través de determinadas asignaturas, para que llegue con toda normalidad y equilibrio a la etapa propiamente intelectual, tras la pubertad.

Donde mejor se aprecia ese proceso de reflexión, es en el aprendizaje de la lengua materna. Se mueve estrictamente dentro de los cuentos, en primer grado, que narra el maestro con la máxima vitalidad de su imaginación creadora, y que repite y vuelve a repetir el niño con la ilusión y la plenitud de sentirse en su mundo, lo que aprovecha el maestro para ir logrando oralmente la mejor expresión y el constante enriquecimiento del idioma; siguen, después en segundo grado, las fábulas que puedan contener, dentro de su sencillez, determinada consecuencia moral; en tercero, se escogen estampas bíblicas por su valor histórico; en cuarto se entra en la mitología y las leyendas heroicas; en quinto y sexto en las biografías de categoría histórica.

Salta a la vista el procedimiento evolutivo de acuerdo con el desarrollo del niño, el mundo de la imaginación primero, donde todo es bello y extraordinario; las fábulas después, percepción de lo que es bueno y malo para que, en forma sugestiva y amena vaya sintiendo el niño lo que el bien y el mal significan en nuestra realidad

humana; más tarde la mitología, las leyendas que, si bien se desenvuelven dentro de hazañas fantásticas, ya invitan al escolar a que observe, piense y comprenda; y finalmente la historia, estudiada a través de quienes enriquecieron el legado humano por su sacrificio, su acción generosa o su entrega en aras de ideales de arte o ciencia.

Introduce la Escuela Waldorf entre las materias complementarias, ya desde el Jardín de Niños, el habla de dos idiomas extranjeros, aprovechando la capacidad glósica de los niños, así como la euritmia y la música con una atención especial: cultivar el ritmo corporal y psíquico de la vida infantil, o sea, velar para que en esa etapa de la niñez todo se conjugue en pos de su armonía y equilibrio.

Creo que es suficiente lo que antecede para que se perciba en qué consiste la diferencia fundamental entre la Educación Waldorf y cualquier otra orientación pedagógica: su atención primordial es el niño, el diálogo que con él inicia al entrar en la escuela quien,⁸ en plenitud de amor y experiencia, lo mantendrá vivo hasta el final de ella, para irle así conduciendo —hasta donde sea posible sin tropiezos— a la nueva etapa psico-fisiológica que después comienza. Este punto de vista de interés hacia el niño, quita mucha importancia a cualquier tipo de programa de encauce metodológico alrededor de las asignaturas: es el maestro el que, una vez captada la característica de su grupo (auténtica comunidad viva), va trazando con él, en actitud constantemente creadora, lo que habrá de ser el camino del aprendizaje.

Los resultados de esta actitud pedagógica no son una incógnita; no nace ahora el movimiento; empezó a funcionar la primera escuela en Alemania, Waldorf, hace más de medio siglo, y pronto fueron floreciendo en todas partes, así como se han fundado lo que pueden considerarse Escuelas Normales en diversos países para entrenar teórica y didácticamente, a los maestros que se interesan por este tipo de educación. Los cursos de superación profesional organizados en México en torno a la Educación Waldorf, tienen idéntico objetivo.

¿Arraigar el ensayo, ya en plena experimentación, en nuestro país? Requiere, sin duda, maestros de una consagración poco común a la labor educativa, así como una sensibilidad exquisita en relación con el niño. ¡Ojalá, sin embargo, que no falten los abnegados pioneros de la actividad que puede considerarse primordial en esta hora de crisis para el porvenir del mundo!

⁸ Una de las características de la Educación Waldorf es que el niño pasa de un grado a otro con el mismo maestro.

Presencia del Pasado

CONSIDERACIONES DE TIPO MEDICO EN TORNO A LA MUERTE DEL PRESIDENTE JUAREZ*

Por el *Dr. José M. TORRE*

SOBRE la muerte del Presidente Juárez existen opiniones diversas; como sucede con tantos otros aspectos de su vida personal y pública.

El propósito de este trabajo es revisar someramente las causas que en su época se consideraron responsables del fallecimiento y mostrar, apoyada en un documento original, la que a la luz de los conocimientos actuales parece ser la verdadera.

En el acta de defunción, firmada en uno de los salones del Palacio Nacional a las cuatro de la mañana del 19 de julio de 1872, y publicada en el Diario Oficial,¹ se escribió "que el C. Juárez había fallecido de muerte natural anoche a las once y media". Posiblemente el término "muerte natural" se utilizó para descartar toda idea de participación accidental o violenta en la defunción del Presidente de la República. La categoría del personaje y la situación política por que pasaba el país en esos momentos, reclamaban, parece lógico, una declaración de esta naturaleza. El documento lo firmaron los C.C. José María Lafragua, Ignacio Mejía, Blas Balcárcel, Dr. Ignacio Alvarado, F. Mejía y los notarios públicos Crescencio Landgrave y José Villela (Fig. 1).

El mismo día, en un Suplemento especial al Diario Oficial² y en el acta de defunción redactada en el Registro Civil, con datos proporcionados por Benito Juárez hijo, quien contaba entonces 19 años de edad, se hizo el mismo diagnóstico.³ Por otra parte se anunció a la nación que la causa del fallecimiento había sido una "neurosis del gran simpático" (Fig. 2). Este diagnóstico, por supuesto, se repitió después en numerosas obras que tratan sobre el Presidente Juárez. Era lo que oficialmente se había anunciado al país y con toda razón fue el término que se siguió escribiendo a lo largo de un siglo. Todavía ahora, Salvador Novo, en un artículo escrito para una revista médica⁴ señala "que no había sido una

* Trabajo leído en el Colegio Nacional (en el curso regular del doctor Ignacio Chávez) el día 17 de mayo de 1973.

congestión cerebral lo que lo atacó", sino "una parálisis del nervio llamado Gran Simpático, que es el que hace latir el corazón".

En alguna ocasión se escribió que el presidente "cayó víctima de un ataque fulminante de apoplejía".⁵

Por último está escrito, repetidamente escrito, que el presidente Juárez falleció de "angina de pecho",^{6, 10, 11, 18.}

Parece no haber discusión respecto a que este último diagnóstico fue formulado por el doctor Ignacio Alvarado; médico de cabecera del presidente, que lo atendió durante la última enfermedad, y que firmó el acta de defunción.

Estas son, seguramente, las cuatro causas que deben ser tomadas seriamente en cuenta para poder inferir cuál fue, en realidad, el padecimiento que llevó a la muerte al Presidente Juárez. Las suposiciones respecto a envenenamiento o a alguna otra forma de muerte accidental, nada de formal pueden tener ya que no cuentan con el respaldo de información oficial o de dictamen profesional.

Pasemos ahora a analizar el valor que pueda tener cada una de las informaciones señaladas. La de "muerte natural", escrita en el acta de defunción, fue emitida por el doctor Ignacio Alvarado conforme está señalado en ese documento. Se "invitó al C. Alvarado —dice el texto del acta— a que certificase el fallecimiento del presidente de la República, lo que hizo declarando que el C. Juárez había fallecido de muerte natural anoche a las once y media".⁷ En nada se opone esta opinión al diagnóstico formulado posteriormente por el propio doctor Alvarado, cuando atribuyó a la "angina de pecho" la muerte del Presidente de la República.

Cuando se habla de "neurosis del gran simpático" no aparece la firma del doctor Alvarado. Este fue el diagnóstico "oficial" que se entregó al país.² Resulta difícil, desde el punto de vista médico, interpretar qué tipo de padecimiento pudiera corresponder a esta "neurosis". No parece lógico que la muerte pudiera atribuirse a algo tan vago y sin respaldo por parte de alguno de los médicos que atendieron al Presidente Juárez durante su última enfermedad: doctores Alvarado, Rafael Lucio, Francisco Menocal⁸ y quizá también don Gabino Barreda⁹.

Al término "neurosis del gran simpático" no se le puede dar hoy, desde el punto de vista médico, una interpretación clara. Es posible que se haya acuñado en lugar de otro mejor, con precipitación y sin autoridad médica que lo respaldara, como una forma de satisfacer la curiosidad nacional pero sin la sanción profesional que le diera valor.

La "apoplejía", término seguramente en uso entonces y también no muy preciso en cuanto a su interpretación clínica, tam-

co parece contar con el apoyo de certificación profesional. Por otra parte, como se verá posteriormente, nada se opone a que con un serio padecimiento cardiovascular, una persona en la séptima década de la vida, pueda tener un estado transitorio de pérdida de la conciencia, o quizá de obnubilación mental, que es lo que posiblemente se entendía entonces por "apoplejía".

Quedan así, como diagnósticos con sanción profesional, los de "muerte natural" y "angina de pecho".

La firma del doctor Alvarado en el acta de fallecimiento no deja dudas respecto al respaldo profesional de la opinión. Pero por lo que se refiere al segundo, al de "angina de pecho" —o "angina pectoris" como lo escribe Roeder en el libro: "Juárez y su México"¹⁰— no se encuentra evidencia que garantice la autenticidad de la opinión atribuida al Dr. Alvarado.

Hay autores que no citan el nombre del médico que formuló el diagnóstico de angina de pecho¹⁰ y hay otros, que al atribuírselo al doctor Alvarado, no indican la fuente de procedencia en la que fundan su opinión. Señalan el supuesto texto del Dr. Alvarado entre comillas, pero no informan la procedencia^{5, 6}. Solamente en el folleto editado por el cronista Covián Martínez¹¹ se señala que la información procedió de "un folletito editado por el Comité Directivo Estatal del PRI en Sonora".

Y quienes transcriben el documento atribuido al doctor Alvarado, habitualmente no coinciden en la extensión ni en el contenido del texto. Hay palabras, y hasta frases completas, que varían de una obra a otra^{5, 6, 10, 13, 16}. Hay párrafos extensos, como el de Covián Martínez¹¹ y el de Pérez Martínez⁶ y otros que son solamente transcripción de frases breves atribuidas al médico de cabecera del Presidente^{10, 14} pero con redacción diferente en cada caso.

Parecía necesario, frente a estas dudas, buscar la descripción original del doctor Alvarado y, en su caso, revisarla para enterarse de la opinión profesional de modo directo. Esto se logró cuando las señoritas Margarita y Elena Pérez Alvarado, nietas del prestigiado médico presidencial, entregaron al licenciado Antonio Rocha, Gobernador de San Luis Potosí, el manuscrito que describe en forma precisa y clara la evolución del padecimiento del presidente de México durante la mayor parte del día 18 de julio de 1872. En realidad son dos documentos los que escribió a pluma y con tinta negra el Dr. Alvarado.¹² Se transcribe al final de este trabajo la segunda versión que es la más extensa. Uno de ellos, más breve y con mayor número de correcciones intercaladas en el texto que el segundo, da la impresión que fue el primero que redactó. El

otro, más extenso y más "acabado", constituye un verdadero documento médico en el que se puede seguir el curso del padecimiento con toda precisión, desde que se instala el dolor anginoso hasta que se llega al momento de la muerte. De este último, tomaremos algunos pasajes sobresalientes que constituirán la base para apoyar el diagnóstico que con facilidad se puede formular ahora, después de leer tan acabada descripción y conscientes de que hace 100 años no podía haberse hecho la interpretación clínica precisa del cuadro patológico que suponemos terminó con la vida del Presidente Juárez.

Se tomará del texto del doctor Alvarado únicamente aquello que sirva para fundar el diagnóstico y, a modo de complemento, algunos aspectos del tratamiento utilizado, que también desde el punto de vista médico y humano, tienen en este caso un alto valor.

Señala el doctor Alvarado: "¡Terrible enfermedad la que nos arrebató al señor Juárez!... La angina de pecho que con más o menos crueldad ataca a otras personas". Y luego viene la descripción de la enfermedad: "Dos horas hacía apenas que estaba yo a su lado cuando la opresión del corazón con que empezó se transformó en dolores agudísimos y repentinos, los que veía yo, más bien, los que adivinaba por la palidez de su semblante"... "Cada paroxismo dura más o menos minutos, se va después desvaneciendo poco a poco"... "y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque, y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren cuatro o cinco horas"... "Serían las 11 de la mañana de aquel luctuoso día 18 de julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón lo obligó a arrojarse rápidamente a su lecho; no se movía ya su pulso; el corazón latía débilmente; su semblante se demudó cubriéndose de las sombras precursoras de la muerte y en lance tan supremo acudí a aplicarle un remedio muy cruel pero eficaz: el agua hirviendo sobre la región del corazón".

El diagnóstico formulado encuentra plena confirmación al seguir la descripción del padecimiento. Habría dolor y "opresión del corazón". Pero además se relata que la enfermedad tenía una evolución por paroxismos y que, por fin, llegó a tal extremo de severidad que hubo necesidad de aplicar al enfermo el remedio brutal, el que había entonces y que hoy nos resulta inexplicable.

Y continúa la descripción: "Aquella calma de tres horas pronto desapareció, y un nuevo ataque, más formidable, más repentino y más prolongado que el de la mañana vino a turbar la reciente tranquilidad de los que lo rodeábamos. Inútiles cuantos medios emplee antes de ocurrir al de la agua hirviendo; fue preciso al fin venir a él porque ya no sentía yo el pulso debajo de mis dedos. Le

anuncié lo que íbamos a hacer, y con la más perfecta indiferencia y con la calma más imponente —y la llamo imponente, porque la palidez de su semblante, la falta del pulso y su respiración anhelosa estaban anunciando que el término funesto se acercaba a grandes pasos— se tendió en el lecho, él mismo se descubrió el pecho sin precipitación y esperó sin moverse aquel bárbaro remedio. Lo apliqué sin perder tiempo, y aún me parece que estoy mirando cómo se crispaban y se extendían alternativamente las fibras de los músculos sobre los que hacía yo la aplicación, señal evidente de un agudo dolor; dirigí mi vista a su semblante;... ¡nada ni un solo músculo se movía! ni la más ligera expresión de dolor o de sufrimiento, su cuerpo todo estaba inmóvil, y esto, cuando al quitar el agua se levantaba una ámpula de varias pulgadas sobre una piel vivamente enrojecida”.

En este párrafo resaltan dos sucesos de particular interés. Uno, impresionante y de alto contenido humano, es saber que alguien pueda tener tanta fortaleza como para soportar estoicamente un doble dolor: el del angor, terrible en sí y capaz de anonadar a cualquiera, y el que se agregó después: el de la quemadura. El otro hecho, de naturaleza estrictamente médica, consiste en la forma anhelante de la respiración y en la ausencia de pulso. Con estos síntomas de observación clínica: dolor opresivo precordial, disnea y, particularmente, ausencia de pulso, se puede pensar que se trataba de algo más que angina de pecho. En ella, en la angina pura, todo queda reducido al dolor; intenso y hasta insoportable a veces, pero nada más existe eso. En el enfermo nada hay de más, aparte del sufrimiento doloroso habitualmente relacionado con un esfuerzo físico, que delate el padecimiento. Pero en la descripción se anota que el pulso desapareció. Este dato, y el hecho de que el dolor se haya instalado y se haya sostenido sin esfuerzo físico alguno, hace pensar que no se trataba solamente del paroxismo doloroso de la angina de pecho, sino de algo más serio; seguramente se había producido un daño irreparable en el músculo cardíaco, o para decirlo en términos médicos, un infarto del miocardio. La sospecha partía de atrás, desde que se informó que el dolor se había iniciado mientras el enfermo estaba en reposo, en su habitación, sin realizar esfuerzo y que venía por paroxismos cada vez más intensos que se prolongaban por largo tiempo.

Y luego, un poco más adelante, viene la información clínica que confirma el diagnóstico de infarto. Dice el doctor Alvarado “y si no hubiera sido por las gotas de sudor frío que yo le enjugaba de su frente y por la palidez inocultable de su semblante...” Esta descripción corresponde de hecho al relato preciso del colapso:

pulso que se pierde, respiración que se vuelve anhelosa, palidez del semblante y sudor frío constituyen los datos clínicos de mayor valor para hacer el diagnóstico de colapso; cuadro que habitualmente acompaña al infarto del corazón y que traduce una enorme gravedad. Todavía hoy, con los recursos técnicos y humanos disponibles, la muerte sobreviene en la gran mayoría de los enfermos que hacen un infarto del corazón que se acompaña de estado de colapso.

Juzgando este relato centenario a la luz de los conocimientos actuales el diagnóstico no deja dudas. Pero no podía haberse formulado con seguridad en 1872. Fue cuarenta años más tarde, cuando James Herric¹³ estableció claramente, en su trabajo clásico, la diferencia entre angina de pecho e infarto del miocardio. Es cierto que el infarto del corazón se conocía desde antes de 1872; los patólogos lo identificaban al observar en la autopsia una cicatriz del músculo, pero ese conocimiento anatómico no tenía traducción clínica.

El cuadro anginoso puro, que no dejaba alteración en el miocardio y que sólo se expresaba por dolor en vida, y el infarto con su cicatriz residual, se confundían en un mismo cuadro que no se podía descifrar. En ambos el dolor opresivo en el tórax era el elemento clínico base del diagnóstico y no se habían encontrado las diferencias que permitieran la separación entre los dos padecimientos. Todo quedaba englobado en la "angina de pecho" sólo que en algunos casos el cuadro era tan grave que mataba y otras veces el dolor leve y sólo ligado al esfuerzo se repetía una y otra vez, en ocasiones durante años, sin provocar más alteraciones que el sufrimiento físico y el impacto emocional con su fondo angustioso.

Es más, algunas veces se hizo el diagnóstico en vida y el patólogo encontró la cicatriz miocárdica diagnosticada por el clínico, pero posiblemente se trató más bien de coincidencias que de verdadera fundamentación diagnóstica. En el campo de la clínica la posibilidad diagnóstica surgió en 1912 con el trabajo del cardiólogo de Illinois.

El informe de Herric terminó con una larga época de confusión que duró lustros y que dio lugar a apasionadas discusiones. El diagnóstico formulado hace un siglo, el de angina de pecho, era el único que podía haberse hecho en esa época y en la ciudad de México. "A posteriori" el de infarto del miocardio es el que se impone.

Hoy, se tratan estos padecimientos con medicamentos y con recursos tan avanzados como la intervención quirúrgica directa sobre las arterias coronarias; pero en 1872 el médico no podía

avanzar más de lo que alcanzó el Dr. Alvarado. Y tal vez no se podía, tampoco, haber hecho más de lo que él hizo entonces para tratar el padecimiento. Los nitritos, que quizá hubieran controlado el dolor, o por lo menos que lo hubieran atenuado para evitar el tormento de la quemadura sobre el pecho, habían aparecido ya en la terapéutica, pero su uso era excepcional. El informe de Brunton sobre la acción del Nitrito de Amilo en el angor apareció veinticinco años después,¹⁴ pero todavía para esa época el mecanismo de acción y la forma de administración no estaban claramente fijados. Tal vez la morfina, de la que se disponía entonces libremente, si se la hubiera usado con propiedad, podría haber mostrado un beneficio importante para controlar el dolor, pero posiblemente en nada hubiera ayudado a prolongar la vida.

El diagnóstico parece no dejar dudas. Y lo que tampoco plantea incógnitas es la resistencia frente al dolor, el estoicismo, la ecuanimidad de quien llevó el padecimiento y recibió el tratamiento "bárbaro", como lo calificó el propio doctor Alvarado, hasta llegar a la muerte con una serenidad y una conciencia que sorprenden; según se desprende de la descripción hecha en el excelente documento clínico del médico de cabecera del Presidente Juárez.

Es digno de breve comentario el hecho de que unas horas antes de la muerte, en estado de colapso como se ha señalado, con el dolor anginoso y después de dos quemaduras, el Presidente haya atendido asuntos de importancia sobreponiéndose a sus calamidades y que haya mostrado en esos momentos una lucidez mental y un comportamiento respetuoso que parecen inexplicables desde el punto de vista médico.

Vale la pena transcribir uno de los párrafos del doctor Alvarado que dibujan esta actitud heroica. "En la tarde, el mismo Ministro insistió en verlo, manifestando que era un negocio urgente, precisamente en los momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante y había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre que llevaba ya doce larguísimas horas de ser presa de una muy dolorosa enfermedad y que por esto su energía debería estar agotada, se levantó con calma sin manifestar ni impaciencia ni contrariedad; arregló su corbata, se cubrió con una capa; se sentó en un sillón, ordenó que entrara el Ministro y haciéndolo sentar enfrente de él, escuchó con atención el asunto delicadísimo que llevaba, discutió con él los principales puntos y le dio su resolución definitiva y acertada. No había en su semblante en estos momentos, nada, absolutamente nada que revelara el espantoso dolor que le estaba carcomiendo una de sus entrañas, nada que diera a conocer que esta entraña no tenía ya

fuerza para hacer llegar la sangre hasta su cabeza, y si no hubiera sido por las gotas de sudor frío que yo le enjugaba de su frente y por la palidez inocultable de su semblante, aún yo mismo habría creído que estaba sano, . . .”

Al enterarse de estos hechos y leer las exclamaciones de sorpresa y de admiración del doctor Alvarado por el comportamiento del Sr. Juárez frente a su enfermedad, se antoja necesario mostrar algunos aspectos que revelen, así sea en forma somera, la seriedad científica y la calidad moral del destacado médico presidencial. De otro modo, podrían tacharse de superficiales, o quizá hasta de carentes de verdad, algunos aspectos de este informe médico.

El doctor Alvarado ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 8 de abril de 1868¹⁶ y en la Gaceta Médica (periódico oficial de esa Corporación) publicó por lo menos tres artículos redactados por él.

En “El Progreso Médico”, revista potosina de inobjetable calidad en su época, se escribió con motivo del jubileo profesional del doctor Alvarado en el año de 1901 lo siguiente: “Su labor científica, que es bien grande y existe diseminada en los periódicos profesionales, cuenta con dos obras de gran valer y de indiscutible mérito: una sobre el Mal de San Lázaro, emprendida en colaboración con don Rafael Lucio y la otra sobre La Fiebre Amarilla, debida sólo a su talento, a su observación y a su laboriosidad”.

“Todo el cuerpo médico de la República conoce muy bien al Dr. Alvarado; de unos fue maestro directamente, de otros lo ha sido y lo es mediante sus obras y su ejemplo y de todos recibe el tributo de la admiración, del respeto y del afecto. Ha consagrado toda su vida al culto de la honradez, de la ciencia y de la abnegación, como dijo muy justamente nuestro compañero y amigo el Sr. Dr. Miguel Mejía en su sentidísimo brindis del día 8; ha tenido una vida pura y fructuosa”.¹⁸

Por último el doctor don Alberto López Hermosa, al leer la oración fúnebre del doctor Alvarado, en San Luis Potosí el año de 1904, decía de su colega: “Quiero, sí, pagar de alguna manera y aunque sea en mínima parte, la inmensa deuda de gratitud contraída desde mi juventud, al recibir sus luminosas enseñanzas y su valioso ejemplo de honorabilidad, deuda que se aumentó más tarde, en mi vida profesional, por sus lecciones prácticas, que tanto me han servido a la cabecera de mis enfermos, cuanto para llegar al honroso puesto de Profesor de Clínica de Obstetricia en la Escuela Nacional de Medicina, que inmerecidamente tengo a mi cargo”.¹⁷

Estas opiniones pueden dar idea de la categoría científica y humana de quien describió la etapa final de la vida del presidente Juárez.

La transcripción del escrito del Dr. Alvarado fue hecha por mí, únicamente cambiando en ocasiones la escritura de algunas palabras que reclamaban la ortografía actual.

Ya concluido este trabajo, el historiador potosino Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga, me mostró una revista impresa en 1893 en la que se reprodujeron las Conferencias pronunciadas en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí el 13 de septiembre de 1892 al conmemorarse el cuatricentenario del descubrimiento de América.²⁰

En esa ocasión el doctor Alvarado leyó el trabajo titulado "La Última Enfermedad del Presidente Juárez". El texto muestra pequeñas variantes en relación con los documentos originales pero obviamente el contenido es el mismo que aparece en las hojas manuscritas; las diferencias son mínimas: alguna palabra agregada o cambiada en ocasiones o una frase intercalada a veces. Gracias a esta valiosa información se puede asegurar ahora que el doctor Alvarado escribió este relato antes de concluir el año de 1892 y posiblemente de esa revista, impresa en San Luis Potosí, se comenzó a reproducir el texto original.

*Transcripción del manuscrito del doctor
Ignacio Alvarado. Archivo de la Casa
de la Cultura de San Luis Potosí. Texto
de la segunda versión.*

AL tener la honra de relatar lo que pasó en las últimas horas del Sr. Juárez, no voy a ocupar la benévola atención del distinguido auditorio que me favorece escuchándome con la biografía del oscuro indio que vio la primera luz entre las desnudas paredes de una humildísima cabaña y que vio la última en los tapizados salones del Palacio que cobija la bandera nacional; ni tampoco vengo a hacer la historia médica de quien nos devolvió la patria que tan injustamente se nos arrebataba, porque para lo primero, confieso ingenuamente mi incompetencia y para lo segundo, sería inadecuada la presente ocasión. La suerte me deparó la alta honra de librar con la muerte el último combate en defensa del Sr. Juárez y esta circunstancia me permitió ser el testigo presencial e íntimo de los rasgos de aquel carácter indomable, de aquella grandeza de alma que no se desmiente a sí misma ni en los momentos más solemnes de la vida, de aquella inaudita fuerza de voluntad para cumplir con sus deberes como hombre público en los terribles instantes en

ACTA.

Hoy se ha extendido la siguiente en uno de los salones de Palacio:

«En la ciudad de México, á las cuatro de la mañana del 19 de Julio de 1872, se reunieron en uno de los salones del Palacio nacional, y en presencia del cadáver del C. Lic. Benito Juárez, presidente constitucional de los Estados-Unidos Mexicanos, los CC. ministros, de relaciones exteriores, José María Lafragua; de guerra, Ignacio Mejía; de fomento, Blas Balcárcel, y de hacienda Ignacio Mejía; los CC. Dr. en medicina, Ignacio Alvarado, y los notarios públicos Crescencio Landgrave y José Villela.

El ministro de relaciones exteriores invitó al C. Alvarado á que certificase el fallecimiento del presidente de la República, lo que hizo declarando que el C. Juárez habia fallecido de muerte natural anoche á las once y media. En seguida el mismo ministro de relaciones pidió á los infrascritos notarios Landgrave y Villela, que diesen fé de este hecho, lo que verifican en toda forma de derecho, levantándose esta acta en cumplimiento de lo prevenido por el artículo 19 de la ley de 29 de Febrero de 1836. Y para constancia la firman las personas expresadas. Damos fé.—*José M. Lafragua.*—*Ignacio Mejía.*—*Blas Balcárcel.*—*F. Mejía.*—*Ignacio Alvarado.*—*Crescencio Landgrave*, notario público.—*José Villela*, notario público.

Siguen dos sellos de los notarios.

Acta de Defunción publicada en el Diario Oficial, el viernes 19 de julio de 1872.

SUPLEMENTO AL NUMERO 200

DEL

DIARIO OFICIAL.

México, Julio 19 de 1872.

FALLECIMIENTO DEL

C. BENITO JUAREZ.

EL SR. LERDO DE TEJADA SE ENCARGA DEL PODER EJECUTIVO.

A las once y media de la noche de ayer, ha fallecido el C. BENITO JUAREZ. Presidente constitucional de los Estados-Unidos Mexicanos, de una nevrosis del gran simpático.

El grande atleta de la Reforma y de la Independencia, no existe ya.....
El pueblo mexicano ya á recibir tan infausta nueva de una manera que no

Suplemento del Diario Oficial, del día 19 de julio de 1872, en el que aparece el diagnóstico de "nevrosis del gran simpático".

que su adolorido corazón se negaba a seguir latiendo y cuando en vez de sangre con qué nutrir su cerebro le enviaba las angustias que preceden a la muerte. Estos hechos que yo presencié y admiré, son los que voy a narrar, porque siendo enteramente desconocidos para el público, lo han sido también para los biógrafos del Benemérito de América y solamente ha sido juzgado este grande hombre por sus actos oficiales, sin haberlo sido a la vez por sus actos privados, actos todos que es necesario unir para formarse la idea cabal de lo que vale un individuo. Podría yo referir algunos episodios de su vida que darían a conocer su carácter, pero he elegido los que acompañaron a su muerte, porque en esos instantes supremos, en que se vuelve a la nada, se desvanecen los rasgos artificiales que cría la educación, se olvidan los que son hijos del cálculo y de la conveniencia social y en no pocos casos se hacen a un lado hasta los que revelan el pudor. Y por eso en tales momentos, se conoce al hombre tal cual es.

Temo que al hacer esta narración, mi estilo y mi lenguaje se resientan de los hábitos contraídos en una larga vida médica; procuraré que no sea así, pero si no lo consigo, estoy seguro que la benevolencia de ustedes será mucho mayor que mi falta y perdonarán el modo de decir en gracia de la veracidad de lo que se dice.

¡Terrible enfermedad la que nos arrebató al Sr. Juárez!... La angina de pecho que con más o menos crueldad ataca a otras personas, desplegó su más extraordinaria energía cuando tuvo que habérselas con un héroe, como si fuera un ser racional que comprendiera, que para luchar con éxito con aquella alma grande, era indispensable ser también grande en la crueldad.

Dos horas hacía apenas que estaba yo a su lado cuando la opresión del corazón con que empezó se transformó en dolores agudísimos y repentinos, los que veía yo, más bien, los que adivinaba por la palidez de su semblante. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo encuentra, del que siente su cerebro exangüe y no halla cómo darle vida, del que siente que huye del suelo en que se apoya y teme caer, del que, en fin, está probando a la vez lo que es morir y seguir viviendo. Los primeros ataques los sufre en pie. Vigorosa es su naturaleza, indómita su fuerza de voluntad, y aunque despliega toda ésta, no le es dable sobreponerse por completo a las leyes físicas de la vida, y al fin tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho para no desplomarse y para buscar instintivamente en esta posición el modo de hacer llegar a su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más o menos minutos, se va después desvaneciendo poco a poco y vuelve la calma

completa; el paciente se levanta y conversa con los que lo rodeamos de asuntos indiferentes, con toda naturalidad, y sin hacer mérito de sus sufrimientos, y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque, y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren cuatro o cinco horas.

Serían las 11 de la mañana de aquel luctuoso día 18 de julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón lo obligó a arrojarse rápidamente a su lecho; no se movía ya su pulso; el corazón latía débilmente; su semblante se demudó cubriéndose de las sombras precursoras de la muerte y en lance tan supremo acudí a aplicarle el remedio muy cruel pero eficaz: el agua hirviendo sobre la región del corazón; el Sr. Juárez se incorporó violentamente al sentir tan vivo dolor y me dijo con el aire del que hace notar a otro una torpeza —“Me está usted quemando”— “Es intencional, señor, así lo necesita usted”, le contesté. El remedio felizmente produjo un efecto rápido, y el que diez segundos antes era casi un cadáver, volvió a ser el que era habitualmente, el caballero bien educado, el hombre amable y a la vez enérgico. Parece que yo mismo desmiento con el hecho que acabo de relatar, su fuerza de voluntad, supuesto que no supo sobreponerse al dolor de una quemadura; pero no es así, no; el dolor lo cogió de improviso y su naturaleza dejada a la sola influencia de las leyes físicas y sin el freno del alma, reaccionó como era necesario que reaccionara, con un fenómeno de los que llamamos *reflejos*; le sucedió lo mismo que al capitán valiente que se demuda al escuchar los primeros disparos; la palidez de su semblante es un fenómeno reflejo que no está en su mano dominar.

Después de este lance, el alivio fue tan grande y tan prolongado, que se pasaron cerca de dos horas sin que volviera el dolor, la familia se retiró al comedor y quedando yo solo en compañía suya, me relataba a súplica mía, los episodios de su niñez, la protección que le había dispensado el señor Cura de su pueblo, cuando repentinamente se interrumpió y clavando en mí fijamente su mirada, me dijo casi imperiosamente: “¿Es mortal mi enfermedad?”... ¿Qué contestar a esto al amigo, ... al padre de familia, ... al Jefe de un Estado?... Pues, la verdad, nada más que la verdad; y disminuyéndole de algún modo la crueldad de mi respuesta, le contesté con la vacilación consiguiente a lo imprevisto de la pregunta. “No es mortal, en el sentido de que ya no tenga usted remedio”. Comprendió en el acto perfectamente bien lo terrible de mi respuesta y no obstante que ella quería decir: “Tiene usted una enfermedad de la que pocos escapan”, continuó inmediatamente su interrumpida relación en el punto en que la había dejado, como

si la sentencia de muerte que acababa de oír hubiera de ser aplicada a otra persona que no a él mismo. No le vi vacilar en su palabra, inmutarse, ni trató siquiera de pedirme las explicaciones que deseaba darle. ¡Cuánta fuerza de voluntad se necesita para hacer lo que hizo! ¡Cuánto dominio sobre sí mismo! Un hombre vulgar, habría insistido en conocer los pormenores de mi juicio, habría hablado de tomar las medidas usuales en estos casos, habría por lo menos, manifestado en la expresión de su fisonomía el estado de ánimo del que, como él, está al caer dentro del sepulcro dejando en sus bordes seres muy queridos de su corazón. Esperó para conocer su sentencia a que su familia no estuviera presente para no acongojarla y aprovechó la distracción de mi atención para que al hacerme de improviso su pregunta no tuviera yo tiempo de estudiar la respuesta. Su conducta fue fríamente calculada, y para calcular se necesita de un reposo moral que en circunstancias tan solemnes como aquellas, solamente puede dar la fuerza de voluntad de una alma grande. ¡Cuán sencilla esta conducta si se tratara, por ejemplo, de una cuestión de Estado, pero cuán grande aparece tratándose de la propia vida!

Aquella calma de tres horas pronto desapareció, y un nuevo ataque, más formidable, más repentino y más prolongado que el de la mañana vino a turbar la reciente tranquilidad de los que lo rodeábamos. Inútiles cuantos medios emplee antes de ocurrir al del agua hirviendo; fue preciso al fin venir a él porque ya no sentía yo el pulso debajo de mis dedos. Le anuncié lo que íbamos a hacer, y con la más perfecta indiferencia y con la calma más imponente —y la llamo imponente, porque la palidez de su semblante, la falta del pulso y su respiración anhelosa estaban anunciando que el término funesto se acercaba a grandes pasos— se tendió en el lecho, él mismo se descubrió el pecho sin precipitación y esperó sin moverse aquel bárbaro remedio. Lo apliqué sin perder tiempo, y aún me parece que estoy mirando cómo se crispaban y se extendían alternativamente las fibras de los músculos sobre los que hacía yo la aplicación, señal evidente de un agudo dolor; dirigí mi vista a su semblante; . . . ¡Nada, ni un solo músculo se movía!, ni la más ligera expresión de dolor o de sufrimiento, su cuerpo todo estaba inmóvil, y esto, cuando al quitar el agua se levantaba una ampula de varias pulgadas sobre una piel vivamente enrojecida. ¡Qué de dolores dejaban prever aquella ampula y aquel crispamiento de los músculos del pecho y cuánta fuerza de voluntad proclamaban la impasibilidad de su semblante y la quietud de su cuerpo! La vez primera que lo quemé sin que él estuviera prevenido, su cuerpo reaccionó como tenía que hacerlo, con los movi-

mientos reflejos que exigen las leyes de nuestra organización cuando no interviene la voluntad, y en la segunda ocasión, en que ya estaba prevenido para el dolor, no quiso mover su cuerpo y no lo movió, no quiso expresar el dolor en su semblante y no lo expresó, quedándose impassible como si su cuerpo fuera ajeno y no suyo propio.

Entretanto, desde en la mañana había volado rápidamente por toda la ciudad la noticia de la enfermedad del presidente y ocurrieron a su casa los Ministros y los incontables amigos políticos y personales, y por razones que es fácil comprender, se ocultó tan cuidadosamente al público la gravedad de la situación, la que solamente conocíamos la familia y yo, que todos quedaron creyendo que simplemente se trataba de una reuma en una rodilla, y para que no se desvaneciera esa creencia a nadie se le permitió la entrada a la recámara. En esa inteligencia, uno de los secretarios de Estado, el de Relaciones, según recuerdo, quería hablarle acerca de algún asunto de su ramo y el Sr. Juárez le mandó suplicar cortésmente que lo dispensara por aquel día. En la tarde, el mismo Ministro insistió en verlo, manifestando que era un negocio urgente, precisamente en los momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante y había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre que llevaba ya doce larguísimas horas de ser presa de una muy dolorosa enfermedad y que por esto su energía debería estar agotada, se levantó con calma sin manifestar ni impaciencia ni contrariedad; arregló su corbata, se cubrió con una capa; se sentó en un sillón, ordenó que entrara el Ministro y haciéndolo sentar enfrente de él, escuchó con atención el asunto delicadísimo que llevaba, discutió con él los principales puntos y le dio su resolución definitiva y acertada. No había en su semblante en estos momentos, nada, absolutamente nada que revelara el espantoso dolor que le estaba carcomiendo una de sus entrañas, nada que diera a conocer que esta entraña no tenía ya fuerza para hacer llegar la sangre hasta su cabeza, y si no hubiera sido por las gotas de sudor frío que yo le enjugaba de su frente y por la palidez inocultable de su semblante, aún yo mismo habría creído que estaba sano, pues que a impulsos de su voluntad llegó a dominar todo, hasta lo anheloso de su respiración, no quedándole más que alguna aceleración de ella. El Ministro se separó de él deseándole que continuara el alivio del reumatismo.

¿Cómo no admirar este rasgo del frío sacrificio de la vida por el cumplimiento de un deber? En la mañana, cuando aún no sabía que tal vez estaba condenado a morir repentinamente y que crecía leve y pasajera su enfermedad, aplazó para otro día la audiencia que solicitaba el Ministro; pero en la tarde, cuando ya había cam-

biado la escena, cuando ya tenía el convencimiento de que su vida estaba en inminente peligro, no vaciló en ocuparse de los negocios públicos graves y dar en ellos la resolución que sus deberes como Jefe de Estado le imponían. ¿Quién habrá que teniendo la muerte a dos pasos prescindiera de sí mismo, interrumpa su curación cuando esto importa la vida, para cumplir con un deber? ¿Quién se sobrepondrá al dolor físico para no dejar transparentar la muerte inminente que se tiene a la vista a fin de no causar un trastorno público? Solamente aquel que al salir huyendo de Zacatecas en 1867, escoltado de cerca por la lluvia de balas del ejército enemigo, decía, que era preciso llevar el caballo paso a paso para conservar la moral de los contados dragones que lo acompañaban, y abandonaba la ciudad con la calma del que viaja por placer y no con la precipitación del que huye para conservar la vida. Solamente aquel que no se inmutó en Guadalajara frente a la boca de los fusiles que en un segundo podían hacerlo volver a la nada; solamente, en fin, el que se ocupaba en dictar las disposiciones necesarias para contrarrestar un formidable pronunciamiento de la fuerza federal, cuando 15 minutos antes yo le había llevado desgraciadamente la infausta noticia de que la enfermedad de su respetable señora era incurable y sería mortal dentro de breves meses. ¿Qué no pasaría dentro de aquel corazón en donde batallaban sentimientos tan encontrados y tan profundamente conmovedores a la vez? Por un lado la pérdida de su fidelísima compañera, de la respetable matrona que por su benevolencia, por su modestia y por todas las virtudes que puedan estar juntas en una mujer le había hecho la vida feliz y era el galardón de la sociedad mexicana; y por el otro, la pérdida de la tranquilidad pública a la conservación de la cual había consagrado la mayor parte de su vida, y el imperio de la fuerza bruta sobre las instituciones de la República. Dictar urgentemente medidas políticas y militares que exigen calma profunda y atención sostenida, cuando se tiene desgarrado el corazón por el mayor de los pesares que pueden agraviar al esposo, solamente lo hace el que tiene una alma grande como la suya.

Aún hay más. Una hora después de haber salido el Ministro, solicitó hablarle uno de los generales más distinguidos para pedirle sus últimas instrucciones para la campaña que iba a emprender al siguiente día, y no vaciló en admitirlo inmediatamente no obstante que le faltaba el pulso hacía ya varias horas y que su estado era completa y absolutamente desesperado.

Lleno de admiración vi al Sr. Juárez discutir con él de la ma-

nera más tranquila lo que era más conveniente hacer; aún no comprendo cómo pudo su cerebro, pobre de sangre, recordar todos los datos respecto a las personas que residían en las diversas poblaciones que iban a ser el teatro de la campaña; cómo podría traer a la memoria las cualidades morales y los antecedentes políticos de esas personas, con tanta exactitud, que pudo indicar al General a quiénes era conveniente tratar con severidad, a quiénes había que halagar, de quiénes desconfiar y a quiénes tener por amigos. En una palabra, dio los pormenores todos que daría una persona que tiene concentrada por completo su atención en un asunto de interés y que está libre de toda otra preocupación, es decir, hizo abstracción de su persona en los momentos de morir para no ver más que el bien público en cumplimiento de un deber. Si esto no es grandioso, si esto no revela un espíritu superior y pone de manifiesto la más íntima conciencia del deber que hay que cumplir, no sé a quién podríamos llamar valiente para morir, inquebrantable en su voluntad y víctima de su deber.

Concluida aquella conferencia, se arrojó por la postrera vez y para no volver a levantarse ya más en su lecho, que cinco horas después no era ya el lecho de descanso del Presidente, sino el lecho mortuario del hombre grande, del patricio que desaparecía de entre nosotros pronunciando sus últimas palabras en bien de la República, del varón esforzado y justo que nos dejó un ejemplo muy difícil de imitar.

Siento infinito, señores, que mis tristes ocupaciones profesionales nunca me hayan dejado tiempo para humedecer mi pluma en los artificios y bellezas de la oratoria; pero aún así, estoy seguro, que la grandiosidad y la verdad de los hechos que he referido, han de haber abierto en el corazón de ustedes un hueco en donde albergar la gratitud que debemos al que nos proporcionó el orgullo de llamarnos *mejicanos independientes*, y han permitido traer a los labios de ustedes las palabras bastantes para proclamar muy alto la gloria imperecedera de aquel a quien la naturaleza hizo nacer mortal y pequeño y a quien la virtud hizo morir grande e inmortal en la Historia. Loor eterno al Sr. Juárez.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

¹ Acta de la muerte del Presidente Juárez. Diario Oficial. México. Viernes 19 de julio de 1872.

² Suplemento número 200 del Diario Oficial, México. 19 de julio de 1872.

³ Acta de defunción del Presidente Juárez. En la obra: Benito Juárez.

Documentos, discursos y correspondencia. Selección y notas de Jorge L. Tamayo. México. Sría. del Patrimonio Nacional. 1964. (Tomo I. págs. 424-25).

⁴ Novo, S.: en Médico Moderno. XI: 24, 1972.

⁵ Salinas-Cantú, H.: Juárez y sus médicos. Roel. Organó Mensual de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, Monterrey, N. L. Año uno. Número siete. Julio de 1972 (pág. 8).

⁶ Pérez Martínez, H.: Juárez (el imposible), Espasa-Calpe. Argentina, S. A. Buenos Aires-México (Colección Austral No. 531), 1945 (pág. 168).

⁷ Acta. *Op. cit., loc. cit.* (1)

⁸ Novo, S.: *Op. cit., loc. cit.* (3)

⁹ Tributo de México al Presidente Juárez por su Insigne Ejemplo. Comisión Nacional para la conmemoración del Centenario del fallecimiento de don Benito Juárez, México, D. F., 1972.

¹⁰ Roeder, R.: Juárez y su México. Segunda edición. México. 1968 (pág. 479).

¹¹ Covián-Martínez, V. E.: Las últimas horas y los Funerales de Don Benito Juárez. Ciudad Victoria, Tamps. Sociedad Cultural Luz, 1972 (pág. 14).

¹² Estos manuscritos los pasó el Lic. Antonio Rocha a la Casa de la Cultura de San Luis Potosí, en donde se encuentran actualmente bajo la responsabilidad del director: Arq. Francisco J. Cossío.

¹³ Herrick, J. B. En: Willius, F. A. y Keys, T. E.: Cardiac Classics The C. V. Mosby Co. St. Louis, 1941 (pág. 817).

¹⁴ Goodman, L. S. y Gilman, A.: The Pharmacological Basis of Therapeutics. The Macmillan, Co. New York. 1955 (pág. 730).

¹⁵ Foix, P. Juárez. Editorial Trillas, México, 1972. (págs. 320-23).

¹⁶ Estatuto General. Academia Nacional de Medicina. México; 1969 (pág. 111).

¹⁷ Periódico Oficial. Estado Libre y Soberano de San Luis Potosí, S. L. P., Méj. Tomo XXIX. Número 53. 14 de julio de 1904 (pág. 5).

¹⁸ El Progreso Médico. San Luis Potosí. Tomo III. Núm. 9. 15 de sept. de 1901 (págs. 221-22).

¹⁹ Benito Juárez. Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de Jorge L. Tamayo. Secretaría del Patrimonio Nacional. México - 1964. Tomo I (págs. 419-23).

²⁰ Conferencias Colombinas. Celebradas en San Luis Potosí para conmemorar el Cuarto Centenario del descubrimiento de América con un suplemento "El Centenario de Colón". San Luis Potosí. Imprenta y Litografía de M. Esquivel y Comp. 1893.

COMENTARIO AL TRABAJO DEL DR. JOSE MIGUEL TORRE: CONSIDERACIONES DE TIPO MEDICO EN TORNO A LA MUERTE DEL PRESIDENTE JUAREZ*

Por el *Dr. Ignacio CHAVEZ*

Miembro de El Colegio Nacional

DE la lectura del excelente estudio crítico que acaba de presentar el doctor José Miguel Torre se desprenden para mí varias conclusiones, que vienen todas en apoyo de las suyas. Es una, la primera, la realidad diagnóstica de la causa de la muerte del Presidente Juárez. Es indudable que se trató de un ataque de infarto del miocardio. Esto en nada contradice, sino sólo completa, el diagnóstico del médico de cabecera, don Ignacio Alvarado, quien dejó escrito: "fueron crisis severas de angina de pecho". Hoy sabemos que esas crisis severas anginosas son el elemento central de un cuadro más vasto, más complejo y más grave, que es el del infarto del miocardio.

Por extraño que parezca, la profesión médica no captó esa diferencia esencial a lo largo de siglo y medio de observación. En efecto, son dos las grandes fechas que marcan los puntos clave de ese conocimiento. Una en el siglo XVIII, es la de 1768-1772, cuando Heberden describió la angina de pecho y Jenner mostró la relación que ella tiene con la esclerosis de las arterias coronarias. La otra fecha es de nuestro tiempo, 1912, cuando Herrick describe el cuadro clínico del infarto del miocardio, muestra la relación que guarda con la trombosis de una rama de las coronarias y prueba que con todo y la gravedad del accidente, éste no es necesariamente mortal.

Es extraño, decía, que siendo dos etapas de una misma enfermedad coronaria, la segunda haya tardado en individualizarse siglo y medio después de la primera y más extraño aún cuando ese largo

* Leído en El Colegio Nacional, el 17 de mayo de 1973.

período fue el del gran auge de los estudios anatómicos, la época de los grandes señores de la anatomía patológica, los de la escuela italiana de Morgagni y los de Virchow y su escuela, en Alemania, a la vez que fue el auge de la confrontación anatomo clínica seguida por Laennec, en Francia, en los comienzos del siglo XIX.

Es un caso único en la historia de la medicina, porque todos los elementos aislados para establecer esa liga se habían ido acumulando paso a paso. Todo estaba listo para hacer la síntesis final y, sin embargo, no se hizo. Ya se sabía, en efecto —y esto desde antes de Heberden mismo— de la existencia de placas de reblandecimiento en el miocardio, interpretadas por Sénac, en 1749, como reliquias de un viejo daño sufrido por el corazón. Tiempo después, en 1833, Lobstein describió las placas de miomalasia, semejantes a las anteriores, placas que fueron más tarde relacionadas con la aterosclerosis coronaria, por Cohnheim, en 1881; por último, René Marie, en Francia, dio un paso más al describir, en su tesis de 1896, las lesiones anatómicas que caracterizan el infarto del miocardio. Pero hay algo más: Obrastzow y Straschesko, en 1910, habían ya publicado cinco casos de infarto del miocardio, tres de ellos comprobados en la autopsia y en los otros dos sólo habían hecho el diagnóstico en vida y bosquejado su cuadro.

¿Por qué, entonces, los médicos tardaron tanto en reconocer esa entidad clínica y seguían hablando de angina de pecho ligera y de angina de pecho grave o mortal, sin reconocer la gran diferencia que separa ambos cuadros, el de la angina pura y el de la angina que acompaña al infarto? ¿Por qué, una vez que Herrick hizo en Chicago la descripción clínica en 1912, el cuadro no entró de lleno en el diagnóstico habitual, sino que vino a romper la barrera del silencio sólo hasta muy avanzada la década de los veinte?

Es cierto que muy en los principios faltaban los elementos probatorios del infarto, ya que la onda monofásica descrita por Smith en el electrocardiograma, en 1918, después de la ligadura experimental de una rama coronaria, y la onda en cúpula de Pardee, obtenida en 1920 en el trazo de los enfermos, no habían entrado todavía a la práctica diaria, como no había entrado a ella el empleo sistemático del electrocardiograma. Menos aún se sabía entonces de la existencia de enzimas circulantes, que hoy día constituyen uno de los elementos probatorios de la necrosis del miocardio, ya que ese conocimiento vino hasta 1950, por obra de La Due. Es cierto todo eso; pero en realidad no se requerían tales elementos probatorios para diagnosticar el infarto en los casos clásicos. Hay suficientes diferencias en el cuadro clínico entre la angina de pecho de Heberden y la angina impura del infarto que permiten

la identificación. A diferencia de la angina de pecho aislada, que durante la crisis no ofrece ningún dato físico seguro (como no sea el cambio del electrocardiograma), lo que me ha permitido decir que en ella el corazón es el espectador impasible de su propio drama, en la angina que acompaña al infarto hay numerosos cambios físicos. Unos inmediatos que van desde la taquicardia hasta el colapso ligero o el shock grave; desde los trastornos del ritmo hasta el síncope y desde la insuficiencia cardíaca hasta el bloqueo aurículo ventricular. Otros más o menos tardíos, desde el aneurisma parietal hasta la ruptura del corazón. En este cuadro frondoso que rodea a la angina hay suficientes elementos para hacer el diagnóstico, aun sin disponer del electrocardiograma.

Pero todo esto, como se ha dicho, no se ha venido a saber sino en nuestro siglo, no en el siglo pasado, cuando murió Benito Juárez. El diagnóstico del Dr. Alvarado estuvo, pues, de acuerdo con los conocimientos de su tiempo y la descripción que nos dejó permite la rectificación indudable de su diagnóstico. Este, hoy día, nos parece indudable. El Presidente Juárez sufría de aterosclerosis coronaria y el episodio mortal fue el de un ataque de infarto del miocardio. La afirmación anterior de que existía la aterosclerosis coronaria se refuerza al valorar un episodio patológico, casi ignorado, sobrevenido un año y medio antes de la muerte. En el epistolario de Juárez, devotamente recopilado por el Ing. Jorge L. Tamayo, aparece el dato de 4 crisis que se presentaron el 17 de octubre de 1870, crisis breves, hasta de una hora de duración, bruscas y severas, tan severas que se llegó a temer por la muerte del Presidente y que cundió la alarma en la ciudad, al grado de que el Congreso se declaró en sesión permanente, en espera del resultado temido. La prensa dijo, primero, tratarse de congestión cerebral, después, de un "sufrimiento del gran simpático"; pero el único dato clínico que se tiene es que durante esos episodios dramáticos, que fueron atendidos por los Dres. Lucio y Altamirano, el pulso del enfermo caía a 30 por minuto, para volver a cifras normales al cesar el episodio. En el curso de éstos, los ruidos cardíacos apenas eran audibles y el enfermo, casi colapsado, se hundía, ignoramos si con la conciencia obnubilada o no. Eso no era congestión cerebral, por supuesto, y parece grandemente sugestivo de haber sido un bloqueo aurículo ventricular transitorio. Si esto fue así, significaría que era esa la primera manifestación de la enfermedad coronaria, cuyo segundo episodio se presentó 17 meses más tarde, bajo la forma de trombosis aguda de una rama arterial, con infarto consecutivo del miocardio.

Cabe también un segundo comentario, ya apuntado por el Dr.

Torre. El admirable estoicismo de Juárez frente al ataque físico del dolor brutal y el debilitamiento propio del colapso vascular, lo mismo que frente al impacto espiritual de saber la alta gravedad de su estado y de sentir la aproximación de la muerte.

Mirado bajo otro ángulo, nada tiene de extraño que haya sobrevenido el infarto a la edad de 63 años, ni menos después de haber estado Juárez sujeto a constantes tensiones nerviosas, a stress emocional casi permanente a lo largo de una vida atormentada, siempre en constante lucha. Lucha y stress cuando fue aprehendido y desterrado del país por Santa Anna; lucha para ganarse la vida con los trabajos más modestos en Nueva Orleans, mientras preparaba su regreso y daba forma, con Melchor Ocampo y otros desterrados, a lo que después fueron las Leyes de Reforma; sobrecarga emocional cuando se internó en el país para incorporarse, en Acapulco, a la Revolución de Ayutla y cuando, apenas triunfante, volvió a caer y a sufrir de tensión angustiosa con el absurdo golpe de Estado de Comonfort, que puso a Juárez al frente del Gobierno de la República. Y luego la tremenda odisea, en la que estuvo a punto de perder la vida en Guadalajara, para escapar por el Pacífico y venir a establecer su gobierno en el puerto de Veracruz. Tres años más de lucha intensa, implacable, contra los conservadores por una parte, que luchaban por abolir la Constitución de 57 y volver a los viejos tiempos, y por la otra el gobierno de los Estados Unidos, que maniobraba para seguir ensanchando su territorio a costa del nuestro, ya fuese en Baja California o en Tehuantepec. Y apenas logrado el triunfo y regresado a la capital, vuelta al acoso de las revueltas interminables y vuelta a la presión extranjera, que en esta vez venía de Europa. Otros cinco años de lucha constante contra la intervención francesa, acosado, casi vencido, desterrado al último confín de la República, hasta lograr, por fin, la liquidación dramática de la aventura imperial en Querétaro. Y cuando volvió de nuevo triunfante a la capital otros cinco años de luchas contra los mismos suyos, que se sublevaban, un día uno y al día siguiente el otro, hoy el General García de la Cadena, en Zacatecas, mañana los Generales Díaz en Oaxaca. Un día revueltas en Tamaulipas, mañana en Guerrero o en Oaxaca o en Yucatán o en Sinaloa. Era el duro aprendizaje de una República federal que resurgía, de un pueblo recién emancipado que quería vivir en libertad.

El hombre estoico resistió todo eso y conservó, hasta donde sabemos, su salud del cuerpo, igual que su salud del alma. La vida le dio tiempo para recibir el último golpe, que le llegó muy hondo: la muerte de su esposa, Margarita Maza, que fue su fiel aliada

en los días del poder y en los días del destierro, su sostén callado en las horas amargas, su sombra amiga a lo largo de años. La muerte de ella, sobrevenida apenas 14 meses antes de la de Juárez, fue un desgarramiento interior para aquel hombre de hierro. Por primera vez se le vieron lágrimas en sus ojos y por única vez se le vio tambalear, como hombre herido, junto al cadáver. Siempre será un factor imponderable, casi imposible de cuantificar en patología humana, el efecto que tengan sobre el organismo los golpes del infortunio o las graves conmociones del alma. En todo caso, no es irrazonable sostener que este último trauma de su vida íntima, haya contribuido a precipitar la crisis del infarto del miocardio.

De cualquier modo, queda la lección de entereza que tuvo Juárez para vivir y que también tuvo, admirable, a la hora de la muerte. El relato del Dr. Alvarado es impresionante. Asombra ver cómo un hombre en estado de shock, presa aún del dolor anginoso y del dolor adicional de la quemadura que le fue provocada, pudo todavía ocuparse de los asuntos de Estado y dictar disposiciones para conjurar la amenaza de una nueva revuelta.

Yo agradezco al doctor José Miguel Torre que haya querido aceptar mi invitación para exponer, en el estrado del Colegio Nacional, este capítulo de nuestra historia, que nos deja profundas enseñanzas. Su estudio deja definitivamente establecida la autenticidad del documento clínico del Dr. Alvarado y la credibilidad que éste nos merece por su talla académica y moral. Deja, asimismo, valorados los asertos que él formuló hace 100 años, a la luz de la medicina de entonces y que el Dr. Torre ha traducido a los conocimientos de hoy. Le reitero, por ello mi reconocimiento.

LAS FLECHAS DE ODISEO Y LOS PRETENDIENTES MARTIANOS

Por *Loló DE LA TORRIENTE*

"...Aún no hemos llegado al fin de todos los trabajos, pues falta otra empresa larga y difícil, que he de llevar a cumplimiento".

(Conversación de Odiseo con Penélope. La Odisea. Canto XXIII)

— I —

CADA época histórica tiene su temperatura y sensibilidad. La de Cuba, al comenzar el siglo que corre, era confusa y desesperanzada, tanto que obligaba a la abstención y el escepticismo (don Bartolomé Masó y el mismo don Enrique José Varona) y las opiniones se dividían políticamente y las costumbres se relajaban sobre todo en La Habana, Babilonia del país, en la que lo picaresco se manifestaba hasta en el *argot*. La forma mutilada en que se había establecido la república ni aquietaba ni complacía los ánimos y la población comprendía que sus aspiraciones habían sido burladas. A los libertadores se les debía la inventiva de ese modo de acción que se llama *heroísmo mambi* (José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo) pero la filosofía idealista y la ciencia positivista permeaban el ambiente y limitaban las posibilidades del conocimiento popular. Muerto Martí al comenzar la guerra, Maceo al terminar la gloriosa invasión, sólo quedaba un jefe de talla nacional: Máximo Gómez, guerrillero invencible, ardiente e impetuoso en la pelea, honesto hasta el grado de rechazar los ofrecimientos para presidir la naciente república, pero político inhábil, sin mayor alcance óptico para vislumbrar las contingencias que se acumulaban contra el imperio de la verdadera independencia y soberanía por las que había luchado más de treinta años.

Martí había sido un creador y forjador de una doctrina auténticamente americanista que hacía presente su fervor patriótico, pero

Martí solamente era conocido por un reducido grupo de adictos a la causa cubana y su obra escrita era totalmente desconocida en su país natal en el cual los jefes revolucionarios lo llamaban "*El Maestro*", no obstante su juventud pues había nacido en 1853. Por su carácter, vigor mental y entereza, por su visión política, Martí había escapado del escepticismo y su genio organizador y su vehemencia patriótica habían alentado un combate desigual en el cual las acciones, avances y victorias, y hasta las derrotas, eran consecuencia lícita de una estrategia improvisada, casi, regularizada por la bravura y decisión de los guerreros cubanos no bien entrados, sin embargo, en los credos martianos aunque abrazados, en lo profundo, al contenido ideológico del Manifiesto de Montecristi.

Los pensamientos más audaces y subversivos de Martí, los más sabios y perdurables (*Nuestra América*), estaban ocultos (o semi ocultos) y en la penumbra quedaron hasta muchos años después. Otras tareas ocupaban a los cubanos. ¿Cuál fue el país latinoamericano que después de su independencia se vio libre de presiones extrañas, de rebeliones internas, de sublevaciones estériles y divisiones hostiles? Cuba no podía constituir una excepción y la argolla yanqui, la ambición de poder, el ansia de lucro y la innoble y grotesca aspiración enseñorearon en un territorio regado de sangre y de lágrimas en el cual el nativo quedó convertido en un paria. El pobre fue más pobre, mientras el rico aumentaba sus riquezas y el impostor gozaba de todas las garantías y privilegios. Cuba había retrogradado a su estado colonial, pero ahora sus cadenas eran más fuertes, los goznes estaban más ajustados y los nuevos amos eran más poderosos.

Pero si en su patria Martí-escritor era casi "un desconocido" no resultaba así en otras latitudes. Si tomamos en cuenta los testimonios de su época (Rubén Darío, por ejemplo, o Luis Urbina) parece, en conjunto, que fue admirado y atendido. Pronto ha empezado a vivir dolorosamente y, puesto en pie, conoció intensamente la vida no gustándola solamente en los libros sino que la fundió, al fuego, con la realidad. Situado en el universo posa sus plantas en terreno firme observando, con anchuroso espíritu, los fenómenos del acontecer humano que cataloga según los criterios de la razón y los resultados de la experiencia. La realidad se fragmentaba en múltiples empeños pero su agilidad le permite el cruce de los senderos y, en sus manos, fecunda una existencia de dilatada producción aunque de breve vivencia. En sus momentos aurales hay algo más que hermosas ilusiones. Hay desengaños y amarguras y, muy joven, se lanza a través de grandes contradicciones a la conquista de una naturaleza dividida que anhela unificar. Radica en esta lucha conquistadora de

su ser gran parte de su grandeza. Haberse encontrado, y realizado plenamente, fue su victoria como ser humano.

Martí sabe erguirse y encontrarse entre la opinión vulgar y aquella otra secreta, reticente, dubitativa en la que hay siempre algo de humano y mesurado. En 1871, en Madrid, publica *El presidio político en Cuba* páginas en las que se advierten ya los dones del gran escritor que llega a ser. Estudia en la capital española y en la Universidad de Zaragoza recibe el doctorado. En 1873 ve la luz *La república española ante la revolución cubana*. Martí está en esa etapa de formación cultural, de amplio margen para el desarrollo del intelecto. Seguramente lee a los clásicos (Cervantes, Quevedo, Gracián, Santa Teresa) pero, en cuanto a su formación ideológica, Martí ya está *hecho*. en plena madurez florecida en esa universidad vitalizadora y formadora de hombres que es el presidio político. Los vastos y organizados estudios de Martí le proporcionan un rico material (filosofía, humanidades, arte, ciencia, política, economía) pero ideológicamente Martí es flor tempranera. Francamente separatista y no se encuentra, en sus iniciales textos, ni una sola vacilación. Su visión política es certera y nada aflojará la recia raíz de su fuerte tronco revolucionario. En 1875 está en México. Un mes después de su arribo al país aparece su firma en la *Revista Universal*. Martí tiene 22 años. Empieza entonces su carrera como escritor adoptando una actitud poco corriente al establecer fuertes lazos de amistad no solamente con poetas, pintores, artistas, sino también con sectores obreristas (Chihuahua) y grupos de la reducida clase media de la época.

Los *Boletines de Orestes* revelan el calado del cubano. Después Guatemala y Venezuela, agitados y caóticos los tres países, complementan una imagen del mundo americano y en su correspondencia, ensayos, artículos, discursos, se unifica, tejida en hilos de oro, eso que todo lector, necesariamente, ha de conocer como *ideario americanista de José Martí* pero que no nació, no se pensó, en una biblioteca ni en un gabinete de trabajo: se hilvanó, bordó y desplegó en vida andariega, de un lugar a otro, errante, bajo cielos inhóspitos o limpios y entre zarzales y flores. La obra de Martí no es orgánica en su hechura (nunca se sentó, reposado, a escribir un libro) pero su espíritu, su aliento, su sentido y proyección le dan una trayectoria de unidad total difícil de encontrar en escritores de vida agitada como la que llevó nuestro ilustre compatriota.

Una fugaz presencia en La Habana (1878) vuelve a ponerlo en contacto con su pueblo y su arrebató y ardor patriótico vuelven a despertar las sospechas de las autoridades. Le temen a aquel hombre frágil de cuerpo, "desconocido", dedicado a asuntos jurídicos y

un capitán general, que es informado de un discurso del "Maestro", expresa: "Sí... es un loco... ¡pero un loco peligroso!" Segundo destierro de la isla. Brevisima estancia en Europa y en setiembre del 79 navega ya rumbo a su continente. Enero 14 de 1880: New York. Con la lectura, en Steck Hall, sobre *Asuntos Cubanos* Martí deja oír su voz. Se puede afirmar que con aquellas palabras comienza el período más activo de su existencia, la entrega total, absoluta, a sus ideales insurrectos y por la independencia y soberanía cubana y, en 1880, puede encontrarse la articulación de un plan organizativo en el cual su genio político va creando relaciones sociales de insospechada importancia en aquellos tiempos. Es a partir de aquel año que Martí comienza a colaborar en diversas publicaciones (*The hour*, *The Sun*, *Revista Venezolana*, *La Nación* (Buenos Aires) *La América* (New York), *The Evening post*, *La Opinión Pública* (Uruguay) y otros), en las que de manera regular (o irregular) aparecen sus colaboraciones que destacan ya la innovación del lenguaje, de forma y estilo como nuevo regidor de la prosa castellana.

Pero además de este trabajo que desarrolló con extraordinaria capacidad, sus conferencias, discursos, reuniones, conversaciones (públicas y privadas) provocadas por empeños conciliatorios entre los veteranos del 68 y los "pinos nuevos", la formación de una amplia base de masas (obreros de diferentes sectores, tendencias y regiones) y la creación del *Partido Revolucionario Cubano* representan la obra gigantesca de un espíritu tenaz, valeroso, optimista y combativo que solamente con la muerte tuvo reposo. Martí luchó frente a millares de adversidades, grietas y resquebraduras y la campaña del 95, y su sentido político, es sin duda la "guerra justa", la revolución más radical de su época. No se extingue Martí en Dos Ríos. Su cuerpo es abatido por balas enemigas pero Dos Ríos es solamente el escenario de un drama al que el tiempo ha dado su real y gloriosa magnificencia.

— II —

A partir de 1910 Martí empieza a ser más conocido en el mundo. Con anterioridad solamente un reducido grupo de discípulos y adictos comprendían su capacidad creadora, admiraban su energía y leían algunos textos. Para él lo primordial fue la liberación del pueblo cubano del yugo español, línea política en la que no estuvo errado ya que en 1914 Lenin publicaba, en los números 4, 5 y 6 de la

revista *Prosveschenie*,¹ muy interesantes trabajos en los que planteaba "el despertar de los movimientos nacionales" y distinguía, muy bien, de modo riguroso, dos épocas del capitalismo, radicalmente distintas desde el punto de vista de los movimientos nacionales. De una parte Lenin colocaba "la época de la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, la época en que se constituye la sociedad y el Estado democrático-burgués". De la otra parte Lenin reconocía "una época en la que los Estados capitalistas están completamente formados, con un régimen constitucional establecido hace mucho, con un antagonismo muy desarrollado entre el proletariado y la burguesía; una época que puede ser denominada víspera de la bancarrota del capitalismo".

La "época" de Cuba, cuando Martí organiza la guerra, es la "época" señalada por Lenin en el primer párrafo citado. Si analizamos las concepciones martianas y los juicios leninistas (sobre el derecho de los pueblos a su autodeterminación) encontramos —en Martí— una línea correcta de acuerdo con las condiciones cubanas (colonia), feudal o semifeudal en las relaciones, absolutismo, sin una sociedad constituida y, muchísimo menos, con la organización de un Estado democrático-burgués y, naturalmente sin grandes contradicciones ni antagonismos entre un proletariado (que era exiguo y sin conciencia clasista) y una burguesía (muy débil dependiente de la Corona). Martí vio sobradamente el peligro norteamericano pero "eso" pertenecía a la segunda etapa y el formidable táctico que había en él prefirió seguir, de inmediato, la prioridad de la independencia absoluta (frente al autonomismo) sin dejar de advertir (que sobran en sus textos las referencias) los peligros amontonando reflexiones que cobran fuerza a medida que el capital financiero penetra en "nuestra América" hecho no tan virulento cuando Martí vivía pues *IMPERIALISMO* es un marchamo siglo xx.

La forma del Tratado de París fue una maniobra de cancillería y la ocupación, por tropas norteamericanas del territorio cubano, una franca agresión que el pueblo observó con ira y los jefes con descubierta oposición. Varias décadas de lucha armada habían dejado su surco sangrante. La Enmienda Platt rubricó la etapa de la vergüenza y don Bartolo Masó, veterano de las dos contiendas se refugió en su natal Manzanillo para no oír los tamboriles electorales. En secretos conciliábulos, entre la tullida *republicuita* y los huéspedes de la Casa Blanca, se "seleccionó" al "amigo" de Martí, hombre cicatero, mediocre y dúctil como arcilla. Su jefatura al frente

¹ V. I. Lenin. *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Ediciones de lenguas extranjeras. Moscú. URSS s/f.

de los destinos cubanos vino a demostrar que la honestidad administrativa no es suficiente para gobernar si no está acompañada de virtudes más altas.

La soberbia, la intransigencia, la incapacidad, la imposición dieron su cosecha y una segunda intervención norteamericana quebrantó los ideales martianos. El pleito no era tan complejo. Se establecía entre los que querían la verdadera independencia y los dispuestos a transigir con la esclavitud. Los primeros constituían la masa popular que adquiriría, ya, perfil definido, unidad más consciente, ámbito más dilatado y una máxima vocación patriótica pero, aquella masa, carecía de fuerza, estaba desarmada y desorganizada y el escepticismo la había hecho su presa. Los segundos formaban la minoría, pero en trato inmoderado tenían "el sartén por el mango" y acercaban "la sardina a la lumbré". Es en esta atmósfera enrarecida y violenta que empieza a leerse la letra de Martí. Con sus batientes primordiales llega a los jóvenes de la primera generación republicana. Su devoto discípulo Gonzalo de Quesada y Aróstegui ha emprendido (1900) la tarea de publicar *Obras Completas de José Martí* siguiendo el ritmo y la selección que testamentariamente le dejó el autor. La entrega (15 volúmenes) se realizó hasta 1919.

La colección Quesada no es completa (aún no se habían recogido todos los materiales de Martí) pero contiene lo esencial: poesía, juicios y crítica; doctrina americanista, epístolas políticas y semblanzas. El tomo IX está dedicado a *Nuestra América* y hay una novedad: la novela *Amistad Funesta*, obra de juventud, que era casi desconocida. Cada tomo trae introducciones, ensayos y páginas escritas por lectores martianos amigos y discípulos. En esta colección Quesada puede asegurarse que conoció a José Martí los que hoy viven la senectud o han fallecido. Entre 1918-1920 apareció la segunda colección, empresa de Néstor Carbonell quien pacientemente buscó en las hemerotecas latinoamericanas la prensa en la cual sospechó que algo de Martí podía haber. La colección Carbonell consta de 8 volúmenes y aparece lo fundamental junto a correspondencia de carácter político.

La colección más ambiciosa fue la Trópico (70 volúmenes) dirigida por Gonzalo de Quesada y Miranda que continúa, con fervor, la devoción martiana de su ilustre padre. Vio la luz pública entre 1936-1947 y contiene totalmente el espíritu martiano. Después de Trópico han aparecido dos *Obras Completas de José Martí*. La Lex (dos volúmenes en papel biblia, con 4,227 páginas. Esta colección fue dirigida, ordenada y revisada por Manuel Isidro Méndez que logró dar unidad a la vasta obra, hacerla de fácil manejo y rectificar fechas y errores deslizados en otras colecciones. Reciente-

mente la Universidad de la Habana imprimió una colección (hasta ahora consta de 42 volúmenes) a la que logró añadir algún material rezagado pero no fundamental. Quiere decir, todo esto, que existen cinco colecciones de *Obras Completas de José Martí*, con textos fundamentales, sin mutilaciones ni enmiendas de ningún género.

Simultáneamente con estas ediciones han visto la luz, en todos los idiomas y latitudes, selecciones, idearios, opúsculos, especialmente con lo dedicado por el Apóstol a México, Guatemala y Venezuela, así como infinidad de estudios y biografías e interpretaciones de todas clases. Martí ha sido penetrado por todos los ángulos. La primera *Antología* apareció en París (1910) con introducción de Américo Lugo. En 1919 la casa Garnier (París) seleccionó *Páginas Escogidas* con prólogo de Max Henríquez Ureña. Martí no ha sido un ignorado. Desde que levantó el alba de este siglo el interés, por su obra, ha ido en aumento y plumas como la de Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Jaime Torres Bodet, Andrés Brou, Mauricio Magdaleno y devotos como Camilo Carrancá Trujillo han propagado su vida e ideario pero ¿qué duda cabe que lo mejor, la lección correcta, la forma única de conocer al hombre de Dos Ríos es leyendo sus textos?

Es el manantial. La fuente. El agua cristalina que llega fresca siempre. La que misteriosamente transmite el secreto y no admite retroversiones. Sólo después de leerlo, paciente y meditativamente, se llega al latido de su corazón, a la pulsación de su sangre y a la lenta armonía de los contactos recíprocos. Leyendo su obra se acepta el ejemplo y sus experiencias son caudal para la adquisición de una nueva sabiduría. Su acento apasionado colabora para el fortalecimiento de una filosofía nueva, realista, que trata de poner en pie "a los pobres de la tierra" y no hay porqué adjudicarle credos imprecisos o ajenos que su integridad real lo acredita como el virtuoso de un nuevo heroísmo y el optimista, sin caída, con respecto a la fe que la humanidad le inspira.

— III —

LA empresa más ardua que ideológicamente enfrenta el Gobierno Revolucionario Cubano es el rescate de José Martí, de la esencia martiana, parte muy importante del patrimonio nacional. Esta campaña de rescate comenzó en 1959 pero es ahora que ha tomado mayor cuerpo. Clarifica, señala por nombres y hasta desecha materiales interpretativos sobre el Apóstol, los cuales a juicio de la

Comisión Orientadora Revolucionaria (COR) resultan nocivos para la formación ideológica de un joven militante comunista. Esta campaña martiana, que arrecia en silencio, que ha levantado ronchas y embravecido el mar, tiene su razón y sentido político que no escapa a los videntes.

No se trata de prohibir la lectura de tal o cual autor. No. Se trata de clarificar y clasificar. Se trata de orientar para ganar un Martí vivo, de carne y hueso y no una entelequia al servicio de intereses desconocidos o bastardos. Martí ha sido penetrado por todos los aluviones y cada autor lo ha juzgado según su capacidad emotiva, su tendencia ideológica o sus razones particulares (que yo ignoro). Han abundado los idealistas, los espiritualistas, los eclécticos, los "santones" y no han faltado los "leñadores" que han ido al bosque y han regresado con magníficos troncos. En Martí han confluído aguas de muchas corrientes y el Gobierno de la Revolución necesita sacar al Apóstol de la turbera y dejar que el aire y el sol refresquen sus carnes. ¿Quién puede negar a un gobierno que está reconquistando todas sus riquezas su legítimo derecho a reconquistar los bienes éticos y espirituales que son los más importantes por su virtud formativa y educadora?

Ciertamente que algunos de los libros puestos en la "lista negra" son biografías prácticamente inofensivas, Archivos o materiales martianos prologados por escritores mediocres, pusilánimes, enteramente apolíticos, incapaces de comprender el compromiso del escritor con la humanidad. Pero no hay alternativa. Nuestra tónica es realista ideológicamente, más aún, marxista y, económica y culturalmente, de recuperación de bienes. Vivimos tiempos difíciles de transformaciones radicales, irreversibles y no hay opción intermedia: es la lucha entre dos mundos y gústenos o no giramos en ese torbellino embravecido cuyo vórtice parece estar en América Latina. No hay torceduras en la campaña de rescate. Hay una posición justa y única. Se recoge y salva la obra completa de Martí (es inobjetable) y se respeta la de buen número de escritores que en distintas épocas enjuiciaron esa obra. ¿Quién puede negar la prioridad, el desinterés y el amor que Manuel Isidro Méndez puso en su constante investigación martiana? El caso de don Isidro es único y casi patético. Nacido en 1882 llegó a Cuba, en plena adolescencia, desde su aldea asturiana en Coaña. Trabajando en una tienda mixta (en Artemisa) no sabía quién ni cómo le entregó un impreso del *Manifiesto de Montecristi*. Lo leyó. Lo guardó, bien resguardado y empieza aquí el culto del mocito asturiano por la historia cubana y, en especial, por la de José Martí al que dedicó sus mejores jornadas. En 1925 (en París) se publicó la primera biografía del Apóstol

escrita por don Manuel Isidro Méndez y en 1923 (en Madrid) la *Bio-bibliografía* había recibido los honores de un premio. Hasta la muerte de Méndez (1972) nadie lo alcanzó en desinterés, generosidad, modestia intelectual y lealtad a los textos que reunió, cuidó, interpretó y reeditó.

Otro ejemplo de dedicación, ya con mirada más política, fue la de Emilio Roig de Leuchsenring. Su bibliografía martiana recoge una gama de matices. Sigue a *Martí en España* y es Roig, lector sagaz, quien lee entre líneas textos del Maestro construyendo su rotundo perfil antimperialista, término que en tiempos de Martí aún no había sido grabado. La Universidad de la Habana careció de cátedra martiana durante muchos años, pero leyeron la colección Quesada infinidad de estudiantes y obreros. Gabriel Barceló recitaba, de memoria, párrafos completos de crónicas y cartas y Rafael Trejo, asesinado a los 20 años por esbirros machadistas, tenía en su pequeña biblioteca las *Obras Completas de José Martí*. Los que pertenecemos a esa terrible ¡y tan maltratada! generación que llaman "del 30" sabemos cuánta pasión exaltó el culto al Apóstol desde muy temprana fecha.

Por iniciativas privadas se celebraron congresos de historia patria, seminarios sobre Martí, círculos de estudio, investigaciones, se creó la *Universidad Popular José Martí*, se ofrecieron conferencias, funcionó con numerosos alumnos, la *Fragua Martiana* y se crearon *Rincones Martianos*. El propósito era rescatar la integridad política del organizador e ideólogo de la independencia y después de las dos primeras colecciones la Trópico cayó como lluvia que fertiliza los campos. Los *Cuadernos Martianos* y los *Archivos* revelan, en su gran abundancia, concepciones y apreciaciones válidas a la luz de las más avanzadas ideas, aquéllas que sustentó el Maestro y no pueden ser tergiversadas pues destellan la espléndida luz que irradia la egregia figura que inspiró el asalto al cuartel Moncada (*Fidel Castro: La historia me absolverá*). El pueblo de Cuba no ha permitido que la confusión (u oscuridad) rodée tan excelso pensamiento y la devoción, la admiración y la fe en los destinos cubanos ha encontrado fijación en el patrimonio que dejó y, en diversas épocas, se compartió con mayor o menor fortuna.

— IV —

CIERTAMENTE, no han faltado políticos bribones que han hecho del nombre de Martí bandería para sus aventuras electorales y sus logros personales y hasta escritores gurruminos que se han prestado

para servir intereses mezquinos, pero hay que reconocer la entereza y dedicación decorosa de muchísimos escritores que han reverenciado su memoria, han esclarecido su pensamiento político-antimperialista, han proclamado su excepcional calidad humana y han dado a su apostolado la jerarquía, el ardor, el espíritu que ordenaron su vida dedicada, íntegramente, a la independencia y soberanía cubana y al progreso y grandeza de América Latina.

El gobierno de la revolución se empeña en una empresa de largo combate y máximo alcance que no es de hoy. Está latente desde los primeros zarpazos yanquis, desde los primeros gritos de inconformidad contra la penetración extranjera (material y espiritual) y desde los primeros disparos, por inexpertas manos juveniles, que resonaron bajo el límpido cielo que vio nacer a José Martí.

Como en la conversación de Odiseo con su paciente y honesta esposa, alguien aquí habla con la Patria de una "empresa larga y difícil" que seguramente se ha de llevar a cumplimiento. El enfrentamiento con los pretendientes martianos terminará con penetraciones y filtraciones de intolerable carácter ideológico y la extinción de beneficiarios de múltiples prebendas de provechosa utilidad personal. La empresa representa el compromiso de todo escritor consciente y responsable que lanzará su flecha para dar claridad y anchura a un campo que ha sido pasto de muchos insectos. El patrimonio martiano no puede ser devorado por pretendientes que han disfrutado de todos los banquetes y deformado una herencia sangrada para Nuestra América.

SITUACION DE LA PUBLICISTICA ESPAÑOLA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Por Vicente ROMANO

LA historia del periodismo español, en particular, y de la publicística española, en general, está todavía por escribir. Para el siglo XIX existen, además de numerosas monografías, las obras de E. Hartzzenbusch y de González Blanco.¹ Pedro Gómez Aparicio inició la historia más completa (hasta el presente) del periodismo español, desde sus orígenes hasta nuestros días.² Hasta el momento sólo han aparecido los dos primeros volúmenes, que terminan en el año 1898. La tesis doctoral de A. Kästner, *Die spanische Presse*,³ escrita en 1926 para la Universidad de Leipzig, sigue siendo todavía el único estudio sistemático de la Prensa española. Antonio Espina ha publicado también una bonita y entretenida historia, profusamente ilustrada, del periodismo español desde 1860 a 1960.⁴ Por último, el libro de H. F. Schulte, a pesar de algunos errores y cierta tendenciosidad, ofrece asimismo una visión general del desarrollo de la Prensa española desde sus comienzos, con la introducción de la imprenta en 1470, hasta 1966.⁵ Para la prensa de Madrid existen los trabajos de Antonio Asenjo y de A. Martínez Olmedilla.⁶

La historiografía de las revistas españolas, exceptuando las monografías o artículos individuales, es muy pobre. Guillermo de Torre se propuso la exposición de la historia de la literatura española

¹ Hartzzenbusch, Eugenio: *Apuntes para un Catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid 1894. González Blanco, Edmundo: *Historia del periodismo desde sus comienzos hasta nuestros días*, Madrid 1919.

² Gómez Aparicio, Pedro: *Historia del periodismo español*, vol. I (1661-1868), Madrid 1967; vol. II, *Ibidem* 1971. La obra, demasiado tendenciosa y ambiciosa, contiene numerosos errores y deficiencias.

³ Kästner, Alfred: *Die spanische Presse*, Phil Diss., Leipzig 1926.

⁴ Espina, Antonio: *El Cuarto Poder*, Madrid 1960.

⁵ Schulte, H. F.: *The Spanish Press 1470-1966. Print. Power. Politics*, Urbana, Chicago, London 1968.

⁶ Asenjo, Antonio: *La prensa madrileña a través de los siglos* (Apuntes para su historia desde el año 1661 al de 1925), Madrid 1933. Martínez Olmedilla, Augusto: *Periódicos de Madrid - Anecdotario*, Madrid 1956.

a base de las revistas literarias. El intento se ha concretizado, por el momento, en un amplio artículo sobre las revistas literarias del cambio de siglo último.⁷ Domingo Paniagua inició un estudio más amplio de las revistas culturales españolas que, por muerte prematura del autor, ha quedado reducido al primer volumen, que abarca desde 1897 a 1912.⁸ La relación más completa está todavía en la enciclopedia Espasa-Calpe, cuyos artículos "Prensa" y "Periodismo" ofrecen también, por su extensión y profundidad, excelentes resúmenes del desarrollo de la Prensa y del periodismo españoles a lo largo de los siglos.⁹

A falta de una historia de la misma, la obra de Renée Lamberet contiene la bibliografía más completa sobre la publicística obrera española desde 1750 a 1936.¹⁰

Finalmente, la lectura de la historia política española de los siglos XIX y XX puede ser muy útil, y a veces imprescindible, para la comprensión del desarrollo del periodismo español. Las actividades políticas y periodísticas estuvieron siempre unidas en España, particularmente hasta el advenimiento de la dictadura fascista del general Franco. Esta afirmación, que puede sonar a perogrullada, la justifica el hecho de que en España, hasta bien entrado el siglo XX, el periódico ha servido generalmente de vehículo para ascender a los puestos de la administración política del país.

El artículo 13 de la Constitución de 1876, por la que se rigió fundamentalmente el país hasta 1923, garantizaba a todo español la libre expresión y difusión de sus ideas sin censura previa. Teóricamente existía en España libertad de Prensa hasta el pronunciamiento de Primo de Rivera en 1923.

La ley de Imprenta del 26 de junio de 1883, impuso, sin embargo, ciertas limitaciones. Por ejemplo, obligaba a los fundadores de una publicación periódica nueva a presentar ante las autoridades pertinentes un documento con el nombre y dirección del "director responsable", el cual debía estar limpio de cargos ante los tribunales a fin de poder publicar. En casos en que el director responsable estuviera envuelto en procedimientos legales, el periódico tenía que sustituirlo en cuatro días o suspender la publicación. Prohibía

⁷ Torre, Guillermo de: "La generación española de 1898 en las revistas del tiempo", *Nosotros*, Buenos Aires, año IV, octubre 1941, pp. 1-38. Y también el de Germán Bleiberg, que casi es una copia del anterior: "Algunas revistas literarias hacia 1898", *Arbor*, XI, núm. 36, 1948, pp. 465-480.

⁸ Paniagua, Domingo: *Revistas culturales contemporáneas, I. (1897-1912). De "Germinal" a "Prometeo"*, Madrid 1964.

⁹ *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Espasa-Calpe, Madrid 1923.

¹⁰ Lamberet, Renée: *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et Bibliographie). L'Espagne (1750-1936)*, Paris 1953.

la Ley de Imprenta de 1883 los ataques a la monarquía, la religión y los jefes de gobierno extranjeros, así como a la dignidad y la persona del rey. Pero no especificaba lo que constituía un delito contra el sistema político y el Estado. De ahí que fuera necesario introducir nuevas enmiendas y restricciones en 1896, 1905, 1911 y 1920, dirigidas principalmente contra los periódicos enemigos del régimen.

En 1923, tras el golpe de Estado del 13 de septiembre, el general Miguel Primo de Rivera estableció la censura de Prensa, prohibiendo la publicación de noticias políticas a menos que estuvieran autorizadas por el propio dictador o por los miembros o representantes autorizados del gobierno. Esta censura se refería a la prensa periódica.

En 1931, con el advenimiento de la República el 14 de abril, la Prensa española volvió a gozar de libertad plena, garantizada por el artículo 34. Sin embargo, la *Ley de Defensa de la República*, presentada al parlamento el 20 de octubre de 1931 y aprobada el 22 autorizaba al gobierno republicano a suspender las garantías constitucionales en casos de ataque a dicho gobierno o de difusión de noticias falsas que debilitaran o trastornaran la paz y el orden público.¹¹ Este estado de libertad cesó con el estallido de la Guerra Civil en 1936. Al dividirse el país en dos bandos, cada uno de ellos prohibió y persiguió toda manifestación publicística contraria a sus intereses.

Con la victoria del fascismo en 1939, el país entero tuvo que regularse según la Ley de Prensa del 22 de abril de 1938, mantenida en vigor hasta 1966. Con ella la Prensa dejaba de ser libre y se subordinaba por completo al servicio del Estado totalitario. El gobierno se encargaba ahora de la "organización, supervisión y control de la institución nacional de la prensa periódica".¹²

Una crisis general como la experimentada por la sociedad española a principios de siglo tenía que ir acompañada de una gran actividad publicística. Más aún, la misma publicística había de tomar nuevas formas, en consonancia con los nuevos cambios.

Durante la Restauración, Madrid era el centro político y cultural del país y constituía, por tanto, su centro publicístico. Hans Parlow, que escribió un testimonio sobre la cultura y la sociedad españolas de entonces,¹³ no veía a la Prensa española como expresión de la

¹¹ Esta ley se dirigió contra la prensa ultraderechista y, en ciertos casos también contra la anarquista.

¹² Schulte, H. F.: *ob. cit.*, p. 13.

¹³ Parlow, Dr. Hans: *Kultur und Gesellschaft im heutigen Spanien*, Leipzig 1888, pp. 245-259.

voluntad y de la opinión populares. Los periodistas informaban al pueblo de una manera personal. Lo hacían de un modo apasionado y retórico, en polémicas a menudo encarnizadas. "Prensa de grandes titulares", la llamaba. Ella era "el elemento influyente activo", mientras que el pueblo se dejaba influir pasivamente.¹⁴ Las publicaciones de Madrid marcaban la tónica y eran más importantes a nivel nacional que las de París en Francia. La Prensa de provincias, si se exceptúa la de Barcelona, era insignificante y consistía mayormente en sucesos y habladurías pueblerinos. Debido a la escasez de medios económicos muy pocos periódicos mantenían correspondientes en el extranjero, a excepción de *La Epoca* y *El Imparcial*, el primero de los cuales equiparaba Parlow a *Le Temps* y al *Journal de Debats* en Francia y al *Kölnische Zeitung* en Alemania. En opinión de H. Parlow las bellas letras carecían de una representación adecuada en la Prensa. En consecuencia, los lectores de periódicos de España tenían a Madrid como centro de comunicación con el extranjero. La hoja sensacionalista *La Correspondencia* debía leerse mucho, ya que la llamaban el gorro de dormir de los españoles.

En términos generales fue un período de apatía para la Prensa,¹⁵ reflejo evidente de la política gris de la Restauración. La mayoría de los periódicos vivían en condiciones precarias, sin imprenta ni talleres propios. La redacción y administración se hallaban instaladas en un piso de una casa de vecinos y muchas veces era también vivienda del director. Periódicos de vida efímera, los llama A. Espina, "hijos de la ilusión de un momento, costeados con mucha dificultad e incapaces de navegar por sí mismos".¹⁶ Se mantenían a flote gracias a las subvenciones del Ministerio de Gobernación, que los ministros empleaban para comprar el silencio de los periodistas más que para fomentar la cultura del país.

Los periodistas carecían de sueldo, en su mayor parte, y utilizaban los órganos publicísticos casi exclusivamente para darse a conocer y conseguir un puesto en la burocracia. Los políticos, a fin de evitar los escándalos públicos, se mostraban siempre sumamente generosos con los periodistas. Como dice J. Beneyto,¹⁷ el publicista no servía a los intereses del público sino los suyos propios.

Por aquellos años, empezó también a establecerse el periodismo de empresa en España, cuyo ejemplo más destacado fue *La Corres-*

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Schulte, H. F.: *ob. cit.*, p. 212.

¹⁶ Espina, A.: *ob. cit.*, p. 172.

¹⁷ Beneyto, Juan: *Historia social de España y de Hispanoamérica*, Madrid 1961. El libro es, en general, bastante débil.

pondencia de España,¹⁸ primer diario apolítico dedicado exclusivamente a la información. Durante el último cuarto del siglo XIX afirmaron también su éxito publicístico y económico las dos primeras agencias españolas de noticias: *Fabra*, fundada en 1865 por el catalán Nilo Fabra (1843-1903) y *Mencheta*, creada en 1871 por el periodista valenciano Peris Mencheta (1844-1916). En la corriente del periodismo de empresa español de fines de siglo destacaron también las innovaciones efectuadas por Manuel Martínez Aguiar en *La Iberia* (1854-1898), el Marqués de Riscal en *El Día* (1881-1919) y los hermanos Suárez (Augusto y Adolfo) en *El Resumen* (1885-1900). Martínez Aguiar, al comprar *La Iberia* introdujo en España los métodos y técnicas del periodismo norteamericano, entre ellos, el establecimiento de reporteros especializados y de un sistema de *couriers* a caballo, que llevaban las noticias a las lujosas oficinas centrales. *El Día* fue el segundo periódico español en utilizar la rotativa y *El Resumen*, que el público saludó con vivo interés al principio, hizo gala de la ilustración gráfica. Sin embargo, económicamente las tres empresas fracasaron.

Aunque predominaba el periodismo individual y de partido, esto es, aunque la mayoría de los periódicos eran obra de un individuo o estaban al servicio de una personalidad o partido político, aparecieron también a finales del siglo XIX las primeras manifestaciones del profesionalismo periodístico. Así, algunos periódicos, los mencionados más arriba y *El Imparcial* (1867-1933), por ejemplo, tenían una plantilla fija de redactores con un sueldo mensual,¹⁹ lo cual constituía una verdadera innovación en el mundo periodístico de entonces.

¹⁸ *La Correspondencia de España*, o simplemente *La Corres*, como la voceaban los vendedores por las calles de Madrid, figura como el primer periódico español concebido como empresa industrial, esto es, como explotación lucrativa, apolítico y dedicado exclusivamente a la publicación somera y seca de noticias. Si se tienen en cuenta sus orígenes y sus nombres anteriores *Carta Autógrafo* (1848-51) y *La Correspondencia Autógrafo de España* (1851-58), el nacimiento del periodismo de empresa en España se adelanta algunos años más. *La Corres* (1859-1924) fue uno de los periódicos más populares de fin de siglo. Para un pequeño estudio de la misma véase Juan M. Mata: "La Correspondencia de España y su tiempo", *Gaceta de la Prensa Española*, núm. 154, abril 1964, pp. 33-37.

¹⁹ Los sueldos que empezó pagando *El Imparcial* variaban entre 125 y 250 pts. mensuales, y las colaboraciones sueltas entre 12, 50 y 25 pts. Véase Manuel Ortega y Gasset: *El Imparcial. Biografía de un gran periódico español*, Zaragoza 1956, p. 12. H. F. Schulte, *ob. cit.*, p. 216, cita como sueldo medio de un corresponsal 150 pts. al mes a principios del siglo XX. Por su parte *ABC* pagaba 250 pts., pero exigía de sus corresponsales el abandono de cualquier otro empleo.

Por otro lado, a finales del XIX tuvo lugar también la creación de las revistas ilustradas. Debido a las restricciones impuestas a los diarios por la Ley de Prensa de 1883, la polémica ideológica y política pasó a las revistas. La restauración significó el establecimiento de la burguesía en el poder. Fue un periodo de autosatisfacción, la época del *laissez-faire* en economía. La nueva clase necesitaba estar informada sobre los adelantos científicos y técnicos más recientes. La clase media española creó entonces los órganos para la divulgación de los nuevos conocimientos. En ellos, la diversidad temática y el tono culto de las polémicas proclamaban los ideales de una clase que en España no había empezado todavía a intervenir eficazmente en la vida nacional del país.²⁰ Las tres revistas generales españolas que más destacaron a fines de siglo y que, en opinión de J. López Morillas, podían compararse con las mejores de su género en Europa, eran: *Revista Europea* (1874-), *Revista Contemporánea* (1875-1907) y *La España Moderna* (1889-1914). Las tres eran liberales, humanitarias, librepensadoras, internacionalistas, hostiles al tradicionalismo.²¹

Teniendo en cuenta el distanciamiento del público, aunque sólo sea por el gran número de analfabetos y la tirada reducida de los periódicos²² así como el carácter de la prensa diaria española, puede decirse que la publicística de la Restauración era de tipo informativo, vertical. La opinión dominante era la de la burguesía.

El cambio de siglo fue rico en acontecimientos políticos y sociales. Fue el interés del público en estos acontecimientos el que mantenía las grandes tiradas de los principales diarios. Una vez que terminó la guerra con los Estados Unidos, por ejemplo, el público dio la espalda a la prensa política. Así, en 1900, había en España aproximadamente el mismo número de periódicos que en 1870, unos 500, con una tirada total de 1.000.000 de ejemplares, es decir, unos 2.000 por periódico.²³

Entre 1898 y 1936 volvió la publicística española una época de gran actividad, tal vez el periodo de mayor intensidad comunicativa de su historia. El proceso de agitación y transformación social se

²⁰ López-Morillas, J.: *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, México 1956, p. 188.

²¹ *Ibidem*, p. 190.

²² El porcentaje de analfabetos en España ha sido siempre de los más grandes de Europa: en 1860, el 80%; en 1900, el 63%; en 1910, el 59%; en 1920, el 50%; en 1930, el 32.4%. Además los periódicos no representaban todavía los intereses del público, sino los personales de los prohombres políticos y de la oligarquía.

²³ Véase, por ejemplo, H. F. Schulte, *ob. cit.*, p. 213. Las cifras coinciden en términos generales en todos los historiadores.

aceleró tras el año del Desastre, por expresarlo en palabras de la época, y la comunicación social aumentó consecuentemente en calidad y en cantidad.

El periodismo español experimentó en esta época cambios considerables tanto en su estructura exterior como interior. Casi todos los críticos e historiadores hacen coincidir la entrada del nuevo siglo con la aparición de formas y corrientes nuevas en la prensa periódica española o la afirmación de las iniciadas ya a finales del siglo XIX. En opinión de R. Cansinos-Assens, por ejemplo, a principios del siglo la prensa española "salía de su época romántica y bohemia, al servicio de partidos políticos, para industrializarse y erigirse, de órgano de partido, en órgano de la opinión pública." La "prensa evolucionaba, y en cierto sentido se revolucionaba".²⁴

Por su parte H. F. Schulte, acierta cuando busca el origen de los cambios efectuados por la prensa española de principios de siglo en las nuevas condiciones económicas y sociales. "With the increase in circulations of major newspapers (dice refiriéndose al aumento de las tiradas provocado por los sucesos del 98), resulting in a degree of economic stability and security hitherto unknown, the internal structure of the press changed. A new system groped for dominance; a new managerial class, business men rather than politicians, began assuming control of the fortunes of the larger newspapers."²⁵

Es decir, una parte cada vez mayor de la prensa española se concibió y organizó en términos de empresa económica más que política. No es que desaparecieran totalmente los órganos al servicio de un partido o personalidad política, pues muchos de ellos continuaron y algunos incluso florecieron. Lo que críticos e historiadores subrayan es el hecho de que fueron aquellos los que pasaron a ocupar ahora el primer puesto en el escenario periodístico español, tanto por su elaboración técnica como por sus tiradas. Lo cual no significa necesariamente que fueran estas publicaciones las que ejercieran mayor influencia entre el público.

Teniendo en cuenta por ahora este aspecto de la modernización de la prensa, en términos de perfeccionamiento de técnica y organización para su mejor explotación económica, hay que destacar en primer lugar la transformación efectuada por la industria española del papel. El primer paso en este sentido fue la fundación en 1901 de la "Papelería Española". Por razones de geografía económica esta

²⁴ Cansinos-Assens, Rafael: "Periodismo madrileño de principios de siglo", *Gaceta de la Prensa Española*, núm. 152, 15 de febrero 1964, pp. 43-45.

²⁵ Schulte: *ob. cit.*, p. 215.

industria estaba emplazada en el país vasco. Hasta entonces las empresas papeleras habían existido bajo la protección de elevados aranceles. "La Papelera" vino a revolucionar la industria. Dispuesta a dominar las demás empresas, empezó por fomentar el establecimiento de un *cartel* entre los productores de papel. La idea no fue bien acogida al principio.²⁶

Pero a partir de 1914, con motivo de la Primera Guerra Mundial, la industria del papel, lo mismo que las demás, vivió un periodo de auge, con la consiguiente alza de precios. Tras el fin de las hostilidades "La Papelera" había conseguido sus deseos de dominar el mercado e imponer el *cartel*, que en 1919 recibió el nombre de "Sociedad Cooperativa de Fabricantes de Papel de España". El resultado fue la uniformidad de precios y el reparto del mercado nacional.

El primer problema que se le planteó al *cartel* fue el de la sobreproducción. "La Papelera Española" solucionó este problema convirtiéndose en cliente de sí misma, es decir, creando sus propios establecimientos para el consumo del exceso de producción. Porque, como dice Ramos Oliveira, "si no había mercado suficiente para el papel virgen, sí lo había, a poco que se meditara, para los libros y periódicos".²⁷ El animador de la idea, lo mismo que de la Papelera y del *cartel* fue Nicolás María de Urgoiti.²⁸ La resolución de dar salida a la producción en empresas propias se concretó en la fundación en 1917 de un gran diario matutino, *El Sol*, del que se hablará más adelante, y poco más tarde de otro vespertino, *La Voz*, y dos grandes empresas editoriales, "Calpe" y "Gráficas Reunidas".

Una vez que el *cartel* estuvo en funcionamiento "La Papelera" comenzó a ser un buen negocio. Pero el papel era en España más caro que en los otros países europeos, y los periódicos no podían pagar los elevados precios del *cartel*. Antes que herir los intereses de éste, el gobierno de la oligarquía, dirigido a la sazón por Antonio Maura, discutió y aprobó entre el 22 de mayo y el 18 de julio de 1918, el proyecto de anticipos reintegrables a la Prensa. El Estado acudía con los fondos públicos en ayuda de las empresas periodísticas, entregándoles millones de pesetas que habían de reintegrar una vez que se normalizaran los precios. La prensa socialista combatió y rechazó esta "solución". Tampoco aceptó la ayuda oficial *El Sol*, que, como dice Ramos-Oliveira, no la necesitaba, siendo pro-

²⁶ Ramos-Oliveira, A.: *Historia de España*, vol. II, p. 572.

²⁷ *Ibidem*, pp. 574-75.

²⁸ Nicolás María de Urgoiti (1869-1943), ingeniero, especializado en las industrias del papel, contribuyó a mejorarla y modernizarla considerablemente. Fue fundador de diversas empresas de significación cultural, periódicos y editoriales, entre ellos *El Sol* y Calpe, más tarde Espasa-Calpe.

piedad de "La Papelera". Hubo, en cambio, algún periódico, sigue el mismo autor refiriéndose a *ABC*, "que llegó a percibir del Estado por ese concepto más de nueve millones de pesetas, sin que la innegable prosperidad de esa empresa periodística, escudo de la aristocracia y de la oligarquía, la moviera nunca a liquidar deuda tan cuantiosa con la Hacienda Pública".²⁹

Pero de esta manera se solucionaba solamente la mitad del problema. En 1920, el mismo tipo de gobierno, dirigido ahora por Eduardo Dato,³⁰ impuso también la elevación del precio de los periódicos, que de 5 céntimos pasaron a venderse a 10. La medida favorecía indudablemente a las grandes empresas. Esta obligatoriedad del precio único, tanto para el periódico de una hoja como para el de múltiples, es un caso único, sin equivalente fuera de España, que tuvo consecuencias catastróficas para la prensa obrera.

La prensa liberal, que en los años 90 alcanzaba 2/3 de los lectores del país,³¹ entraba en el nuevo siglo con señales de crisis. El público, cansado de la retórica de los partidos tradicionales, dirigía ahora su interés y curiosidad en otras direcciones. A pesar del aumento de la publicidad, la reducción de las tiradas agravaba la situación económica de los grandes diarios.³² A fin de subsanar el daño financiero que se avecinaba y, como dice R. Cansinos-Assens, buscando una "solidez económica que les permitiese mayores beneficios informativos",³³ surgieron a principios de siglo ciertas agrupaciones de órganos publicísticos.

Con el propósito de reducir gastos y de coordinar su labor periodística los tres grandes diarios liberales de Madrid, *El Imparcial*, *El Herald* (1890-1936) y *El Liberal* (1879-1936), que llevó consigo sus hojas de provincias, acordaron unirse y formaron en 1906 la *Sociedad Editorial de España*. El público reaccionó ante esta concentración apodándola acertadamente "el trust", y algunos de los

²⁹ Ramos-Oliveira, A.: *ob. cit.*, p. 578.

³⁰ Eduardo Dato Iradier (1856-1921), político español, jefe del Partido Conservador y presidente del Consejo de Ministros en varias ocasiones. Murió asesinado por los anarquistas en las calles de Madrid.

³¹ Carr, Raymond: *Spain 1808-1939*, Oxford 1966, p. 360. Hay traducción española.

³² La tirada de *El Imparcial*, por ejemplo, excedía los 100.000 ejemplares. Claro que los años 90 fueron ricos en acontecimientos que mantenían vivo el interés y la curiosidad del público al mismo tiempo que las grandes tiradas de los periódicos. Baste recordar, por ejemplo, la campaña periodística en torno al submarino de Isaac Peral o la preparación y desarrollo de la guerra con los EE. UU. La reducción de las tiradas tuvo lugar al final de la guerra.

³³ Cansinos-Assens, R.: *ob. cit.*

otros diarios estampaban en su cabecera, con intenciones reclamistas, la frase siguiente: "Este periódico no pertenece al trust."

Algunos historiadores atribuyen una fuerza exagerada, a esta concentración de la prensa liberal. Así, tanto Schulte como Manuel Ortega y Gasset,³⁴ ven en la campaña del "trust" contra el gobierno conservador de Maura la causa de la caída de éste en 1909. Sin negar la influencia que esta campaña pudiera tener, no hay que olvidar, sin embargo, los acontecimientos políticos y sociales del verano de 1909 y la consecuente reacción pública ante ellos.³⁵ Asimismo es un hecho que las tiradas de los periódicos del "trust" no aumentaron considerablemente, sino que, por el contrario, fueron disminuyendo año tras año.³⁶ Incluso un periódico de segundo o tercer orden y de tan escasa vida como *La Tribuna* (1912-1926), podía presumir durante la Primera Guerra Mundial de haber destruido el poder de la "Sociedad Editorial de España".³⁷ Oficialmente ésta se deshizo al separarse de ella *El Imparcial* en 1916.

Si contribuyó, en cambio, la prensa liberal a principios de siglo a fomentar las campañas anticlericales que sacudieron la sociedad española por aquellos años. Para contrarrestar los efectos de éstos y mejor propagar su credo político y defender sus intereses, la prensa católica siguió también el ejemplo de la concentración. En 1901 un grupo de católicos vascos fundó en Bilbao el diario *La Gaceta del Norte*, y que desde entonces todavía sigue en existencia. Ante el éxito logrado compraron en 1911 el diario madrileño *El Debate* (1911-1936), creando así la Editorial Católica, que hoy día incluye cinco diarios. Con el mismo fin de combatir la propaganda antirreligiosa surgió también la agencia *Prensa Asociada* en 1909, que había de abastecer de noticias a 212 periódicos.³⁸

Sin embargo, el mayor éxito del periodismo de empresa de principios de siglo los alcanzó Torcuato Luca de Tena (1865-1929), a quien, junto con Nicolás Mario de Urgoiti, Antonio Espina considera "audaz propulsor" del periodismo moderno español.³⁹ La novedad introducida por Luca de Tena fue la adopción de la fotografía de actualidad, que empezó a utilizar con su revista *Blanco y Negro*

³⁴ Schulte: *ob. cit.*, p. 219; y Ortega y Gasset, M.: *ob. cit.*, p. 208.

³⁵ Guerra de Marruecos, Semana Trágica de Barcelona, etc., así como la supresión de los fondos especiales para subvenciones a la Prensa.

³⁶ He aquí, por ejemplo, la tirada de *El Imparcial*, principal portavoz del liberalismo: 1892 —100.000 ejemplares; 1896, 130.000; 1898, 120.000; y a partir de entonces fue disminuyendo hasta llegar a los 60.000 en 1916.

³⁷ Véase Borrás, Tomás: "La Tribuna, Diario de Lucha", *Gaceta de la Prensa Española*, núm. 153, 15 marzo 1964, pp. 57-60.

³⁸ Schulte: *ob. cit.*, p. 218.

³⁹ Espina, A.: *ob. cit.*, p. 264.

(1891-). Más tarde, el diario madrileño *El Gráfico* (1904) fue el primero en emplearla como principal medio de expresión.) En 1903 el mismo Luca de Tena fundó el semanario *ABC*, que en 1905 pasó a ser un "diario ilustrado de información general", como aún reza el subtítulo. *ABC* (1903-1936, 1939), conservador y monárquico, fue también el primero en utilizar el huecograbado. Su tamaño, con más páginas que los demás diarios pero de menor formato (32 x 23,5 cm.), determinó también una reducción en los textos. Los artículos se hicieron más cortos y la información más concentrada. Los viejos artículos de fondo, largos y pesados, cedieron el paso al editorial moderno, "corto, intenso y preciso".⁴⁰ Su acierto en coordinar la colaboración literaria con la información general y la ilustración contribuyó en gran medida a su éxito, llegando en seguida a conquistarse uno de los primeros puestos del periodismo español, puesto que aún conserva en nuestros días.

La consolidación del periodismo de empresa acentuó también el profesionalismo en los grandes diarios. Generalizóse a principios de siglo el establecimiento de redacciones fijas y la asignación de sueldos a los redactores. El sueldo de entrada era, por lo común, de 150 pts. mensuales. *ABC* pagaba 250 pts., pero prohibía a sus redactores toda otra actividad. El 28 de octubre de 1919 los periodistas de Madrid fundaron su sindicato profesional, que se adhirió al Sindicato Nacional de Artes Gráficas. El 6 de diciembre del mismo año, apoyados por la U.G.T., la central sindical socialista, decretaron su primera huelga en demanda de un sueldo mínimo de 150 a 200 pts., lo cual prueba que no todos lo recibían.

Por otra parte, la consolidación del periodismo de empresa y la profesionalización acentuaron también el grado de "directed journalism". Si por un lado los periodistas disfrutaban ahora de la seguridad de un sueldo, aunque pequeño, por otro perdieron la libertad y muchos de los beneficios marginales que tenían en tiempos del periodismo personal. Rafael Cansinos-Assens, que ingresó en el periodismo activo en 1905 como redactor de *La Correspondencia*, describe así la nueva situación:⁴¹ Los periodistas habían ganado moralmente, pero materialmente casi habían perdido. Con el antiguo régimen, aunque sin sueldo fijo, el periodista disponía de muchos accesos a un suplemento compensador (en los ministerios u organismos estatales, por ejemplo, o la libertad para hacer publicidad por su cuenta). Ahora todo tenía que pasar por la administración antes de ir a la imprenta. Directores y redactores-jefes supervisaban

⁴⁰ *Ibidem*, p. 267.

⁴¹ Cansinos-Assens: *ob. cit.*

celosamente todo lo que escribían los redactores, a quienes trataban despóticamente. Cansinos-Assens les reprocha también a estos directores de nuevo corte su hostilidad hacia la literatura, actitud que provocó la separación entre escritor y periodista. Termina diciendo que la profesión de periodista no era muy seductora y que había que tener una gran vocación o afán de "hacerse una firma" para mantenerse en el oficio.

Esta cuestión del valor literario del periodista se debatía también a principios de siglo a nivel académico. La discusión empezó en 1895, cuando Eugenio Sellés (1844-1926), en su discurso de entrada a la Real Academia de la Lengua, titulado "El Periodismo", defendió a éste como género literario. Juan Valera (1824-1905), en el discurso de contestación a "Fernanflor", pseudónimo del periodista Isidoro Fernández de Flores (1840-1902), rechazó en 1898 la actitud anterior. El aristocrático escritor Valera basaba su desacuerdo en que, según él, la actividad del periodista era "profesión u oficio, como la de ingeniero o abogado".⁴² Poco después, al admitir la Real Academia en su seno a Mariano de Cavia (1855-1919), periodista y nada más que periodista, se interpretó su sanción como un reconocimiento de los valores literarios del periodismo.

Consecuencia de esta polémica en torno a los valores del periodismo fue la creación de la Hemeroteca Municipal de Madrid, que abrió sus puertas al público en 1918 y que había venido organizando el periodista y escritor Antonio Asenjo desde principios de siglo.

La organización de los grandes diarios en empresas económicas motivó también ciertos cambios en la actitud del público hacia estos órganos. Los lectores, que antes se habían creído ciegamente todo lo que les decían los periódicos, les retiraron su fe y les negaron la autoridad informativa en el ámbito de la política nacional que antes les reconocieran. Las masas populares otorgaron ahora su interés a las publicaciones republicanas, anarquistas y socialistas.

Si se exceptúa *ABC*, los diversos ensayos del periodismo de empresa que se efectuaron en España entre 1898 y 1936 no tuvieron el éxito que sus organizadores esperaban.⁴³ A. Kästner parece ver las razones de esto en lo que él llama "fundamentos psicológicos de la Prensa Española".⁴⁴ Según Kästner, la riqueza de fantasía, el temperamento acalorado y la gracia expresiva hacían del español un periodista excelente. Estas mismas cualidades, en cambio, hacían de él

⁴² Valera, Juan: "El periodismo en la literatura", *Obras Completas*, vol. III, pp. 1179-1186, Madrid 1947.

⁴³ El mismo *ABC* tuvo sus dificultades también y estuvo a punto de ser absorbido por el "trust". Véase A. Martínez Olmedilla, *obc. cit.*, p. 206.

⁴⁴ Así titula una sección de su estudio.

un mal redactor, el cual requiere talento organizativo. Para Kästner los órganos de opinión, que preponderaban todavía en 1923 sobre los periódicos de empresa, mostraban un elevado nivel periodístico aunque a menudo estaban mal administrados.⁴⁵ Asimismo, las razones que impedían el desarrollo vigoroso de la Prensa española, según este autor, eran su concentración en Madrid y Barcelona y el número elevado de analfabetos.⁴⁶

Todos los historiadores y críticos están de acuerdo en que, a pesar de estas deficiencias, la prensa española hizo, en términos generales, importantes progresos, hasta alcanzar su plenitud momentos antes de la dictadura de Primo de Rivera. Las mismas cifras de Kästner confirman este juicio. La densidad de periódicos por habitantes, por ejemplo, ofrece el cuadro siguiente:

en 1887 correspondían	15,000 habitantes por publicación periódica
en 1915	10,000
en 1920	9,080.

Estas cifras eran sin embargo, muy relativas, puesto que la diferencia entre las diversas provincias era muy grande.

Las tiradas de los periódicos, tomándose su conjunto, aumentaron considerablemente en los primeros 20 años del siglo. Si en 1900 correspondían aproximadamente unos 2,000 ejemplares por periódico, en 1920 la tirada media era de 7,522. Comparada con la de los periódicos alemanes de la misma época, 8,609, los españoles no salían tan mal parados. Tomándolos por separado, la tirada media de los periódicos madrileños era de 32,362 y la de los barceloneses 23,794.⁴⁷ Para este periodo disponemos de los datos más exactos de la *Estadística de la Prensa Periódica de España*,⁴⁸ utilizados por A. Kästner en la sección III de su estudio.

El incremento general de la Prensa periódica puede apreciarse en la tabla siguiente:

en 1900 había en España	1,347 publicaciones ⁴⁹
en 1913	1,980
en 1920	2,289.

⁴⁵ Kästner, O.: *ob. cit.*, p. 152.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 140. Kästner exagera un poco en el número de analfabetos, pues da la cifra del 60% para 1920.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 145.

⁴⁸ Para esta estadística se tomó la fecha del 1 de febrero de 1920. Los datos se publicaron el 21 de octubre de 1921 con el título de *Estadística de la Prensa Periódica de España*, en Madrid.

⁴⁹ A. Espina da la cifra de 1.136, *ob. cit.*, p. 266.

En la cifra total para 1920 (2,289) Kästner cuenta solamente 412 periódicos, de los que 274, es decir, el 66,5% se editaban en las capitales de provincia.⁵⁰ Tomando todas las publicaciones en consideración se tiene que el 74% de ellas aparecía en las capitales de provincia. Por consiguiente la concentración de las revistas en las capitales era mayor que la de los periódicos.

La Prensa política diaria presentaba en 1920 la distribución siguiente:

107	hojas de la derecha
178	„ de la izquierda
51	„ regionalistas. ⁵¹

La modernización técnica de la Prensa española se aceleró igualmente en pocos años. En 1913 disponía, por ejemplo, de 36 rotativas y 15 linotipias, comparadas con 81 y 213 respectivamente en 1920.

Al subir Primo de Rivera al poder tras el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 y establecer la censura de la Prensa periódica, el número de diarios se redujo. Madrid, por ejemplo, pasó de 41 en 1920 a 16 en 1930. La dictadura fue, en cambio más tolerante con los libros. Quedaba así una laguna a través de la cual pudo proseguirse la actividad publicística. La distribución de la crítica y de la propaganda política se efectuaba ahora en la forma de papeletos y ediciones baratas de grandes tiradas.⁵² Ante las frecuentes sanciones y cierres de publicaciones, la oposición al régimen de Primo de Rivera tomó otros canales. La publicística ora, los medios directos de comunicación, pasaron a ocupar al primer plano en el diálogo social. La agitación llevada a cabo por los intelectuales en las universidades, por ejemplo, adquirió tales proporciones que el gobierno se vio obligado a cerrarlas varias veces, e incluso a expulsar de ellas a algunos profesores, como le ocurrió a Miguel de Unamuno en 1924.

Tras la caída de Primo de Rivera en 1930, su sucesor, el general Berenguer, prometió, entre otras cosas, poner fin a la censura. Ante la tardanza en cumplir las promesas, la oposición a Berenguer aumentaba de día en día. Por fin, presionado por una ola general de

⁵⁰ *Ob. cit.*, p. 136.

⁵¹ Los latentes movimientos regionalistas se vieron impulsados por el romanticismo y por el auge de las burguesías vasca y catalana y finales del siglo XIX y comienzos del XX.

⁵² Brenan, G.: *The Spanish Labyrinth*, Cambridge 1969, p. 198, menciona tiradas de 50.000 ejemplares. (Hay traducción española.)

protestas, presentó su dimisión el 14 de febrero de 1931, casi al año justo de ocupar el poder.⁵³

Con la proclamación de la República y la consecuente libertad, la publicística se polarizó cada vez más en dos extremos. De un lado las derechas concentraron su ofensiva contra la República. De otro, las diferentes fuerzas sociales que la defendían se desbordaron en ataques apasionados contra aquellas. Como dice A. Espina, no puede hablarse de tal o cual campaña de Prensa entre 1931 y 1936, "todo era campaña entonces".⁵⁴ Impresos de todo tipo recorrieron la península con abundancia inaudita. La lucha ideológica se agudizó sobremedida, llevada ahora por una publicística violenta, extremosa. Se preparaba la guerra social. Sin embargo, la palabra hablada empezó a adquirir entonces una difusión tan grande o mayor que la escrita, gracias al invento de la radio. La Guerra Civil de 1936-39 vino a poner fin al periodo más rico de la publicística española. Con el triunfo de las fuerzas fascistas en 1939 el pueblo español no sólo perdió sus órganos publicísticos de expresión y comunicación sino incluso la posibilidad de manifestar en público ninguna opinión contraria a la impuesta por el régimen desde arriba. El diálogo social se hundió en las catacumbas.

Las razones de este apogeo y de sus ricas aportaciones al desarrollo y progreso de la sociedad española no sólo están en las mejores técnicas que mencionan Espina y Schulte, ni en las aptitudes periodísticas del español, como dice Kästner. Hay que tener en cuenta también los avances efectuados por el pueblo español, su creciente toma de conciencia y la agitación en demanda de mejoras en sus condiciones económicas y culturales. Las masas populares, que Parlow veía a finales del siglo XIX como elemento pasivo, se convirtieron en este periodo en elemento de primer orden en la comunicación social. Así, si Brenan consideraba esencial a la política de la Restauración la exclusión de la opinión pública,⁵⁵ C. Rama afirma que los progresos efectuados por ésta "en los primeros treinta años del siglo XX son un capítulo de auténtico interés para la comprensión de la España moderna".⁵⁶ Y a continuación cita cuatro momentos históricos en los que la opinión pública se manifestó claramente: 1898, 1909, 1917 y 1923. Es evidente también que la manifestación pública de los sentimientos de las masas populares fue decisiva en

⁵³ Primo de Rivera dimitió el 28 de enero de 1930 y Berenguer se hizo cargo del gobierno al día siguiente.

⁵⁴ Espina, A.: *ob. cit.*, p. 292.

⁵⁵ Brenan, G.: *ob. cit.*, p. 4.

⁵⁶ Rama, C.: *La crisis española del siglo XX*, México 1962, pp. 50-51.

el derrocamiento de la monarquía y la proclamación de la República, así como en la defensa de ésta en 1936-39.

La participación activa de las masas populares en las discusiones de la sociedad española no es sólo una faceta novedosa de este periodo sino también una de las principales causas del enriquecimiento cultural del país. Por primera vez en su historia las masas populares disponían en España de una publicística propia, a nivel nacional, a través de la cual pudieron participar activamente en el diálogo social.

He aquí, resumidas algunas de las condiciones que hicieron posible el desarrollo de una publicística semejante.

Por un lado, la derrota ante los Estados Unidos y la pérdida de las colonias de América y Oceanía acentuó y generalizó entre las capas populares y medias de la nación la opinión de que la política era una actividad inmoral, practicada por los gobernantes con el único afán de enriquecerse personalmente. Esta actitud hostil hacia el gobierno y los partidos que lo detentaban, el liberal y el conservador, se vio reforzada por la presencia de los soldados que habían participado en las guerras coloniales. Reducidos a la miseria y a la mendicidad, y atacados la mayoría de ellos de enfermedades incurables, se diseminaron por todo el país implorando la caridad pública y denunciando al mismo tiempo los abusos de la administración. Al cabo de unos meses, dice Bruguera, el país entero creía que los generales habían vendido el país.⁶⁷

Por otra parte, las migraciones y el proceso de industrialización aumentaron la movilidad social y la concentración en los centros industriales, favoreciendo así la diseminación de los credos proletarios. También en el campo, especialmente en las regiones latifundistas de Andalucía y Extremadura, donde no sólo vivían los campesinos en una miseria extrema,⁶⁸ sino donde las mismas condiciones

⁶⁷ Bruguera, F. G.: *Histoire contemporaine d'Espagne. 1789-1950*, París 1953, p. 326.

⁶⁸ Según Brenan eran los más pobres de Europa. El novelista Blasco Ibáñez describe las condiciones en que vivían los braceros en 1904 en su novela *La Bodega*. El historiador Antonio Ballesteros, *Historia de España*, Barcelona-Madrid 1934, segunda edición 1956, vol. XI, pp. 728-730, recoge también las condiciones de miseria en que vivían los trabajadores españoles. Al hablar de los *jornales de hambre* que se pagaban en 1915 da las cifras siguientes: 0.35 pts. en la provincia de Almería; 1.40 pts. en Málaga, Córdoba y Sevilla; 1.10 en Granada; 1.80 en Cádiz. Y esto por un jornal de 10 ó 12 horas durante los dos o tres meses que duraban las faenas de la recolección. He aquí algunos precios de carne por la misma época: 2.60 pts. el kilo de vaca; 3.00 el de ternera; 2.50 el de carnero. G. Brenan da las cifras siguientes para 1930; en las que se puede apreciar el poco o ningún cambio que tuvo lugar: los jornales por 8 horas de trabajo eran de 3 a 3.50 pts. y de 4 a 6 por 12 horas durante el verano; en las montañas o cortijos alejados

de las faenas agrícolas exigían la agrupación de jornaleros durante meses enteros lejos de sus familiares, la receptividad para las ideas revolucionarias era grande.

A principios de siglo también arraigó y se difundió entre las masas populares la idea de que el conocimiento, la instrucción, era un arma esencial en la lucha contra la burguesía y por el poder. Brotó, pues, en ellas un noble afán de aprender. Los congresos obreros celebrados por aquellos años no sólo plantearon siempre el problema de la enseñanza, sino que estimulaban a las asociaciones locales a que organizaran y construyeran escuelas.

La idea generadora de este entusiasmo popular, la fuerza motriz del movimiento obrero y campesino español de principios de siglo, era la fe en que la huelga general llevaría el triunfo inmediato y definitivo. Pero tras los fracasos huelguísticos de 1904 y la epidemia de hambre de 1905 decayeron los ánimos, se abatieron los espíritus, se redujo considerablemente la agitación. Dominados por la desesperanza y el hambre, el odio de algunos sectores obreros se extendía también, en estas circunstancias, a la cultura misma y a cuanto estuviera relacionado con ella.

Tras semejantes periodos de postración volvía a renacer el entusiasmo, acompañado de una nueva fiebre publicística. Así ocurrió, por ejemplo, con la propaganda y extensión del movimiento sindicalista entre 1909-1911, o con la euforia revolucionaria que motivaron el triunfo de la revolución soviética (1917), el movimiento espartaquista en Alemán (1918) y el de Bela Kun en Hungría (1919). Resurgía de nuevo la creencia en el triunfo inmediato de la revolución y en el acceso del proletariado al poder. El golpe de Estado del general Primo de Rivera en 1923 puso fin, con su consiguiente represión, a otro nuevo periodo de fervor revolucionario y publicístico entre las masas populares. La publicística popular tuvo que adoptar otras formas menos abiertas, más sutiles, en consonancia con la situación creada por la dictadura. Con la declaración de la República en 1931 volvió a salir a la superficie, dando muestra de un renovado vigor.

Dentro siempre de esta publicística popular, la función de comunicante la llevaron a cabo los partidos y organizaciones proletarias a través de sus propagandistas, su prensa, sus centros sociales, sus escuelas, etc. La innata curiosidad por las novedades así como la tradicional hospitalidad de los campesinos facilitaba la labor de los propagandistas, aumentando así las posibilidades de realización

el jornal de los hombres era de 2.25 y el de las mujeres de 1.00 a 1.25 pts. Al mismo tiempo, los publicistas de renombre, como Ortega o Unamuno cobraban entre 75 y 100 pts. por artículo.

de su Aussage. Y como la prensa y los agitadores reproducían y explotaban con bastante acierto las opiniones de las masas respecto a los políticos oficiales y su propia situación económica y social, la propaganda hallaba acogida fácil entre las masas.

Esta publicística llamó poderosamente la atención de Juan Díaz del Moral, testigo ocular de la misma, quien la ha descrito en estas hermosas imágenes poéticas: "La propaganda es activísima: cada jefe de agrupación recorre los pueblos próximos avivando el fuego sagrado; en cada cortijo y en cada caserío se celebran diariamente uno o varios mítines; cada obrero es un agitador: periódicos, libros y folletos de propaganda circulan profusamente; la masa analfabeta oye arrobada la lectura de la buena nueva y escucha con delectación las cálidas peroraciones de improvisados oradores, rudos campesinos que, al beso fecundante del ideal, sienten surgir en su alma el don divino de la palabra artística."⁵⁹

La manifestación más característica de la publicística oral fue el "obrero consciente", término aplicado generalmente, al propagandista anarquista. La función de estos "obreros conscientes" consistía en agitar políticamente a las masas populares, propagar el credo proletario y organizar a los obreros y campesinos en agrupaciones y sindicatos. El fue el punto de partida y el núcleo del fascinante proceso publicístico que movilizó y politizó a las masas populares españolas desde principios de siglo hasta la Guerra Civil.

Era este comunicante hombre de palabra fácil, formado en la lectura abundante y continua de periódicos y folletos proletarios, aunque a veces leía también la prensa liberal y le gustaban las novelas y los dramas románticos.⁶⁰ Manifestaba interés por la cultura, cuya adquisición consideraba necesaria para el triunfo de la revolución. Casi todos eran oradores y escritores, cualidades que los hacían atractivos para sus receptores.

Para ellos suponía una gran satisfacción ver sus escritos impresos en los órganos de los partidos o asociaciones políticas o pronunciar un discurso en un mitin. Les entusiasmaban, particularmente a los anarquistas, el estilo apasionado y altisonante, lleno de imágenes retóricas. En el plano ideológico se creían en posesión de la verdad absoluta, invencible, irrefutable; de ahí su pasión por los mítines de controversia, que tanto entusiasmaban e ilusionaban al pueblo humilde. Eran éstos mítines de controversia duelos oratorios en los que el agitador obrero retaba a cualquier burgués que lo acep-

⁵⁹ Díaz del Moral, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid 1967, p. 14.

⁶⁰ Esta descripción de las características del "obrero consciente" se debe, en su mayor parte, a J. Díaz del Moral, *ob. cit.*, capítulo 8.

tase, a discutir públicamente sus mutuos puntos de vista y argumentos. La eficacia propagandística de estos duelos, cuando tenían lugar, era incalculable.

En el plano humano, el agitador era poco exigente. Obrero él mismo hasta el momento de dedicarse a esta nueva tarea, se alojaba en casa de un trabajador conocido y simpatizante. Cuando terminaba de explicar su conferencia o celebrar su mitin, se marchaba al pueblo próximo sin pedir retribución alguna. Claro que la generosidad del auditorio o la misma asociación o partido se encargaban de pagarle los viajes y gastos. En caso de quedarse más tiempo en un lugar, abría una escuela y vivía de sus pupilos.

Era como una nueva religión. Cuando el campesino u obrero visitaba la capital u otro pueblo ya convertido, se ponía en contacto con otros compañeros de oficio, los cuales lo iniciaban en la nueva doctrina y lo proveían con ejemplares de la prensa proletaria. De vuelta a su lugar, los leía a los íntimos, los convencía. Los adeptos aumentaban rápidamente y en pocos meses casi toda la población obrera se había convertido a la causa. El acoso a los reacios era constante, la resistencia muy difícil, los obreros actuaban así de agitadores.

Por último, en el marco de la publicística oral, hay que tener en cuenta también las comparsas de Carnaval y Nochebuena, que recorrían las calles cantando coplas en las que se comentaban, censuraban y elogiaban los acontecimientos que durante el año habían interesado a la multitud.

Junto a la palabra hablada, a los medios directos de comunicación, estaba la palabra escrita, los medios indirectos, que venían a complementar, prolongar y reforzar la influencia de aquellos. Y a decir verdad, en sus formas más diversas: el periódico, la revista, el folleto, la novela, el cuento, la misma correspondencia epistolar. (Baste a este respecto mencionar por ejemplo, la inmensa y eficaz correspondencia de Pablo Iglesias con los miembros más diversos del partido socialista.)

Llevados por la curiosidad y el afán por aprender se leía siempre y en todas partes. En el lugar de trabajo, durante los descansos; en las mismas caballerías, de camino hacia el tajo; hasta los mismos analfabetos compraban sus periódicos y folletos para que se los leyera el compañero capaz de hacerlo. Cada cual quería tener su ejemplar. "Aquello era un frenesí", atestigua J. Díaz del Moral, el notario cordobés espectador y estudioso de estas campañas. Se buscaban y recibían números no sólo de la prensa libertaria española, sino de la americana, pues los exiliados proseguían su apostolado del otro lado del Atlántico. Entre los libros más leídos entonces

estaban: *La conquista del pan*, de Kropotkin; *El dolor universal*, de Sébastien Faure; *El botón de fuego*, de López Montenegro; *Las ruinas de Palmira*, del Conde de Volney; etc. A estos hay que añadir las numerosas novelas cortas del teórico y fundador del anarquismo español Anselmo de Lorenzo, los numerosos folletos y cuadernos del movimiento socialista, impresos por separado y vendidos al precio de 10 o 15 céntimos. Casi todo el mundo los compraba, y no era raro que algunos de estos libros tirasen ediciones de 50,000 ejemplares. Un periódico era el regalo más agradecido que se podía hacer, dice J. Díaz del Moral.

Es también significativo que los obreros y las masas populares dignasen estos medios impresos como libros y folletos de "sociología" y no de propaganda. Lo típico de esta literatura obrerista eran los diálogos entre el burgués y el anarquista, el patrono y el obrero, etc. Escritos en lenguaje popular, condensaban los argumentos que más coincidían con la opinión, la actitud y los sentimientos de las masas. . . Su estructura consistía en una discusión en la que la verdad y el bien (el movimiento obrero) confundían, humillaban y derrotaban al error y al mal (el capitalismo). La discusión iba adornada de las consiguientes alegaciones y típicos desplantes que enardecían el entusiasmo del lector-receptor.

La tabla siguiente, compuesta a base de la información recogida por Renée Lamberet, puede dar una idea de la vitalidad de esta publicística popular. Las cifras indican solamente el número de publicaciones periódicas nuevas aparecidas en el año correspondiente.

Evidentemente lo primero que salta a la vista es la proliferación de publicaciones anarquistas, mucho mayor que todas las demás. Las razones de esta extraordinaria abundancia son varias, y todas ellas se remontan, en última instancia, a la naturaleza del mismo movimiento anarquista. Su cantonalismo, la autonomía e independencia de las distintas asociaciones regionales o locales, favorecía la publicación de periódicos propios en cada una de ellas. Así, Brenan menciona el hecho de que a fines de 1918 más de 50 ciudades y pueblos andaluces tuvieran periódicos libertarios propios.⁶¹ La abundancia de publicaciones anarquistas nuevas se explica también por la existencia precaria y fugaz de la mayoría de ellas. Por otra parte, el mismo ideario anarquista generaba este tipo de publicística fugaz y entusiasta. Al considerar el problema social como una cuestión de conocimiento y creer que era imposible conocer el bien y no practicarlo, tenía que producir necesariamente el fervor propagandista y la absoluta confianza en la eficacia de la palabra, ya fuera hablada

⁶¹ Brenan, G.: *ob. cit.*, p. 179.

PUBLICACIONES PERIODICAS OBRERAS APARECIDAS
ENTRE 1898-1936

<i>Año</i>	<i>Anar- quistas</i>	<i>Sindica- listas</i>	<i>Socia- listas</i>	<i>Comu- nistas</i>	<i>Cató- licos</i>	<i>Otros</i>	<i>Total</i>
1898	2						2
1899	1		1				2
1900	9		10			3	22
1901	50		1		1		52
1902	10		3				13
1903	8		3				11
1904	15						15
1905	3		1		1		5
1906	9	1	3				13
1907	9	1	1		1		12
1908	14		3		2		19
1909	10	4	2		1	1	18
1910	8	1	3		4		16
1911	2		1				3
1912	2						2
1913	2	4	2		4		8
1914	4	1	1				6
1915	10		1			1	12
1916	3						3
1917	1		1				2
1918	8	2	3				13
1919	13	1	1			1	16
1920	7	2	3		1	1	14
1921	2	2		2		1	7
1922	3					1	4
1923	10	2	1			4	17
1924	2	4	4	2			12
1925	5		4				9
1926	10		3				13
1927	3		7			5	15
1928	3		2			1	6
1929	—	1	1			4	6
1930	8	4		1		1	14
1931	—	2		1		1	3
1932	6	2	2				10
1933	5	4					9
1934	3		1				4
1935	15		2	3			30
1936	2						2
TOTAL	277	38	71	9	12	23	430

o escrita. Los numerosos periódicos y folletos se limitaban a exponer y glosar los conceptos fundamentales de los teóricos anarquistas internacionales, particularmente franceses e italianos. Estos periódicos y folletos llegaban hasta los rincones más apartados de España. La miseria e incultura de las masas, por un lado, y la simplicidad del ideario anarquista, por otro, explican el tremendo éxito de este credo político a principios de siglo.

Estas publicaciones, particularmente las locales, estaban llenas de colaboraciones de los mismos obreros. Con la impresión del trabajo de un obrero que los lectores conocían, el periódico aumentaba su circulación y se conquistaba defensores entusiastas. El autor del trabajo ponía buen cuidado en propagarlo entre compañeros y amigos. Por otro lado, debido a la escasa preparación intelectual y literaria de estos obreros-escritores, los periódicos anarquistas o sindicalistas, necesitaban un redactor especial para interpretar y re-escribir sus trabajos. Las publicaciones anarquistas carecían también de toda publicidad. Así que morían rápidamente cuando los compradores faltaban.

Entre los órganos anarquistas que alcanzaron prestigio y difusión nacional se destacaron *La Revista Blanca*, fundada en Barcelona en 1898; *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*, etc. Durante los años de la dictadura de Primo de Rivera, Federico Urales, director de la *Revista Blanca*, lanzó *La Novela Ideal* (1925), que publicaba cada semana una novela social de divulgación popular.

Dentro del campo de la publicística del anarquismo habría que incluir también a la sindicalista. No aparece sino mucho más tarde, y se afianzó y proliferó cuando, con la creación de la C.N.T. (central sindical anarco-sindicalista), se unificaron en cierto modo las diferentes agrupaciones.

En comparación con ellas, las publicaciones socialistas fueron mucho menores en número. El movimiento socialista estuvo siempre más centralizado y unificado. Sus periódicos y revistas se distribuían generalmente desde un centro nacional o regional, como Madrid. Sus avances fueron más lentos, pero más seguros y firmes, hasta el punto de competir e incluso superar a finales de los 20 y principios de los 30 al mismo movimiento anarcosindicalista. La prensa socialista contó siempre con unos receptores seguros, a saber, el número creciente de los miembros del partidos y de la U.G.T. (la central sindical socialista). Sus órganos contenían publicidad, a diferencia de la prensa anarquista. Además, el partido socialista contó siempre entre sus filas con un fuerte núcleo de profesores, científicos y literatos que dieron prestancia y calidad a sus publicaciones. Esta participación duradera e intensiva de los intelectuales en la publicística

de signo socialista se debía también al menosprecio de la ideología ácrata por la labor intelectual. Mientras por un lado exhortaba a las masas a sacudirse la ignorancia, por otro los anarquistas consideraban que toda enseñanza distinta a la destrucción del capitalismo era inútil. Por tanto, el problema de los intelectuales era bien simple: unirse a los obreros para aniquilar con dinamita a la burguesía.

Entre toda la prensa socialista se destacó el órgano central del partido, *El Socialista*, que editaba además numerosos folletos de divulgación popular.

Por su parte, el número casi insignificante de publicaciones comunistas se debe no sólo al tardío nacimiento de un partido político de esta tendencia (1921), sino también a la debilidad de sus organizaciones, que no se desarrollaron y fortificaron de modo decisivo hasta el estallido de la guerra civil y, particularmente, durante el transcurso de ésta.

Finalmente, las 23 publicaciones obreras católicas indican los intentos por parte de la Iglesia española de contrarrestar el desarrollo del movimiento obrero del país. Sin embargo, estos intentos, surgidos en los momentos de mayor agitación social, no llegaron a cuajar y fracasaron.

La participación y el papel de los intelectuales no socialistas en esta publicística de masas fueron en cierto modo ambiguos. Más o menos conscientes de la amplitud y trascendencia de este proceso comunicativo, profesores, periodistas, oradores y figuras destacadas de la política nacional recorrían pueblos y campos y pronunciaban discursos elocuentes. El pueblo acudía a ellos y premiaba sus esfuerzos elogiando sus facultades oratorias. . . Este era el único contacto entre ellos. Acabado el mitin, la impresión dejada por el orador se esfumaba poco después. Las masas populares siguieron a los comunicantes salidos de sus mismas filas, a sus representantes y organizaciones.

Los efectos y resultados de esta publicística popular, de este amplio proceso comunicativo, fueron considerables, decisivos, en la fascinante dinámica de la sociedad española del primer tercio de siglo. Y es de lamentar que el análisis del desarrollo de esta publicística no haya llamado todavía la atención de ningún estudioso.

La relación dinámica entre receptores, esto es, entre los diferentes grupos constitutivos de las masas, y los diversos comunicantes, es decir, propagandistas, agitadores, asociaciones, partidos y organizaciones populares, fue altamente productiva. En lo político y social logró organizar al pueblo español tras ideales y programas que consideraba suyos y que se mostró dispuesto a defender. En lo cultural esta publicística fomentó la educación y los conocimientos del pue-

blo, informándolo y ordenando esa información en un sistema de valores; despertó en él su gusto por la literatura y las artes, y redujo considerablemente el analfabetismo. Así, mientras en 1900 el 63% de los españoles eran analfabetos, en 1910 lo eran el 59%, en 1920 el 50%, en 1930 el 32.4%, cifra que se redujo bastante más durante el curso de la Guerra Civil.

Cambios considerables tuvieron lugar también en las actitudes del pueblo español. Así, por ejemplo, de la indiferencia hacia la política durante la Restauración, pasó a considerarla ahora como cosa y actividad propias. Lo mismo podría decirse de su actitud hacia la Iglesia. De la obediencia ciega mostrada hacia ella en el siglo XIX, pasó ahora al anticlericalismo o a la indiferencia religiosa.

Lo mismo puede decirse de su conducta. De la abstención o indiferencia pasiva frente a los acontecimientos sociales del país, el pueblo pasó a la participación activa en ellos. Y esto por nombrar solamente una de las formas en que cambió su conducta.

Sin embargo, debido a la misma dialéctica del desarrollo social de España durante ese período, así como a la diversidad ideológica de los comunicantes, el proceso publicístico general no transcurrió siempre en condiciones de adecuacidad. La inadecuacidad comunicativa se evidenció, por ejemplo, en el desarrollo irregular del movimiento anarquista y su publicística. Cuando se rompió el decurso comunicativo a nivel de toda la sociedad, es decir, cuando en 1936 se agudizó la polarización de la sociedad española y se rompió la interdependencia entre modelos dominantes y recesivos, la situación crítica surgida de las condiciones creadas por todo el proceso anterior estalló en la Guerra Civil.

Cuando esta ruptura tuvo lugar, la lucha de las masas populares por la conquista y la defensa de unos derechos y unos valores que la publicística obrera les había coadyuvado a comprender y poseer, la oposición heroica del pueblo español durante tres años al fascismo y a la reacción nacionales y extranjeros, llamó poderosamente la atención de la inteligencia universal, suscitó su interés por las aspiraciones del pueblo español, y despertó la solidaridad internacional para con ellas. La Guerra Civil Española de 1936-39 fue tal vez la última guerra romántica que unificó a los intelectuales de todo el mundo tras la causa justa del pueblo español. Prueba de ello fue la inmensa bibliografía, toda la publicística internacional nacida de ella.

Frente a esta publicística popular española, a los progresos que con ella y gracia a ella efectuó el pueblo español en todos los sentidos durante ese primer tercio de siglo, la actitud negativa, elitista y

pesimista de algunos intelectuales españoles resulta injusta, contradictoria comunicativamente incongruente, por no decir más. La dinámica del desarrollo de la sociedad española de este período los llevó a intervenir activamente en el proceso publicístico que la acompañó dialécticamente. Pero el contenido de sus manifestaciones y sus objetivos publicísticos no correspondieron, en términos generales, a las expectativas de los receptores a que iban dirigidas. Esta incongruencia comunicativa sirve para comprender y explicar la actuación y la ideología de estos intelectuales, ya se manifestara en la literatura, el arte o el pensamiento.

LA IDEOLOGIA DE LA REVOLUCION MEXICANA*

ARNALDO Córdova ha publicado una primera parte de sus investigaciones sobre la ideología de la Revolución Mexicana; en un primer capítulo incluye una reseña de la ideología del porfirismo que no pretende ser exhaustiva como el resto de las más de 500 páginas que abarca el presente libro, cuyo subtítulo *La formación del nuevo régimen*, anticipa el marco histórico que cubre: desde 1895, cuando Wistano Luis Orozco escribe las primeras críticas contra el porfirismo, hasta 1929, cuando se inicia el maxismo y se funda el partido oficial.

Desde su principio, este libro aparece agradable por la espontaneidad para decir sin ambages, con soltura meridiana, verdades o sugerencias de verdades sobre una serie de concepciones relativas a personajes y acciones que llenan la historia de esta fase de la Revolución Mexicana. Sabido es que suele haber tres historias según los exégetas: la verdadera, la oficialista y la que satisface contar a los opositores de izquierda o de derecha; en el desentrañamiento de tal enigma, Córdova procura aproximarse a la primera colocándose en un plano exegético izquierdista.

En la primera página de la introducción a este estudio de la ideología del desarrollo en las sociedades dependientes, el autor ya sorprende por su manera directa de abordar los temas que le preocupan, por su espontaneidad —como ya dijimos— para tratar de ordenar en su sitio cada cosa; así, comienza negando los enfoques de los estudiosos de la historia económica, social y política de México que juzgaban la década de los cuarenta o, un poco atrás, el sexenio cardenista, como el momento inicial del desarrollo del país.

Para ripostar ese aserto del primer párrafo, Arnaldo Córdova se da gusto recorriendo los elementos sociales, políticos y económicos de la ideología porfirista en ese primer capítulo denominado *Liberalismo y positivismo*; ahí, destaca el sistema de privilegio de los propietarios socorrido por la dictadura y, casi sin diferencias, el aprovechamiento por parte de los inversionistas extranjeros de dicho sistema.

La exposición de los párrafos segundo y tercero de la misma introducción son respaldados ampliamente en los cinco analíticos capítulos restantes del libro; el lector o el interesado encontrará que no es cierto el clima de aislamiento histórico que algunos investigadores otorgan al período de la

* Ediciones Era, México, 1973.

Revolución Mexicana; tampoco que durante ese período por fin la transformación del país respondía al anhelo del pueblo mexicano manifestado desde la Independencia pasando por la Reforma y consolidado mediante la Revolución de 1910-1917. Córdova se muestra lúcido para restablecer los vínculos existentes entre el porfirismo y los revolucionarios, no duda en exponer diferencias y semejanzas, señalando que demostrando que aquéllas son menos numerosas que éstas. Sus pruebas dejan ver claramente que tanto la Revolución como el porfirismo son eslabones sociopolíticos de una misma cadena histórica, resultan etapas del mismo proceso histórico que, desde la Reforma, tienden a igual finalidad de la perspectiva nacional, o sea consolidar y desarrollar el sistema capitalista.

Uno de los puntos de enlace entre los propósitos de la vieja dictadura y el estallido revolucionario, donde se deduce cierta ilación de secuencias, de lo que podríamos denominar "cambio de relevo" para alcanzar la meta indicada, lo atisbamos en estas líneas del autor: "La verdad del porfirismo fue la falta de un desarrollo independiente, la postergación de una industria nacional, la acentuación de privilegios que castraron el desenvolvimiento capitalista de la producción agropecuaria, y la rapiña generalizada del capital extranjero; todo ello en el marco político de una dictadura personalista que pronto se hizo decrepita y que desencadenó la tormenta revolucionaria en razón directa del estancamiento que se supo superar."

Pero la espontaneidad de Córdova no se circunscribe a la introducción y el primer capítulo mencionados; persiste a lo largo no sólo de cada página sino también de los demás capítulos; por ejemplo, en el II, titulado *Del liberalismo al populismo*, donde por cierto continúan los paralelos entre el porfirismo y la etapa que inaugura el idealismo de Francisco I. Madero, hace notar que no obstante la tradición revolucionaria universal de negar generalmente el pasado, orientando ideas y conducta hacia un luminoso futuro, en México no sucede así, "la Revolución nace acompañada de una candente defensa del pasado. Desde luego, el pasado no es el porfirismo, sino la tradición libertaria que se da a partir de la Independencia, se desenvuelve en el largo período de la lucha de los liberales contra los conservadores y culmina con el triunfo de la República en las guerras de Reforma y contra la intervención francesa. . . El porfirismo no es el pasado, ese pasado glorioso de México, sino su negación, exactamente su opuesto: no lo continúa ni lo enriquece, sino que lo traciona y lo desvirtúa."

En este capítulo II, ya que se nos ha recordado sobre Madero datos que a muchos historiadores no gusta divulgar, o sea que por su política conciliadora con los porfiristas y por no entender el papel que las masas populares habían empezado a desempeñar, no pudo mantenerse en el poder, el autor aborda la personalidad política del apóstol dando gran impresión de objetividad; acepta que su papel en la Revolución y en la ideología de los revolucionarios sigue siendo asunto polémico y controvertido; reivindicador

del liberalismo decimonónico sin jabanismo alguno, creyó en la legalidad y la democracia y eludió la proyección revolucionaria para atajar los males de la realidad popular; por otra parte, fue esclavo de la idea del cambio político como remedio para aplacar o eliminar los desajustes sociales.

Refiriéndose a *La sucesión presidencial*, libro escrito por Madero en 1908, Arnaldo Córdova dice que no es importante por su contenido ni por su forma, sino por su significado sociopolítico, que sucede con dicho libro, donde no escatimó elogios al dictador ni las críticas valientes y efectivas, lo que sucede con su personalidad: "en abstracto, puede ser el hombre más insignificante, cuando no el más extravagante; pero no es posible juzgar a Madero al margen del huracán que se formó en torno suyo: representa a todo un movimiento social, con sus grandezas y limitaciones. Y es que en aquel gran ciudadano se conjugaban exactamente todo lo que había sido negado por el sistema político y por la ideología del porfirismo. Basta señalar tan sólo lo que entraña su toma de posición por el credo espiritista, del que se ha hecho más escarnio inútil y sin sentido que esfuerzo serio por comprenderlo, y que lo llevó a adoptar una posición política de verdadero mesianismo, sin que faltara la ocasión en que él viera su convicción de predestinado como la posición más honesta, si no es que la más realista." Como se ve, el autor mantiene frente al apóstol una ecuanimidad y una sinceridad ejemplares.

Es decir, aquella espontaneidad no aparece sola, viene siempre acompañada en justo equilibrio con la objetividad. En otro capítulo que exige temple y argumentaciones, dado que sus temas no gozan de la comprensión y simpatías que goza el tema relativo a Madero, Córdova obra además con valentía. Ese capítulo, denominado *La otra revolución*, es quizá uno donde el autor parece comprometerse moralmente, pues a pesar de que la exposición y análisis siguen consecuentes con aquel equilibrio, la realidad vigorosa del contenido histórico que expresa acumula simpatías endilgables al expositor.

Los temas abordados son Villa, Zapata y el villismo y el zapatismo, ubicados en su contexto social; de los dos grandes caudillos populares, nos dice: "no son lo mismo, ni como personas, ni como dirigentes, ni como revolucionarios. Los diferencia netamente el arraigo profundo y casi atávico del primero y sus seguidores, a su tierra, frente a la movilidad y desarraigo del lumpenproletario rural del segundo. A Zapata lo seguían masas de comuneros pucblerinos despojados de sus tierras, mientras que a Villa lo seguían masas de peones, aparceros, arrieros y buhoneros que jamás había tenido un pedazo de tierra como propio; las perspectivas de su lucha eran, por principio, diferentes." Mas, tales diferencias no evitaron que los dos caudillos se aproximaran mediante la sinceridad de sus propósitos; ni siquiera los conflictos y las intrigas propios de la actividad armada hicieron que perdieran de vista una serie de metas comunes no contempladas por los demás cau-

dillos, por los integrantes de la clase media también comprometida en el estallido revolucionario.

De Francisco Villa, Arnaldo Córdova escribe: "encarna el otro aspecto de la tragedia del campesinado mexicano durante la Revolución. Una necesidad profunda de tierras para los pobres del campo, una fuerza natural desencadenada y una vaga utopía de un México futuro, constituyen el ser y el ideal del villismo. De raíces seculares, aun cuando más frescas y jóvenes, quizá, que las del zapatismo, las necesidades expresadas por el villismo no se limitan a la exigencia de tierras, aunque de esta exigencia partan todas las demás. . . Pancho Villa fue un bandolero, 'un bandido generoso', de los que la leyenda popular ha consagrado, que vengaban al pueblo, robando y destruyendo las haciendas y los ganados de los ricos para dar a los pobres. Por esto mismo, sin duda, Villa entró en la historia, al frente de su poderosa y legendaria División del Norte, como uno de los héroes populares más temidos, odiados y vilipendiados, aquel respecto a quien más tardaron en apaciguarse los ánimos, al grado de que aún hoy se le sigue tratando nada más que como a un delincuente." Páginas adelante, hablando de ese odio que no sólo alcanzó Zapata ni monopolizó Villa, el autor precisa: "Pese a sus grandes diferencias, hay en realidad, entre Villa y Zapata, menos distancia de la que quisieran ver los apologistas de sus enemigos, ocupados en un perpetuo e inútil esfuerzo por demostrar la maldad, la barbarie y la mezquindad, ya de Villa, ya de Zapata, pero sobre todo de Villa. Desde este punto de vista, la experiencia que villistas y zapatistas vivieron juntos en la Convención Revolucionaria de 1914 y 1915 vale, principalmente, para destacar y precisar los elementos que unen y hermanan al villismo y al zapatismo."

Al dejar claro el margen por el cual las masas villistas y zapatistas pierden su futuro frente a los emplazamientos de los demás caudillos, Arnaldo Córdova muestra cómo, en general, todos los grupos que intervinieron en la Revolución fueron integrados a un sistema político cuya dirección no pudieron dominar. Sin duda, ello se debió a que no pudieron ver más allá de lo inmediato, se conformaron con algo de tierra para el campesino y tal jornada o salario para el obrero; ni siquiera manifestaron una ideología que los mostrara como un interés distinto o un núcleo con anhelos de fungir organizativamente independiente.

Ahora bien, Arnaldo Córdova en este libro de la ideología de la Revolución Mexicana, no facilita ninguna definición sobre lo que entiende por ideología, lo cual podría dar lugar a conjeturas respecto a imprecisiones; por supuesto, de los datos que maneja se deduce que no peca de desconocimiento en relación al tema; los elementos que sirve en sus exposiciones de carácter histórico, político y social, son vistos como integrantes de la superestructura, reflejo de las relaciones económicas. Es más, parece que el autor no da mucha importancia al deslindamiento, precisamente, de las

fronteras existentes entre tendencias ideológicas de los distintos núcleos revolucionarios, reformistas, progresistas, etc. corriendo así el riesgo de enfrentarse a una seria responsabilidad al intentar, como es el caso de este libro, un panorama bastante amplio de lo que sería la ideología de la Revolución Mexicana.

Lo anterior no quiere decir que se niegue definición al fenómeno ideológico relacionado con el proceso revolucionario mexicano; sí la hay, pero está referida a la ideología de la clase dominante bajo el régimen de la Revolución Mexicana; la define como un "movimiento colectivo de ideas y valores o creencias, que de alguna manera inspira, define o dirige la conducta o la acción de esa clase social en la realidad política, económica y social y que se plantea la promoción, la defensa, la explicación general y la justificación del sistema social imperante." En otra parte, pero sobre el mismo texto, al dar una de las características esenciales de la ideología dominante, expresa que ésta, "tanto con el porfirismo como con la Revolución, se funda en la idea del atraso material del país, como idea rectora del tipo de soluciones políticas que se deban dar para procurar el desarrollo. Las ideas democráticas que en Europa y en Norteamérica sirven para construir una sociedad de hombres libres y un régimen de derecho, son desprestigiadas por sistema y sustituidas por valores y medidas políticas de carácter eminentemente pragmático, que implican siempre el sacrificio de la libertad de los ciudadanos y aún de su bienestar material, en aras de un futuro desarrollo y de una futura sociedad libre; en una palabra: el atraso como realidad presente y el progreso como futuro."

MAURICIO DE LA SELVA

Dimensión Imaginaria

UNA VISION DEL MODERNISMO

Por *León PACHECO*

DECÍA André Gide que cada generación debe de tener un traductor de los grandes clásicos de la antigüedad. Porque el pensamiento, el estilo y la expresión literaria de quienes vivieron y sintieron en otras épocas de la historia no son los mismos en nuestro tiempo y en el suyo. En el nuestro adquieren siempre dimensiones que ni siquiera sospechamos. Esta es, justamente, la razón de ser del humanismo. Hoy Horacio, el melancólico Horacio, es otro del que fue para los romanos del naciente imperio latino. Recordamos en esta ocasión la sugerencia de Gide porque pareciera que ya no hay nada que agregar a cuanto se ha escrito en las letras latinoamericanas sobre el modernismo. Sin embargo, si se ahonda en este movimiento artístico, se descubren muchas cosas sorprendentes que van mucho más allá de las simples técnicas estéticas que tanto entusiasmaron a los poetas y escritores de un ayer no tan lejano. Estas técnicas, que tienen mucha importancia, desde luego, han sido tan estudiadas que insistir en las innumerables tesis de los críticos que se han ocupado del modernismo, es repetir una vez más lo que todo el mundo sabe. Por lo demás, como en las diversas disciplinas de la cultura, llega un momento en que sus conquistas se asimilan definitivamente y es en vano que se trate de hacer una nueva digestión de ellas. Lo que de esas conquistas es vital circula en los órganos temporales de los pueblos y lo que no sirve, que dichosamente siempre es lo más, se desecha. Es un ejercicio inútil revolver viejos valores ante el avance que esos valores, que actuaron provechosamente a su debido tiempo, hacen posible frente a las necesidades humanas resultantes de esa acción.

El modernismo, síntesis de un continente que busca, de una vez por todas desde ese entonces, su sentido en la historia occidental, no aparece porque sí en el último tercio del siglo XIX y primera década del presente. No hay más que estudiar sus conquistas para darse cuenta de que quienes propiciaron este movimiento ansiaban respirar a pulmón tendido en ambientes que los asfixiaban. Los poetas y escritores que se empeñaron en destruir una tradición colonial que ya no tenía por qué existir, entendieron los problemas de sus

pueblos e hicieron un alto para recapacitar en lo que deseaban que era, para ellos, muy difícil de definir en una región del mundo que aún tarda en definirse. Tenían ante sus ojos todos los elementos para una gran reforma que sus antecesores no habían considerado sino desde un punto de vista literario carente de vitalidad y emoción: una naturaleza brutal, exótica, una raza en formación que contaba con vestigios étnicos inmóviles que perduraban en las entrañas silenciosas de paisajes aterradores, de sociedades semif feudales de una herencia colonial persistente y una lengua fuerte que correspondía al despertar de este mundo inédito. Las formas expresivas estereotipadas de que habían echado mano sus antecesores no eran más que eso, formas estereotipadas, que ya no correspondían a las emociones de una historia viviente. En sociedades primitivas, sociedades agrarias de campesinos rutinarios, todo aquello sonaba a falso y en verdad era falso. Es el despertar romántico el primer paso hacia una transformación de todo este legado de siglos de encomenderos, de curas supersticiosos y codiciosos y de indios sumisos sometidos a las nacientes oligarquías y a una monarquía lejana, especie de entelequia teológica. El romanticismo, que aparece en América hacia 1840, significa la primera ruptura con el pasado y el primer contacto de Latinoamérica con Europa.

Desde el punto de vista social es tan importante el romanticismo latinoamericano como fue la conquista del Nuevo Mundo, en cuyo dinamismo de protesta individual veía ya Ortega y Gasset la primera manifestación de los futuros movimientos de independencia. La Conquista y el romanticismo constituyen los vislumbres de una occidentalización de América, la primera a través de España, el segundo directamente. El tipo humano romántico es muy parecido, aunque no semejante, al de la conquista, pues entre ambos han transcurrido tres siglos de vida pasiva que se iniciaron con las hazañas locas y las hazañas independentistas, no menos locas, de los soldados que hicieron la guerra de la Independencia. Los grandes caudillos de estas hazañas son los primeros tipos románticos que caracterizan, aún en nuestros días, a nuestra historia. Hay elementos permanentes en este proceso total de América: la religión católica, que es una manifestación de la Europa Occidental, la lengua española, que es una lengua de Occidente, y la raza, que no es occidental sino una mezcla milagrosa del europeo, del indio y del negro. El conquistador es español. El caudillo romántico de las guerras de Independencia es un mestizo, un cholo mañoso. Habla español, es católico, pero es latinoamericano, una nueva expresión étnica de las razas que se asoman ahora al panorama del mundo occidental. Esta es la base humana de nuestro romanticismo. El hombre es

romántico por su acción y sus sueños. La naturaleza es romántica por brutal y abusiva. La acción es romántica por su finalidad, que es la libertad, aun cuando ésta se detenga, por razones históricas que hoy apenas estamos empezando a comprender, en un afán independentista. América se independizó de España, pero las estructuras de nuestras pequeñas sociedades siguieron siendo hispánicas. El romanticismo, en sus orígenes, es una lucha contra España usando las mismas armas que ésta gran nación le había confiado a nuestro continente a lo largo de los tres siglos de la Colonia. La hazaña fue posible porque Europa quiso europeizar a la Península. Pretensión absurda, pues España vivió y sigue viviendo fuera de la historia. España es la historia en sí, para decirlo en un sentido unamuniano.

Al desprenderse de España, América tuvo lógicamente que acercarse a Europa. A una Europa total y en plena transformación. A la Europa romántica, cuyos dominios se extendían desde Alemania hasta Inglaterra y de la cual Francia era la placa turnante. Fueron éstas tres naciones las que atrajeron a los primeros viajeros latinoamericanos de los años que siguieron a las guerras de independencia. Nuestros poetas y escritores se sintieron atraídos sobre todo por París. Imitaron lo que los poetas y escritores parisienses realizaban y trataron de darle un ambiente americano a sus imitaciones. Las corrientes románticas más notables fueron las del Río de la Plata, Chile y México. En estos tres países se define el romanticismo americano. No solamente existe en el movimiento romántico una reacción contra un neoclasicismo insustancial, sino la plena aparición de nuestra naturaleza con sus bellezas inéditas, sus colores brillantes, sus sentimientos de la soledad y también la presencia del hombre encarnado en el caudillo. La mujer romántica es vaga como lo es, por lo demás, en todos nuestros poetas y novelistas, aún en los que nos asaltan hoy en día con un erotismo difuso. En el romanticismo ya hay muchas de las cosas que inquietaron a los modernistas. Los románticos definieron las futuras tendencias de la literatura latinoamericana y, además, al hombre que vive en nuestros paisajes. Sarmiento, escritor romántico por excelencia, en sus luchas sin cuartel contra Rosas, definió este tipo humano, de una vez por todas, con su *Facundo*. Es cierto que Sarmiento escribió su gran libro para luchar contra la barbarie, a la cual oponía la civilización, palabras vagas en su terminología beligerante, sobre todo la segunda. Quizás no se dio cuenta de que Facundo Quiroga encarnaba el genio exacto de nuestro Continente, de que era el tipo humano que correspondía a nuestras tierras y que con esta clase de tipos bárbaros tenemos que construir irremediamente nuestra historia. No eran menos bárba-

ros los caballeros de la Edad Media de cuya leyenda sangrienta nació la Europa civilizada.

El romanticismo fue decayendo conforme crecía el interés directo por Europa. Este interés crecía porque nuestra América posee las materias primas que el poderío industrial europeo necesitaba entonces y necesita ahora. Ya América, durante los siglos de la Colonia, había echado las bases del capitalismo occidental enviando a Europa el oro, la plata y las piedras preciosas de sus minas. Por el momento eran otras las necesidades europeas y era, por consiguiente, otro el interés por nuestras tierras. Los ingleses, cuya presencia en el Río de la Plata es efectiva desde las guerras de independencia, necesitaban cueros. Las pampas argentinas satisfacían ampliamente sus necesidades. El gaucho hace su aparición en la guerra y en la literatura, entre los cueros de las reses cimarronas. En Chile el salitre crea toda una serie de personajes que, ya muy diluidos, hallamos en la novelística de Blest Gana y Edwards Bello. El inglés modela esta nación, la acerca a Europa. Chile es quizás el más europeo de los países de Sudamérica. En una famosa discusión entre Bello y Sarmiento, aquél de formación inglesa y Sarmiento, que ha hecho su cultura en los Andes a salto de mata, Santiago de Chile descubrió el romanticismo hacia 1842. Sarmiento hizo entonces la defensa del romanticismo en ruda pelea, con el rebenque en la mano, contra Bello, que defendía las tesis neoclásicas. Es interesante constatar que en 1888, Rubén Darío publica en Santiago de Chile su primera edición de *Azul*. . . donde están resueltos todos los problemas del modernismo, como, 46 años antes, en la misma ciudad se habían definido los del romanticismo en la candente polémica. Siempre Europa es el resuello de estas luchas por darles perfiles netos a nuestros pueblos. En México el fenómeno fue menos notable porque este país defendía sus fronteras frente a los Estados Unidos, luchaba contra los franceses de Maximiliano y contra un caudillismo fogoso que, durante su larga carrera, había sintetizado el general Santana. Por otra parte, los centros vitales de la época colonial, las sedes de los dos grandes virreinos, México y Perú, fueron mediatizados por una cultura artificial que, a pesar de sus artificios, tuvo una verdadera influencia en estas dos regiones de América. Lima y México fueron muy lentos en la asimilación de las corrientes literarias extranjeras porque quienes se empeñaban en una revolución de todos los valores encontraron mayor resistencia en estos ambientes intelectuales de hondas raíces históricas. Fueron los países del Atlántico, más abiertos a los vientos europeos, los que sufrieron la influencia directa del viejo mundo. Inglaterra y Francia, al decaer España en el marasmo de su desidia nacional, comenzaron a crecer

como grandes potencias imperialistas. Estos países ofrecían los valores de una literatura dinámica, de un arte expresivo y, sobre todo, de recias personalidades que encarnaban para los latinoamericanos el más suntuoso individualismo, genio de la raza. En los románticos franceses e ingleses estas virtudes eran evidentes, casi se tocaban con la punta de los dedos. Víctor Hugo y Lord Byron fueron los más eficientes modelos de nuestros primeros románticos. De su influencia arrancará el modernismo cuando el romanticismo, que decayó en una literatura cursi y de mal gusto, desapareció de los cenáculos literarios de las nacientes capitales latinoamericanas. Esto sólo sucedió formalmente, pues el espíritu romántico siguió perdurando, y aún perdura, en nuestros escritores. América es un continente esencialmente romántico y no se puede prescindir de este dictado de la raza porque sería negar el genio de nuestros pueblos.

La decadencia del romanticismo se aproxima a su fin hacia 1870, cuando ya los grandes imperios inglés y francés se han definido. Por estos años son naciones de un tipo muy moderno y su predominio mundial, desde cualquier ángulo que se las contemple, es definitivo. Modelan, con sus instituciones de todo género, a las naciones occidentales. La penetración de Inglaterra y Francia es muy profunda en Latinoamérica en ese entonces porque nuestras repúblicas cuentan con largos años de independencia. Existe, pues, una corriente recíproca de intercambio entre el viejo y el nuevo mundo. Grandes masas de inmigrantes se dirigen hacia América. Ingentes cantidades de materias primas del suelo americano viajan hacia Europa. Ya nuestros países, bien que mal, han hecho la digestión del caudillismo, resultado de las guerras de independencia, y, con un tenue baño cultural europeo, pueden darse el lujo de pensar en sus propios problemas, el más inmediato de los cuales es un nuevo acercamiento a España, la enemiga circunstancial de ayer, la madre de siempre. Esto es muy importante porque el español es nuestra lengua y por lo tanto, es el vínculo que transporta nuestras emociones y pensamientos. Es decir, a pesar de que casi todos nuestros maestros hablan o simplemente leen el francés y el inglés, las lenguas en que se están realizando las grandes transformaciones de los tiempos actuales se expresan en español. En este sentido don Andrés Bello había sido previsor al escribir su gramática que se separa de la española, si no en su morfología sí en su sintaxis. Sin la gramática de Bello es muy posible que nuestros pueblos, desde el punto de vista lingüístico, se hubieran balkanizado definitivamente y hoy hablarían tantos dialectos de origen español como existen repúblicas de origen latino. Al concepto teológico gramatical de España opuso don Andrés Bello un concepto funcional de la lengua.

Este simple principio permite expresarse como se quiera, pues las palabras tienen, sobre todo, funciones en las lenguas y no tanto significados. De este principio se valieron los románticos para su gran revolución literaria y más aún los modernistas.

Cuando todo esto cuaja, América se da cuenta de su existencia frente al ataque de los imperios inglés y francés y del naciente poderío norteamericano. Los escritores se pliegan sobre sí mismos, escudriñan su alma, se asombran ante el mundo que los rodea y se dan cuenta de que Latinoamérica es fundamental para la existencia de Occidente. Cuando la influencia de Europa penetra en nuestras repúblicas ya ellas tienen conciencia de su propia existencia. Esto sucede en los últimos veinte años del siglo XIX. Son los años del gran auge del modernismo en el verso, en la prosa, en la filosofía, en las artes plásticas. Son los años en que se define, una frente a otra, Latinoamérica y Norteamérica, deslindando sus campos de acción, su idiosincrasia y su genio propio. La guerra hispano-norteamericana de fines del siglo pasado significa la total independencia de Latinoamérica de España, la agresividad peligrosa de los Estados Unidos hacia todo el continente, y aún más allá, al lejano Oriente, el acercamiento de nuestros pueblos a la madre maltrecha en la desventura del Caribe. Esta guerra es simultánea con el auge del modernismo. José Martí, uno de los más brillantes precursores de la nueva escuela literaria, deja su vida ardiente en su lucha contra España en 1895. Julián del Casal, el otro precursor cubano, muere en 1898. Ambos son cubanos, pero son, sobre todo Martí, tipos universales, con ese universalismo tan característico de los latinoamericanos. Poco importa que los Estados Unidos peleen contra el antiguo enemigo de Latinoamérica. Todos los escritores de nuestro continente están del lado de España y frente a los norteamericanos. Los Estados Unidos, con su guerra espectacular e injusta, contribuyen, por segunda vez, la primera fue el zarpazo a México enarbolando la doctrina del Destino Manifiesto, a definir nuestro continente y acercándolo más a Europa, ahora orillando a España, aunque sea sentimentalmente. Es indudable que esta epopeya desigual produce uno de los fenómenos más trascendentales de nuestra historia: la universalización de nuestro genio que se vincula en todas las expresiones del modernismo que, en el fondo, no es sino una asimilación espiritual de Europa, sobre todo de Francia, por nuestros artistas y hombres de pensamiento. Es cierto que Rubén Darío había publicado *Azul*... en 1888 y que este libro de prosa y verso tuvo una resonancia continental hasta el punto que los grandes críticos españoles de aquellos tiempos lo saludaron efusivamente. Es cierto también que existía un movimiento renovador activo por todas partes, en Colom-

bia, donde José Asunción Silva ensayaba su melancolía romántica en extraños ritmos, en México, donde Díaz Mirón roncaba, frente al Caribe, en su ciudad natal, Veracruz, con fuertes acentos huguescos y Gutiérrez Nájera, en la altiplanicie mexicana, su elegancia en prosa en versos de un sabor hasta entonces desconocido. Todo esto vino a amalgamarlo la guerra hispano-norteamericana. Martí y Darío, con su genio indiscutible, le dieron a esta epopeya una resonancia universal e hicieron, directamente, que el modernismo latinoamericano incorporara a nuestro continente como una provincia más a la literatura mundial. Esto tiene una importancia enorme, pues con este hecho aparentemente insignificante se afirmaba el pensamiento latinoamericano y ofrecía, a quienes se interesan por las manifestaciones sociales de los pueblos, los elementos para una lucha futura que en estos momentos se afirma en los medios intelectuales y no intelectuales del continente.

La lengua, en primer término, que el modernismo, a pesar de sus rebuscamientos y exageraciones, depuró de las estructuras envejecidas dándole flexibilidad, claridad y unidad universal. En efecto, la lengua de los modernistas es clara, ágil, expresiva y dotada de una gran belleza lírica. Se aventura a tratar los temas más actuales y penetra en las culturas más diversas. Es una lengua esencialmente latinoamericana que tiene que ver muy poco con el español contemporáneo. Salta desde el siglo XVI, cuando los conquistadores hablaban una lengua popular, sin pretensiones, la lengua que hablaba un pueblo de soldados, de pícaros y de aventureros, hasta la que se hablaba a fines del siglo XIX. Es fácil el tránsito de Rubén Darío por las páginas de los grandes clásicos, pues estaba acostumbrado al habla popular de Centroamérica, al ritmo lento de sus masas analfabetas que empleaban aún un vocabulario arcaico para España pero no para nosotros. Muchas de las innovaciones lingüísticas del modernismo son un retorno muy natural al auténtico clasicismo español, cuyos encantos no habían desaparecido en las relaciones cotidianas de nuestras gentes que gozaban el extraordinario privilegio de ser analfabetas de tomo y lomo. Cuando se leen poemas como *Martín Fierro* se da uno cuenta de lo maravillosa que fue aquella lengua en que los payadores cantaban su soledad y el drama de la dramática incorporación a la historia de los países del Plata. La misma prosa de Sarmiento tiene un sabor arcaico que le da gran fuerza al relato de su odio y su pasión antirrosistas. La prosa de Martí, quizás uno de los mejores escritores de la literatura castellana, tiene una gran cadencia clásica que se diluye deliciosamente en la expresión de sus pensamientos vehementes. Era difícil la clarificación de una lengua que se había corrompido en las Universidades del

tipo teológico que fueron las que prosperaron, y aún siguen prosperando, en Latinoamérica. Era una lengua dura, sin alma, correcta como camisa de frac, superficial, sonora sin ninguna musicalidad. Su contraste con el habla popular era notable. Era una lengua arropada en su petulancia porque quienes la usaban no tenían nada que decir y sí mucho que repetir retóricamente. Todo cambia con el romanticismo y más aún con el modernismo. El mensaje de los escritores y poetas y el sentido universal de este mensaje que necesita de la lengua que justamente sus más claros exponentes conocen y emplean a fondo. Nos interesa muy poco todo eso de que se ha hablado a propósito del exotismo modernista, chinerías, japerías, la Grecia antigua y la Grecia renacentista, la influencia de Verlaine, de Baudelaire, de Heine, de Poe, de Mallarmé, de D'Annunzio, qué sé yo, de cuanto europeo se atraviesa en la crítica de los eruditos. Nos interesa el hecho de que al buscar nuevos ritmos, nuevas combinaciones de rimas, nuevas posibilidades métricas, se aireó la lengua y se le dio esa agilidad que habría de alcanzar en los grandes escritores del momento, y que fue capaz de crear una tradición de que hoy disfrutan los que aman el arte de escribir.

Con el modernismo hace también su aparición el verdadero hombre americano. Los escritores lo descubren por contraste con los hombres de otros continentes, ya sea viajando con la conciencia despierta, ya sea contemplando cómo se adaptaban los inmigrantes a nuestro estilo de vida. El latinoamericano era un nuevo tipo humano, un hombre resentido, silencioso, soledoso, ensimismado, que sólo se mueve cuando hay que defender la libertad, el individuo, el ser en sí. Es el hombre de un paisaje dado que cambia con las necesidades de la existencia. Es el hombre de la naturaleza que explotó la novela realista de entonces y de siempre, dentro de las definiciones flexibles del modernismo.

También el modernismo descubre el problema de la lucha entre la ciudad y el campo. Desde fines del siglo pasado la ciudad destruía el campo como consecuencia del progreso de las pequeñas naciones. Pero el tipo humano no cambiaba, pues la naturaleza americana es de tal manera brutal, que casi no existe la diferencia entre el hombre del campo y el de la ciudad. Nos referimos al tipo netamente americano porque con el inmigrante el fenómeno es distinto. El campesino arrastra detrás de sí la brutalidad de la naturaleza y con esta resistencia entre humana y espontánea, forma fuertes cinturones en torno a las ciudades que están dándole una textura nueva a nuestras sociedades sin desvirtuar los caracteres de la raza. En el enfrentamiento humano entre el paisaje y el hombre latinoamericano el modernismo logró definir las literaturas que

corresponden a las tres razas que forman nuestro mundo. La literatura netamente europeizante, de que fue un maestro Rubén Darío, la literatura mestiza, que ha dado obras maestras en el género novelístico y la literatura negra, que hace su emergencia como una expresión potsmodernista.

Los poetas y escritores modernistas fueron individuos de una sensibilidad muy americana. Se enfrentaron a los resabios persistentes de la Colonia y a los vicios románticos de la era de la independencia que descubrieron, entre los escombros de la revolución que desataron, al hombre latinoamericano en sus proyecciones universales. A esto los ha llevado el peligro del imperialismo norteamericano. Todos los grandes poetas modernistas, entre ellos Rubén Darío, descubrieron este peligro presente y futuro, y lo combatieron con los elementos regios de una lengua regia. No hay más que recordar las imprecaciones de Darío en su *Oda a Roosevelt*, oda que es el himno de la lucha de dos culturas y de dos conceptos de la vida. Y evoca uno siempre a Rubén Darío porque es el más grande poeta de la lengua española de los últimos tiempos y porque domina la iniciación, el apogeo y el postrer canto de la escuela literaria que, a su pesar, encarnó. Rubén Darío fue un poeta americano, muy americano: la elegancia de su verso, que recuerda las canciones primitivas del altiplano mexicano de la época precolombina, su tristeza reticente, su lirismo, su sentido premonitorio de la vida, todo es en él de un americanismo auténtico.

Faltaría a esta visión modernista algo sustancial, si no hubiera existido en el movimiento una filosofía. Esta filosofía, la primera que se manifiesta en nuestros pueblos, es pedagógica. Si lo es, es porque aún vivimos una etapa pedagógica de la historia. Fue José Enrique Rodó quien se encargó de plasmar esta filosofía modernista de una eminente sencillez y acorde con los tiempos en que se publicó *Ariel*, ensayo en que, despojándolo de su erudición muy acorde con la época, está el pensamiento naciente de nuestros pueblos. Este breve libro fue publicado en 1900. Ya había pasado la tragedia hispano-norteamericana con todos sus episodios desventurados. Rodó entendió, con mucha claridad, que había que acercarse al "monstruo", sobre cuyo peligro había llamado la atención Martí en su carta testamento. Se penetró de su pensamiento, de su actitud frente a la vida, leyó a sus escritores, los comparó con los maestros franceses, imbuidos de un optimismo ingenuo, y escribió su sermón cívico en que enfrenta simbólicamente dos conceptos de la existencia, el materialista, que encarna Calibán y el idealista, que encarna Ariel. Es un ensayo escrito en una prosa clara, serena, directa, que busca que las ideas interesen a los lectores con el uso de los más finos

medios de expresión literaria. Rodó abrió una nueva vena, la única auténticamente americana, en los menesteres del arte de pensar. Si *Azul*. . . provocó entre los jóvenes de finales del siglo XIX una verdadera revolución de todos los valores literarios, *Ariel* sustentó, en el arranque mismo del siglo XX, el idealismo de la nueva juventud, echando las bases duraderas de una lucha que apenas está comenzando. Además, demostró que en español es posible escribir una prosa sencilla, que es posible pensar y que las batallas se ganan con la claridad y una lengua bien equilibrada y manejada con precisión. Diez años más tarde de publicado el ensayo del uruguayo estallaba la revolución mexicana. Muchos de los intelectuales que participaron en esta hazaña agraria y agrarista habían leído a Rodó.

Latinoamérica terminaba, entre "los cantos de vida y esperanza", el gran mensaje modernista, dejando atrás una Europa burguesa a cuyas espaldas cabalgaba una revolución devastadora y enfrentándose a unos Estados Unidos que esperaban su oportunidad mundial. El modernismo dio obras maestras y fue el cemento que consolidó la unidad de nuestro continente que por fin, gracias a sus poetas y escritores, encontraba su razón de ser en el panorama convulsionado de la tierra. Además, preveía el mundo por venir del cual son expresión sus poetas rebeldes, sus novelistas realistas, sus pensadores sociales y sus coroneles nacionalistas.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN, O DE LA DIGNIDAD DE LAS LETRAS

Por *Alejandro PATERNAIN*

EL presente trabajo forma parte de un libro inédito en el cual se estudia la prosa de Juan Zorrilla de San Martín. La fama o el prestigio del poeta de "Tabaré" eclipsaron de manera injusta la jerarquía de uno de los mejores prosistas uruguayos del 900, digno de parangonarse con los buenos ensayistas hispanoamericanos de comienzos de siglo. El mencionado libro intenta reparar esa injusticia y disipar —hasta donde sea posible— el olvido.

I

SI una palabra bastase para dar la clave de la prosa de Zorrilla, diríamos: persistencia. Equívoca sin duda (toda clave importa el riesgo del malentendido), alude al estilo pero no se agota en él; se vincula con su pensamiento, sin ser el pensamiento ni la cosa pensada sino la relación que los enlaza; implica la figura humana del escritor; pero no es solamente la personalidad. Si se observa su obra en conjunto, puede estimarse que la persistencia ha sido su objetivo: persistencia de un tono, de unos pocos temas, y por sobre todo, de una fe. En algunos momentos, se levanta como bandera opuesta al lema rodoniano y proteico: persistir es vivir. Pero, ya dando luz a cada una de las partes de su obra, y a la obra íntegra; ya permitiendo una lectura coherente y fructífera, la ecuación *persistir es vivir* aparece siempre como la clave que encierra el núcleo más hondo y verdadero de Zorrilla. Esa ecuación todo lo abarca en él, desde sus simpatías y diferencias, sus intolerancias y sus pareceres, hasta sus intuiciones más penetrantes y sus más puros y mejores hallazgos. Contraria a la renovación en lo que ésta tiene de esfuerzo doloroso y de cambio por el cambio mismo, la persistencia puede entenderse, a primera vista, como un rechazo de lo nuevo, o como una forma de la desconfianza. "No me convenzo de que necesariamente *nuevo* ha de ser sinónimo de *mejor*", es-

cribe en "Resonancias del camino" al comprobar la pasión de lo nuevo que impulsa en todos los órdenes a la capital de Francia. "Los griegos no conocieron la moda, y crearon la belleza plástica. Belleza es reposo, necesariamente; y, muchas veces, es negación de lujo."¹

Ninguna cosa pone mejor a prueba la vocación de persistencia en Zorrilla que el arte en su desarrollo, en sus vaivenes del gusto, en sus períodos de renacimiento o decadencia, en su afán de novedad y en su repugnancia y en sus torturas ante el envejecimiento. Fácil sería impugnar sus escritos en virtud de su incompreensión: no aprueba las corrientes estéticas que le son coetáneas, recela de la renovación que no se sustente en la Belleza eterna e increada; advierte signos de enfermedad donde la moda habla de cosa distinta; deslinda implacablemente lo original de lo novedoso. Zorrilla no sincroniza con la opinión estética del momento ni deja de poner reservas al modernismo. Cuestiona a Rodó en la fórmula esencial de "Motivos de Proteo": "Reformarse es vivir" tiene mucho de obsesión, dice, y "tiene mucho también de inquietud angustiosa, algo así como una disnea moral, producida por la falta de aire respirable." Y cuestiona, con mayor severidad tal vez, a Rubén Darío: carencia de solidez, deseo de renovarse, "*ser raro* ante todo," ausencia de virtudes que, como la fe, la esperanza, la caridad, lo hubieran hecho "el gran poeta contemporáneo". "Darío no tuvo bastante fe en su propia fe, porque no la halló bastante *nueva* para darle sonoridad." Hoy sabemos hasta qué punto estuvo errado Zorrilla cuando en 1916 escribió esos juicios en el Prólogo para la Antología Poética de la Academia de Literatura de Santa Fé, que vale como precioso compendio de su estética. Pero debemos saber además, para no ser injustos con esos juicios, que ellos postulan la norma ideal de poeta que el propio Zorrilla concebía, el que hubiese querido ser, y que su prosa propone. El poeta que sin duda esperaba, todavía, para el ámbito de la lengua española. Las obras de su tiempo se le aparecen faltas de "una fe, una virtud, un carácter, un hombre libre." Altos y fuertes ideales, substancia noble, en que se imprimían los accidentes: tales carencias no pueden menos que despertar su desconfianza y, en definitiva, su rechazo. ¿Se debe a un defecto de su visión, a cortedad estimativa, al anquilosamiento de su gusto? ¿Es Zorrilla quien no comprende, o es también el arte de su tiempo que padece penurias ciertas? ¿Qué hay en el aire artístico que lo rodea, para hacerle recordar, y alabar,

¹ En los "Pensamientos" escribe: "¿Cómo puedes afirmar que ese pensamiento que escribes es original o nuevo? ¿Conoces, por ventura, todos los viejos?" ("El Sermón de la paz", edición de 1930).

y poner por sobre todo estilo y por sobre toda consideración de sorprendente originalidad, "las grandes palabras viejas"? ¿Se adhiere al pasado? ¿Se cierra ante el porvenir? ¿Queda ciego para lo que ocurre en el presente, en *su* presente? ¿Se niega a la renovación embebecido por la persistencia? Si persistir es vivir, ¿cómo vive el artista —el creador, el poeta— siendo su ley la renovación, su atmósfera el cambio, y la búsqueda de lo inédito su respuesta ante la muerte? Insistimos: persistir no fue en él inmovilidad sino permanencia a través de todas las renovaciones. Todas, incluyendo la total renovación, la del hombre viejo, "que se llama muerte". "Surgir de la muerte", escribe, "es la sola renovación gloriosa. aún en el tiempo." Más que un enfrentamiento radical con el lema proteico de Rodó, subyace un propósito de corrección de dicho lema. La invocación a "las grandes palabras viejas" no se hace *contra* las palabras del porvenir; lo nuevo fue anhelado por él estudiando las palabras viejas, que eran también las grandes palabras del porvenir. "Nada de eso ha obstado", confiesa, "a mis renovaciones estéticas; nada ha coartado mi libertad, ni retenido mis más audaces rebeldías contra toda forma que he creído inexpresiva por lo cansada, ni mi anhelo de sinceridades homéricas para mis amores y mis pasiones nobles." Si su obra no ha alcanzado la calidad que él mismo deseó, no es por culpa de un voluntario estancamiento, que no lo hubo, ni por una evasión ante las exigencias renovadoras del arte, sino por las inevitables limitaciones personales. Buscó, según confesión, la manera de renovarse; y la buscó también, con el ejemplo vivo de una prosa en la cual su poesía muere para transfigurarse, que es la renovación más cabal que le cupo en el terreno del arte. Pero entendió que la renovación librada a sí misma degenera en dispersión; que el cambio sin un centro de gravedad no es salud sino dolencia; que toda tentativa artística encuentra, más allá de los esfuerzos en procura de lo inaudito, "la noble cabeza de Pallas, el verso de Homero o de Dante, el nombre de Shakespeare" y más allá de toda quintaesencia, de todo hurgar bellezas fuera de la belleza, "la línea quieta del Parthenón, el ángel rosado de Fray Angélico, la ingenua frase de Santa Teresa."

Los nuevos días, en el arte como en la naturaleza, dice en "El libro de Ruth", "no son otra cosa que la reaparición de los antiguos: la simple salida del sol." Si persistir es vivir, el arte exige, como ninguna otra cosa, esa vida que persiste a través de todas las renovaciones; esa ley que invariablemente sucede a la oscuridad de la noche; ese renovado amanecer, siempre otro, y siempre el mismo, en que la simple salida del sol es el solo y suficiente prodigio.

II

Es obvio advertir que no hay en Zorrilla una doctrina estética sistematizada; que no se trata de una investigación filosófica de lo bello, a pesar de su temperamento naturalmente metafísico; que no llega a una conclusión sobre la esencia de la belleza, ni a un análisis de la historia del arte, sino que viene de ellas apoyándose en unos presupuestos que son los de su fe católica y su derivación romántica. No siendo doctrina, su estética se identifica con las raíces de su propia vida. Es el esplendor de su fe y su voluntad de persistencia. Incorruptible, inmutable, increada: la Belleza que concibe no está lejos de la eternidad. La persistencia que es para él la vida, no difiere acaso de lo eterno. Podría ser esta persistencia cosa análoga a la duración, si entendemos la duración en sentido tomista: género del cual lo eterno (y lo eviterno) serían especies. No es por azar que prefirió entre sus autores, junto con Santa Teresa, Shakespeare, Cervantes, a Tomás de Aquino. Tal vez ningún otro pensamiento penetró tan hondo en sus concepciones como la filosofía del doctor angélico. En muchos pasajes su prosa recuerda —con la mesura y la gracia de sus mejores momentos— la terminología escolástica. Por encima de su fidelidad, y aún embeleso, hacia el mundo sensible; a despecho de un vivo y plástico ardor por las formas y por las infinitas actualizaciones de las cosas creadas; más allá de su amor por las fugitivas encarnaciones que hablaron a sus sentidos de poeta con el lenguaje concreto de la finitud, otro lenguaje se desarrollaba, otra melodía se dibujaba persistentemente como contracanto del hervoreo de la vida: la memoria y la expectativa de la eternidad. Fue éste su norte, su anhelo y su decisión; fue también su punto de referencia en cada gesto, en cada circunstancia y en cada palabra, hablada o escrita. Fue su alimento en la excepción, y en lo cotidiano. Fue su habitación familiar, y su modo de captar el tiempo. No perdió por ella el gusto de la vida. Lo perecedero adquirió a sus ojos más valor, y distinto, al conectarlo con lo persistente y lo imperecedero. No estableció, como Nieremberg, una implacable y dura diferencia entre lo temporal y lo eterno. No era su momento histórico para el rigor, sino para la nostalgia cálida; no lo era para el espanto de las postrimerías, sino para la dulzura de la promesa. Si alguna carencia puede señalarse con justicia es la del terrorismo de lo deleznable y la coacción del desprecio. No hay tampoco en él ese horror por la eternidad sin el cual la sensibilidad nuestra de cada día no puede comprender, ni simpatizar. Lógico es entonces que su lectura no atraiga: no parece casi de los nuestros. Su persistencia en el vivir es una forma

particular de la experiencia del tiempo. La angustia de raíz temporalista parece excluida de su horizonte mental. A lo sumo se advierte una melancolía tenue, una ironía resignada y suavísima ante el envejecer, que recibe con alegría. No se queja por el tiempo que pasa; hasta parecería querer ese pasar, y gustarlo, y aceptar el envejecimiento para asimilarlo y convertirlo en persistencia de juventud. Sus libros últimos respiran atmósfera de claridad matinal y limpidez de aire nuevo; tienen la generosidad y la franqueza de los jóvenes; a la vez, son maduros: no hay en ellos ensimismamiento hipocondríaco. El tiempo no es destrucción sino aproximación a una sobre-realidad presentida y deseada. Si persistir es vivir, esa persistencia se explica por el sentido que el transcurrir adquiere: alejarse de un punto oscuro, en progresivo crecimiento hacia la luz. La infancia no constituye el único paraíso: el futuro también es edénico. Y más aún: hay futuro en la medida en que haya fuerzas para proyectar —por voluntad o por gracia— el reino de Dios, que es el reino para el hombre tal como la suprema justicia propone. La nostalgia de Zorrilla es una especie de actividad. Sin olvidar el pasado, mira y se proyecta hacia el futuro. No diviniza la infancia, porque no la considera definitivamente perdida. El tono de su prosa, y la dirección en que se mueve, trasunta un optimismo metafísico. Vivir es persistir, y persistir es no darlo todo por perdido. Conoce una manera de no perder la infancia, puesto que la considera valiosa y digna de enriquecerla y transfigurarla: llevándola siempre consigo. Las renovaciones adquieren condición purificadora, acercamiento a lo esencial, vida despojada, día tras día, de los temores, las adherencias fortuitas y las naderías de la distracción. Su manera de vivir el tiempo es una forma del pudor. No hay apresuramientos que lastimen, ni desarrollos impuestos contra el ritmo interno de la vida, ni confesiones fuera de lugar. Nada aparece en sus libros (pensamos siempre en "El Sermón de la paz" y "El libro de Ruth"), que resulte intempestivo; los pensamientos han nacido sin violentar las leyes de la propia gestación. La espontaneidad no surge por obra del repentinismo improvisador; coincide con la maduración lenta, que es como el sabor de la vida entera; y vive de la amistad con la muerte, y del diálogo con el grave interlocutor.

III

HEMOS insistido en sus dos últimos libros. Puede reprochárse nos desproporción en el panorama de esta prosa, o más sencillamente,

un exceso. Creemos, sin embargo, que son los dos libros de ensayo mejores que escribió Zorrilla. Ello significa valorar decididamente la obra de su vejez y enaltecer, por encima de su trayectoria como prosista, los años finales de su labor. No presentamos excusas por esa afirmación. "El Sermón de la paz" o "El libro de Ruth" son dos libros no sólo excelentes en la producción de aquellos años, sino la culminación de un escritor que satisface el más alto nivel de exigencia en el ámbito de la literatura hispanoamericana. ¿Menospreciamos el resto de sus prosas? Las arduas y largas páginas que llevamos escritas no admiten siquiera formular esa pregunta con propósito serio. Hemos intentado examinar la prosa de Zorrilla en su totalidad; hemos querido exponer y ordenar, antes que valorar. No hemos podido (ni hubiera sido sensato) excluir radicalmente el juicio, que por fortuna nunca es definitivo. En la prosa de Zorrilla, como en toda obra extensa y que comprende casi una vida, excepto lo que la poesía se llevó, hay distintos niveles, momentos de acierto junto a zonas débiles, períodos sin inspiración seguidos de pasajes vigorosos. No toda esta prosa es válida hoy día. Zorrilla, en cambio, como prosista sí lo es, a pesar de sus defectos, y de la vulnerabilidad de muchas ideas. ¿Resulta posible hablar de un escritor valioso que presente flaquezas, tonalidades menores, escasa gravitación en el desarrollo del pensamiento o de las opiniones? Siempre lo resulta, salvo que un temor exagerado a lo que Tierno Galván llamó el *prejuicio de calidad* (un prejuicio del humanismo que bien podría trasladarse al ejercicio crítico) determinase una definitiva inhibición del juicio, o aún de la preferencia y del gusto. Zorrilla se muestra acertado en la modalidad descriptiva, en la observación de lo cotidiano y en la clara exposición de las resonancias que los monumentos y las obras artísticas le provocan; hábil en la animación de un decurso histórico; y vivaz y penetrante en el retrato. Ello sólo no daría, por supuesto, una excelencia; a lo sumo, un rasgo de aceptabilidad y de oscura memoria. Porque la excelencia se da en otro terreno: en la exaltación religiosa de "Huerto cerrado", en algunos discursos y ensayos breves (sobre la música, sobre la humildad, sobre la misericordia y la muerte), en aquellas páginas en las que se sustrae a la usura de las investigaciones sociológicas y económicas, al rigor de los estudios históricos, al afán demoleedor de los críticos (culturales o de los otros), a los caprichos del gusto o a las tiranías de las preceptivas de turno. Es poco, se dirá. O también: un modo de valorar apoyado en lo que Zorrilla esquivó, o no hizo (metafisiquería, trascendentalización de tópicos ya de por sí sometidos al peso de una tradición trascendentalista, beatería o intolerancia ultramontana) lo cual sería

un modo negativo de enjuiciar. Pero no hay cuidado en ello. Poco o mucho, lo positivo subsiste: un ensayista cabal (otra vez se impone la mención de sus dos últimos libros). Convicción profunda, compromiso con su propia entraña, actitud definida, exenta de ambigüedades, seriedad en la asunción de un substrato de pensamientos y creencias (compartir su posición es asunto muy diferente); visión personal de las cosas y los hombres, sin temor del riesgo ni de los inevitables errores, exageraciones y parcialismos (ya Ramiro de Maeztu notó la severidad para con Nietzsche, y cualquier lector puede comprobar sus incomprensiones ante el modernismo, o aún frente a las búsquedas artísticas contemporáneas); y por sobre todo, un estilo propio, inconfundible (los adjetivos son inadecuados, pero no existen otros mejores), una naturalidad ágil y amena que lo convierten, frente a tanta cargazón y pompa fatigosa con que se envilece la lengua en nuestros días, en prosista inespereadamente moderno. Lo sería en buena ley, a no mediar la envidia que la honestidad del pensamiento o la limpieza de corazón provocan, y el olvido y la indiferente pereza que le siguen. Tal vez esas mismas condiciones de ensayista rocen apenas la problemática contemporánea; tal vez la culpa no deba caer —enteramente— sobre las costumbres o necesidades lectoras del momento. Pero si no bastasen sus virtudes —o las virtudes que nosotros vemos— para alcanzar la sensibilidad actual, en un punto siquiera podrán encontrarse Zorrilla y la conciencia moderna que inevitablemente le interroga: por qué y para qué escribir.

IV

AGAZAPADA, silenciosa, temida; rondado toda ingenuidad, para aventarla; agriando toda confianza y minando el subsuelo de la alegría, para enturbiarlas y empobrecerlas; desgastando la juventud y humillando la madurez; espiondo cualquier certeza y socavando cualquier defensa; divirtiendo energías y sacando de sus quicios llamamientos y vocaciones; denunciando las excusas y no tolerando las evasiones ni las máscaras; limando, royendo, aguijando, golpeando siempre con la fuerza justa y dándole a cada uno el afán de su tormento, esa pregunta es la más pesada gabela que en razón de su oficio debe soportar el escritor moderno. No hay línea en la que no pese; página donde no asiente su garra; obra contra cuya gestación no ejerza sus maleficios. Es el freno de la fluidez: toda facilidad corre peligro de ser asaltada y obligada a rendir cuentas. Es la sobrecarga de la lentitud y del esfuerzo penoso: cada palabra

arrancada laboriosamente agranda por su culpa la duda, la mortificación y el desaliento. ¿Por qué escribir? Nada compele: ese trabajo sin horarios, derechos ni protecciones puede suspenderse cuando se desee: ¿quién ha de obligar a continuarlo? Puede destruirse impunemente: ninguna empresa sacrosanta se verá perjudicada en sus ingresos. Nadie obliga: ni el capanga con el látigo, ni el patrón con su rugido, ni con su hipócrita espionaje, el jefe de taller o de oficina. ¿Para qué escribir? Los valores consagrados por la sociedad no se obtienen juntando palabras en el papel. Dinero, placer o poder exigen tanta constancia como el acto de escribir, aunque un temperamento algo diferente: voracidad del glotón, astucia del zorro, inescrupulosidad del buitре, familiaridad con casi todo, como el cerdo, y aún una buena dosis de adulación, rapacidad y sed infinita de cómodo prestigio. Ni siquiera el aplauso se consigue: por uno que apruebe, habrá cien que se burlen o enjuicien, y mil que no se darán por enterados. Entre las abundantes tareas insensatas, ésta lo es más que ninguna. A todo se renuncia, salvo a encadenarse frente a las hojas de papel; todo se subordina a lo que se escribe; todo se imanta por lo que se va a escribir; todo se condiciona por lo que se escribió. Es tarea que nunca comienza: se recomienza siempre. Nunca concluye: nadie termina de decir lo que se quería decir. En rigor, no se escribe para decir algo, sino para saber qué es ese algo que obliga a escribir. Parece tarea que compendia lo infinito: rebasa al escritor en el tiempo, como si el hecho de escribir, nacido antes que él, hubiese de sucederle. Se escribe porque se quiere, pero ese querer se identifica con la persona misma, con el proyecto que la justifica y que la hace ser lo que es. ¿Puede haber más absoluta servidumbre voluntaria? ¿Puede, quien escribe, huir de ese doble que le interroga, una y otra vez, y con mayor urgencia cuando es total la entrega: por qué, y para qué escribir?

La multiplicidad de respuestas son huellas más sangrientas y acongojantes que las de las propias obras. Son tan hijas del dolor como éstas, pero condenadas a la esterilidad. Calman, apaciguan y dan treguas a las zozobras del escritor. Pero no responden de veras. Sirven sólo para cada individuo, y aún para determinados momentos en la vida individual. A veces, se responde en un sentido, y se lo contradice más tarde; otras veces, el sinsentido responde. Ningún perfil de escritor tendría densidad y aura sombría, misteriosa y lejana, sin la presencia en él de una respuesta, sea cual fuere. De un modo u otro, nadie deja de responder. Hay quienes ahondan en sí mismos, y buscan hacia dentro, como Rilke: ¿"es necesario que yo escriba"?; hay quienes observan la realidad social y ajustan la respuesta de acuerdo con las necesidades del cambio o con las

trampas de la fe en la posteridad, como Sartre. Pero toda respuesta es intransferible; a nadie sirve, excepto a quien la emite, y a menudo, ni siquiera a él mismo. Cada cual debe encontrar su respuesta, aún sabiendo que la búsqueda suele consumarse en tragedia o en silencio. ¿Por qué, y para qué escribir? ¿Por obediencia a un mandato? ¿Por hastío? ¿Por desesperación? ¿Para perpetuar el nombre? ¿Para prolongar unos años la propia memoria? ¿Porque no se sabría que hacer con la vida? ¿Para negar la muerte, y combatirla, y sobrepassarla? ¿Porque el placer de escribir es tan espontáneo como el canto de los pájaros, y tan inevitable como el perfume de las flores? ¿Para dar testimonio del dolor? ¿Para conjurar la angustia? ¿Para contribuir al proceso de liberación y acelerar y esclarecer el advenimiento de la justicia, el abatimiento de las clases sociales, y la plenitud del vivir fraterno? ¿Por insatisfacción congénita y rebeldía profunda? ¿Por amor, al fin? Los tiempos convulsos, los cuestionamientos generales, los tumultos de un mundo en agonía sacan a luz las respuestas con un grado de exigencia tan apremiante cuanto es poderosa la necesidad de justificación. Individuos, grupos, naciones y bloques: todos han de justificarse en circunstancias en que se juega la supervivencia de la especie. El escritor no puede escapar a esa ley histórica, más rigurosa que ninguna otra ley. Esquivar el compromiso frente a una corriente ideológica no le reportará más que el rechazo de quienes se consideran sus enemigos; esquivar el imperativo de la justificación —que abriga la pregunta de por qué y para qué escribir— significará traicionarse a sí mismo y condenarse a la más laberíntica de las deserciones.

Por qué, y para qué se escribe. Poema, novela, ensayo, meditación, diario íntimo: la pregunta es válida para las formas creadoras, para aquellas que no pueden justificarse por ninguna otra cosa que no sea la de sus mismas existencias. Y es legítima para el escritor, no para el escribiente, según la distinción de Roland Barthes. Porque quien escribe un artículo de combate, un análisis político, un manifiesto, ya vierte su respuesta en lo que escribe, y la traslada, por la vía de los escritos, desde su conciencia hasta la conciencia pública. Y quien utiliza las formas o géneros habituales (poema, novela, etc.) como si fuesen manifiestos, artículos de combate, análisis o propagandas, también ha dado su respuesta y encuentra paz en la justificación. En ellos la respuesta es una sola, se produce casi sin necesidad de pregunta: escribir es una función, un desempeño o cometido cuyo origen resulta inequívoco, y cuya finalidad a nadie (y menos a quien escribe) permanece oculta. Atacar, difundir, adoctrinar: propósitos sobre los cuales no corresponde preguntar por qué y para qué se escribe. Los cuestionamientos se hacen

—cuando se hacen— en torno a las realidades sociales aludidas. Pero el escribir queda explicado y justificado por esas realidades, de las cuales depende estrictamente. Si se dejase de escribir, tales zonas de lo real padecerían; generoso y noble, el empeño escribiente es utilitario; mediato o inmediato, el poder de esa escritura opera en la realidad, persuade, modifica, exalta, informa, orienta. ¿Puede decirse lo mismo si el novelista o el poeta dejaran de escribir? ¿Dónde se sufre por el silencio del verbo no utilitario? ¿Qué conflicto social notaría la falta de una escritura que se tiene a sí misma por el máximo conflicto? ¿Qué realidad se vería disminuida porque callase un hombre para quien escribir *es* la realidad? En este punto, el preguntar se vuelve indispensable, reiterado y agobiador. Ya para aclarar su actitud frente a la sociedad productiva, ya para poner en limpio las relaciones consigo mismo, todo escritor, todo creador de formas improductivas, se ve envuelto en la malla de la interrogación: por qué y para qué, escribir. El escribiente coloca de algún modo su producto en el torrente comercial de las ideas; no así el escritor, para quien no hay en puridad, mercado. La gratuidad origina, entonces, la mayor de las exigencias junto con un sentido de responsabilidad que es menester sustentar y acendrar continuamente. Pero algunos escritores, los más quizá, dejan oír sus respuestas fuera de tiempo, cuando aún el escribir permanece a distancia sin convertirse en naturaleza; la obra entonces se devora a sí misma y cede su lugar al ejercicio de la pregunta y la réplica, al juego de espejos sin interrupción, al desnaturalizado temor frente al lenguaje, a la idolatría del estilo o a la superstición del describir. Otros dan su respuesta en el tiempo preciso: es el florecimiento de toda la obra, el agua de riego que la hará fructificar y dejarla apta para la reproducción. Entre estos pocos milita Zorrilla. "La dignidad de las letras", el primer ensayo de "El libro de Ruth", expone su respuesta. Por ella adquiere significado el libro, y luz y raíces su obra entera. Una obra que puede ser vista —Zorrilla no era ajeno a esa visión— como un panorama heterogéneo en el que muchos momentos constituyen actos de comunicación, hechos sociales, instrumentos que determinaron reacciones. La leyenda Patria lo fue, muchos discursos lo fueron, lo fue La Epopeya de Artigas. El poeta de la Patria se convierte, cualquiera sea la colectividad, en figura volcada hacia el exterior, en monumento al que se le hace difícil preguntarse por qué, y para qué, se escribe. Pero Zorrilla se formula la pregunta y da su respuesta: "El libro de Ruth", publicado tres años antes de morir, quita al poeta de la Patria exclusividad y transmuta el monumento en esa criatura viviente, de cara al misterio y a la exigencia, que es el escritor.

Libro cosechado más que libro hecho, *Ruth* reordena la trayectoria de Zorrilla; el poeta de la Patria no era el único que habitaba en él; el orador subyugante no era la imagen que el público pudo algún día aplaudir como imagen absoluta. Lentamente, al amparo de las horas íntimas, y al calor de la fe constante; como una música grave, pausada en su ritmo, con intermitencias y silencios, la figura cabal del escritor se iba proyectando entre los tributos debidos a su pueblo, los trabajos requeridos por la impostergable necesidad, y las acciones, pensamientos, oraciones y dolores que la vida compartida con quienes llamó sus hermanos le fue extrayendo sin que asomase en sus palabras el gesto ácido de la mezquindad, el arañazo de los resentimientos o los turbios vapores del odio. Una figura unitaria, cuya razón de vivir no tenía otro fundamento que el amor; una figura de riquísima vena íntima, replegada y ardiente, inmersa en luz de bondad y dispuesta a encontrar, en la pregunta que con pleno derecho se formuló en la vejez, la dignidad de las letras a cuyo servicio había puesto su vida, hecha de horas intensas y de vislumbres de perdurabilidad.

"El libro de Ruth" es recolección de ensayos diversos (Nietzsche, Carlyle, Pascal, lo bello en la música, la oratoria, los problemas económicos, el cristianismo en sus relaciones con el individuo y la sociedad) escritos —y publicados— muchos de ellos varios años antes de la aparición del volumen (Lo bello en la música, Palabra y silencio, De la historia, En el principio, son de 1913; La lengua interior, de 1915; La fe religiosa, de 1916). También, libro ejemplar; no por razón de sus calidades, que las tiene, sino porque ejemplifica. Así como Zorrilla cosechó páginas variadas —en el tiempo y en la temática— y les dio unidad en este libro al plantearse como exigencia central el porqué y para qué se escribe, con el mismo estilo la totalidad de su obra queda signada por la unidad procedente de "El libro de Ruth". Constituye no sólo uno de los mejores momentos de esta prosa sino el balance de toda ella, la resolución de su trayectoria y la explicación retrospectiva de sus distintas etapas. "El libro de Ruth" es a los libros que lo anteceden como el ensayo "De la dignidad de las letras" es a "El libro de Ruth". Nació dicho ensayo de la meditación que sobrevino a Zorrilla, tras releer las páginas destinadas a la estampa, sobre "el porqué y para qué uno escribe, movido de fuerza o actividad recónditas, páginas como éstas, que, sin propósito deliberado y concreto, pero con la diligencia y el esmero de preferente ocupación, he ido yo formando, una tras otra, con la substancia de mis mejores horas y más intensas". También ha salido de esa meditada lectura, el nombre del libro, cuyo por qué habrá de explicar en el Epílogo.

Entretanto, cree imprescindible mostrar el resultado de sus meditaciones, que pudieran ser tan provechosas como las del hombre que, dado a ser rico, tuviese tiempo y oportunidad para decir lo que representan sus riquezas y por qué y para qué guarda y acumula lo que le sobra. "Lo haré yo por ti", advierte, "ya que no es razón desatiendas tú tus quehaceres sin la compensación debida". Este tono de ironía, benevolente pero eficaz, se mantiene en la primera parte del ensayo, y asoma su tierna sonrisa desengañada en más de un momento. Partiendo de la confrontación entre el hombre empeñado en ser rico y el hombre consagrado a escribir, todo el ensayo se construirá sobre esa distancia. Sin ser deliberado (sin poder serlo en realidad) el análisis de dos modos opuestos de producción se esboza entre líneas. Quien produce riquezas y quien genera pensamientos y palabras, tienen un punto en común: ambos acumulan. Pero sólo un punto. Porque las diferencias surgen con tanta claridad, fuerza y convicción, que en un ánimo menos caritativo que el de Zorrilla, llegarían a su conclusión inevitable: el desprecio o la condena. Las riquezas acumuladas sirven sólo a quien las acumuló; y aún en el caso que pasen, en forma de bienes, a la comunidad, quien las acumuló sigue sirviéndose de ellas. Las palabras acumuladas por el escritor no tienen, desde el momento en que son engendradas, otro destino que servir a los hombres. Las monedas guardadas producen monedas, "como los hongos dan hongos, sin más que dejarlos en la oscuridad"; las palabras del escritor producen luz, como el sol; y como el sol, luz para todo el mundo. Del hombre dado a ser rico emanan los bienes por obra de otros bienes que cambia, o por el esfuerzo de otros hombres que se ven obligados a trabajar por él y para él; las palabras del escritor nacen sin que éste las cambie por nada y, lo que es mucho más notable, sin que someta a los demás hombres para que por él trabajen.

Pero nadie debe sospechar, insistimos, intención denigradora (en un caso) y falsamente exaltadora (en otro). Zorrilla no escribe desde el resentimiento, por más que el tema y el ángulo de enfoque hubiesen podido tentar a alguien menos fuerte, o más inmaduro. Toda dureza queda diluida, no por blandura concesiva, sino por piedad fraterna. En rigor, no es necesaria la dureza; basta con la ironía exenta de sarcasmo y con un "raciocinio recto y amable". Ello constituye el tono fundamental del ensayo, desde el apóstrofe con que apela a ese hombre bueno dado a ser rico hasta los sutiles meandros de aquellos párrafos en que piensa sobre la singular presencia del escritor en un mundo evidentemente mercantilizado. "Bien claro está que hablo contigo, hombre dado a ser rico sólo

por serlo; no con aquellos que creen, con un sabio bien pensado, que ser rentista es 'tener tiempo para servir a los demás'. Esos tales, los que creen eso, son otra especie de personas. La tuya es la más común en el género humano, y la que dice a mi propósito".

Pues su propósito, decir por qué y para qué se escribe, le exige delinear el otro polo del hombre productivo: el escritor, un escándalo a menudo en la sociedad, una criatura cuyo delito mayor es haber nacido en otra escala de la producción. "Pero he aquí que han existido", escribe enseguida, "y aún existen, ciertos entes del mismo género, del género humano, pero de una especie particular, que se dan mucha pena en hacer y acumular cosas intangibles, que, sin ellos, no hubieran existido; cosas que no emplean, que no cambian por nada, y que no obligan a los de más hombres a trabajar para ellos, ni siquiera a tenerlos en cuenta muchas veces. Tales son los forjadores de ciertas obras literarias." Ciertas obras: las intensas, que no tienen prisa, condición ni plazo; que no son impersonales ni hechas para el consumo y la vanagloria ni para expresar nobles finalidades y elevadas intenciones. No habla Zorrilla de la escritura instrumental o finalista, sino del escribir cuyo fin está en el escribir mismo; del esfuerzo de "esas peregrinas criaturas" cuya jornada de pena estará bien ganada, con sólo oír, o sorprender y detener, después de haber esperado quizás muchos años, "algunas palabras mensajeras que venían de lejos, y pasaban e iban a perderse con el secreto de su belleza y su verdad en la nada".

Pero el mundo, el de Zorrilla y todavía más el nuestro, no está organizado para convivir con tan "peregrina criatura"; la intolerancia habrá de acecharla en tanto los fundamentos sociales no cambien. Y no sólo la intolerancia: la seducción, la adulación castradora con sus secuelas de despecho, burla o indiferencia penden sobre el destino de un creador cuyas palabras se sustraen al mercado y cuyas ambiciones no concuerdan con las del hombre dado a ser rico. Preguntar si tal empleo de la vida —escribir— es racional y loable; si resulta no "trabajo de insensatos, o de gusanos tejedores del propio féretro de seda" es suponer la densa y opaca realidad de un mundo acorazado en la racionalidad, en la sensatez del trabajo, en la normalidad de un funcionalismo donde todo transcurre bien engranado, sin disonancias, rozamientos o excesos. Y es suponer, también, que ese mundo no representa todo el mundo, que ese ordenamiento tan celosamente armonizado es rígido y cruel, y el escritor —desde su acto de escribir, y sea cual fuere el grado de su rebeldía— (o de conformismo) encarna la posibilidad de un rechazo. "Esta mi labor de fundir ideas y verbos míos en aleación

transparente, sonora, lo más perdurable posible, ¿será realmente, aún prescindiendo, como prescindo, de todo propósito espiritual, una acción de más alta dignidad que la de los otros?"

¿Por qué y para qué se escribe, si quien lo hace recibe generalmente menosprecio pues empleó mal el tiempo, según el mundo, o sólo hizo labor de tejedor insensato, digno de compasión? ¿Por qué, si aún ese fugaz respeto que se transforma en monumento reafirma el dolor de quien escribe y la indiferencia de los demás? Si la creación intelectual es dolorosa y a veces desesperante; si esa "inmersión en sí mismo", ese "estado de elevación o abstracción supernaturales" no se llevan a cabo, "por placer sensible de género alguno", ¿por qué y para qué escribir?

El escritor no se conoce sino en la creación; la medida de sus fuerzas está dada por la obra concreta. "Entre *la vaga capacidad posible* y la producción indudable, fija, ¡qué diferencia! Cierta conciencia inarticulada de nosotros mismos late dentro de nosotros, y sólo nuestras obras pueden hacerla articulada y claramente visible. La soberbia o infatuación, procede de esa "conciencia inarticulada", que no se ha sometido a "la sola prueba de la realidad: la obra". Y la obra significa, para el escritor, no el regodeo o el objeto de la satisfacción soberbia que lo distinga de los hombres (sus hermanos tan despectivos como distraídos), sino el esfuerzo creador y con él, "la pena, el desencanto". Obra, esfuerzo, pena, desencanto: frente a quienes no pueden dar otra respuesta al acto de escribir que la trágica y muda contemplación del propio rostro, Zorrilla opone el hacer y el sufrir consiguiente como el seguro medio de enturbiar las aguas seductoras de Narciso. Este no busca la gloria sino su yo deificado; no la relación con algo o alguien más grande y hermoso que él, sino la reducción a sí mismo de todo lo existente. Muy próximo a la perversión demoníaca, el narcisismo no encontró brechas en el alma de Zorrilla; y no porque el poeta (sinónimo a menudo de Narciso) hubiese muerto joven: no había muerto del todo, recordemos. Sino tal vez porque quien había muerto era el germen de ese Narciso que falsifica toda madurez, y engeuce sólo para empobrecer. ¿Pueden ser la gloria, el deseo de fama o celebridad, la incitación del escribir? Ese "inocente anhelo de ser conocido y alabado y amado de personas a quienes uno no conoce ni verá jamás, y que, sin embargo, tiene su significado trascendental, y su alteza intrínseca, propia, en cuanto denuncia la grande idea que el hombre tiene del alma de otro hombre"; ese alto sentimiento que es parte integrante hasta del primer amor, como en la transformación de la mujer núbil al conocer que vive en otra alma, que es vivir dos veces, ¿alcanza para responder? La actividad

creadora de los "elegidos de que hablamos" no se explica por ese anhelo de gloria; ni de la gloria presente, ni de la que se logra en la posteridad o, para decirlo con menos pompa, en la memoria de los hombres. Esta es perecedera, y no puede contentar a quienes creen en Dios, porque para ellos es insignificancia lo que no es vida eterna; ni a los incrédulos para quienes, no habiendo supervivencia, sería un contrasentido desear la gloria. Este afán sigue al esfuerzo creador, pero no lo precede; "no es su causa sino su natural efecto". Por qué y para qué se escribe: la pregunta sigue en pie. Es necesario, por lo tanto, buscar en otro lado la respuesta.

V

No resulta difícil imaginarla siendo Zorrilla, antes que nada, hombre de fe. La solución que aporta está generada por los términos del espíritu, del amor, de la plenitud. Pero añade a ello una nota privativa, una delicada traslación del terreno natural al ámbito sobrenatural: "Lo que incita a tales criaturas racionales a engendrar su verbo en la contemplación de sí mismas, sostenida angustiosamente hasta la aparición de la Belleza en su forma predestinada y presentida, es una función del compuesto humano o del espíritu visible, extirpada por la carne en los más hombres, predominantes en pocos, plena en los hombres plenos, que podríamos llamar de *reproducción espiritual*, y que aparece acompañada de un deleite de amor suprasensible, privativo de los inmortales."

El significado es claro; en cambio, la posibilidad de hacer con él algo más que significado es remota para nosotros. ¿Basta con pensar que se trata de vivir plenamente, de llenar una necesidad, de "experimentar una mística alegría"? ¿Basta con el consuelo de haber creado una criatura formada de palabras, a la que no se puede sino amar, "verse y amarse a sí mismo fuera de sí mismo, en su propio verbo, que no es su propia persona, aunque sí su propia invisible sustancia"? ¿Puede servir como respuesta la apelación al vínculo padre-hijo, tan socorrido en las estéticas de segunda mano? ¿Es que se ha penetrado hasta el fondo ese misterio de la paternidad, terrible misterio como exclamaba Unamuno? Algo sabía Zorrilla, sin duda, lo que la paternidad implicaba. Sólo cuando tuve hijos pude comprender a Dios, dice Papá Goriot, el mártir balzaciano de la paternidad. Comprender a Dios: ¿sólo comprenderlo? Pero, ¿no es acaso bastante? Comprenderlo por nuestra paternidad, ¿no es dar a Narciso otro rostro que el que busca? ¿La redención

de Narciso no marca la aceptación de que nuestra vida es transmisión, espiritual reproducción, trascendencia al fin?

La permanencia en un verbo, "un verbo nuestro", si bien nos remite a la ilusión de que el tiempo que vivimos tiene algo de eternidad, "pasado, presente y futuro transfundidos, simultaneidad", difiere sustancialmente de otras permanencias: la de los hechos o la de la historia. Mentirosas en cuanto son remedos de la eternidad, tales permanencias no hacen más que manifestar la voracidad de lo temporal y la vanidosa locura de quienes a ella se confían. Los hechos se sustituyen unos a otros, los héroes nada son sin testigos ni contemporáneos; "pero la palabra viva que hoy nace en la soledad sin que nadie la recoja, y que, como el grano de trigo hallado en el sarcófago de la momia secular, germina y florece en las almas futuras, eso es otra cosa." Ese verbo que el hombre crea, y con el cual se encuentra en compañía, es no sólo proscrición de la soledad, sino descubrimiento. Es el amor del yo fuera del yo: "fusión del supremo egoísmo y de la abnegación suprema". Es el reflejo más cercano "de Dios Uno y Trino, en el alma del ser creado inteligente". El misterio de la Trinidad, misterio de lo divino en su esencia, no encuentra cosa que lo refleje con mayor proximidad que la actividad creadora del escritor. Negarse absolutamente, y afirmar absolutamente el yo: ¿contradicción insoluble? ¿Reparación solapada del narcisismo? ¿Divinización del acto de escribir? "Algo de dioses hay en ellos, es cierto. La germinación de palabras animadas y perdurables brotadas del limo espiritual, sin engendrar, como no engendra, una sustancia material nueva; sin modificar, como no modifica, las ya existentes, hace aparecer, sin embargo, en el universo, nuevas criaturas que acrecen el número de las vivientes; criaturas incorpóreas, pero más reales y bienhechoras que los árboles hechos al salir de la tierra por el sol, que forman bosque, y mucho más que las piedras cortadas y trasladadas por el hombre fuerte de una parte a otra, que forman las arquitecturas. Es lo más próximo a la creación de la nada."

Evidentemente, el pensamiento de Zorrilla —en este punto más que en ninguno— no puede ser admitido sino bajo la salvedad de que resulta inapreciable para conocer el reducto más íntimo de su personalidad. Descartada toda forma de supervivencia artística que descansa en la memoria de los hombres; desechados los móviles subalternos de la nombradía, la vanagloria y la afirmación patológica del propio yo; descontada la noble intención de modificar y subvertir una realidad a través del escribir; bien entendida la alternativa de que para tal modificación es imprescindible no sólo otro metal de escritura (otro temperamento también) sino la deci-

dida y sacrificada acción revolucionaria, quedan como respuestas a la pregunta de por qué y para qué se escribe —terrible pregunta— estas dos: la desesperación o la esperanza. La convicción absoluta de que somos y vivimos por y en lo absurdo, o la convicción, también absoluta, de un sentido de la vida. En un caso o en otro, se requiere una fe inmensa y robusta: fe en la nada, o fe en el ser. No hay duda, por lo pronto, que Zorrilla vivió en la exigencia de esta última fe.

¿Una falsa oposición? ¿Un olvidar —o menospreciar— que existen oscilaciones entre un extremo y otro? ¿Que el escribir suele ser zozobra en la desesperación y la esperanza? ¿Que es arduo pronunciarse por el ser? ¿Que es difícil asentir frente a la nada? Imposible olvidarlo: este escritor así bosquejado es el más frecuente. Decir por qué y para qué se escribe implica lucidez, honda maduración, vida recordada y plena, severo ajuste con la propia conciencia, responsabilidad. Pero además —y por sobre todo— coraje. Persistir en la zozobra, pasar de la desesperación a la esperanza, y de ésta a aquélla puede parecerse al coraje. Pero no lo es. A lo sumo, indica una vasta capacidad para soportar los desgarramientos internos y una pasividad trágica que alcanza —no pocas veces— los acentos más puros y fuertes. El coraje está en otra escala: la de la elección y el compromiso. En la apuesta entre el ser y la nada, Zorrilla se juega íntegramente por el ser. Toda su vida, entonces, toda su afectividad y su pensamiento quedan reorientados. El dolor halla su lugar; las penas y melancolías entran en combustión; la transformación se perfecciona; el hombre entero arde hacia su centro; vivir es incinerarse; la carne, fuego y luz; la dignidad de las letras, ejercicio de la libertad.

Toda la fortuna del escritor se halla en sus voces habitadas por sus horas sin tiempo; frente a él, el hombre dado a ser rico aparece empobrecido en su libertad. "Tú puedes ser rico por obra extraña a ti mismo; tal se acuesta indigente, que despierta dueño de muchas cosas exteriores, monedas, árboles, huertos, construcciones de ladrillo, y hasta hombres vivos. Que también los hombres, ¡ay! con sus sentidos y potencias, se hacen objeto de ajena propiedad; se acomodan a no ser fin en sí mismos, sino cosas, medios para que otros realicen el propio, que es lo solo que se llama esclavitud, lo contrario de la dignidad."

No se ha sentido más rico, piensa, cuando al fin del día ha mirado las cosas que en sus manos quedaron: pan, vino, monedas. Sí cuando ha admitido que sus prójimos, "dignificados por mi dignidad, no aspiran a ser pagados por mí con lo que yo hago o tengo, sino con lo que yo soy." Su respuesta encierra una invitación a la

libertad, tanto con respecto a las cosas, al tener, como con respecto a las propias pasiones o a la "congénita soberbia". Y la libertad se le aparece como una aceptación —humilde, nunca humillante— de la fidelidad al propio verbo que quiere reproducirse, y ser.

"Con esas mis economías de alma", escribe, "que voy dejando en sus leves formas, y de las que construyo mi casa en la ciudad silente remotísima, habitada por mis ofrendas a la Belleza, formo yo la fortuna que satisface el anhelo que no es común a los hombres todos: el de ser ricos, el de guardar algo, mucho si es posible, muchas cosas.

Confieso que siento una especie de melancolía, cuando pienso en que estas riquezas mías, si llegaran a formar una fortuna, ella lo sería de cosas futuras perpetuamente. Belleza es cosa siempre futura.

Y es eso lo que imprime a estos mis pensamientos, inspirados en mi propio libro, su místico carácter de oración de la noche."

JORGE LUIS BORGES Y SU LUCHA CON EL LENGUAJE

Por *Mary H. LUSKY*

Two roads diverged in a yellow wood
And sorry I could not travel both
And be one traveler . . .

—Robert Frost
"The Road Not Taken"

LA imagen del laberinto temporal, omnipresente en la obra de Jorge Luis Borges, ilustra su visión de un mundo caótico de ilimitadas posibilidades coexistentes. Como autor y como pensador, Borges aspira a una conciencia simultánea de todas las ramificaciones de este dédalo intrincado. Y, en efecto, sí que logra vislumbrar, de una manera intuitiva, la totalidad de su universo. De las alturas vertiginosas de su imaginación, alcanza percibir, por un instante, el laberinto entero. Enfrentándose con sus infinitos senderos bifurcantes, empieza a crear un mapa lingüístico —es decir, un cuento. Sin embargo, al intentar construir su esquema verbal, se halla de repente dentro del laberinto mismo. Sus palabras van convirtiéndose en los caminos. Estos, a su turno, forman encrucijadas donde le es preciso escoger una sola vía, eliminando las demás.

El lenguaje mismo, vehículo del pensamiento racional, le niega a Borges su perspectiva imaginaria, de manera que no le es dable ni asimilar su laberinto de abstracciones temporales ni registrar el conjunto de sus percepciones físicas. Así se establece, en la obra borgeana, una tensión dinámica entre la imaginación y el pensamiento; aquélla revela una visión total que éste intenta captar sin éxito.

Pierre Menard, autor conocido y ficticio, al describir su *modus operandi*, ha comentado:

Mi solitario juego está gobernado por dos leyes polares. La primera me permite ensayar variantes de tipo formal o psicológico; la segunda me obliga a sacrificarlas. . . y de razonar de un modo irrefutable esa aniquilación.¹

¹ Jorge Luis Borges, *Ficciones* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1968), p. 52.

Es evidente que el creador de este ilustre literato vacila entre los mismos polos. Desea pintar una realidad fantástica, de varias dimensiones, a través de un lenguaje lineal. En efecto, la obra borgeana se puede interpretar como una lucha continua contra las limitaciones impuestas en el hombre por el carácter lingüístico de su pensamiento. Esta lucha domina las ficciones, reflejándose en sus temas, su estructura narrativa y su lenguaje.

La insuficiencia del lenguaje figura como la preocupación temática de varios cuentos. "Funes el memorioso", por ejemplo, presenta a un personaje dotado de una percepción completa de su mundo, tan completa que no puede ni olvidar ni clasificar su experiencia. El lenguaje, ambiguo y temporal, no corresponde a la realidad de Ireneo Funes:

No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente).²

Para evitar enloquecerse, Funes intenta refugiarse en otros sistemas lingüísticos. Aprende el inglés, el francés, el portugués y el latín. Construye un "vocabulario infinito" para representar de una manera más precisa los números naturales. Por fin, abandonando el lenguaje, emprende la codificación numérica de todos sus recuerdos.

Fracasan sus esfuerzos; muere el memorioso a los veintiún años, abrumado por un sinnúmero de experiencias irreducibles, es decir, inclasificables. Sin embargo, comenta el narrador³ que sus proyectos, los que experimentan con una nomenclatura infinita, "revelan cierta balbuciente grandeza."⁴ Funes epitomiza, en cierto modo, el héroe borgeano. Como su creador, el pobre se halla sofocado por sus percepciones, y lucha para crear un esquema lingüístico adecuado para ordenar su mundo.

En "Funes el memorioso", este esquema se da forma en los idiomas experimentales que inventa Ireneo. La posibilidad de que pudiera formularse lengua que alcanzara captar la realidad se considera en otros cuentos también. En "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", por ejemplo, Borges explora las capacidades de varios idiomas hipotéticos de carácter idealista. Desde que, en un mundo idea-

² *Ibid.*, p. 121.

³ Como veremos, Borges no siempre se identifica con los narradores de sus cuentos, aunque éstos se llamen "Borges". En este caso, sin embargo, no cabe duda de que Borges está de acuerdo con su narrador.

⁴ *Ibid.*

lista, nada existe en sí, estos dialectos carecen de sustantivos. En el hemisferio austral, las lenguas se componen de "verbos impersonales, calificados por sufijos (o prefijos) monosilábicos de valor adverbial".⁵ En el norte, en cambio, "la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico".⁶

Como los "kennings" escandinavos, los sustantivos que construyen los tlönistas del norte tienen gran valor descriptivo; "aéreo-claro sobre oscuro-redondo" o "anaranjado-tenue-del-cielo" expresa más que "luna". Y alcanzan cierta simultaneidad, evocando todos los aspectos de una experiencia en una sola palabra:

Hay objetos [o sea, palabras] compuestos... de muchos [términos]: el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrados, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por el sueño... Esos objetos... pueden combinarse con otros; el proceso, mediante ciertas abreviaciones, es prácticamente infinito. Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra.⁷

Estos idiomas, entonces, amplifican el ámbito del lenguaje. Sin embargo, ellos tampoco evitan limitar el entendimiento. Los tlönistas tienen gran dificultad en comprender una lógica temporal y materialista que, gracias a nuestra perspectiva lingüística, nos parece patente. La "paradoja" de las nueve monedas de cobre ilustra un punto ciego en el lenguaje del planeta imaginario:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo harrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa.⁸

Mientras que nuestra orientación lingüística nos permite deducir que las nueve monedas recogidas deben ser las mismas que ha perdido X, el "lenguaje de Tlön se resistía a formular esta paradoja".⁹ A causa de su esquema verbal, se les niega a los tlönistas una explicación posible de estas circunstancias. Un sendero del laberinto les es cerrado.

Borges no logra inventar una lengua que abarque simultáneamente todas las ramificaciones de su mundo imaginativo. En efecto,

⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁶ *Ibid.*, p. 21.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, p. 24.

⁹ *Ibid.*

aunque experimenta con varios sistemas lingüísticos, en el fondo cree que tal idioma perfecto no puede existir. En su "Nueva refutación del tiempo", declara, "Todo lenguaje es de índole sucesiva; no es hábil para razonar. . . lo intemporal".¹⁰ Y el dédalo borgeano se compone precisamente del tiempo.

Faltando un idioma adecuado, Borges intenta compensar a través de la composición estructural de sus cuentos. Si una obra literaria espera reflejar con verosimilitud una realidad laberíntica que no se somete al lenguaje, tiene que recurrirse a una estructura intrincada, o en el argumento o en el método narrativo. Borges describe, en sus ficciones, varios libros de aquel tipo. En *Tlön*, por ejemplo, "los [libros] de ficción abarcan un solo argumento, con todas las permutaciones imaginables".¹¹ La obra maestra de Ts'ui Pên, en "El jardín de los senderos que se bifurcan", representa, quizá, el paradigma de este género caótico. Explica Stephen Albert, el sinologista que desenreda el misterio del laberinto:

En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con varias alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable Ts'ui Pên, opta —simultáneamente— por todas. *Crea*, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan. De ahí las contradicciones de la novela. . .¹²

Borges mismo emplea este artificio estructural en su cuento "La otra muerte", presentando, a la vez, los dos destinos de Pedro Damián, un soldado que ha luchado en la derrota de Masoller. El relato se divide en tres partes. En la primera, Damián se acobarda frente a las balas del enemigo y, después de la batalla, regresa humillado a su aldea natal. Allí vive unos cuarenta años, ocultando su vergüenza, y allí se muere, de una manera campesite y plebeya. En la segunda parte, en cambio, el mismo Damián perece heroicamente en la lucha, gritando "¡Viva Urquiza!" al caerse, herido en pleno pecho. Es evidente que se trata de dos pasados distintos, y que la historia se ha bifurcado durante la batalla de Masoller. El narrador, sin darse cuenta de ello, se enfrenta con dos senderos paralelos, una especie de sección transversal del laberinto. En la tercera parte del relato, intenta explicar las circunstancias contradictorias de una manera racional.

Antes de examinar esta tercera parte, sin embargo, es preciso

¹⁰ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1968), p. 245.

¹¹ Borges, *Ficciones*, p. 27.

¹² *Ibid.*

comentar el papel singular del narrador borgeano. En los cuentos de Borges, el que relata el cuento a menudo resulta el protagonista. Funciona en una doble capacidad —como personaje, tomando una parte activa en el argumento, y como “escritor”, el que refiere la acción. Este recurso narrativo hace hincapié en el concepto del hombre borgeano. Como Funes, éste actúa y, a la vez, intenta captar su experiencia a través del lenguaje. Como explica Borges en “El inmortal”, cada Ulises es también un Homero.

Estos narradores, aunque se llamen “Borges” en algunos cuentos, casi nunca representan el punto de vista del Borges/autor. En efecto, suelen ser o engañados o sencillamente torpes. (El crítico de “Pierre Menard, autor del Quijote” es, quizá, el caso más extremo de este tipo, mientras que el doctor Yu Tsun, de “El jardín de los senderos que se bifurcan”,¹³ representa aquél.) La irónica incongruencia de la perspectiva de Borges mismo con la de su portavoz ilustra, en un nivel estructural, la dicotomía entre su visión imaginativa y la expresión lingüística de ella.

Volviendo a “La otra muerte”, nos fijamos en un narrador típicamente inepto, cuyo papel paralela, en cierto modo, el de su creador. Como Borges, está escribiendo un cuento fantástico sobre la derrota de Masoller, inventando varios esquemas imaginativos para explicar una realidad contradictoria. Propone cuatro soluciones posibles: que había dos Pedro Damianes; que él mismo ha soñado el primero; que el entrerriano murió en la batalla y volvió a la tierra como sombra; y que Dios ha ido cambiando gradualmente el pasado. Irónicamente, nunca llega a la explicación verdadera (verdadera, por lo menos, en un contexto borgeano), aunque casi da con ella al hablar de la “intrincada concatenación de causas y efectos”.¹⁴ Dice:

... acaso no cabría anular *in solo* hecho remoto, por insignificante que fuera, sin invalidar el presente. Modificar el pasado no es modificar un solo hecho; es anular sus consecuencias, que tienden a ser infinitas. Dicho sea con otras palabras; es crear dos historias universales.¹⁵

El narrador de “La otra muerte” queda confuso al enterarse de una sola bifurcación en el laberinto temporal. Si imaginamos un mundo en el que cada momento contiene tal encrucijada, nos enfrentamos con el universo vertiginoso que concibe Borges.

¹³ Efectivamente, se puede considerar al doctor Yu Tsun como el narrador del cuento, a pesar de los dos primeros párrafos.

¹⁴ Jorge Luis Borges, *El Aleph* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1957), p. 78.

¹⁵ *Ibid.*

La preocupación de Borges con la insuficiencia del lenguaje, la cual expresa en los temas como en la estructura de sus cuentos, se manifiesta —y de una manera tan profunda como elemental— en su estilo también. Pudiéramos esperar que, al pintar su *dédalo*, Borges se serviría de una especie de laberinto verbal, así como Joseph Conrad, en su "Heart of Darkness," crea la sensación de la selva, enmarañando a sus lectores en un matorral de frases impenetrables. Borges, al contrario, escribe con una claridad casi algebraica. Si los conceptos que trata son intrincados, su prosa, por lo menos, es nada oscurecida. Dentro de esta misma precisión, sin embargo, se nota la lucha continua contra los límites del lenguaje. Con razón ha escrito Keith Botsford:

I feel that perhaps Borges would like to scape (sic) our language altogether, to have his words stand for senses, qualities, and feelings . . .¹⁶

En cierto modo, sus frases se construyen como los "objetos poéticos" de Tlön, los cuales logran expresar "dos términos, uno de carácter visual y otro auditivo: el color del naciente y el remoto grito de un pájaro".¹⁷ De una manera análoga, Borges alcanza una impresión completa y concisa, combinando en una sola frase varias sensaciones simultáneas. Al describir el cuarto de Funes, por ejemplo, escribe, "La pieza olía vagamente a humedad",¹⁸ presentando a la vez el tacto y el olfato. A través de esta especie de síntesis estilística, Borges logra unir en su densa prosa diversas perspectivas, creando una ilusión más precisa de su realidad compleja. Comenta Jaime Alazraki que, en la obra borgeana, "la ambigüedad es una forma de exactitud".¹⁹

Alazraki, en su obra *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, analiza el uso de varios artificios retóricos en el estilo borgeano, y el efecto abstraedor —es decir, antilingüístico— que producen estos recursos. Examinemos aquí un solo artificio de los que trata Alazraki, la hipálage, la que se define como "'a change in the relation of words whereby a word, instead of agreeing with the word it logically qualifies, is made to agree grammatically with another word'".²⁰ Cita Alazraki varios ejemplos de la hipálage en la obra de Borges:

¹⁶ Jaime Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1968), p. 167.

¹⁷ Borges, *Ficciones*, p. 21.

¹⁸ *Ibid.*, p. 117.

¹⁹ Alazraki, *Op. cit.*, p. 211.

²⁰ *Ibid.*, p. 179.

Lönrot oyó en su voz una *fatigada* victoria
 ...el lugar donde una *exacta* muerte lo espera
 la [ficción] del casi *inextricable* Ts'ui Pên.²¹

Esta sutil disolución de la estructura gramatical dota a cada frase de cierta irracionalidad, aquella irracionalidad que representa, para Borges, lo más verosímil que hay. Además, el adjetivo "perdido" unifica la frase, ligando de una manera implícita los dos sustantivos, el que califica y el que debe calificar. La hipálage crea, así, una impresión abstracta, "una vivísima simultaneidad cuyo extraño efecto es desrealizar la fisonomía convencional de las palabras".²² Continúa Alazraki:

...el artificio tiene la mágica propiedad de devolver a las cosas...
 [la] complejidad... que el lenguaje —por ser racional y sucesivo—
 les arrebató.²³

Es esta complejidad fantástica y real la que Borges anhela captar en su obra, de una manera explícita en los temas de sus cuentos e, implícitamente, a través de varios recursos estilísticos y estructurales. Le obsesiona su incapacidad de representar una totalidad esencial, y su preocupación por lo completo se nota en los mismos géneros que escoge. Ha comentado:

I want to see at one glance what I've done... that's why I don't believe in the novel because I believe a novel is... hazy to the writer... I mean a writer writes maybe a chapter, then another, then another one, and in the end he has a kind of bird's eye view of the whole thing, but he may not be very accurate.²⁴

Borges desea a la vez un "bird's eye view" de su mundo —una perspectiva total e imaginativa— y una precisión racional para ordenar su visión. La sutil tragedia de su obra consiste en que tiene que recurrirse a un lenguaje lineal que falsifica y confunde sus percepciones, convirtiendo la realidad en fantasía.

²¹ *Ibid.*, p. 182.

²² *Ibid.*, p. 185.

²³ *Ibid.*

²⁴ Richard Burgin, *Conversations with Jorge Luis Borges* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1969), p. 51.

Bibliografía

I. Obras de Borges

- Ficciones*. Buenos Aires: novena edición; Emecé Editores, 1968.
El Aleph. Buenos Aires: Emecé Editores, 1957.
Otras inquisiciones. Buenos Aires: Emecé Editores, 1960.
El hacedor. Buenos Aires: Emecé Editores, 1960.
Nueva antología personal. Buenos Aires: Emecé Editores, 1968.
"Profiles (Jorge Luis Borges)", *The New Yorker* (New York), el 19 de septiembre de 1970, págs. 40-99 (con Norman Thomas di Giovanni).

II. Obras sobre Borges

- Alazraki, Jaime. *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*. Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1968.
Alonso, Amado. "Borges, narrador", *Sur*, Núm. 14 (noviembre de 1935), págs. 105-115.
Anderson Imbert, Enrique. "Un cuento de Borges: 'La Casa de Asterión'", *Revista Iberoamericana*, XXV (1960), págs. 33-43.
Barrenechea, Ana María. *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*. México: El Colegio de México, 1957.
Burgin, Richard. *Conversations with Jorge Luis Borges*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1968.
Jorge Luis Borges, L'HERNE. (París), 1964.
Lida, Raimundo. "Notas a Borges", *Letras hispánicas: estudios y esquemas*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958, págs. 280-283.
Murillo, L. A. *The Cyclical Night: Irony in James Joyce and Jorge Luis Borges*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1969.
Sábato, Ernesto. "Los relatos de Jorge Luis Borges", *Sur*, Núm. 125 (febrero de 1945), págs. 67-75.

EL SUICIDIO: UNA OBSESION DE UNAMUNO

Por Luis LORENZO-RIVERO

Preliminar

UNAMUNO se puede decir que es uno de los personajes ibéricos más atractivos, quizá, a hombres de las más diversas ocupaciones y profesiones. El verdadero interés de su personalidad consiste, por encima de todo, en la experiencia espiritual que aporta. Ya lo ha dicho José Luis Abellán que don Miguel era "un espiritual, un *homo religiosus*."¹ El, lo mismo que todo artista, mantiene una relación con su obra, la cual es muy íntima en su caso particular. Las referencias en ella a la preocupación personal son persistentes y explícitas, siendo tal preocupación lo que constituye la esencia de su producción literaria. En todos sus escritos estampa lo que siente en ese momento concreto, sin que se encuentre en ellos ni un sistema ni un cuerpo de doctrina muy congruente. El mismo reconoce en el "Prólogo-epílogo a la segunda edición" de *Amor y Pedagogía*, el intimismo, lo personal, lo sentido y sincero de su obra entera, al llamar a sus novelas:

Relatos dramáticos acezantes, de realidades íntimas, entrañadas, sin bambolinas ni realismos en que suele faltar la verdadera, la eterna realidad, la realidad de la personalidad. Y he seguido desarrollando con más sosiego acaso, pero no con menos dolor, las visiones de estas "profundas cavernas del sentido", que dijo San Juan de la Cruz. Y es que según iba viviendo —y muriendo— yo, iban viviendo —y muriendo— mis novelas, iba viviendo y muriendo mi novela.²

Su novela es su vida, su ser, su intimidad, su drama, su problema. Continúa diciendo que este relato, escrito en 1902 relativamente poco después de su crisis de 1897, contiene en esencia "lo más y mejor" de lo revelado más tarde en su obra, concretamente en nove-

¹ José Luis Abellán, *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*, Madrid: Edit. Tecnos, 1964, p. 10.

² Miguel de Unamuno, *Abel Sánchez, Obras completas*. vol. II, Madrid: Escelicer, 1966, pp. 311-312.

las como *Abel Sánchez*, *Niebla*, *San Manuel Bueno* y otras. Ya antes de publicar ese prólogo-epílogo había afirmado algo similar a lo de la cita anterior, al referir la determinación de Joaquín de escribir su *confesión* para su hija:

...era el relato de su lucha íntima con la pasión que fue su vida, con aquel demonio con quien peleó casi desde el albor de su mente, dueña de sí hasta entonces, hasta cuando lo escribía.³

El personalismo unamuniano presenta dos fases bien diferenciadas, la de su egocentrismo y la de la personalidad como problema de sí propia. La primera es patente en él, por lo menos desde el momento que escribe el *Sentimiento trágico de la vida*. Por entonces se puede considerar concluido el período de su formación, dando comienzo a la expansión de su actividad literaria y política. La segunda aparece definitivamente en su conciencia con motivo del destierro. La meditación en su confinamiento de Fuerteventura le enfrenta consigo mismo, despertándosele el gran problema de una lucha entre el yo externo y el íntimo. Es un combate entre una postura contemplativa y un insaciable deseo de fama. Esta agitación interna se le agiganta hasta enfrentarle con el problema de ser o no ser, que, según él dice, es el más hondo:

El problema más hondo de nuestra novela, de la tuya, Felipe, de la mía, de la de Don Sandalio, es un problema de personalidad, de ser o no ser, y no de comer o no comer, de amar o de ser amado, ...⁴

En íntima conexión con esas dos facetas del personalismo unamuniano, principalmente con la cuestión de ser o no ser, se halla la del suicidio, producto de un determinado estado psíquico. La determinación de quitarse la propia vida normalmente no es consecuencia de un factor aislado, sino más bien de un conjunto de ellos que se van acumulando hasta que uno determina la acción fatal. Por lo tanto, es imperativo que, al mismo tiempo que se estudia a Unamuno en su obra, se tengan presentes y se destaquen aquí aquellos factores que más fuertemente han sacudido su alma suprasensible. No se les puede negar importancia a estos hechos en la configuración de su ser, cuando tan positivamente contribuyeron a determinar su actitud ante la vida. De las circunstancias de su infancia y juventud derivan, en gran parte, sus pesares y su carácter pesimista y triste. Ahí comienza su angustia de la vida.

³ *Ibid.*, Abel Sánchez, p. 746.

⁴ *Ibid.*, *La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez*, p. 1180.

Crisis

SE ha dicho que los niños que no son mimados no saben sonreír. En efecto, Miguel no es un niño mimado. Se queda sin padre de muy tierna edad, nace y vive en una calle oscura de casas viejas y, además, no sabe jugar ni a la pelota, ni a las canicas, ni a la peonza. Su débil cuerpo no le permite competir en ligereza y fortaleza física con los otros niños. De carácter serio y un poco triste, sus juegos son distintos de los de sus compañeros. Al lado de esto conviene tener en cuenta el mundo de la muerte, que le va a preocupar tanto más cuanto más de cerca le toque. Este mundo parece no existir para los niños, aunque oigan hablar de muertos, por lo regular, no comprenden la realidad de la muerte. Sin embargo a Unamuno, tan preocupado luego por no morir, le asusta y le acongoja la muerte de un compañero de colegio. La segunda vez que se encuentra ante la presencia de la muerte ya tiene dieciséis años, tocándole más de cerca por tratarse de la muerte de su abuela, cuya agonía presencia. Se considera entonces ya un hombre capaz de hacerse serias preguntas sobre el misterio de la vida y de la muerte. A los catorce años sufre su primera crisis, de las varias que tendrá en su vida. Por estas fechas se empeñaba en llorar sin motivo, creyéndose presa de un misticismo prematuro. Durante el primer curso de sus estudios en Madrid, va perdiendo el hábito de la misa diaria hasta que un día decide no volver más a la iglesia. Concluidos los estudios y con el título de doctor en la mano, regresa a su tierra, alegre por volver al mundo de su niñez. El retorno a la infancia, a esa edad paradisíaca, fue un deseo constante a lo largo de toda la vida de Unamuno, principalmente mediante el recuerdo del paisaje vasco al que regresaba por los veranos desde Salamanca. Con este retorno a la niñez pretendía solucionar el problema espiritual que le preocupó siempre. Pero ahora regresa sin las creencias católicas que alentaban su alma al ir a la universidad, aunque oye misa y "se toma baños de pureza juvenil".

A principios de 1896 tiene lugar un acontecimiento trascendental para la psicología de Unamuno, y que es el origen de sus nuevas crisis religiosas. Ese año nace su hijo Raimundo, quien sufre de hidrocefalia a los pocos meses, quedando entregado a los brazos de una muerte lenta. Don Miguel vive, quizá, la más dolorosa experiencia de su vida ante la presencia de la muerte en su casa. Se considera el culpable y busca la posible causa de esta desgracia. La consaguinidad frecuente en los matrimonios de su familia no le parece razón suficiente. No le cabe más que preguntarse, qué pecado habrá cometido él para que recaiga en el niño. Contemplando a

su hijo, empieza a sentir la angustia y desesperación que ya no le dejarán jamás. A partir de entonces, la muerte de los niños fue algo que debió conmoverle siempre profundamente para que llegue a decir por boca del cura en *San Manuel Bueno*: "Un niño que nace muerto o que se muere recién nacido y un suicidio... son para mí los más terribles misterios: ¡un niño en cruz!"⁵

Con plena conciencia de su desesperación y angustia y perseguido por ellas, Unamuno se entrega a la vida de disolución. Contemplando a su hijo, como dice Jesús Antonio Collado, se ve enfrentado con la duda de si el hambre de inmortalidad no será más que un sueño. Se le presenta delante el problema de una existencia que necesita ser sostenida por la fe⁶ y, al mismo tiempo, se ve envuelto en la tragedia existencial del hombre de carne y hueso, interesado infinitamente por existir. En medio de tal situación, una noche de marzo de 1897 la condición del niño se agrava drásticamente, golpe que le reaviva más desesperadamente en su alma el recuerdo de todo lo que ha sido y ha hecho. Tiene conciencia del vacío de la nada, es un desgraciado, un hombre que sufre, como Joaquín en *Abel Sánchez*:

—Bien, yo soy antipático, ¿no es así?

—¡No, no es así!

—La verdad, Antonia...

—¡No, no es así!

—¿Pues qué soy?...

—¿Usted? Usted es un desgraciado, un hombre que sufre...⁷

Sintiéndose culpable de la larga agonía de su hijo, sale camino del convento de San Esteban. Todavía le quedaba la esperanza de que Dios se le manifestase. En una celda del convento reza pidiendo la fe de la infancia, pero el milagro no se produce. La única solución posible para su desesperación ahora es la autodestrucción, el suicidio, igual que para Joaquín:

Tú recuerdas cómo busqué refugio y socorro en la iglesia contra esta maldita obsesión que me embarga el ánimo todo, contra este despecho que con los años se hace más viejo, es decir, más duro y más terco, y como, después de los mayores esfuerzos, no pude lograrlo. No, no me

⁵ *Ibid.*, *San Manuel Bueno, mártir*, vol. II, p. 1134.

⁶ Véase Jesús A. Collado, *Kierkegaard y Unamuno*, Madrid: Edit. Gre-dos, 1962, p. 380.

⁷ Unamuno, *Abel Sánchez*, *op. cit.*, vol. II, p. 703.

dio remedio el padre Echeverría, no pudo dármelo. Para este mal no hay más que un remedio, uno solo.

.....
—Para ese mal no hay más remedio que la muerte.⁸

La crisis de 1897 fue condicionada por un proceso psicológico de introversión, el cual a su vez estaba condicionado por las circunstancias de ambiente, en particular por las sociales. Al vivir en medio de la mediocridad, se acrecentaba su deseo de gloria y su necesidad de ser escuchado, exasperándose ante la incomprensión que le rodeaba. Su vida de Salamanca podría clasificarse de rutinaria, de no ser por la constante lucha interna de su intimidad apasionada. Este adentramiento en sí mismo, producto de su temperamento y del paisaje castellano, contribuyó poderosamente a esa crisis, de la que ya no se levantaría jamás. A partir de esta durísima etapa de su vida, le acechan constantemente tres ideas terribles, según lo escrito en su *Diario íntimo* ese año fatídico 1897 y, después, en *Amor y pedagogía*. Una es la idea de si estará loco, otra es la preocupación por lo que dirá la gente y la tercera, la más persistente, la más terrible de todas, es la idea del suicidio. Mientras el silencio de Dios se hace aplastante, quiere acabar consigo, que es la fuente de sus desdichas propias. Tan tenaz es la inclinación a la autodestrucción que desde entonces la mayoría de los héroes de sus novelas se suicidan, trata el tema en varios de sus ensayos y hasta se le califica de inductor al suicidio, lo cual le hiere profundamente:

Y ahora —escribe en 1930—, mis lectores, los que han leído antes mi *Amor y Pedagogía* y mi *Niebla* y mis otras novelas y cuentos, recordando que todos los protagonistas de ellos, los que me han hecho, se murieron o se mataron —y un jesuita ha llegado a decir que soy un inductor al suicidio—, se preguntarán cómo acabó Emeterio Alfonso.⁹

Otro hecho que sacude fuertemente el alma de Unamuno el año siguiente, 1898, y que despierta el fantasma un tanto adormilado de su determinación de quitarse la vida, principalmente considerando lo que la acción representa para sí, es el suicidio de Ganivet. Los dos helenistas se habían conocido hacía siete años en unas oposiciones, estrechándose desde entonces una amistad para siempre, que era la expresión de la afinidad temperamental existente entre ambos. Unidos por el recuerdo y la insatisfacción, los dos su-

⁸ *Ibid.*, p. 737.

⁹ *Ibid.*, "Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida", vol. II, p. 1209.

fren el mismo mal de España, mal en el que Unamuno ve el principal motivo del suicidio de su hermano en el dolor:

Aparte de los motivos privados que llevaron a Ganivet a quitarse la vida, yo me explico siempre este suicidio por la índole misma de su manera de trabajar. No era posible que resistiese mucho tiempo aquel cerebro poderosísimo moliendo tan vertiginosamente y con tan poco trigo. Tenía que molerse a sí mismo.

Y bastantes años más tarde en otro artículo, escrito con motivo del traslado de los restos de Ganivet, explica cuál es la situación de ambos con respecto a España y su actitud hacia la patria, aprobando la acción del granadino:

¡Pobre amigo Ganivet! Vuelven tus huesos a reposar sobre los huesos, sobre la roca de España —más nuestra hija que nuestra madre— vi- viendo y soñando yo, tu amigo y compañero de buen combate, fuera de ella para mejor servirla. . . Y a las veces pienso si no fue a tiempo que dimitiste tú. . . el cargo de la vida, . . .

Se me anuda la garganta, se me empañan los ojos y en la mano me tiembla la pluma de acero, nuestra arma, al pensar si un día rendiré también mi último soplo, como tú el tuyo, fuera de nuestra España —cuyo amor ha unido nuestros nombres—, . . . Y me acongoja el pensar si España, esa España ibérica cuyo porvenir fue nuestra cuita común y recíproca, será entonces digna de abonarse con el polvo que fue corazón que tanto y tan locamente la quiso.¹⁰

El suicidio de su amigo le parece algo inevitable, porque no había nada que pudiera satisfacer en lo más mínimo su amor sincero, que es a lo que en realidad se reduce también su propia vida, insatisfacción interior perpetrada en la situación familiar y en la situación de la patria:

¡Crear con ideas de muerte! ¡Qué terriblemente berberisco es esto! ¡Y qué terrible la amplitud y la nobleza de las ideas de muerte! Con esas ideas se suicidó en Riga, entre Germania y Rusia, Ganivet, y con ellas acabaría por suicidarse su patria. Y al fin Ganivet se quitó la vida arrojándose al mar, por "el amor que viene del corazón, y que lo ama todo, y aún falta realidad para satisfacerle". ¡Le faltó realidad para satisfacer a su corazón, que lo amaba todo!¹¹

¹⁰ *Ibid.*, "Ganivet y yo" y "Angel Ganivet", vol. VIII, pp. 255 y 638.

¹¹ *Ibid.*, "Pío Cid sobre la neutralidad", vol. III, p. 1183.

Pros y contras del suicidio

PARECE que Unamuno, abrumado por todas esas desgracias, tenía suficientes excusas para satisfacer su obsesión de dimitir la vida. Sin embargo no se atreve a consumar el acto, detenido por varios motivos. El primer obstáculo que se le presenta, es el amor a los suyos. La fuerza que lo empuja al suicidio no deja de ser una tentación que debe procurar vencer, porque le preocupa lo que va a ser después de su esposa e hijos, que son los que le atan a esta vida. De no ser por eso, no le merecería la pena permanecer en este mundo ingrato. Juntamente con eso le retiene además el temor de que sus recuerdos le acompañen al más allá:

—Quiero decir, don Joaquín, que de buena gana dejaría de ser, o dicho más claro, me pegaría un tiro o me echaría al río si supiera que los míos, los que me atan a esta vida perra, los que no me dejan suicidarme, habrían de encontrar un padre en usted. ¿No comprende usted ahora?

—Sí que lo comprendo. De modo que. . .

—Qué maldito el apego que tengo a la vida y qué de buena gana me separaría de mí mismo y mataría para siempre mis recuerdos si no fuese por los míos. Aunque también me retiene otra cosa.

—¿Qué?

—El temor de que mis recuerdos, de que mi historia me acompañen más allá de la muerte.¹²

El choque entre la caducidad del mundo y el amor le suscita el deseo de eternidad, porque si el amor no es un absurdo en sí es fozosamente inmortal. Y únicamente por la inmortalidad del amor le tiene sentido el existir. La tentación del suicidio fue su tentación mayor y más persistente, que le duró toda la vida. Para no sucumbir a ella tuvo que esforzarse en conservar la vida, siéndole ese combate contra el suicidio ya un suicidio continuo, mental y espiritual: "¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; . . ."¹³ Considera el suicidio una búsqueda de la liberación de sí mismo, un ansia de acabar con el alma y la conciencia propias no con el cuerpo. Muchos de los que se quitan la vida lo hacen, creyendo irónicamente que se liberan de sí mismos, no porque pretendan despojarse de sus vidas por duras que sean:

¹² *Ibid.*, *Abel Sánchez*, vol. II, p. 741.

¹³ *Ibid.*, *San Manuel Bueno, mártir*, p. 1144.

¡Cuántos de los que se suicidan lo harán por libertarse de sí mismos y no de una vida gravosa! El suicida quiere despojarse de sí, no de su vida; de su alma y su conciencia, no del miserable cuerpo de muerte que pedía verse libre el apóstol. Y hay muchos suicidas morales que se esfuerzan por ahogar su alma...¹⁴

El antídoto más eficaz contra la tentación del suicidio es la perpetuación de la existencia por medio de los hijos carnales y los de la creación, las obras literarias, principalísimamente por los primeros:

Y aún me suena lo que hace más de treinta años le decía... mi don Fulgencio Entrambosmares a mi pobre Apolodoro: "Vivir yo, yo, yo, yo, yo... Pero haz hijos, Apolodoro, haz hijos".

Y luego lo que decía Hildebrando F. Menaguti, poeta, que "los grandes amores tienen por fin producir grandes obras poéticas; los amores vulgares terminan en hacer hijos; los amores heroicos en hacer poemas o cuadros o sinfonías".

Sólo que Menaguti, poeta, pero no padre, ignoraba que no hay obra poética más grande que un hijo o hija.¹⁵

Otros factores que se cuentan entre las razones poderosas para que Unamuno no llevase a cabo su determinación de quitarse la vida, son el ansia de fama de su yo externo y teatral, y el ansia de inmortalidad de su yo íntimo. Nos hallamos ante un hombre obsesionado por la nada de ultratumba y perseguido por el espectro de la muerte, de lo cual tenemos testimonios abundantes en todos sus escritos desde inmediatamente después de su crisis hasta sus últimos días. En "La redención del suicidio", publicado en junio de 1901, dice que le obsesiona la muerte y siente gran curiosidad por saber lo que hay después de ella:

¿Cómo será la muerte? —se preguntaba—. ¿Qué sensación dará el morir? Y ¿qué será lo que haya realmente detrás de ella? ¿Detrás?, quiero decir después. La verdad es que, aun cuando no fuese más que por saberlo, era cosa de procurársela... la obsesión de la muerte no le abandonaba un solo día; y no era una obsesión dolorosa, nada de eso; era curiosidad de investigador celoso.¹⁶

¹⁴ *Ibid.*, *Diario íntimo*, vol. VIII, p. 797.

¹⁵ *Ibid.*, "Prólogo-epílogo a la segunda edición", Vol. II, pp. 311-312.

¹⁶ *Ibid.*, "La redención del suicidio", p. 800.

En 1915 rechaza rotundamente la existencia de un más allá cuando se le aparece Augusto Pérez, a quién, como autor, no había dejado suicidarse, sino que lo había condenado a morirse:

—¿Y qué tal te va en el otro mundo? —le pregunté.

—¿En el otro? —me contestó— ¿Y cuál es el otro? ¿Cuál no el otro? ¿Cuál éste? ¿A qué llamamos el otro mundo? ¿Es que creéis que hay más que uno? . . .

—El de después de la tumba —le dije.

—Es el mismo que el de antes de la cuna —añadió—. ¹⁷

Es decir, que el más allá se reduce a la nada, según deja ver en las últimas palabras de esta cita. En *San Manuel Bueno, mártir* vuelve a insistir varias veces que la vida eterna no existe. Lo implica cuando dice que en la misa el sacerdote don Manuel, al llegar a las palabras del credo: "creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable", se callaba. Más explícitamente lo insinúa en el pasaje en que la madre de Angela está en el lecho de muerte y el sacerdote le dice que su cuerpo y su alma se quedarán aquí viviendo entre sus hijos. Pero cuando ya se le aproxima el fin de sus días a don Manuel, dando la última comunión general, al llegar el turno de Lázaro se le acerca al oído y le murmura que la única vida eterna que existe es ésta: "Cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura, después del litúrgico: ' . . . *invitam aeternam*', se le inclinó al oído y le dijo: 'No hay más vida eterna que ésta. . .'" ¹⁸

La existencia, como labor que consume toda la dimensión de la vida y no establece la norma definitiva del ser humano, es problema para el hombre, porque constituye la tarea de su libertad, que es el aspecto ético del problema de existir. Unamuno, obsesionado consigo mismo, identifica el concepto de existencia con el de esencia, al modo de Spinoza, concibiendo la esencia exclusivamente como aquello que existe y está existiendo. Esto está patente en los lamentos del perro Orfeo a la muerte de su amo Augusto en *Niebla*:

¡Pobre amo mío!, ¡pobre amo mío! ¡Se ha muerto, se me ha muerto!
¡Se muere todo, todo, todo; todo se muere! Y es peor que se me muera todo a que me muera para todo yo! ¡Pobre amo mío!, ¡pobre amo mío! Esto que yace aquí, blanco, frío, con olor a próxima podredumbre, a carne de ser comida, esto ya no es mi amo. ¹⁹

¹⁷ *Ibid.*, "Una entrevista con Augusto Pérez", vol. III, pp. 361-362.

¹⁸ *Ibid.*, *San Manuel Bueno, mártir*, vol. II, p. 1147.

¹⁹ *Ibid.*, *Niebla*, p. 678.

La muerte destruye la existencia y con ella la esencia, vuelve los seres a la nada. Todo está destinado a la nada, por consiguiente, también él se esfumará en la niebla del no ser. Lo cual se deduce de lo que continúa diciendo en el lamento, al preguntarse dónde habrá ido a parar su amo, "dónde estará aquello que en él hablaba y soñaba". Llega a la fatídica conclusión de que se deshizo en niebla, es decir, se volvió a la nada de que brotó, lo mismo que acontecerá consigo mismo. Esta oración fúnebre es uno de los casos más evidentes de la novela en que Unamuno se sirve de Orfeo para transmitir al lector sus propios razonamientos filosóficos. No cabe la menor duda de que la conclusión a que llega el perro, es lo que el escritor teme que acontezca con él. Es éste temor de volverse nada absoluta, por lo que no cae en la tentación del suicidio físico, creciendo en él el ansia de serse, de serlo todo y eternizarse por medio de la fama y de los hijos.

Inmortalidad y fama

IGUAL que don Quijote, Unamuno substituye la inmortalidad personal en el otro mundo por la sobrevivencia histórica en éste, por el afán de fama eterna. En su concepción antropológica se da una antinomia radical inherente a la conciencia, hija de la reflexión que, a su vez, supone una limitación. Su congoja proviene de su limitación y su horror a la nada, pues el hambre de inmortalidad le produce el dolor de no poder ser todo sin peligro de no ser nada. De ahí que hubiera preferido no haber nacido, pero como esto es inevitable, considera que lo mejor es permanecer el mayor tiempo posible sobre la tierra y no caer después en el eterno vacío haciendo su nombre imperecedero:

¿Sabes quién fue Eróstrato? Fue uno que quemó el templo de Efeso para hacer imperecedero su nombre; así quemamos nuestra dicha para legar nuestro nombre, un vano sonido, a la posteridad. ¡A la posteridad! Sí, Apolodoro... , no creemos ya en la inmortalidad del alma y la muerte nos aterra, nos aterra a todos, a todos nos acongoja y amarga el corazón la perspectiva de la nada de ultratumba, del vacío eterno... Y como no creemos en la inmortalidad del alma, soñamos en dejar un nombre, en que de nosotros se hable, en vivir en las memorias ajenas. ¡Pobre vida!²⁰

²⁰ *Ibid.*, *Amor y Pedagogía*, pp. 383-384.

De aquí deduce que únicamente puede llegar a cometer suicidio el que deteste la muerte, empujado por el odio hacia ella. El que realmente la desee se goza esperándola por más paradójico que esto parezca: "Sólo se suicida el que odia a la muerte; los melancólicos enamorados de ella viven para gozar en esperar, y así, cuanto más tiempo la esperan, más tiempo gozan. . ."²¹ O también el que nace con el suicidio en el alma, como Ramón Nonnato, el suicida, a quien sacaron del cadáver tibio de su madre muerta momentos antes de darle a luz. Aunque no todos éstos se suicidan, sino que algunos se imponen a la tentación defendiéndose de ella. Unamuno se incluye a sí mismo en este grupo, como el sacerdote de *San Manuel Bueno, mártir* y su padre:

Mira, ayer, paseando a orillas del lago me dijo: "He aquí mi tentación mayor". Y como yo le interrogase con la mirada, añadió: "Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida. . . torturado por la tentación de suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, *de nación*, me decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida. Para no sucumbir a tal tentación extremaba los cuidados por conservar la vida. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. Y yo la he heredado. ¡Y cómo me llama esa agua. . . !"²²

Después de la crisis del 97, debió surgir en el interior de Unamuno una lucha terrible entre su ansia de ser famoso y su llamamiento a una vida religiosa, venciendo la primera. Entonces desea satisfacer su vanidad incontenible, presente siempre en todos sus gestos y gritos. Lucha por la inmortalidad personal en esta vida, mediante la supervivencia en la memoria de la humanidad. Esta eternidad material sólo la alcanzará, como queda explicado, por la continuación de sí mismo haciendo hijos que, a su vez, tengan otros hijos y éstos otros y otros hasta el infinito. Así en esta cadena de descendientes irán resucitando continua e infinitamente sus antepasados. Los que no transmitan su sangre a otros seres semejantes en los que resuciten eternamente, se immortalizan por sus obras, que son las que contienen el espíritu entero de su autor. De esta suerte, el que herede esas obras recibe en ellas su creador:

Y así, cuando entre los nietos de nuestros nietos surja el hombre-espíritu, cuando sea todo él conciencia, conciencia refleja su organismo todo, cuando la tenga de la vida de la última de sus células y del espíritu de ésta, entonces resucitarán en ellos sus padres y los padres

²¹ *Ibid.*, p. 372.

²² *Ibid.*, *San Manuel Bueno, mártir*, p. 1144.

de sus padres, resucitaremos todos en nuestros descendientes... ¿Y los que no tengamos hijos, Apolodoro? Aquí está el problema que me ha torturado siempre. Los que no tenemos hijos nos reproducimos en nuestras obras, que son nuestros hijos; en cada una de ellas va nuestro espíritu todo y el que la recibe nos recibe por entero.²³

El hecho de que esta inmortalidad es exclusivamente material no le importa, lo esencial es vivir eternamente, porque la vida pesa y la muerte aligera. Es decir, la vida tiene valor, mientras que la muerte equivale a cero, a la nada. La inmortalidad consiste para él principalmente en la persistencia de la existencia de su yo, que conseguirá teniendo hijos: "Me llaman materialista. Sí, materialista, porque quiero una inmortalidad material, de bulto, de substancia... Vivir yo, yo, yo, yo, yo... Pero haz hijos, Apolodoro, ¡haz hijos!"²⁴ Unamuno no se resigna al aniquilamiento, tiene la voluntad y el deseo de ser eternamente. Su angustia es, además de depresión, acicate del espíritu y aguijón en la carne que le mueve a obrar. Del pasmus ante la muerte saca energía para la vida, cree en la redención de la propia vida con otra. Entonces la suya cobra valor y ya no es cosa de perderla, el suicidio ya no le hace sentido. Le sucede como al personaje suyo de "La redención del suicidio" que salió decidido a pegarse un tiro, saliéndole en ese instante dos ladrones a robarlo, mató a uno y el otro se escapó. Desde ese momento ya no pensó más en suicidarse, porque su vida, que había costado la de otro, ahora era algo precioso:

Mi vida ha costado otra —se decía—; la he comprado ya; no es cosa de perderla... ¡Quiá, ni me dejo matar ni me mato ya! ¡A ver quién es el guapo que me suicida!...

Parecía ya que era su vida algo precioso, no don gratuito como hasta entonces, que se la había comprado al destino al precio de otra vida. Y cuando leía de algún suicidio decía: "A este pobre diablo no intentaron matarle". Llegó a comprender que un hombre se deje matar o se muera, pero que se mate... ¡eso de ninguna manera!²⁵

En el caso de poner fin a su vida, sólo dejaría de vivir; pero no moriría por completo. La muerte cumplida únicamente existe cuando el que muere perdura en alguna manera tras ella, de lo contrario, sólo sería un acontecer exterior al individuo mismo. Para que exista la muerte, el hombre tiene que ser inmortal, sino cuando le lle-

²³ *Ibid.*, *Amor y Pedagogía*, p. 382.

²⁴ *Ibid.*, p. 385.

²⁵ *Ibid.*, "La redención del suicidio", p. 802.

gase la muerte él ya no existiría, no se encontraría con ella y, por consiguiente, no le tendría realidad ninguna. A don Miguel le dice el instinto que se haga inmortal, siente un ansia loca de ser eternamente, aunque no sea más que inmortalidad material: "Y ahora, . . . parece que le grita con más fuerza a Apolodoro su instinto: ¡hazte inmortal! Es una ansia loca, ansia que exaspera un día que ve a Clarita y ya no puede contenerse."²⁰

Todo lo expuesto es un testimonio evidente de que Unamuno, abrumado por las desgracias familiares y patrias concibió la idea de suicidarse. Esto se deduce de su vida misma y de sus obras, que son la expresión de su sentir y donde insistentemente trata el tema del suicidio. Sin embargo no llegó a la realidad de quitarse la vida, sino que luchó tenazmente contra esa tentación, siendo tal lucha en sí un suicidio. Las principales razones por las que consiguió triunfar de su obsesión, fueron el amor sin medida a los suyos y a la patria, así como su horrible temor a la nada, que le despertaron su extraordinario deseo de inmortalidad. Como hallaba difícil el creer en el otro mundo, porque no podía explicárselo fácilmente por la razón, se contentó con la inmortalidad de la fama en éste. Esta supervivencia fue a la que se agarró y por la que luchó con todas sus fuerzas.

²⁰ *Ibid.*, *Amor y Pedagogía*, p. 393.

LA CINTA AZUL Y BLANCA Y LA DIVISA PUNZO

Por *Enrique ANDERSON IMBERT*

José Mármol (1817-1871) noveló en *Amalia* (1855) las aventuras de un intrigante. En el Buenos Aires de 1840, en pleno régimen de terror, Daniel lleva una doble vida. Se hace pasar como adicto a don Juan Manuel de Rosas y con la divisa punzó cosida al pecho frecuenta tan campante las asambleas y tertulias de la "Santa Federación". Al mismo tiempo el muy hipócrita ayuda a los "Salvajes Unitarios" y prepara la revolución que, con la bandera azul y blanca desplegada al viento, derroque al "Tirano". Mármol describe a su héroe con los típicos contrastes románticos: es serio y travieso, inteligente y frívolo, apasionado y astuto, entusiasta y melancólico. En los cinco primeros capítulos de la tercera parte Daniel se escapa a Montevideo. Misión: procurar que el general Lavalle invada la ciudad de Buenos Aires. Visita al cónsul francés, monsieur Claude Buchet de Martigny, y en su casa conoce a los unitarios Julián Segundo de Agüero y Florencio Varela, antiguos funcionarios del presidente Rivadavia. Y así por el estilo.

Entre los papeles que dejó Mármol —¿o debo decir: que un librero me vendió como si fueran de Mármol?— creo haber encontrado el borrador de esos capítulos. Es posible que sea inferior a la versión definitiva pero allí figura un episodio que, a pesar de haber sido rechazado por el autor, merece que los especialistas en literatura argentina lo conozcan. Yo, estudiante sueco, me limito a publicar mi hallazgo. (*Ibero-Amerikanska Institutet in Gothenburg.*)

* *

DEJÓ atrás el desembarcadero y, a las pocas cuerdas, en el escaparate de una tienda, vio una cinta azul y blanca. ¡Cómo se conocía que ya no estaba en Buenos Aires! Para poder saludar los colores de la patria había que expatriarse a Montevideo. ¡Qué vergüenza! Saltó al umbral, que estaba a media vara del nivel del suelo,

y entró. Se le acercó el tendero, un anciano gigantesco pero con rostro de señora:

—¿Se le ofrece algo?

—Sí. Esa cinta, por favor.

El tendero lo miró intensamente como si quisiera sondearlo hasta lo más hondo y después le preguntó:

—¿Argentino?

—Sí. ¿Y usted?

—Argentino también. Vivo aquí desde 1829.

—Yo, desde hace un ratito no más.

Las manos se estrecharon igual que en un escudo patriótico.

—En seguida le traigo la cinta.

Se la trajo, y cuando Daniel fue a prendérsela sobre la capa el tendero lo detuvo:

—¿En la capa? ¡Ay, no! Yo la llevaría más alto, como a una bandera.

—¿Así? —y la enarboló hasta casi tocar el techo— ¡Ja, ja! A uno se le cansaría el brazo ¿no le parece?

—Bueno: por lo menos llévela en la cabeza. . .

—¡Hmm! Demasiado llamativo. . .

—¡Llamativo! Hijo, una insignia es una insignia. Si no es para llamar la atención ¿para qué usarla? Permítame.

Le prendió la cinta en la gorra de paño, dio un paso atrás y con aspavientos de árbitro de la moda lo sometió a una inspección ocular:

—Ahora sí. Perfecto. En la vida hay que levantar la cabeza, m'hijo. Levantarla con todo lo que lleva adentro. Ideas, por ejemplo. Ideas de las que esta cinta es un glorioso símbolo. Ya veo . . . porque con toda seguridad no será el sol de hoy lo que le ha empapado la capa . . . ya veo que acaba de salir del río. ¡Chist! Ni una palabra: ya sé en qué condiciones ha viajado. Lo felicito por su decisión. No cualquiera. . . Se lo digo yo, que si sabré. . . ¡Y después tiene miedo de que la cinta sea ¿cómo dijo? 'llamativa'! Oiga: nadie tiene más derecho que usted a llamar la atención con esa cinta. Llévela con orgullo. Orgullo de ser unitario. . . La cinta, en la gorra, sí señor. Mírese, mírese. . . ¡Preciosa!

Y lo condujo ante un espejo.

Al mirarse, Daniel, el gallardo Daniel, se notó encorvado. El sigilo en la última noche, el temor a que lo arrestasen cuando se escabullía hacia la boca del río, las precauciones para embarcarse a escondidas en la ballenera contrabandista, la fatiga de tantas horas de acurrucarse entre las cuerdas durante la borrasca le infundían la psicología del acosado: y ya se sabe, ánimo sobrecogido, cuerpo en-

cogido. ¿Qué se había hecho de su famosa altivez? Miró en el espejo la cinta azul y blanca y se irguió.

—Si usted quiere —sugirió el tendero—, le doy también una escarpela para que se la abroche en la capa. O en la levita, como hacíamos en los buenos tiempos. . .

—No hay que exagerar —contestó Daniel riéndose—. Por el momento, con esta cinta basta.

Quiso pagar pero el tendero no se lo permitió. Agradecido, más alto que nunca porque en lo alto llevaba la cinta azul y blanca, se despidió; y sonriéndole todavía al tendero con paso vivo se largó a la calle. Mala suerte. El umbral, a media vara; y para no aplastar a un cachorro que de pronto descubrió debajo del pie se abrió de piernas, quiso saltar, perdió el equilibrio y cayó.

No se rió el gaucho mulato que, apoyado en un palenque, lo estaba observando. Al contrario: serio, tieso —Daniel hubiera jurado que donde clavaba la vista era en la gorra con la cinta azul y blanca— sacudió la mano y gritó:

—¡Eh, joven!

"Un espía de Rosas; o acaso de Rivera", pensó Daniel. Probablemente lo había visto venir del lado del desembarcadero y se apostó en ese lugar para vigilarlo. Un facineroso, capaz de arruinarle su misión. Hizo, pues, como que no oía, se alejó, dobló en la esquina, tomó el trote, dobló en la otra esquina, se escondió en un zaguán, al rato asomó un ojo y ¡la calle vacía! Había despistado al perseguidor; si es que lo habían perseguido. Más tranquilo, se encaminó hacia la casa de monsieur Martigny. Ya estaba por llamar a la puerta cuando la puerta se abrió de par en par y salieron tres elegantes caballeros.

Por primera vez Daniel perdió su desparpajo al oír los nombres que Martigny pronunciaba en las presentaciones. Eran Julián Agüero y Florencio Varela, notables por los servicios prestados a la patria durante la ilustre presidencia de Rivadavia y, después de la expatriación de 1829, famosos por el brillo con que oponían sus principios 'Unitarios' a las violencias 'Federales'.

Como un personaje de novela histórica que, habiendo brincado de las páginas a las calles, tropezara con tres personas reales, Daniel se sintió gallina en corral ajeno. Y más apocado aun cuando, ya paseando por la plaza a esa hora desierta, tuvo que explicarles que, lejos de desterrarse, regresaría en seguida a Buenos Aires. El malentendido fue inevitable: ¿cómo se las arreglaba —él, que se decía enemigo de Rosas— para que la Mazorca lo dejara en paz, libre, sano y salvo? ¿Eh?

Le cruzó por la mente la idea horrible de que quizá esos caba-

llos estuvieran desconfiando de él. Pero no podían desconfiar. ¿No le estaban viendo la cinta azul y blanca en la gorra? "Tienen que saber que soy unitario como ellos", pensó. E inspirado por esa cinta que desde arriba lo defendía se sobrepuso a la timidez, cuadró los hombros, alzó la voz y empezó a hablar con brío.

—No necesita disculparse —lo interrumpió Varela—. Usted parece un gallito de riña, con la cresta desafiante. Menos mal que esta cresta, gracias a Dios, colorada no es, colorada no es. Me gusta, amigo, el modo con que levanta la cabeza, como si quisiera llamar la atención sobre algo. . .

Varela ¿se estaría burlando? No. . . A lo más, una alusión irónica a lo que tal vez le pareciera mal gusto. "Demasiado llamativo". ¿No se lo había dicho al tendero? Se sintió molesto; y porque se sintió molesto reparó de pronto en que la gorra le apretaba la frente. La hubiera aflojado con el dedo a no ser que, tocarla en ese momento, después de la irónica alusión de Varela, hubiera sido confesar que, en efecto, su emblemática gorra era una cresta de gallo, sólo que azul y blanca, no roja, y que gracias a ella iba a cantar verdades. La gorra era más que una contraseña: era un amuleto, un talismán. De un modo inexplicable el prestigio de la cinta azul y blanca lo ayudaría a persuadir a esos caballeros unitarios. Con fe, con firmeza, con fluidez, expuso, pues, su programa. La expatriación —se atrevió a decirles— es un error. El deber de los argentinos es quedarse en Buenos Aires y esperar la hora de la revolución; y los expatriados como Agüero y Varela deberían convencer al general Lavalle para que invada inmediatamente la ciudad de Buenos Aires. . .

Agüero y Varela, adustos, lo interrumpieron con objeciones y reproches pero Daniel, consciente de que estaba amparado por la cinta azul y blanca que, prendida a su gorra, representaba la patria de Moreno, Belgrano y Rivadavia, insistió. Un poco más y los persuadía. . .

Los caballeros se saludaron: era la despedida. Daniel les rogó que le concedieran una entrevista más, solamente una entrevista más. . .

Muy bien. Mañana temprano, todos, a reunirse con la Comisión Argentina. ¿De acuerdo? De acuerdo.

Sí. Estaba seguro de que en esa reunión los convencería. Contento, ufano, Daniel volvió a la tienda. Convenía que llevara a la reunión no sólo la cinta, sino también la escarapela que el tendero le había ofrecido.

Al verlo entrar el tendero exclamó:

—Ya sabía que volvería.

—¿"Sabía"? ¡Cómo pudo "saber"!

Se la estaba guardando —continuó el tendero. Y le extendió una cinta azul y blanca.

—No, no —dijo Daniel—. Lo que quiero ahora es una escarpela. Cinta, ya tengo.

—Tenía.

—¿Qué dice?

Daniel no pestañeó. Había llevado la mano a la gorra pero la detuvo a medio camino y ya la bajaba: acababa de recordar el porrazo que se dio por no pisar al cachorro y la disparada para eludir al gaucho mulato. La cinta debió de quedar en el suelo. Y al pensar en los misteriosos influjos que, mientras arengaba a los unitarios, creía recibir de ese cielo que le tocaba la cabeza, rompió a reír a carcajadas. Apenas oía la explicación del tendero:

—... la recogió del suelo y vino a devolvérmela. Respetuoso como un celebrante, con el sombrero en una mano y la cinta azul y blanca en la otra. ¡Lo viera! Un pobre gaucho mulato...

“EL GRECO”, POR MANUEL B. COSSIO¹

EL tiempo es prueba inexorable para los libros. A unos, que al salir a luz tuvieron muchos lectores, les hunde para siempre en el olvido; otros, menos numerosos, con los años, con los siglos, arraigan más y más en el pensamiento y en el corazón de las gentes. Este libro de Cossío se publicó por primera vez en 1908. Los muchos años transcurridos han comprobado su valor. Diríamos que entre los aficionados al arte (¿y quién no lo es?) ahora el Greco es más popular, mucho más que entonces.

El hecho es curioso. Casi lo mismo que con los cuadros de El Greco ha sucedido con los del pintor holandés Vermeer. No es verdad, como algunos han dicho, que los contemporáneos de estos artistas no les estimaron; si lo es que no les estimaron todo lo que ellos merecían. Se sabe que al funesto de Felipe II (ídolo de los franquistas de ahora) no le gustaba la pintura de El Greco. Fue durante el siglo XVII y la primera mitad del XIX cuando más se tuvo en olvido a estos dos pintores tan estimados ahora. Respecto a El Greco, como era innegable algo bueno en parte de su obra, algunos llegaron a pensar que a veces estuvo cuerdo y a veces loco. Cuando de 16 años llegué a Madrid a continuar mis estudios, vi los Grecos que están en el Museo del Prado; me gustaron los retratos y la Trinidad, no los otros. Tuve la suerte de ser alumno de Cossío, en la Institución. El año 1907, en Santo Tomé de Toledo, delante del cuadro, leyó Cossío para un grupo de amigos y para los alumnos mayores de la Institución su capítulo sobre “El entierro del Conde Orgaz”. Asistí a esta lectura. Casi todo el tiempo estuve mirando la parte de abajo, que quedó grabada en mí para siempre. La de arriba no la entendí entonces. Gracias a Cossío y a antiguos discípulos suyos ahora me gustan, me entusiasman, las dos. ¿Una es obra de El Greco loco y la otra de El Greco cuerdo? Esta explicación se viene abajo por sí sola. Ya nadie piensa en ella.

El cambio producido en mí es el mismo producido en el público que va a los museos. Contaré tres casos. He estado en Nueva York sólo dos veces y por muy poco tiempo. Allí lo que más me interesaba era ver sus museos de pintura. En el Metropolitano aprovechaba hasta el último minuto, hasta que sonaban los timbres. Entonces la gente se aglomera en la es-

¹ Barcelona. Editorial R. M. 1972.

calinata de salida. A mí me tocó bajarla al lado de una dama acompañada de una jovencita y tan cerca de ellas que sin querer oí lo que hablaban. La mayor dijo: "Lo que más me ha gustado de lo que he visto hoy ha sido El Greco". (El Metropolitano tiene el mejor retrato y el mejor paisaje de El Greco).

En Filadelfia también he estado dos veces, de pasada, para ver su buenísimo museo de pintura. Una de ellas tuve la suerte de coincidir con la celebración del primer centenario del museo. Consistió en invitar a otros museos para que mandasen uno de sus mejores cuadros. El de Filadelfia invitó al público para que declarase qué cuadro le había gustado más. Uno de los dos que tuvo más votos fue la "Vista de Toledo" por El Greco, que había prestado el Metropolitano de Nueva York.

Tercer caso: en el catálogo de la "Frick Collection" de Nueva York, escrito para el público que la visita, no para especialistas, al hablar de El Greco se dice que "Ningún otro pintor ha ejercido influjo más profundo en el arte moderno".²

Ya he escrito antes sobre este punto.

¿A qué se debe este cambio en el gusto del público? Sobre todo al libro de Cossío que comentamos ahora. Digo sobre todo, no solamente. Creo que su influjo en las masas no fue directo, debido al precio de su libro "El Greco" en la 1.ª edición (1908) y a su extensión, aunque es de lectura agradable. El Greco ha llegado más al gran público a través de Barrés y Somerset Maughan, por ejemplo, que a través de especialistas. Mas me consta que Barrés antes de ir a Toledo, al pasar por Madrid, visitó a Cossío. Y conozco una carta todavía inédita de Berenson a familiares de Cossío diciendo que a éste debe el haber fijado su atención en El Greco. Y el crítico de arte alemán Meier Graefe en su libro "Spanische Reise" habla repetidamente de Cossío y cuenta la relación personal que con éste tuvo en Madrid.

El libro de Cossío no ha perdido actualidad. El profesor Camón dice en su extensa obra "Dominico Greco": "El libro capital para el conocimiento erudito y la interpretación estética del Greco es el de Manuel B. Cossío". . . Como ha dicho Marañón, Cossío "ha alcanzado la rarísima gloria de hacerse inmortal con un libro único. . . y todo el libro redactado en un lenguaje terso y vibrante, de elegante sobriedad."

También le elogia (aunque en algún punto le rectifica) el Sr. Gómez Moreno, a quien Cossío estimaba mucho y cuya rectificación aprobaría.

En un libro de reproducciones de El Greco publicado hace pocos años en España, en su estudio preliminar, el profesor Leo Bronstein afirma que el libro de Cossío es todavía el más importante que se ha escrito sobre el

² "No other painter has exerted a profounder influence upon modern art".

Greco (el libro de reproducciones se titula "El Greco" y está agotado, otra prueba de la popularidad del artista cretense-español).

Esta nueva edición de la obra "El Greco" no se limita a reproducir la primera edición. Tiene adiciones escritas por el mismo Cosío. Recuerdo una muy importante que leí por primera vez cuando se publicó hace no pocos años en una revista de Madrid. Fue causada por el hecho siguiente: años después de publicada la primera edición de "El Greco", en el convento de San Ginés de Madrid encontraron un Greco desconocido hasta entonces. (Las monjitas no entendían de Grecos). Representa la "expulsión de los mercaderes del templo". Es de la última época de El Greco. Con el mismo asunto pintó otro cuadro en su primera época, la de residencia en Italia, y hasta varios más a lo largo de su vida, de tal modo que este asunto está representado desde este descubrimiento en todas las épocas de su obra. Caso único. Gracias a este hallazgo se puede seguir la evolución seguida por El Greco en la composición de sus pinturas. Muy interesante es lo que Cosío escribió sobre este asunto. Ahora puede leerse en la nueva edición de su libro.

Una prueba más de las injusticias que con España se han cometido en el extranjero desde hace varios siglos. Maurice Legendre, director de la Casa Velázquez³ de Madrid en un libro titulado "El Greco" dice en inglés: "Hacia 1890 el crítico A. Alexander escribió: "Aquí en París seremos tres de nosotros los que admiramos las obras de este pintor". Esto señala el comienzo de la rehabilitación de "El Greco". En él, en Legendre, es imperdonable, porque me consta que conoció personalmente a Cosío, quien en el prólogo de su libro dice: "ya en 1886 había escrito (Yo) que contaba a El Greco "entre los pocos grandes pintores geniales de la escuela Española".

Como los franquistas, faltando a la verdad, han dicho que durante la guerra civil española el gobierno republicano no se ocupó de salvar las obras de arte, contaré aquí algo muy poco conocido. Cuando Toledo estaba ya bajo el fuego del enemigo y a punto de que éste entrara en él, por orden del gobierno el mejor cuadro de El Greco, el "Entierro del Conde de Orgaz", fue descolgado, y sin sacarlo de la iglesia fue trasladado a un sótano donde no corría peligro. Cuando éste pasó volvieron a colocarlo en su antiguo lugar.

Sobre el bizantinismo de El Greco los eruditos han escrito no poco con escasos resultados. Yo me voy a atener en esto a lo que me han dicho mis ojos. Cuando estuve en Moscú, que tiene tres museos de pintura, visité más de una vez el de pintura rusa, el Tretyakov, y en él me interesó sobre todo la sala de iconos. Era algo nuevo para mí. Supongo que El Greco de niño y de joven vio iconos semejantes a éstos, en una edad en que las imágenes se graban con fuerza para siempre en la memoria. Últimamente

³ Así se llama, "Casa Velázquez", el Instituto francés de Madrid.

he vuelto a ver buenas reproducciones de esos iconos rusos.⁴ Ayudan a comprender la pintura de El Greco. Lo que tanto ha chocado en ella a muchos europeos occidentales era para él algo natural, con lo que estaba familiarizado desde su infancia.

Advierto en estos iconos y en los cuadros de El Greco estas tres notas comunes:

1) La proporción (o, si se quiere, desproporción) de la figura humana; la cabeza, las manos y los pies muy pequeños y el resto del cuerpo muy alto. Acaso las primeras veces El Greco hizo esto sin pensar, resultado de lo que había visto desde niño; después con plena conciencia de su valor estético. No recuerdo donde he leído que alguna vez dijo: "Lo peor que le puede pasar a un cuadro es que sus figuras sean enanas".

2) Grandes manchas de colores fuertes.

3) La intención de producir una emoción religiosa.

De este modo lo que algunos han llamado "locura" de El Greco se convierte en algo muy natural, muy normal: pintar conforme a las imágenes que hemos percibido desde la infancia, y que son las más arraigadas en nosotros.

Por supuesto, lo que al principio acaso se hizo sin pensar, luego El Greco lo pintó con plena conciencia de que tenía un valor estético, expresivo.

Termino estas desordenadas notas con unas palabras del propio Cossío y que él, por modestia, jamás hubiese publicado. En carta⁵ dirigida a un amigo íntimo que era para él como un hermano, le dice poco después de publicar su libro "El Greco": "Ahí tienes 'El Greco'. No me da vergüenza decírtelo. Aseguran las gentes que ha sido el éxito más universal y unánime de la librería española desde hace treinta años. Ya te enviaré alguna vez lo que sobre él se ha escrito. A veces es cómico. El artículo más laudatorio y entusiasta... ¡de un reverendo padre Agustino! —Bertaux, el profesor de Lyon, me escribe: 'C'est le plus beau livre d'art dans toute la littérature européenne'. Tú debes comprender por qué te cuento esto. Me parece que hablo contigo de una 3a. persona. No doy valor a nada de ello, si no es cuanto tiene importancia real y positiva para la obra de esta Casa⁶ y para que cuando llegue la hora de verme solo... o solo el primero, la conciencia social me reconozca capacitado para tamaña responsabilidad,⁷ como antes se decía. Sí, querido mío, "El Greco" me ha dado una consagración, dentro y fuera, como yo no merecía, ni podía soñarla. No sé si te he dicho que de todas partes quieren traducirlo. Pero no sé si llegará a hacerse. Meier

⁴ En el librito titulado *Russian Icons* de la serie *A Mentor-Unesco Art Book*, Nueva York, 1962.

⁵ Acaba de publicarse en el libro póstumo "Manuel B. Cossío, Cartas inéditas, necrologías y otros escritos" (México, 1973).

⁶ La Institución Libre de Enseñanza.

⁷ La de dirigir la Institución.

Graefe, el crítico modernista alemán, a quien A. conoció en casa, es el que está empeñado ahora en arreglar el asunto para que Cassirer, en Berlín, haga a la vez las traducciones alemana e inglesa y francesa".⁸

Dos citas más referentes al libro "El Greco": una tomada del libro de José Angel Valente titulado "Las palabras de la Tribu" (Editorial Siglo XXI, de España, 1971):

"Pues el libro de Cossío sobre el Greco, fruto de investigación y técnica, es a la postre y sobre todo un libro creador de primera magnitud. Como tal lo vieron desde una genérica tradición liberal Gregorio Marañón o desde el tradicionalismo sin orejas Menéndez Pelayo; y, en ámbito ajeno, los Meier Graefe, los Wölfflin o los Berenson. Todavía ahora, en reseñas recientes de publicaciones sobre El Greco, no falta la referencia al obligado, indispensable libro de don Manuel B. Cossío. Conviene decir que la publicación de la monografía sobre El Greco fue acontecimiento esperado, primero y ampliamente comentado, después, en toda Europa, donde, como en España, había traído el 900 un interés difuso por la pintura del cretense. Ya en otro lugar he hablado del interés de un distinguido visitante de Toledo, Rainer Maria Rilke, por conocer personalmente a Cossío en Madrid. A fines de 1912, Rilke escribe desde España al pintor Leo Von Köning manifestando su impaciencia ante el retraso de la publicación del libro de Cossío en versión alemana."

La otra cita está tomada del excelente prólogo que Julio Caro Baroja escribió para la segunda edición del libro de Cossío titulado "De su Jornada" (Madrid, Aguilar 1966): pág. XIX: "El libro ["El Greco"] tal como apareció fue un éxito de crítica, y el antiguo condiscípulo de Cossío, Menéndez Pelayo no vaciló en considerarlo como uno de los grandes que se habían escrito desde que se escribía en lengua castellana. Esto pese a que la distancia ideológica en que vivían no parece que hubiera disminuido".

Rubén LÁNDA

⁸ Desgraciadamente ninguna llegó a publicarse. Sé que en el año 1914 en Alemania llegaron a terminar la composición de la traducción alemana precisamente al empezar la primera guerra mundial. Entonces, en lugar de imprimir el libro, fue preciso emplear en industrias de guerra el metal con que había sido compuesto.

Se terminó de imprimir este libro el día
3 de septiembre de 1973 en los talleres
de la Editorial Libros de México, S. A.
Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F.
Su tiro consta de 1 500 ejemplares.

Nº 221

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Precios	
	por ejemplar	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i> ...	10.00	1.00
LA PRISION, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	10.00	1.00
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO, LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Álvarez Acosta</i>	15.00	1.50
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Roio</i>	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i> ..	15.00	1.50
SANGRE DE LEJANIA, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cossio del Pomar</i>	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por <i>Guillermo To- riello</i>	30.00	3.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Ale- gria</i>	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por <i>Rodolfo Usieli</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVO- LUCION, por <i>Fedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por <i>Mauricio de la Selva</i>	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Genard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO, DE LA DOCTRINA MONKOE A LA DOCTRINA JOHNSON, por <i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal Araujo</i>	25.00	2.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	20.00	2.00
PARA DELETREAR EL INFINITO, por <i>Enrique González Rojo</i>	40.00	4.00
PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
LA ACONIA DEL PERU, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José Guada- lupe Zuno</i>	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30
REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números) (1973)		
MEXICO	150.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		13.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR		
MEXICO	30.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		3.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Francisco Martínez de la Vega
Francis Donabue
Juan Cuatrecasas

Chile: Hacer posible lo necesario.
Teatro de Guerrilla.
El Centenario de la primera República Española en el panorama contemporáneo.
La colonización de la Universidad Española: Nueva modalidad de imperialismo cultural.

Jesús Cambre Mariño

Nota, por MAURICIO DE LA SELVA

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Kurt Sontheimer
Manuel Villegas López
Bruno Podestá A.

El pronóstico como objetivo y problema de las ciencias sociales modernas.
Cine en Picasso.
Manuel González Prada: Apuntes para una sociología de la literatura peruana.

María Solá de Sellarés

En torno a una nueva teoría educativa.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

José Miguel Torre
e Ignacio Chávez
Loló de la Torriente
Vicente Romano

Consideraciones de tipo médico en torno a la muerte del Presidente Juárez.
Las flechas de Odiseo y los pretendientes Martianos.
Situación de la publicística española en la primera mitad del Siglo xx.

Nota, por MAURICIO DE LA SELVA

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

José Miguel Santiago Casteló
León Pacheco
Alejandro Paternain
Mary H. Lusky
Luis Lorenzo-Rivero
Enrique Anderson Imbert

Así me duele el alma.
Una visión del modernismo.
Zorrilla de San Martín, o de la dignidad de las letras.
Jorge Luis Borges y su lucha con el lenguaje.
El Suicidio: Una obsesión de Unamuno.
La cinta azul y blanca y la divisa punzó.

Nota, por RUBÉN LANDA